

#4ever.1

PAT CASALÀ

4ever



GROUP EDITION
WORLD

4ever 3A

PAT CASALÀ

© 2020 Pat Casalà

© 2020 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Litworld

Primera edición: Marzo 2020

Portada: LITWORLD

Maquetación: LITWORLD

Corrección: LITWORLD

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Dedicado a los lectores de mis novelas
y a las personas que me acompañan siempre.
Espero despertar una chispa de emoción en ellas.

Capítulo 1

Brenda

Mayo de 2013

La clase es igual de aburrida que siempre. No me apetece estar aquí, solo deseo regresar a casa de una vez. Hoy no hay lección particular de la señorita Rodríguez y con ella puedo ser yo misma, expresarme y dar rienda suelta a esa cantidad de energía cerebral que se acumula en mi cabeza durante las horas del día.

Me gustaría centrarla, cambiar, ser diferente.

En momentos como este desearía ser una chica del montón, una más de esos niños de doce o trece años que están sentados en los pupitres cercanos al mío y solo piensan en cosas triviales como fútbol, modelos, actores, actrices, juegos, películas, cómics... ¡Hay tanto donde elegir!

Yo adoro las series de televisión, las películas, las novelas y las matemáticas. Entiendo tan bien el lenguaje matemático y tan mal el de mis compañeros de clase, que siempre termino con la cabeza llena de problemas difíciles de resolver para mantener ocupada esa mente hiperactiva que apenas me permite disfrutar de la niñez.

No necesito escuchar la lección, pues por suerte o por desgracia ya me la sé. Es tan sencilla que me aburre, pero es parte de este sistema educativo, que repite lo mismo hasta la saciedad. Y como suelo sacar buenas notas y leer mucho, me conozco de memoria la historia de España.

Siempre he valorado la capacidad de cada persona para aprender aquello que le interesa y más desde que existe internet. En YouTube hay mil vídeos explicativos de cualquier cosa y después están los artículos, los libros digitalizados y la extensa red de información de cualquier materia.

Suelo dedicar un par de horas al día a investigar sobre problemas matemáticos o sobre cualquier utilidad de las operaciones para resolver enigmas y avanzar en la ciencia. También me apasionan las biografías de los matemáticos más relevantes de la historia.

Hace dos años que voy a clases particulares con la profesora Rodríguez, desde que le comenté a mi madre mis capacidades fuera de serie.

Es divertido escucharla decir eso: capacidades fuera de serie. ¡Ja! No acabo de entender por qué le llaman así a mi necesidad de absorber información, de aprender, de extraer enseñanzas reales a la vida.

Aunque he de admitir que esas clases son súper interesantes.

La señorita Rodríguez fue a la facultad de matemáticas en Granada y acabó casada con un señor de mi pueblo. A veces hablo con ella sobre si le parece mal ejercer de directora y profesora de matemáticas en un pequeño instituto casi rural, pero ella siempre sonrío, asegurándome que no lo cambiaría por nada.

Mis aspiraciones son muy distintas. Quiero salir de aquí, ver mundo, dedicarme a investigar utilidades matemáticas, encontrar un lugar donde me quieran.

Ya vuelve esa sensación dolorosa en el estómago y en el corazón al pensar en la amistad, la posibilidad de encontrar algún amigo que me demuestre un poquito de cariño, aparte de mi madre

y sus tres inseparables amigas.

Vale, no puedo quejarme, las tengo a las cuatro. Incluso tenemos un chat llamado *serieadictas* en WhatsApp en el que hablamos de cada episodio de nuestras series favoritas. También lo usamos de club de lectura y muchas veces de paño de lágrimas.

La culpa de que sea una friki de las series y de las novelas románticas la tiene mi madre. Ella y su obsesión. De verdad, se conoce algunas escenas de memoria, incluso repite los diálogos al volver a verlas una y otra vez en YouTube. Yo también lo hago. Siento una emoción intensa al descubrir las historias de personas capaces de encontrar la felicidad, tanto en el papel como en la pantalla. Creo que una parte de mí se queda enganchada a la sensación de poder vivir en otra piel y de sentir a través de esos personajes que invaden mi corazón.

Hacer amigos no es lo mío. Soy la rarita y encima bastarda, una combinación letal para no sobrevivir en un pueblo pequeño. Me miran mal, no me dan la oportunidad de enseñarles quién soy y se pasan el curso amagándome la existencia.

Mentiría si dijera que no me duele, más que nada, porque soy una sensiblera y me siento fatal cuando me machacan para demostrar una y otra vez cómo me desprecian.

Pero después de tantos años aguantado en silencio, he logrado mantenerlo en secreto, y cuando me humillan suelo poner cara de póker, aguantar y salir lo más digna posible.

Quizá por eso me llevo mejor con las amigas de mi madre. Solo tienen treinta y cuatro años, deseos de pasarlo bien y son mucho más comprensivas conmigo. Ellas sí me quieren por cómo soy y, aunque no entiendan ni jota de mis estudios matemáticos, suelen hablarme con respeto.

Cuando termina la clase recojo mis cosas despacio. La mejor manera de evitar las burlas es no llamar la atención y salir la última. No siempre funciona, pero prefiero aferrarme a la esperanza.

Pongo los libros en la mochila en silencio, con la mirada puesta en la mesa, sin levantarla para no atraer a indeseables.

Hoy estoy muy cansada, he dormido menos de lo habitual y me duele la cabeza, así que no quiero protagonizar un nuevo episodio de *fastidiar a la rarita*.

A veces me gustaría ser como algunos de ellos y creer en Dios para rezar. Sí, ahora me vendría bien tener a alguien a quién pedirle un poco de ayuda para pasar desapercibida, pero como no va a servir para nada...

Soy científica. Bueno, algún día lo seré, eso lo tengo clarísimo. Mi curiosidad por las mates y las horas que les dedico son la base para alcanzar una meta tan alta como para convertirme en una científica experimentada.

Con mi mente analítica no puedo tener fe en algo tan difícil de explicar con datos empíricos. Aunque en momentos como estos daría lo que fuera por ser normal y no tan diferente a mis compañeros y por poder aceptar la existencia de un ser todopoderoso.

—¡Eh, Ortiz!

Tocada y hundida. Esa es la voz de Roberto Guzmán, el líder indiscutible de esta clase y un mal bicho. Odio soltar tacos, por eso no le llamo algo peor, que es en realidad lo que se merecería. Pero, por muy odioso que sea, no voy a insultarlo. ¡No me saltaré mis reglas por él! Total, ahora que ya se está acercando a mí no tengo escapatoria.

Me doy una colleja mental cuando un conato de ansiedad se escapa por mi mirada. Nunca, jamás, voy a darle la satisfacción de ver cómo me doblego ante él. No voy a romperme ni a darle la potestad de encontrar una sola lágrima en mis ojos.

Lo único que me queda es eso, luchar por mantener mi integridad ante él y su grupo de

seguidores. Aunque ahora que lo pienso, es toda la clase, los veinticuatro chicos de mi curso, tanto chicos como chicas.

Me odian, o es lo que ellos piensan.

Ser diferente tiene esos pequeños problemillas. Suelen ver esas diferencias como una amenaza y, como no las comprenden, atacan.

—¡Te he llamado! —Roberto apoya las dos manos en mi pupitre y me mira amenazante—. Ya sabes cómo me molesta tu falta de obediencia.

Es un chico desarrollado para su edad. Ha repetido un curso y va vestido como si fuera el protagonista de una de esas pelis de macarras. Últimamente pide que le llamen R y no paro de verle semejanzas con un personaje interpretado por Mario Casas en *A tres metros sobre el cielo*. Esa peli se puso de moda hace un par de años en el cole y todos los chicos querían parecerse a H. Soy la única friki que se había leído el libro antes y sabe que en realidad el protagonista se llama Step. Pero, claro, en las películas siempre cambian cosas. Por eso prefiero la versión escrita.

El profesor de historia ya ha salido, es la hora de irnos a casa y no va a ayudarme nadie, así que solo me queda suspirar internamente, controlar mi expresión facial para no demostrar mi nerviosismo y continuar con la vista fija en la mochila que he dejado sobre la silla.

—¿Qué quieres? —pregunto sin mostrar cómo me afecta tenerlo tan cerca.

—¡Una mamada!

¡Tiene catorce años! Nunca entenderé cómo un crío de su edad puede pedir algo así, aunque me he fijado en cómo le miran las de bachillerato y no me extrañaría que fuera promiscuo, porque es la clase de tío que suele atrapar a las chicas.

Jamás voy a permitirme cruzar esa línea. Un chulo, macarra y gil... ¡Ains! Me ha faltado poco para pensar una palabrota y no quiero hacerlo, he de mantenerme fiel a mis propósitos o no me quedará nada.

Como no tengo respuesta a su petición, me quedo callada.

En realidad, estoy aterrada. Roberto es una mala persona y puede hacerme daño de verdad, ya lo ha demostrado otras veces.

Inspiro despacio por la nariz, obligándome a no mostrar ansiedad. Necesito calmarme. Voy a aguantar cualquiera de sus acciones sin perder la dignidad.

Puedo hacerlo.

—¡Mirad a la mojigata! —Se parte de risa acompañado de sus amigos—. ¡Tía! ¡No dejaría ni que te acercaras a mí! ¡Eres asquerosa! ¿Quién iba a querer tu boca alrededor de una polla tan perfecta?

La idea de verla me provoca arcadas, pero mantengo la mirada en la mochila y no le permito penetrar en mis pensamientos. Solo me faltaría eso.

—Puedes irte.

Se separa para dejarme coger la mochila, colgármela en la espalda y caminar hacia la salida.

Sé que no ha acabado con su sesión de humillación, pero no tengo otro remedio que caminar hacia el exterior y apretar los puños para infundirme valor. Nada puede evitarme la emboscada y he de encontrar la forma de soportarla. Como siempre.

El colegio está un poco alejado de mi casa, a las afueras del pueblo, y hay muchos recodos solitarios que no puedo evitar en el camino.

«Puedo con esto, puedo con esto...», me repito una y otra vez mentalmente manteniendo mi expresión hermética. No sé por qué me siento mejor al hacerlo, pero sirve.

Escucho los abucheos detrás y cómo la multitud se va acumulando junto a Roberto para ver

el espectáculo.

Siempre soy la protagonista indiscutible de sus risas.

De repente, sucede. Una mano tira de mi mochila con fuerza y escucho las primeras carcajadas.

—¡Eh, mojjigata! —La voz de Roberto me abofetea—. Vamos a ver qué coño llevas en la mochila. ¡Pesa la hostia!

¿Cómo puede ser tan malhablado? Parece mentira que a esta edad pueda tener la boca tan sucia.

Paso unos segundos paralizada por el pánico cuando me quita la bolsa a la fuerza, con movimientos tan bruscos que me van a dejar un escozor en el hombro unos días porque me roza la piel.

Escucho cómo la mochila cae al suelo y noto sus manos aferrarme un brazo para obligarme a darme la vuelta.

Siento sus dedos dejar marcas en mi piel y busco la fuerza en mi interior para no derrumbarme cuando lo encaro.

Uno de sus secuaces lleva una máquina de vídeo para grabar cada una de sus sucias acciones.

Alguna vez he intentado descubrir qué hacen con las grabaciones después, incluso intenté ver si podía deshacerme de ellas para siempre, pero tengo tan poco margen de movimiento...

—¿Te acuerdas cuando te he dicho lo de la mamada? —Me levanta la cara agarrándome el mentón de malas maneras con la mano libre—. Me daría asco que alguien como tú se acercara a mi polla porque apesta. ¿Verdad, chicos?

Se escucha un sí generalizado.

Estoy temblando, no me gusta notar sus dedos agrediéndome ni esa insinuación de sus labios ni sentirme tan aterrada, pero es lo que hay.

Debo encontrar la forma de controlarme para no darle el poder absoluto sobre mí.

—Las tías como tú solo me dan arcadas. —Señala mi mochila y le habla a uno de sus acérrimos seguidores—. Miguel, vacía su bolsa. —Ahora se dirige al resto de presentes—. Mientras esta zorra se queda aquí conmigo, vais a caminar sobre sus cosas. ¡Apestan! ¡Como ella!

«No voy a llorar, no voy a llorar...»

Lo repito mientras veo cómo destrozan mis libros, mis apuntes, mis bolígrafos y cada uno de los objetos guardados en la bolsa.

Por suerte logro contener esas lágrimas rebeldes que pugnan por invadir mis ojos.

Roberto me hace daño porque no afloja en ningún momento la fuerza de sus dedos y sus carcajadas acaban de destrozarne, aunque ya debería estar inmunizada a sus constantes provocaciones.

Nunca me ha hecho demasiado daño físico, el mayor es psicológico. Intenta destruirme, pero nunca, jamás, se lo permitiré.

—¡Vete a tu casa de una vez! —Se ríe con ganas cuando me suelta unos minutos después—. ¡Necesito lavarme para deshacerme de la peste que desprendes!

Se separa de mí y el resto de los presentes se tapa la nariz arrugando los labios para demostrar solidaridad frente a sus pablaras.

Ante sus atentas miradas he de agacharme para recoger mis cosas destrozadas y llenas de barro. Las guardo en la mochila como puedo y me marcho lo más rápido posible.

Por fin ha terminado.

En el camino me obligo a permanecer entera y no lloro hasta que llego a casa y me encierro

en mi cuarto.

No hay nadie, mi madre trabaja hasta la hora de cenar, y es una suerte, porque no me veo contándole lo sucedido. No sabría cómo actuar, estoy convencida.

Limpio como puedo los libros y los apuntes, rescato lo que se puede salvar, hago una lista de lo que deberé reemplazar y me alegro de ser precavida y llevar siempre el móvil escondido en un bolsillo oculto de mi cazadora. Como mínimo no van a destrozarlo. Mi madre no podría permitirse comprarme uno nuevo.

Me pongo un episodio de *Hart of dixie, Doctora en Alabama* en español. Lo dieron ayer y todavía no he podido verlo.

Las peripecias de Zoe me distraen y consiguen mitigar el dolor lo suficiente para escribir unas cuantas cosillas en el chat y volver a encontrar mi sonrisa perdida.

Siempre veo las series en inglés y hago todo lo posible por aprender ese idioma de forma fluida, porque una de mis metas es ir a una universidad extranjera, y el inglés es imprescindible.

Paso el resto de la tarde acabando los deberes de mates avanzadas para la clase particular de mañana y buscando información para continuar con mi deseos de aprender al máximo acerca de los algoritmos y sus aplicaciones prácticas.

Cuando llega mi madre estoy totalmente recuperada del suceso, así que me arreglo un poco antes de bajar a recibirla.

Es alucinante lo guapa que es. Todavía le quedan un millar de experiencias por vivir.

Su forma de ser es pura energía. Yo siempre la llamo cabra loca de forma cariñosa, pero es una perfecta manera de describirla. No sentará cabeza nunca y eso me encanta de ella porque me ayuda a ver el lado más salvaje de la vida y a relativizar lo que me sucede en la escuela, aunque la parte negativa es que a veces parezco yo la madre y que me ha obligado a madurar a marchas forzadas.

Vivimos en piso tan pequeño que apenas tenemos intimidad, pero con su sueldo de camarera es lo único que puede pagar.

Escucho cómo va a la cocina y después camina hasta mi puerta para llamar con los nudillos.

—¡Felicidades! —Me abraza con efusividad al verme salir de mi habitación—. Te he comprado una tarta de chocolate con trece velas.

—Gracias. —Le devuelvo el gesto y me siento feliz entre sus brazos—. Me apetece un montón.

—Vamos a tomárnosla y me cuentas cómo te ha ido el día. Me dijiste que hoy cenaríamos solo chocolate.

—Mejor me das mi regalo. —Levanto las cejas de forma inquisitiva—. No me apetece hablar del cole.

—¿De verdad quieres eso?

—Sí, mamá. —Sonrío de camino a la cocina, donde veo la tarta sobre la pequeña mesa—. Llevo muchos años esperando este momento. Me lo prometiste. Quedamos en que hoy ibas a hablarme de mi padre.

—Está bien. —Abre la nevera para coger una botella de vino blanco, que siempre guarda ahí, y se sirve un generoso vaso—. Vamos a repartir la tarta y responderé a tus preguntas.

Me hago con dos platos, dos cucharas, una botella de agua fresquita y un cuchillo. Una vez sentada a la mesa frente a mi madre escucho cómo me canta cumpleaños feliz y apago las velas acompañada de sus aplausos, está emocionada.

—¿Has pedido un deseo? —Sus ojos me dedican una mirada inquisitiva.

—Sí. —Asiento también con la cabeza—. Como siempre.

—¿Y cuál es?

—No te lo voy a contar. —Río con ganas—. Ya sabes que entonces no se cumplen. Y tú eres la supersticiosa de la casa.

Corto dos generosas raciones de pastel relamiéndome los labios y los pongo en los platos.

—Está bien. —Se rinde con una sonrisa—. Ha llegado la hora de hablarte de tu padre. Te prometí que lo haría cuando cumplieras trece porque me parecía un día muy lejano.

—Pues ya ves, acaba de llegar.

—Adelante. Pregunta.

—¿Cómo le conociste? —disparo mirándola—. Sé que tenías dieciséis recién cumplidos y que eras virgen. Eso me lo has contado un millón de veces. Pero no conozco los detalles, ni tampoco su nombre o si le querías.

—Solo estuvimos juntos un fin de semana. —Noto su incomodidad enseguida, pero esta vez estoy dispuesta a llegar al final del asunto—. No es suficiente tiempo para hablar de sentimientos tan fuertes como el amor.

—Pero estuviste con él. Eso ha de significar algo.

—Fue maravilloso conmigo. Y era tan diferente a los chicos que había en el pueblo, tan perfecto. Si se hubiera quedado más tiempo, estoy convencida de que hubiera acabado enamorándome de él como una tonta. Era tan guapo y alucinante. Me hizo sentir querida, me ayudó en un momento horrible de mi vida y me dio el mejor de los regalos. —Una sonrisa inmensa ocupa sus labios—. Tú.

—Quiero saberlo todo.

Frunce un segundo los labios, bebe un poquito de vino y asiente.

—Me peleé con tus abuelos, como siempre. Pero esa noche fueron más duros de lo normal, me declararon una guerra sucia con amenazas difíciles de asumir. —Se mete un poco de tarta en la boca y calla unos segundos para saborearla—. Era una adolescente problemática para ellos, pero no veían que solo quería seguir mis decisiones. Tu tío Darío se puso de su parte y acabé marchándome y dando un portazo. No era la primera vez, pero aquella estaba decidida a no volver.

Mis abuelos no le hablan ni tienen trato conmigo. Son muy conservadores y nunca han aceptado que mi madre se quedara embarazada de un desconocido a los dieciséis, y menos que tuviera el bebé. Ellos y mi tío Darío tienen varios negocios en el pueblo, por tanto, tienen dinero y posición. Quizá por eso nos rechazaron desde el primer momento. Son un poco a lo *Gilmore Girls*, pero sin las cenas semanales.

—Y pasaste el fin de semana fuera de casa.

—Hacía frío, era principios de enero y no había cogido la chaqueta. Estaba claro que volvería enseguida porque no tenía adonde ir, ni dinero, ni nada. Me senté llorando en la acera y entonces un coche se paró. Andrew se bajó del coche de alquiler y con su español chapurreado me preguntó si estaba bien. ¡Fue tan amable! Me rodeó con su abrigo y me mostró un aparato que traducía al segundo todo lo que decía por un micro. La voz que lo reproducía en español me hizo gracia. Pasamos un rato en la acera hasta que me invitó a entrar en el coche. Y entonces se lo conté todo. No entiendo por qué lo hice, pero así fue. Él me explicó algunas cosas de su vida. Estudiaba matemáticas en el MIT y estaba investigando los cuadros de Picasso para demostrar que contenían fórmulas capaces de compilar bases de datos. —Se detiene un momento para dedicarme una mirada insegura—. Creo que eso fue lo que dijo.

—Tendría sentido. El cubismo es la representación geométrica del espacio. Podría

contener fórmulas e incluso algoritmos.

—Bueno, pues eso. —Tuerce los labios y suelta un suspiro—. Está claro de quién heredaste ese coco para los números.

—Se llama Andrew.

—Exacto. Andrew Nixon. —Sus labios se curvan en una sonrisa nostálgica—. No reímos mucho cuando hablamos acerca de su apellido y del presidente Nixon. Si lo volviera a ver, seguro que le haría mucha gracia que yo me apellide como la princesa Letizia.

—Así que era gracioso.

Se queda absorta en sus recuerdos y necesito tocarle la mano para alentarla a seguir.

—Era perfecto, Brenda. El mejor hombre que he conocido. Por eso después de pasar treinta y cinco horas con él le había entregado lo máspreciado de mi vida. —Su expresión muestra cómo le afectó esa relación fugaz—. Cuando la tarde siguiente me dejó en casa de tus abuelos y volvió a su país, me pasé una semana llorando, pero nos separaba un continente. Él estaba de paso en el pueblo, como muchos otros turistas que no pueden permitirse dormir en Granada. Había venido durante las vacaciones de verano para conocer la casa natal de Picasso. Y se había ido a su casa de nuevo, dejándonos atrás.

Durante el resto de la cena me da muchos detalles de ese fin de semana. La parte posterior ya la conozco. Mis abuelos se negaron a ayudarla cuando soltó la bomba y se quedó sola, embarazada y sin un duro. Si no llega a ser por sus amigas no hubiera sobrevivido.

Ester Fuertes hizo gala de su apellido y la acogió en su casa. Su padre es dueño de un bar, necesitaba una camarera y le ofreció el trabajo. Rocío y Milagros la ayudaron a buscar un apartamento que pudiera pagar y fueron las tres las que la acompañaron al médico cuando tocaba y la apoyaron en todo momento.

Para mí son parte de la familia, y las adoro, aunque sigan siendo unas juerguistas y no piensen en sentar la cabeza. Siempre están ahí para nosotras.

Ojalá alguna vez lograra tener amigas así.

Mi madre está contándome por enésima vez cómo decidió llamarme Brenda.

—Fue por *Sensación de vivir*. —Da un par de palmadas emocionadas—. Esa serie era lo más para mí y las chicas. Debíamos rendirle un tributo.

La he visto entera y estoy de acuerdo con mi madre, es súper adictiva.

Un par de horas después, aparecen Ester, Rocío y Mila para llevársela de fiesta tras darme sus regalos. Es jueves, día sagrado para emborracharse y flirtear con los turistas del pueblo.

—No vuelvas tarde —le digo al despedirme—. Mañana trabajas.

—Sí, mamá —bromea lanzándome un beso.

Cuando me quedo sola corro a mi habitación para encender el ordenador. ¡Por fin tengo datos acerca de mi padre! Abro Google y empiezo a buscarlo. Llevo tantos años esperando este momento que no puedo evitar temblar de la emoción.

Hay varias entradas relacionadas con *Andrew Nixon+Picasso+MIT*. No tardo en descubrir su tesis doctoral, en la que habla acerca del cubismo y las bases de datos.

Una hora después lo sé todo acerca de él. Trabaja de profesor en el MIT y sigue investigando el cubismo. No se ha casado ni tiene más hijos.

Su foto corrobora las palabras de mi madre, es un hombre guapísimo y, aunque parece demasiado serio para ella, mi madre afirma que es muy divertido.

Al meterme en la cama tengo claro cuál va a ser la meta de mi vida. Desde ahora voy a luchar para entrar en el MIT. He investigado un poco acerca del Massachusetts Institute of Technology y me parece un lugar súper interesante para estudiar. Hay gente de todas las

nacionalidades y es una universidad donde suelen dar becas completas a quienes las merecen.
Voy a ir allí para conocer a mi padre.

Capítulo 2

Dylan

Febrero 2015

Le doy la última calada al cigarrillo antes de caminar hacia el coche.

Hace un tiempo de mierda. Odio Dakota del norte, en invierno hace un frío de la leche, me congelo y en el jodido instituto no nos dejan fumar, así que no me queda más remedio que hacerlo al aire libre, en medio de la nieve.

Casi no me noto los dedos a pesar de los guantes, y de la nariz me cuelga un hilillo de esos molestos. ¡Qué ganas tengo de darme el piro de este lugar! Gran Forks es un agujero en el culo del mundo y no tengo ninguna intención de permanecer aquí más de lo necesario.

—¡Mac! —Escucho una voz conocida justo cuando me dispongo a abrir la puerta del coche—. ¡Espera!

—¿Qué quieres? —Es Roger, uno de mis mejores clientes—. Tengo prisa.

—Necesito dos carnets nuevos para mis primas y que me consigas el examen de mates del señor Hastings. —Me ofrece doscientos pavos que no tardo en aceptar—. Para ayer.

—¿En serio, tío? —Cojo el dinero—. ¡No soy un robot! Ya conoces las reglas, no trabajo bajo presión.

—Estos doscientos solo son un adelanto. —Me conoce demasiado bien y sabe cómo nos entendemos con el idioma del dinero—. Si me lo traes mañana te recompensaré con otros trescientos pavos.

Es un niño rico que va al instituto privado y pijo de la esquina. Desde que decidí ofrecer mis servicios allí nado en pasta.

Asiento sin perder mi expresión dura.

—Okey, tío. Pero quiero cuatrocientos más o no trabajo. No me vale con menos.

—Trato hecho. —Me tiende la mano para sellar nuestras palabras y yo se la encajo—. Aquí tienes las fotos para los carnets. —Me las entrega—. Tienes los nombres de mis primas anotados detrás.

Me molestan estos capullos cargados de billetes, pero, si quiero irme de aquí en unos meses, necesito ahorrar hasta el último centavo para mi brillante futo en el MIT mientras ayudo a mi madre a salir de la mierda. Ayer me llegó la carta de aceptación, solo un mes después de haber aplicado para entrar.

¡Soy la hostia de bueno con el PC! Era imposible que no me aceptaran, no se iban a perder al crío que logró hackear su sistema a los diez años para demostrar que era capaz de traspasar los cortafuegos puestos por sus cerebritos.

¡Tenía la plaza asegurada!

Entro en el coche y pongo la calefacción a tope. Es un Pontiac Gran Prix del 69, una joya clásica que pedí a cambio de un trabajillo complicado. El tío era el dueño de uno de los mejores concesionarios de coches de segunda mano del país. Tenía esta preciosidad a la venta y no dudó en regalármela si le solucionaba un asunto muy feo de robo de identidad. El muy pringado ni se imaginó que fui yo quien le jorobó la vida. Había puesto mis ojitos en este cacharro y no había ni

Dios que consiguiera quitármelo de la cabeza.

La calefacción no tarda en caldear el ambiente. Pongo un poco de música de fondo y conduzco hasta el gimnasio sorteando los estragos de la nevada de ayer.

Mis dos horas de entrenamiento diario son sagradas. Necesito mantenerme en forma y tener los músculos preparados para enfrentarme a las circunstancias de mi vida.

Me machaco en las máquinas y dándole de hostias a un saco de boxeo antes de entrar en un ring para darle una paliza a un pardillo.

Marco, el dueño del gimnasio, me ha pedido que le destrozara su cara de panoli y no me ha costado nada dejársela como un cromó.

Hoy no tendré mucho tiempo para dormir si le quiero entregar los carnets a tiempo a Roger. Piratar el sistema de su colegio no me va a llevar más de quince minutos. Esos imbéciles tienen una seguridad de mierda, cualquier novato podría entrar.

Algunos de los trabajos que acepto son pan comido y no desafían para nada mi intelecto. Pero los pijos pagan de puta madre y la pasta me va que te cagas.

También trabajo en otros asuntos más interesantes, y al final consigo una abultada cuenta corriente.

El regreso a casa me pasa volando.

Vivo en un barrio marginal, en un pequeño piso con poco espacio.

Hoy me cuesta la hostia encontrar un sitio para dejar mi buga. Este barrio es súper chungo, pero todos sus habitantes saben lo que hay si se acercan a mi Pontiac. No me amedranan cuando se trata de poner a un capullo en su lugar. Si le hacen una pequeña raya se encontrarán con mis puños.

El jodido frío me cala los huesos. ¡Hoy debemos estar a menos veinte grados por lo menos!

—¡Mamá! —grito al entrar, soplándome los dedos para calentármelos. Por suerte la calefacción está encendida, yo me aseguro de ello pagando con regularidad el recibo—. ¡Estoy en casa!

—En la cocina.

Trabaja demasiadas horas limpiando las casas de los ricos para pagar las facturas, pero nunca llega a conseguir dinero para todas.

La encuentro frente a los fogones, preparando la cena.

—Pareces cansada —le digo dándole un beso en la mejilla—. ¿Cuándo dejarás de aceptar tantos trabajos? ¡Hoy has salido después de las cinco!

—Necesitamos el dinero.

—Sabes que eso no es cierto. —La ayudo poniendo la mesa—. Podrías aceptar más ayuda de mi parte.

—Ya haces suficiente pagando la calefacción, la luz y el teléfono. —Sonríe con tristeza—. Guarda tus ahorros para la universidad. Quiero que salgas de este lugar espantoso para labrarte una buena vida.

—Me van a conceder una beca total. No necesito más.

—Como tu padre se enteró de lo de la beca... Podría arruinarte la universidad.

—No lo hará —prometo con una sonrisa—. Estoy convencido de que no tardará en llegar y esta vez será la última. Te lo prometo.

—Espero que no tengas pensado hacer una tontería.

—¡Ya basta, mamá! ¡Confía en mí! —suelto cabreado—. ¡Sé lo que me hago!

—Tienes un temperamento difícil, como él —susurra.

—¡No digas eso! —Le doy un puñetazo a la encimera—. ¡Yo no le pondría la mano encima

a una tía! ¡No puedes compararme con ese cabrón!

—Lo sé. —Asiente arrepentida de sus palabras—. Quería decir que los dos tenéis un carácter fuerte, nada más.

—Hoy acabaremos con él, te lo prometo. Esta mañana le he llamado para quedar aquí a las seis. La policía no tardará, lo tengo todo controlado.

—¿Qué vas a hacer? —Su voz se tiñe de ansiedad—. Dímelo, hijo.

La puerta de la calle se abre y se cierra con fuerza. La mirada de mi madre se ensombrece, como cada vez que sucede.

—Por favor —me suplica cuando capta mi posición defensiva—. No hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—No voy a dejarle acercarse a ti. —La coloco detrás de mi cuerpo—. Si está borracho otra vez, le partiré la cara.

—Lleva dos meses sin aparecer por aquí. —Su voz se tiñe de ansiedad—. Desde la última vez. Lo mandaste al hospital y te amenazó con denunciarte si volvías a ponerle la mano encima. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Me pasé quince años aguantando sus palizas. Tengo el jodido cuerpo lleno de sus marcas y los informes médicos, los míos y los tuyos. Y un as en la manga. ¿O te crees que te dejaría desprotegida al irme a la universidad?

—No le pongas la mano encima, esta vez podría mandarte a la cárcel.

Nos callamos cuando escuchamos sus pasos avanzar por el pasillo. Son erráticos, está como una cuba.

No le pregunto a mi madre cómo es que tiene la llave si cambié la cerradura después de la última vez, pues sé que a veces le deja pasar en secreto, solo cuando llega sobrio y con mil disculpas que siempre acaban cayendo en saco roto.

Me cuesta un huevo entender por qué le perdona una y otra vez.

Por lo menos ha entendido que si le deja quedarse en esta casa acabaremos matándonos el uno al otro.

—¿Rose? ¿Dónde estás?

Odio su voz de borracho, ese tonillo desafiante que usa antes de destrozar a cualquiera que se le ponga por delante. De crío me asustaba. Escucharle hablar así era sinónimo de ser el blanco de su crueldad. Fue entonces cuando empecé a defender a mi madre.

Por eso voy al gimnasio cada día, para estar fuerte, para no ser nunca más un niño débil.

Jamás soporté no ser capaz de proteger a mi madre.

—¡Eres una furcia! —grita—. ¡Te estás tirando al vecino! ¡Zorra!

Entra tambaleándose, con una mirada asesina.

—Mira a quién tenemos aquí. —Suelta una carcajada aguda y llena de odio mirándome fijamente—. ¿Te crees muy hombre por ponerte delante de ella? ¿No te das cuenta de que es una mierda? ¡Se folla a cualquier desgraciado!

—Lárgate. —Aprieto los músculos de la cara con fuerza. Una vena me palpita furiosa en el cuello, pero mantengo la calma.

—¿Quién te has creído que eres, niño de mierda? —Da un paso hasta colocarse a pocos centímetros de mí—. ¡Tú no me das órdenes!

Cuando era pequeño me intimidaba su aspecto. Es un hombre alto, fuerte, con un cuerpo musculado y un pasado en el ejército. Pero el tiempo y el alcohol lo han convertido en una mala versión de ese padre que recuerdo.

A medida que crecí me fui dando cuenta de mi fuerza y de cómo la suya menguaba.

—Lárgate de una vez si no quieres acabar pringado —digo—. Si te vas ahora, te metes en un avión y no vuelves, te libraras de una buena mierda.

Me sostiene la mirada sin amilanarse ante mis palabras. Cuando está bebido se crece y no es capaz de medir a sus rivales.

—¡Voy a castigar a la zorra de tu madre! —Intenta rodearme para llegar a ella, pero se lo impido—. ¡Rose! ¡Haz el jodido favor de dar la cara!

Me acerco a él, le agarro por la solapa de la camiseta y le pongo la cara a pocos milímetros.

—Por última vez, papá. ¡Lárgate!

—¿Quieres que te dé una tunda de hostias como cuando eras un crío? —Su sonrisa de suficiencia incrementa mi ira—. ¡Eres una mierdecilla, hijo! ¡Siempre lo has sido!

Aprieto el puño con el que le ciño la camiseta, con rabia.

—No lo hagas —suplica mi madre—. Tienes la admisión en la universidad. No lo echas todo por la borda. Por favor.

—¡Claro! ¡Hazle caso! ¡Sé una jodida nenaza, hijo!

Me provoca, como cada una de las últimas veces.

No puedo ceder. El MIT es mi única posibilidad de salir de esta mierda de vida y por fin puedo acabar con él de una forma limpia y aséptica. No lo voy a tirar todo por la borda por un arrebato. Aunque me apetece destrozarle el careto de cabrón que me gasta.

Le empujo hacia la puerta a pesar de su reticencia.

—No vale la pena desaprovechar mi fuerza contigo —mascullo buscando un control casi inexistente—. Y menos cuando sé que en unos minutos saldrás por esa puerta para no volver jamás.

—¡Sobre ni cadáver! —Me desafía—. ¡Nunca podrás conmigo!

Golpeo la pared con fuerza para no impactar mi puño en su cara. La ira se escapa a borbotones por mi piel, la quema, la llena de una necesidad imperiosa de descargarla sobre el hijo de la gran puta que me ha destrozado la infancia. Pero los gritos asustados de mi madre y la puesta en marcha de mi plan me detienen.

Lo agarro con más fuerza y le empujo hacia la puerta de la cocina.

—La policía no tardará —rujo—. Vas a pudrirte en la cárcel.

—¿Me vas a denunciar? —Se carcajea—. ¡Maldito crío engreído!

Intenta soltarse de mi sujeción y darme un puñetazo en la cara, pero le detengo con facilidad.

Me cuesta no devolverle la jugada partiéndole el labio como la otra vez, pero no puedo hacerlo si quiero aprovechar mi futuro.

En vez de eso le dedico una mirada acerada y no me rebajo a su nivel.

—Si no te he denunciado todavía es porque mamá me lo ha suplicado un millón de veces. Pero ya me tienes hasta las pelotas y esta vez va en serio. —Le dedico una mirada cargada de superioridad—. Cuando estés encerrado en un calabozo de mierda, recuerda quién te metió ahí.

—¿Por qué iban a creerte? ¡La última vez acabé en urgencias por tu culpa!

—¿Recuerdas cómo me golpeabas cuando era un niño? ¿Las veces que nos mandaste a mamá y a mí al hospital? ¿Cómo me hiciste cada una de las marcas de mi piel? —No reacciono a sus carcajadas como él espera y le hablo con frialdad, sin alterarme—. ¿Qué pasó en tu última visita? Entraste exigiéndole a mamá que te follara delante de mí. Si no llego a interponerme en tu camino la revientas a golpes como las otras veces.

—¡Se lo merece! ¡Como tú! —Se remueve para intentar soltarse—. ¡Sois patéticos! ¿Crees

que podrás conmigo en un tribunal? ¡Tienes un larguísimo historial de peleas y violencia! Me van a creer a mí.

—Todo es relativo. —Le dedico una mirada de suficiencia—. Puedes salir por esa puerta ahora, meterte en un avión y desaparecer para siempre, o enfrentarte a las consecuencias de quedarte. Si lo haces, si te quedas en esta casa, recuerda que he intentado concederte clemencia.

—¡Nunca vas a detenerme! La próxima vez os mataré a los dos. Ya puedes vigilar bien tu espalda, hijo, porque pienso meterte una bala en la cabeza.

Solo necesito aguantar un poquito más y lo tendré fuera de mi vida para siempre. Llevo demasiado tiempo dudando, pero acaba de traspasar el límite.

Le miro lanzándome por fin a la piscina sin remordimientos. Ha llegado la hora de darle la estocada final.

—Ya lo hiciste una vez, ¿no? Con Danny.

—¿Cómo dices? —Su cara de confusión me divierte—. ¡Danny murió ahogado en la bañera!

—Tú lo hundiste y lo aguantaste bajo el agua. —El recuerdo de ese momento todavía me visita en sueños—. Lo vi todo, papá. Todo. Estaba escondido detrás de la puerta, había escuchado la fuerte discusión con mamá, con puños incluidos. Querías hacerle más daño, dejarla sin su hijo. ¡Era tu jodido castigo porque la acusabas de haberte engañado! ¡Decías que Danny no era tuyo!

Necesito conservar la calma o todo saldrá mal. ¡Pero me cuesta demasiado no impactar mi puño en su cara! Llevo un tiempo preparándome para darle puerta para siempre. Al cumplir los quince empecé a encararme con él, pero no logré ponerme a su altura hasta un año después, tras pasar muchas horas en el gimnasio entrenando para ganar fuerza y masa muscular. El tío está cachas de narices. Por eso lo mandé al hospital hace dos meses, para demostrarle de lo que soy capaz. Pero esta vez he preparado algo más definitivo. ¡Nunca volverá a destrozarnos! ¡Y no puedo pegarle si quiero que todo salga bien!

—¡Tu madre me engañó! —masculla con rabia—. ¡Se tiró a James durante tres meses! ¡Danny era su hijo! Lo sospechaba, por eso pedí pruebas de paternidad. Cuando lo descubrí decidí que no podía vivir, no con mi apellido ni en mi casa. La zorra de tu madre debía pagar por el engaño.

—Así que lo ahogaste. —Intento dejar el dolor fuera de mi voz, pero no lo logro del todo. Los recuerdos de ese día me atacan como si fueran puñales, pero necesito mantener la calma, no mostrar cómo me afectan.

—¡Sí! ¡Le metí la cabeza dentro del agua a propósito! No se golpeó tal como le conté a la policía. —Sus ojos se oscurecen—. Quería castigar a tu madre y al bastardo.

Duele. Oír cómo confiesa su crimen me parte en dos, sin embargo, he de encontrar la fuerza para mantener las apariencias, porque jamás le voy a dar la satisfacción de verme jodido por sus palabras. Soy mejor que eso.

Le dedico una sonrisa triunfal antes de mirarlo con suficiencia.

—Te he ganado, cabrón —le digo apretándole todavía más el puño en la camiseta—. Te tengo cogido por los huevos y nunca más vas a destrozarnos a hostias. Vas a pagar lo de Danny y vas a desear no haber hundido su cara en el agua.

Aprieto los puños para evitar que los recuerdos me debiliten. Están ahí, acechando, como en mis continuas pesadillas.

—Jamás podrás deshacerte de mí —me amenaza—. Si lo intentas te reventaré el cráneo.

—Intentalo. —Tiño mi voz de desafío—. Vamos, machote, dame el primer golpe. Estoy desando borrarle esa sonrisa de capullo a puñetazos.

Escucho el sonido de la sirena de la policía y sé que todo ha acabado para él. Por fin le tengo entre las cuerdas y, tras escuchar su confesión, mi madre no pondrá en duda mis decisiones.

Le dedico una mirada, está pálida, con los ojos húmedos y una expresión que me rompe el alma.

¡Manda huevos! ¡Ha aguantado un infierno y seguía defendiéndole! Ahora ya no lo hará porque descubrir su mano en la muerte de mi hermano le cambiará la percepción para siempre.

O eso espero.

Llaman a la puerta con decisión.

—¿Señor McLaren? —inquire una voz masculina muy seria—. Somos la policía. Tenemos una orden de arresto contra usted. ¡Abra la puerta!

No puedo evitar curvar mis labios en la mejor sonrisa de mi jodida vida.

¡El cabrón está acojonado!

Sé lo que le espera, cuál ha sido mi implicación en toda la trama y la difícil defensa que le queda.

Y soy feliz.

Soy la hostia de feliz de haberlo trincado.

—Ve a abrir —le digo soltándole de la camiseta—. A ver qué les puedes decir a los agentes de policía para limpiar tu nombre, papá. —La última palabra la digo con sarcasmo.

—¿Qué has hecho? —Su mirada asesina no logra esconder el miedo—. Si me la has jugado, vas a pagarlo caro. No vas a poder conmigo.

—Eso ya lo veremos.

Los agentes aporrean la puerta con mayor fuerza e insisten en sus peticiones, pero él no se mueve.

—Si me tocan un pelo, tu madre va a llevarse el mayor castigo —insiste en sus amenazas de mierda, pero ya no me afectan—. Te lo juro.

—Me importan una mierda tus juramentos. —Camino hacia el recibidor—. No tienes ni idea de cómo salir de este embrollo porque te he trincado bien. Y me la suda si me amenazas, porque eres un pobre diablo sin amigos ni forma de librarte del trullo. ¡Estás acabado!

Llego a la puerta con él y mi madre siguiéndonos los talones.

—¿Señor Bruce McLaren? —pregunta uno de los tres policías personados en la puerta, con la placa en una mano y una notificación en la otra.

—Soy su hijo. —Me giro un poco para dejarle a él a la vista y le señalo—. Ahí tienen a mi padre.

—Queda detenido por uso y adquisición de pornografía infantil y por corrupción de menores. —El policía se encamina hacia él.

—¿Qué? ¿Está loco? —Su cara muestra cómo le asombran esas acusaciones—. ¡Yo no he tocado a un niño en mi vida!

El agente se acerca con las esposas, seguido de sus compañeros. Mi padre no es una persona nada dócil y encima está puesto de alcohol hasta las trancas, así que se rebela repartiendo leña sin medir el efecto de sus actos.

No tarda en acabar en el suelo reducido por dos policías y con las manos esposadas a la espalda.

Cuando lo levantan para llevárselo, leyéndole sus derechos, me lanza una mirada asesina.

—¡Esto no va a quedar así! —me amenaza de nuevo—. ¡Voy a demostrar que tú eres el responsable de esta mierda! ¡Y cuándo lo haga voy a ir a por ti!

—Te deseo suerte. —Le guiño un ojo con un subidón de adrenalina—. La vas a necesitar.

Antes de salir, la policía nos explica la situación sin entrar en los detalles, que yo conozco a la perfección.

Cierro la puerta con un gesto de victoria. Si no estuviera la pasma al otro lado, incluso lanzaría un grito de guerra, de esos que dejas ir cuando al fin has vencido a tu enemigo.

—¿Lo mató él? —Mi madre se ha quedado atascada en una parte de la conversación. La rodeo con mis brazos y la acerco a mí—. ¿De verdad ahogó a Danny? ¿Y tú lo viste?

—Sí. —Reprimo los deseos de descargar mi furia sobre un mueble—. El muy cabrón tenía un careto de sádico que llevo viendo en mis pesadillas desde que era un crío.

Permito que el dolor circule por las venas y vuelvo a escuchar el forcejeo, cómo Danny chapoteaba con fiereza en la bañera mientras mi padre le sujetaba con fuerza. Y me odio por no haber hecho nada, por permanecer ahí mirando, muerto de miedo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Nos daba palizas cada día —susurro casi sin voz—. Y tú siempre salías más jodida. No podíamos hacer nada para solucionarlo.

—¿Qué ha cambiado ahora?

—Me voy a la universidad. No podía dejarlo libre sin temer las consecuencias. ¿Crees que se hubiera quedado quieto cuando estuvieras sola?

No contesta, se limita a encogerse.

—Le tengo reservada una sorpresa de la hostia. —Aprieto los labios—. Podía haberlo trincado antes, pero preferí esperar al momento justo. Hackeé su ordenador del trabajo y le metí un huevo de porno infantil del más fuerte. También he dejado rastros cibernéticos de visitas a la *deep web*, a páginas muy ilegales. Y lo he implicado en una trama de explotación infantil de una de esas páginas escondidas.

—¿Cómo? —Parece alucinada—. ¿Lo has implicado con esa escoria?

—Mejor que eso. Me metí en la red de la poli de delitos cibernéticos para dejarles miguitas de pan hasta los responsables de esa web. ¡Y papá estaba entre ellos!

—No entiendo cómo logras hacer esas cosas. —Leo confusión en su mirada—. Y ruego al cielo para que no te descubran nunca.

—¡La duda ofende, mamá! Soy un hacker cojonudo, por eso he entrado en el MIT. No me pueden trincar, soy el puto amo y lo he hecho de la leche.

Me ha costado lo mío, pero tenía claro que no iba a marcharme de esta ciudad sin dejar a mi madre protegida y esta solución era de las mejores.

Les doy a la poli un triunfo y me deshago del mayor cabrón de mi vida a la vez.

Sabía que tendrían la orden de arresto firmada a eso de las seis, me aseguré de ello. Ahora ya está hecho y podemos respirar tranquilos para siempre.

Paso con ella una hora, hablando de Danny, recordándolo y explicándole como puedo, lo sucedido en la bañera, pero me cuesta porque sigo encallado en la culpa y el dolor.

Tengo un huevo de trabajo, pero no es el momento de largarme del salón porque ella me necesita, y yo también necesito explicarle esa mierda, sacarla de mí, contar de una vez el secreto que guardo desde hace demasiado tiempo.

Siempre nos hemos tenido el uno al otro.

Mi madre llora y acabamos abrazándonos, transmitiéndonos consuelo, como si con un gesto así pudiéramos borrar lo sucedido.

Yo siempre me sentiré una mierda por haberle permitido a mi padre matarle.

Una vez en mi habitación, le doy golpes al saco de boxeo que tengo colgado del techo para acabar de sacar la rabia y vencer a los recuerdos.

La imagen de la cara de mi padre cuando ha entrado en casa se mezcla con sus ojos viles el día que hundió a mi hermano mayor en la bañera tras golpearlo, torturándome.

Media hora después me voy a la ducha exhausto, sudado y resollando, pero más entero.

Me visto con un chándal, trabajo en los carnets durante un par de horas para dejarlos perfectos y me meto en el sistema del colegio pijo para conseguirle una copia de los exámenes a mi cliente.

Cuando termino me conecto con el juego online que me ha permitido relacionarme con mis amigos virtuales durante los últimos años.

En unos meses nos vamos a encontrar en el MIT.

Formamos un equipo cojonudo en el juego y compartimos nuestros conocimientos de informática para ser los hackers más impenetrables de la red.

Me duermo pasadas las cuatro, apenas me quedan tres horas de sueño, pero esta noche van a ser suficientes.

Por la mañana decido coger hora en un estudio de tatuajes. Me prometí hace mucho tiempo que cuando mi padre estuviera fuera de mi vida para siempre iba a utilizar mis brazos de lienzo para dejar constancia de algunos logros. Y haberlo mandado al trullo es el mejor para empezar.

Mañana me taparé sus muescas en mi piel con dibujos y lo quitaré para siempre de mi vida.

Capítulo 3

Brenda

Junio 2018

Resoplo, ansiosa, cuando veo la maleta preparada en la entrada. Ya es oficial: me voy al MIT. Después de años de lucha para llegar hasta aquí, ahora solo me quedan cuatro horas para subirme al avión y llegar a mi nuevo destino.

Estoy tan contenta y nerviosa...

Mi madre, Ester, Rocío y Mila están sentadas alrededor de la mesa del comedor de nuestro pequeño piso. Han traído un montón de porquerías de chocolate para ponernos moradas durante la despedida y han añadido una botella de un cava buenísimo para brindar.

—¡Mañana no podrás beber de forma legal! —Mi madre choca su copa con la mía—. Y encima estarás a miles de kilómetros de distancia.

—Como si me gustara beber... —Le guiño un ojo y enseguida me pongo triste—. Os echaré muchísimo de menos. Llevamos tantos años juntas que esta aventura me parece complicada sin vosotras.

—¡Pobre de ti como nos olvides! —Ester me lanza un beso—. Vamos a estar siempre en el chat, viendo los episodios que tocan y comentando.

—¡Necesitamos desesperadamente que sigas informándonos sobre la quinta temporada de *The Royals!* —añade Mila—. ¡Esos de E Entertainment son unos capullinos porque nos han dejado con un *cliffhanger* de narices, y llevan más de un mes sin dar noticias de la temporada cinco.

—Siempre nos quedará *Outlander*. —Mi madre suelta un suspiro y me abraza—. No será lo mismo sin ti, Bren. Sabía que llegaría el día de enviarte a la universidad, pero nunca pensé que sería al otro lado del charco ni en la misma que tu padre.

—Heredé sus genes. —Intento no ponerme más triste de lo necesario, pero me cuesta reprimir las lágrimas—. Y ahora voy a seguir sus pasos.

No les he contado la verdad acerca de mis pretensiones ni de la búsqueda intensiva que realicé por internet hace años. Desde entonces no le he perdido la pista a mi padre. Ahora es catedrático en el MIT.

Quiero conocerle, eso es todo. No tengo ningún plan respecto a él porque la idea de plantarme en frente y decirle *hola, soy tu hija* no me seduce. Quizá por eso no se lo he contado a mi madre ni a las chicas. A ella le afecta recordarle y hasta que no me aclare respecto a mis intenciones no vale la pena preocuparla.

Tardó trece años en hablarme de él.

A veces me planteo la posibilidad de que todavía le importe porque me extraña esa forma de guardarse lo sucedido. No es tan horrible, se quedó preñada a los dieciséis después de un *affaire* de fin de semana.

Fin de la historia.

Aunque intuyo que hay más en ella.

Mi madre es alocada, feliz, despreocupada, pero no es de fácil acceso para los hombres, apenas ha tenido cuatro relaciones serias estos años y no la veo muy puesta en el sexo ocasional.

No obstante, es posible que todo sea una paranoia mía y me esconda sus líos.

—¡Eh, Bren! —El tono de Mila me saca de mis cavilaciones—. No te hagas de rogar y contéstame.

—¿Puedes repetirme la pregunta?

—¡Estabas en las nubes! —se mofa Ester—. Te decíamos que ha llegado la hora de abrirse a la posibilidad de besar a un tío. ¡No puedes seguir toda la vida en plan monja!

—En este pueblo es imposible, ya lo sabes. Los de mi edad no me tienen ningún tipo de aprecio. —Es la conversación de siempre, por eso me lo tomo a risa—. Además, los tíos están sobrevalorados. Yo voto por la independencia femenina.

—Independencia sí, pero siempre bien follada. —Rocío suelta una carcajada—. Has cumplido dieciocho hace un mes, Bren. No puedes seguir sin tener algún tipo de relación con un hombre. Has de desmelenarte o te saldrán telarañas ahí abajo.

—¡Y pegarte buenas juergas! —añade mi madre—. Fíjate en nosotras, somos la viva imagen de cómo pasarlo bien.

—Has crecido con el cuarteto feliz. —El comentario de Mila pone la puntilla antes de estallar todas en risas divertidas.

Una vez me suba a ese avión voy a dejar atrás esta vida y me dolerá un montón. Quizá he pasado mucho en la escuela y en el instituto, pero me olvidaba de todo al llegar a casa y contar con ellas.

A partir de mañana voy a tener que valerme por mí misma y, aunque adoro las matemáticas, me puede la ilusión de conocer a mi padre y me emociona estudiar en un lugar como el MIT, no dejo de estar muerta de miedo ante este salto al vacío.

La última media hora antes de salir rumbo al aeropuerto la usan para darme mil consejos sobre cómo pasarlo bien y cómo ligar.

Me cuentan cómo preparar los mejores combinados, cuáles son los remedios contra la resaca, cómo aguantar al día siguiente tras una noche en vela y acaban con una charla demasiado subida de tono sobre las relaciones esporádicas. Como colofón, cada una de ellas describe un par de trucos infalibles para poner a un tío.

Es el mundo al revés...

Las quiero muchísimo y, a pesar de escucharlas un poco escandalizada, sé que cuando llegue al MIT me faltará su vitalidad.

Salimos para el aeropuerto con tiempo de sobra. Vamos las cinco apretujadas en el utilitario de mi madre, con la música a todo trapo, cantando y riendo.

Sin ellas jamás hubiera conseguido superar el *bullying*, lo sé.

Los trámites para embarcar me pasan como una exhalación. Las cinco estamos nerviosas y no paramos de parlotear de cualquier cosa, pero sin mencionar en ningún segundo mi próximo vuelo.

Frente a la cola del control de pasaportes, las abrazo muy fuerte, con lágrimas en los ojos. No me había parado a pensar en este momento, prefería dejarlo llegar sin preocuparme con anticipación y ahora estoy a punto de romperme de tristeza, pero a la vez estoy entusiasmada con mi futuro.

—Llámame al llegar —solicita mi madre enjugándose las lágrimas—. Y no dejes de conectarte al chat. —Vuelve a abrazarme tan fuerte que me deja unos segundos sin respiración—. Y sé muy feliz, Bren. Haz todo aquello que siempre has soñado.

—Te quiero —yo también la aprieto contra mí— muchísimo, mamá.

—Yo también, pequeña.

Me suelto y abrazo otra vez a las chicas. No he tenido una niñez ni una adolescencia

normal, no he crecido con amigos de mi edad, pero ellas lo significan todo para mí y se me hace muy doloroso dejarlas atrás a pesar de ir en busca de mi destino.

—Intentaré conseguir algo de dinero para venir en Navidad o en cualquier otro periodo de vacaciones. —Me separo de ellas para dirigirme a la cola. Si no lo hago pronto no me subiré a ese avión—. Y prometo ser muy pesada en el chat. Os quiero.

—¡Y nosotras a ti! —contestan a la vez.

Y las dejo ahí, con el corazón encogido y echándolas ya en falta.

El vuelo hasta Madrid me lo paso en estado de ansiedad ante lo desconocido.

Es la segunda vez que salgo del pueblo, la primera fue hace unos meses, cuando me vine a la capital a realizar las pruebas del SAT obligatorias para presentar mi aplicación a la universidad. Entonces hice el viaje con la incertidumbre del momento. En el MIT solo hay ciento cincuenta plazas para estudiantes extranjeros al año y no sabía si lo lograría.

Rellené la solicitud temprana, mandé mis notas, las cartas de recomendación de mis profesores y mis investigaciones acerca de algunos de los enigmas matemáticos más importantes de la historia, aunque, evidentemente, no he resuelto ninguno de los siete conocidos. También añadí un esbozo de mis ideas para realizar un estudio detallado de la conjetura de Collatz y sus números de granizo.

A mi padre le apasionan las matemáticas escondidas en el arte, a mí me obsesionan esos siete enigmas no resueltos, aunque también estoy abierta a las aplicaciones de las matemáticas en la ingeniería o en cualquier otra área. Creo que en realidad mi pasión es para la lógica que se esconde detrás de las operaciones. Me parece súper electrizante.

Por suerte, unos pocos meses después recibí una propuesta de entrevista y más adelante una fecha para realizarla por Skype. Al otro lado de la pantalla se presentó la profesora Lambert. Es una mujer de unos cuarenta y largos, seria, con gafas y una forma de hablar bastante contundente. Estaba como un flan, pero conseguí contestar a todas sus preguntas sin ninguna complicación.

Y aquí estoy, en el aeropuerto, a punto de embarcar en el último avión rumbo a Boston para asistir a un curso de verano e iniciar mi nueva vida.

Llego a Estados Unidos unas horas después, con el sueño acosándome. Apenas he logrado cerrar un ratito los ojos debido a los nervios, a la excitación y a la realidad de dejar atrás el mundo conocido para embarcarme en una aventura apasionante.

Sigo las indicaciones de mi navegador para encontrar el transporte público que me va a llevar directa a la residencia, donde me han asignado una habitación compartida.

Son treinta minutos en un autobús y después diez en metro.

Subo las maletas tras comprar el billete y localizar el vehículo correcto.

Es de noche, pero, aun así, intento captar los detalles de mi nuevo hogar cuando iniciamos el recorrido.

Al llegar a la South Station, tardo un poco en encontrar la entrada al metro, llamado Alewife. Parezco una auténtica pueblerina cuando doy vueltas de un lado a otro buscando la línea que me llevará hasta Kendall.

Estoy muerta de cansancio cuando al fin diviso el campus y me quedo unos segundos llenándome con los detalles que consigo captar en la oscuridad.

Es alucinante estar aquí.

Me encamino hacia Baker House, la residencia que me han asignado. La mayoría de las habitaciones son individuales, pero a mí me toca una compartida con una tal Faith Tolleson, una

estudiante de ingeniería informática, dos años mayor que yo, de la que apenas tengo algunos datos sueltos. Es latinoamericana, de padre estadounidense y madre mexicana.

Al llegar a la residencia me recibe un chico joven del último curso llamado Josh, que se presenta como el supervisor de los estudiantes de la residencia y la persona a la que debo acudir para solucionar cualquier problema.

Es muy amable y me indica con rapidez las cuatro cosas importantes del lugar.

Me enseña las salas comunes, la cocina, la zona para limpiar la ropa, el gimnasio y los baños comunitarios.

Luego me acompaña a mi habitación ayudándome con la maleta y me deja anotado su teléfono y dónde está su cuarto por si necesito alguna cosa.

Faith llegó el viernes pasado, así que me dispongo a conocerla en unos minutos.

Abro la puerta con una especie de entusiasmo mezclado con inquietud.

La decoración de lo visto hasta ahora es funcional, sin demasiados colores estridentes, con muebles cómodos y perfectos para cada una de las funciones.

—¿Quién eres tú? —me saluda una voz de hombre al abrir del todo.

Es un chico alto, guapo, moreno, desnudo de cintura para arriba y lleno de tatuajes en los brazos. Mi mirada no logra mantenerse quieta y le recorre los músculos del torso con un estremecimiento. ¡Madre mía! Debe ser adicto al gimnasio.

Me detengo un segundo en el tatuaje de su pecho, dibujado con tinta tan roja que parece sangrar. Está justo sobre su corazón, en el lado izquierdo del cuerpo, y se ve muy solitario.

4Ever 3A, es lo que pone.

No le pega para nada.

La obra de arte de sus brazos, donde varios dibujos en blanco y negro le ocupan toda la extensión de piel, dista mucho de esas letras con un mensaje oculto. Distingo un reloj de cadena envuelto con una esfera con números romanos, un ojo enorme, una fecha y algunas letras japonesas en medio de la cenefa que une todos los objetos.

Lleva el pelo levantado en un tupé y un poco rapado por los lados. Su mirada parece asqueada, igual que su expresión.

No se molesta en levantarse, solo me observa con esa mueca de repugnancia, como si le importunara mi presencia.

—Es mi habitación —anuncio un poco descolocada—. Y la comparto con Faith Tolleson. ¿La conoces? ¿Estás esperándola?

—Faith pasará las noches con Quincy en mi habitación y yo voy a dormir aquí. —Su tono es arrogante y muy maleducado—. Así que no me toques los huevos e instálate sin hacer ruido. Quiero dormir.

¿De qué va? Me molesta ese tonillo, su mirada desafiante y sus palabras, pero inspiro hondo y ensancho mi sonrisa.

—Debe ser una broma, ¿no?

—¿Tú me ves cara de estar de coña? —Sus ojos se oscurecen, como desafiándome—. ¡Pasa de una jodida vez! ¡Y cierra la puerta!

Inspiro con resignación.

—¿Te importa si llamo a Josh para aclarar la situación? —pregunto intentando por todos los medios no ofuscar me por su arrogancia.

—Por mí como si llamas a la poli. —Sus labios se arquean en una sonrisa taimada—. Josh va a dejar que me quede aquí fijo.

Acabo de entrar la maleta, pero dejo la puerta abierta. Estoy cansada, solo quiero

estirarme y dormir y este chico me está incomodando.

La idea de compartir habitación con alguien del sexo masculino no entra en mis planes.

Saco el teléfono del bolsillo del vaquero, donde lo acabo de guardar, y le mando un mensaje a Josh.

B: *Hay un chico en mi habitación en vez de Faith.*

J: *Tranqui, tía. Es Mac. ¿Te molesta?*

B: *Un poco.*

J: *Lo siento, pero con él hacemos la vista gorda. Tenía una individual, pero le hemos colocado con Quincy y Faith quiere dormir con él... Tú ya me entiendes.*

B: *No, no te entiendo ni quiero hacerlo. No puedes dejarme en una habitación con un tío. ¡Es totalmente inadmisibile!*

J: *Venga, tía, enróllate. Estamos en la uni y todavía es verano. No seas así.*

B: *¿Quién es el adulto responsable de esta residencia? Voy a hablar con él y, quizá, cuando le cuente lo que pasa, le moleste averiguar que su supervisor estrella se pasa las normas por el forro.*

J: *Respira hondo y relájate. Mac no es tan malo.*

Estoy enfadada y si le tuviera delante le diría de todo menos bonito. Me repatea que un indeseable esté a punto de fastidiarme mi primera noche en Cambridge. Bueno, en realidad son dos indeseables, porque el tío de la cama tiene parte de culpa. Y, aunque he intentado ser amable, me enfurece lo que está sucediendo.

Josh deja de contestarme a mis siguientes mensajes y el móvil del tal Mac empieza a sonar. Lo coge mirándome con irritación, como si acabara de insultarlo.

Habla con monosílabos mientras yo intento contactar de nuevo con Josh. Le mando tres mensajes más, que evidentemente no reciben respuesta, y acabo marcando su número, pero comunica.

—¿Vas a cerrar la puerta de una jodida vez? —gruñe el chico cuando termina la conversación—. No te esperábamos hasta mañana y quiero intimidad.

—Ya somos dos.

—Pues entra ya y deja la maleta para deshacer mañana. ¡Estaba durmiendo!

—En mi habitación.

Se incorpora un poco en la cama mirándome con fastidio.

—¡No seas plasta, tía! Voy a dormir aquí tanto si te gusta como si no, así que deja de darme la brasa y métete en tu cama.

—¡Me meteré cuando quiera! ¡Jolin! ¡Eres muy pesado!

—¿Acabas de decir jolin? —Suelta una carcajada—. Tía, eres una mojigata de la hostia. De verdad, no sé de dónde sacan estos especímenes en esta universidad. ¡Estáis en extinción!

Me duele la palabra que usa porque me recuerda al instituto y el tono me enfada un montón. Quizá por eso mi paciencia se desborda y le miro con los brazos en jarras.

—¡Mojigata tu madre! —suelto airada—. ¡Voy a salir en busca de alguien responsable de la residencia y te va a echar a patadas de mi habitación!

—Eso mismo me acaba de explicar Josh. —Me dedica una mirada suspicaz—. Pero no lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? No pienso dormir con un chico en la misma habitación. Se estira apoyado en el cabezal, sin dejar de mirarme. Coloca una mano detrás de su

cabeza y curva los labios hacia arriba adoptando una expresión chula que intenta intimidarme sin éxito.

—Si te chivas voy a destruirte —explica en un tono glacial—. Puedo meterme en tu ordenador, usurpar tu identidad, cambiar tus notas... Ni te imaginas la cantidad de putadas que puedo hacerte sin pestañear.

—Uy, ¡qué miedo! —Meneo la mano—. Mira cómo tiemblo.

—Atrévete a desafiarme —añade—. Y te destrozaré.

Hay algo en su voz que me produce una descarga de pánico. Es como si su amenaza fuera muy real y pudiera lastimarme de verdad.

Alarga la mano para alcanzar un portátil que está en reposo en la mesilla de noche. Durante unos largos minutos teclea absorto en la pantalla, como si yo no estuviera aquí. Intento hablarle, pero ignora todos mis esfuerzos. Y no sé por qué no me muevo. No lo entiendo. Debería salir de la habitación para encontrar ayuda y sacarle de aquí, pero me quedo quieta, mirando cómo teclea.

Me fijo en su postura. Se le marcan los músculos de los brazos, tiene la mandíbula apretada y sus dedos surcan el teclado a una velocidad de vértigo. Sus ojos refluyen casi con hielo, están fijos en su portátil, y la maravillosa tableta de chocolate que cubre su torso está en tensión.

De repente, levanta la cabeza, clava sus ojos en los míos y se relaja para dedicarme una mueca de absoluta socarronería.

—¿Todavía quieres joderme? —Señala mi mano—. Mira tu móvil y decide qué hacer a continuación.

Tiemblo un poco al desbloquearlo por culpa de su forma de decirlo. Su voz parecía llena de puntas de puñal capaces de rasgarme la piel.

—En los mensajes —añade cuando me ve indecisa.

Abro la aplicación y me quedo sin respiración. Durante unos segundos no sé hacia dónde dirigir mi mirada, estoy a punto de ponerme a gritar.

—¿Pero qué narices...? —le espeto.

—Eso solo es un aperitivo de mis capacidades informáticas. —Me dedica un guiño licencioso—. Soy el mejor hacker del planeta, por eso estoy en el MIT.

Me acerco a él con la rabia escalando posiciones en mi cuerpo. Quiero matarlo.

—¿Cómo has podido?

Mi furia alcanza un grado superlativo y me ciega la razón porque me encuentro frente a él descargándole un puñetazo en el pecho y, claro, él no tiene ningún problema en interceptarlo cogiéndome del brazo sin desmelenarse un pelo ni hacerle el menor daño al ordenador.

—Tía, córtate un poco. —Aprieta los labios—. Soy mercancía de lujo y nadie la estropea. Y mucho menos una mojígata tocapelotas.

—¿Te crees un dios? —le escupo a la cara rebelándome contra la sujeción—. ¿Es eso? ¿Piensas que eres irresistible y que cualquier tía caerá rendida a tus pies? —Sacudo el brazo con más fuerza para intentar soltarme—. ¡Pues conmigo lo llevas claro! No eres para nada mi tipo. A mí los creídos y superficiales me parecen una pérdida de tiempo.

—¡Joder, tía! —suelta con chanza—. ¿Te crees que me interesa conocer tu tipo de tío? Es fácil de imaginar, te molan los nerds con pantalones de vestir y mocasines. ¡Y sobre todo que no tengan ni un simple tatuaje ensuciando su piel!

—No tienes ni idea. ¡Apenas me conoces!

—Te tengo calada. Eres fácil. Una mojígata, virgen y aburrida.

—¡Vete a freír espárragos!

Un par de carcajadas explotan en la habitación. Su torso se mueve al son de la risa y consigue encenderme más. ¡Este chico es un mal bicho!

—¿Puedes hacerlo un poco más patético? —Me señala con una mueca cruel—. ¿Vete a freír espárragos? ¿En serio? ¿No sabes insultar? ¡Patética, tía! ¡Eso es lo que eres! Dale un poco de mala leche a tu forma de hablar, di algún taco, no le hará daño a ese aura de virgen que me gastas.

—¡Que te den!

—No, tía, no. Es mucho más efectivo decir que te jodan.

Callo. Contestar no está surgiendo ningún efecto, le da la vuelta a cada una de mis palabras hasta convertirlas en armas arrojadas contra mí. Y no voy a ganarlo en este duelo verbal. Queda clarísimo. En poco menos de dos minutos me ha llamado mojígata, virgen y patética. Y encima me ha hackeado el móvil.

—¿Puedes soltarme para que pueda arreglar tu intrusión en mi teléfono? —Le doy un golpe en el brazo con la mano.

—Cierra la puerta, quédate en tu lado de la habitación y no vuelvas a hablarme en toda la noche. —Me suelta con un gesto brusco y yo doy un par de pasos atrás para apartarme de él—. Ahora ya sabes de lo que soy capaz. Chívate y esto será una tontería porque te usurparé hasta tu cuenta del banco.

Capítulo 4

Dylan

Se me queda mirando con una mueca de antipatía y, de repente, curva un poco los labios en un mohín. Parece inquieta y cabreada.

—Esa amenaza no te va a valer de nada —dice con un conato de sonrisa en sus labios. La muy imbécil cree que me ha ganado en algo. ¡Qué patética! ¡Joder!—. No tengo cuenta de Facebook ni de Instagram ni de Twitter ni nada parecido. No me interesan las redes sociales.

—¿He dicho ya que eres patética? —Lo repito porque me está siendo tan fácil llamarlo a la cara que hasta me felicito a mí mismo—. ¿Qué tía de hoy en día no tiene redes sociales? ¿Una marginada? ¿O solo eres una mojigata que se escandaliza con compartir una parte de su vida con los demás?

¡Y van dos de cada! ¡He vuelto a llamarla mojigata a la cara! Esa palabra le duele un cojón, lo noto en sus expresiones faciales. ¡Son como señales de humo! Esta tía no sabe mentir ni mantener la cara de póker, sería una pésima jugadora, se notaría que va de farol a la legua.

Solo me queda hacerle confirmar en voz alta que es virgen y me podré dar una palmada mental para celebrar mi victoria. Porque estoy seguro, esta tía no ha catado un hombre en su vida. Quizá, si lo hiciera, se le quitaría la escoba que lleva en el culo y ese intento de aura angelical que la precede.

Aunque no la imaginaba así. Tiene más carácter del que me esperaba, y no se ha echado a llorar en ningún instante. Quizá necesita un poco más de marcha para mostrar sus lágrimas.

Está de pie en medio de la habitación, al lado de su maleta. No se ha movido demasiado desde su intento de pegarme. ¡Es la hostia! La tía se pensaba que podría tocarme un pelo, como si fuera un medio mierda incapaz de defenderme. Sonríe. La muy idiota no contaba con mi reacción. Mi cuerpo no lo toca nadie sin mi permiso, es demasiado valioso para regalar caricias a cualquiera.

La observo con chulería, repasándola con un toque de lascivia en la mirada, como si quisiera marcar el terreno para ruborizarla. Empiezo en las piernas desnudas y voy ascendiendo mientras paseo la lengua por mis labios. Me detengo un segundo en los pantalones cortos para ponerla nerviosa y sigo escalando hasta sus pechos. Lleva una simple camiseta de tirantes con escote redondo que no deja ver ni un milímetro del canalillo. Sin embargo, sus tetas quedan marcadas a través de la tela. Son redondas y perfectas.

—¿Has acabado? —suelta, dejándome un momento desconcertado con su tono hastiado. Esperaba escandalizarla, pero no ha funcionado.

—Tengo a una virgen en mi habitación. Solo estaba intentando entender por qué los tíos no quieren follarte.

—¿Te has parado a pensar que quizá es al revés? —Me fulmina con la mirada—. Hacen falta dos para hacerlo.

—¿Hacerlo? —Suelto una carcajada—. ¡Tía! ¡Dilo con todas sus letras! ¡Follar! Solo una jodida puritana hablaría así. ¡Estás en la universidad! ¡Suéltate el pelo!

—El sexo solo es una parte de una relación. Hay mil cosas en la vida más interesantes que pasarse el día retozando como animales.

—¿Lo has probado? ¿Has experimentado el placer de follarte a un tío mientras te corres?

No me pasa desapercibida su mueca de ansiedad. No le gusta hablar de este tema, pero estoy a punto de que confiese y no me lo voy a perder por nada del mundo. Quiero escucharla admitir que es una jodida virgen.

—¿¡A ti qué más te da!? —Ahora se pone a la defensiva. ¡Punto para mí!—. Tienes pinta de ir detrás de cualquier falda, sin importante para nada su propietaria. ¿Has probado alguna vez de descubrir a las chicas a las que te llevas a la cama? ¿O solo te interesa pasarlo bien un rato? —Le dedico una sonrisa de suficiencia—. Lo imaginaba. Solo buscas el subidón del sexo, pero luego estás vacío y solo. ¡Tú sí que eres patético!

¿En serio esta niñata acaba de llamarme patético? ¿Cómo se atreve a insultarme así a la cara? Dejo el ordenador en la mesilla, me levanto de un salto y me acerco a ella, intimidante. Es alta, casi tanto como yo, pero mis músculos y mi expresión furiosa suelen acojonar a las pavas como ella.

—Vuelve a llamarme patético y te borraré esa sonrisa de cuajo. —Me coloco a pocos centímetros de su cara para que sienta mi amenaza con más intensidad—. Las tías vienen a buscarme, quieren sexo salvaje conmigo y es lo que les doy. ¿Acaso crees que voy a rebajarme a algo tan estúpido como el amor o las relaciones?

—Eso sería lo normal, pero claro, tú de normal no tienes ni un pelo. —Le da un toque de sarcasmo, sin dejar de desafiarme con la mirada.

Da un par de pasos atrás para apartarse de mí y noto que a pesar de la ironía de su voz está temblando.

—Porque soy un ser superior —rebato en tono socarrón, volviendo a pegarme a ella—. ¿Me has visto bien? Soy un dios del placer, las tías babea por mí.

—No todas. —Otro paso atrás—. A mí me pareces un chulo barato que seguro que se desinfla a la mínima. —Me repasa el cuerpo con la mirada en un intento de parecer tranquila. Se detiene en mi pecho, levanta el índice y añade—. Ese tatuaje no pega con tu imagen de chico duro.

Me está cabreando. ¿De qué va?

—¡A ti no te importa una mierda mi tatuaje! —No la dejo escapar y avanzo hacia ella haciendo que retroceda hasta chocar con su cama—. ¿Eres virgen, verdad? ¿Nunca en tu vida has tocado una polla? ¿Ni la has tenido dentro? —Utilizo un tono letal—. ¿Quién iba a querer tirarse a una frígida como tú? ¡No puedes ni soltar un taco! ¡Y seguro que debes ser un muermo en la cama! ¿Te masturbas como mínimo? ¿O eres tan puritana que no te has tocado en la vida?

Intenta dar otro paso atrás y se da un golpe con la cama, que la desestabiliza haciéndola caer sentada en ella. Yo me inclino hasta rozarle la oreja con mi aliento.

—Deberías calmarte un poco —musita, sin lograr ocultar el miedo de su voz cuando siente mi aliento en la cara.

—¡Y tú deberías meterte en tus asuntos! Si vuelves a hablar de mi tatuaje te arrancaré el corazón y lo haré trizas.

Ahoga un gemido asustado, pero en vez de reaccionar como yo esperaba, se aparta con decisión y levanta la mirada para sostenérmela. A pesar de su clarísimo temblor y del miedo que exuda su posición, se mantiene firme.

—Ya comprendo —dice con mucha suavidad—. Acabo de tocarte la fibra sensible. Lo siento, supongo que hasta un perdonavidas como tú tiene debilidades.

—¡Que te jodan!

Doy la vuelta y me aparto de ella para no darle una hostia. Nadie me insulta a la cara y menos una niñata como ella.

Me estiro en la cama de Faith con un brazo bajo la cabeza, mirándola con chulería y buscando la forma de tranquilizarme.

—¿Sabes? —Ahora su tono contiene un poquito de emoción, como si se creciera al pensar que me ha ganado en una batalla—. La mayoría de los tíos duros esconden un corazón y el día que se enamoran se dan cuenta de ello. Ser prepotente solo es una barrera contra los sentimientos. Están ahí, a pesar de que los niegues.

—Patética. Con todas las letras. —Le dedico una sonrisa torcida—. Pensaba que tenías un polvo, pero después de escucharte tengo claro que no te follaría aunque me lo suplicas de rodillas.

—¿Y qué te hace pensar que haría algo así?

—Todas las tías quieren pegar un polvo salvaje conmigo. —Me señalo el torso desnudo con una expresión arrogante—. Mírame, tía. Tengo un cuerpo dotado para el pecado, un montón de experiencia y a todas babeando por mí.

—Entonces todo solucionado. —Coge el móvil que se había guardado en el bolsillo del *short* vaquero y empieza a trastear con él—. Tienes donde elegir para dejarme a mí en paz. Total, no te interesa una virgen y no te acostarías conmigo por nada del mundo, ¿no? Pues es una suerte porque a mí me pasa lo mismo con alguien como tú. Aunque no puedas entenderlo, voy a explicarte algo, así, de gratis. Para mí ha de haber algo más que placer para estar con alguien, y no pareces demasiado profundo, más bien uno de esos tíos superficiales con demasiado ego.

Suelto una carcajada sarcástica y la miro con desprecio.

—Ahora vas a soltarme que te estás reservando para tu jodido príncipe azul. —La buena noticia es que ha aceptado en voz alta que es virgen y que eso ha mejorado mi humor. La mala es que me resulta tan estúpida en su forma de pensar que hasta me dan arcadas—. Una gilipollez de mojigatas.

—Pues si ser virgen y mojigata son las cualidades que me mantienen alejada de chicos como tú, me siento afortunada de ser ambas cosas.

¡Punto para mí! ¡La muy pardilla lo ha dicho alto y claro!

Me permito una anchísima sonrisa de satisfacción. Ha valido la pena el cabreo porque he conseguido mi objetivo.

—Tú te lo pierdes.

Me enderezo en la cama y me coloco el portátil en las piernas para consultar un par de cosas mientras ella sigue intentando deshacerse de mi hackeo.

Mi sonrisa se convierte en perversa. No tiene ni idea de con quién se la juega. Voy a destrozarla y no se dará ni cuenta.

—¿Qué le has hecho a mi móvil? —pregunta tras unos minutos de infructuoso intento de recuperar el control del teléfono—. ¡Les has enviado un mensaje muy grosero a mis contactos y ahora me has bloqueado! Necesito explicarles que un chico arrogante y con ganas de fastidiarme lo ha hecho por mí. ¿Puedes dejarme en paz de una vez?

—¡Tía! ¡En serio! Has de aprender a insultar y soltar algunos tacos o acabarás matándome por hiperglucemia. —Me pongo los dedos en la boca y hago el gesto de vomitar—. Guárdate tus nubes de azúcar para envenenar a mojigatos como tú.

Está mirando la pantalla de su móvil con creciente cabreo en sus ojos. ¡Pobre ilusa! Cree que voy a darle de nuevo el control. Hasta estar seguro de que no irá a chivarse a la dirección de mi incursión en su habitación, ya se lo puede quitar de la cabeza.

Faith y Quincy necesitan intimidad y no va a ser esta niñata quien se lo impida. Antes la jodo hasta el fondo.

—Por favor. —Noto cómo contiene la furia al hablar—. ¿Puedes dejar de fastidiarme de una vez y devolverme el control de mi móvil? Quiero irme a la cama.

—Vamos a darnos un tiempo para conocernos antes de eso. —Le guiño un ojo y me paso la lengua por el labio superior—. De momento me pones cero. ¡Tía! ¡Pero si mi polla está más flácida que nunca! Creo que no se me levantaría todavía, necesitaría un poco de marcha, como tu boca lamiéndola.

—Te contradices. —Niega con la cabeza, sin rebajar el mosqueo de sus ojos—. Hace unos segundos has afirmado que no te acostarías conmigo por nada del mundo. ¿A qué viene ahora esa insinuación? Me marea tu forma de cambiar de opinión. Sé más decidido, ¡por Dios!

La última parte de su discurso ha sonado mordaz. Cuando Faith me habló de ella, nunca imaginé que tuviera este carácter ni que se iba a encarar conmigo de esta forma, me pareció una cursi sin capacidad de defenderse.

A pesar de mi repulsión hacia la situación, le confiero una pizca de admiración. Otra en su lugar llevaría un buen rato llorando y es loable su falta de desesperación. Pero eso no va a alejarme ni una coma de mi cometido, aunque una gata salvaje es mucho más difícil de domesticar que una pava.

—Voy a seguir manteniendo el hackeo hasta estar seguro de que no le vas a ir con el cuento a nadie —mascullo mirándola con rabia—. Y eso también incluye ese tipo de comentarios sarcásticos. Ya sé que no puedes resistirte a mi presencia, pero deberías cortarte un poco.

Su móvil empieza a sonar. Contesta la llamada con rapidez y está un rato explicándole a su madre lo que imagino es su versión reducida de lo sucedido. Espero que no incluya mi estancia en la habitación ni mi intención de seguir siendo su compañero hasta que me salga de los huevos.

Sé que es su madre porque tengo el teléfono clonado en mi PC y veo cada uno de sus movimientos.

Mientras charlan consulto mi móvil y un conato de taquicardia me asalta. El capullo de mi viejo lleva años mandándome mensajes desde la cárcel, pero este último mes se han incrementado. Están llenos de amenazas claras, de rabia y de maldad. Si alguna vez saliera del trullo iría a por mí y a por mi madre.

Cuando Brenda cuelga, me lanza una mirada asesina.

Dejo mi teléfono en la mesilla y aplaco mis pensamientos acerca de mi padre para concentrarme en ella.

—¿Va a durar mucho más tu ataque de bravuconería? —pregunta hastiada de la situación—. Estoy muy cansada, me gustaría dormir.

—Vamos a hacer una cosa —propongo asintiendo con la cabeza—. Te devuelvo el control de tu móvil si cierras la puerta y te quedas calladita en tu cama. Pero ten claras las consecuencias si mañana te vas de la lengua. Voy a dormir aquí hasta que me salga de las pelotas. ¿Queda claro? Piénsalo, he conseguido hackearte en tres minutos, imagina lo que podría hacer si me provocas.

—Me ha quedado claro. —Asiente—. Mañana intentaré que me cambien de habitación y así todos contentos.

—¡Ni de coña! El trato es clarísimo. Tu libertad a cambio de tu silencio. Y con tu silencio quiero decir tu absoluto compromiso por no joderme.

—¿Por qué no me puedo cambiar de habitación? —pregunta exasperada—. La idea de compartirla contigo me molesta. Si me voy, ganaríamos los dos.

No puedo permitirlo, eso lo arruinaría todo.

Tenso la mandíbula un segundo al imaginarme la situación y niego con la cabeza de forma contundente.

—Harían demasiadas preguntas.

—Está bien —acepta a regañadientes—. Vamos a pactar unas normas básicas de convivencia. Si te quedas en tu lado de la habitación y me ignoras, podría soportarlo.

—Tranquila, mojjigata. No tengo ninguna intención de relacionarme con una tía como tú.

—Entonces, todo arreglado. —Se pone en pie sin soltar el móvil—. Ahora, ¿puedes darme el control de mi teléfono?

—Ni se te ocurra volver a jorobarme porque tu imaginación no alcanza a sospechar hasta dónde puedo llegar para destrozarte.

—Estamos entrando en un bucle. —Ya ha perdido el tono sarcástico o beligerante, ahora solo parece cansada—. Y hemos cerrado el trato. ¿Puedes ya dejar de hablarme?

Tecleo en el ordenador para deshacer el hackeo y lo dejo encima de la mesilla de noche para apagar la luz e ignorarla como respuesta.

Me coloco de cara a la pared para no verla ni un segundo más de lo necesario y cierro los ojos.

La escucho trajinar con el móvil y con la maleta durante un rato. Los ruidos me joden un huevo, nunca se me ha dado bien dormir con ellos y hoy ha sido un día largo de narices, necesito recargar las pilas.

—¿Quieres meterte en la cama de una jodida vez? —bramo sin darme la vuelta.

No contesta, se limita a moverse por la habitación más despacio, intentando no molestarme tanto.

Arrastra la maleta, abre la cremallera, supongo que busca en ella y se encamina hacia el armario para abrir la puerta. La imagino cambiándose detrás para evitar que la espíe, ¡cómo si me interesara ver algo su cuerpo, joder!

Cuando al fin escucho el colchón hundirse bajo su peso y apaga la luz, no tardo ni cero coma en sumirme en un sueño profundo, hasta que siento cómo la luz del sol se cuele por la ventana jodiéndome el sueño.

Oigo un ruido.

¡No tengo ni idea de qué hora es, pero es sábado y necesito dormir hasta tarde!

Abro los ojos y miro mi reloj de pulsera. ¡Las nueve y media de la mañana! ¡Hay que joderse! ¿Quién ha dejado las cortinas abiertas? ¿Y por qué me he despertado? ¡Quería quedarme en la cama como mínimo hasta las dos de la tarde!

Debe ser la mojjigata.

¡Esta tía es un jodido tostón! ¿Por qué se dedica a amargarme la vida?

Me doy la vuelta despacio para acostumbrarme a la luz y la descubro sentada en su cama, con un portátil sobre las piernas, encima de un cojín para dejarlo a la altura de sus ojos, y unos cascos en las orejas.

Observo unos segundos su expresión. Parece absorta en la pantalla.

Tiene un paquete de galletas en la mesilla de noche y mordisquea una sin apartar los ojos del portátil. Está recién duchada, su cabello mojado así lo corrobora, y va vestida muy parecida a ayer.

—¿Puedes cerrar las cortinas? —bramo fulminándola con los ojos—. ¡Me molesta un huevo la luz!

Ella tarda unos segundos en reaccionar. Se quita los auriculares, me lanza una mirada desconcertada para explicarme que no me ha escuchado y le da un golpecito al trackpad de su portátil Mac, supongo que para detener la proyección de lo que está mirando.

Le repito mi petición subiendo el grado de mala leche en mi voz.

—¿Por qué no te levantas tú? —dice sin moverse—. A mí no me molesta la luz. Estoy despierta hace rato y no tengo ningún problema en ver el día espectacular que hace fuera.

—Si lo prefieres, puedo volver a hackearte el móvil —amenazo sin quitar la ira de mi voz—. Incluso podría entrar en ese Macbook en cuatro segundos y meterte un virus. ¿Piensas que no soy capaz de hacerlo? Porque Apple puede parecer infalible, pero, tía, yo no soy como la mayoría, soy especial, el puto amo del hackeo.

Le da un mordisco a una de las galletas y suelta un suspiro cansado.

—¿A partir de ahora vamos a tener esta clase de relación?

—¿Relación? —Levanto las cejas con una carcajada—. Ni en tus mejores sueños puedes imaginarte conmigo. Mírame y luego mírate a ti en el espejo.

—Eres cansino. —Niega con la cabeza dejando el ordenador en la cama y levantándose—. Me refería a una relación agradable entre compañeros de habitación. Ayer quedó clarísimo que no estamos interesados el uno en el otro a nivel sentimental. No me apetece volver a ese punto en el que tú me hablas mal y yo tengo que responderte.

—Eres un coñazo, tía.

Incido en la palabra coñazo con alevosía, para hacerla saltar. Pero no surge efecto y eso me jode todavía más. Ha conseguido desvelarme.

Coge los dos extremos de la cortina para cerrarla y dejar la habitación en penumbra.

—Venga, ya está. —Su tono condescendiente me está cabreando—. Ahora me dejas ver mi serie, ¿vale? Puedes dormir hasta que te quedes momificado en la cama.

—¡Joder! —Me levanto con rabia, cojo una toalla, mi ropa y salgo de la habitación dando un portazo—. ¡Capulla!

Me dirijo a los baños comunitarios. Necesito poner un poco de distancia con esa cabrona. ¿Por qué me enciende así? ¿No se da cuenta de que solo conseguirá despertar mi fiera interior?

Tardo un rato en ducharme, pasar por el baño y vestirme con mis vaqueros arrapados y una camiseta ceñida de tirantes anchos.

Al salir del baño me encuentro a Faith apoyada en la puerta. Su sonrisa me demuestra que está contenta con cómo están saliendo las cosas.

—Eres el mejor. —Me guiña un ojo—. ¿Qué tal con ella?

—Como si tuviera un jodido grano en el culo.

Se carcajea mientras me pasa un dedo por la cara recién afeitada.

—Es muy diferente a las tías a las que estás acostumbrado.

—Una jodida puritana, eso es esa tía. —Baja el dedo con suavidad hacia la barbilla—. Pero me voy a divertir con ella en la habitación. —Le quito el dedo de un manotazo—. ¿Qué hacemos hoy?

—Podrías invitar a la mojigata a dar una vuelta y luego pasar un ratito agradable en vuestro cuarto. —Me lanza un beso lascivo con los morros muy juntos—. Ya me entiendes... Tengo una propuesta indecente para hacerte, ¿te apuntas?

La agarro del brazo conduciéndola a la que debería ser mi habitación para hablar con ella sin moscones. Su risa me acompaña durante el camino, igual que sus comentarios sarcásticos y llenos de pullas.

Faith siempre ha tenido ese punto chungo. Le gusta tocarme las pelotas.

Encontramos a Quincy trabajando en el PC. Mi amigo nos saluda con un simple gruñido y sigue con su tarea sin tomarse demasiadas molestias en la conversación que mantenemos Faith y yo, a pesar de ser parte implicada en ella.

Capítulo 5

Brenda

¡Maldita suerte la mía! Este tal Mac es irritante y muy molesto. Se cree un dios del Olimpo y se comporta como si el resto de los mortales debiéramos obedecer cada una de sus órdenes.

No me gusta, es un prepotente incapaz de pensar en los demás. Me molesta esta clase de personas, no las soporto, por eso ayer intenté plantarle cara y deshacerme de él, aunque me ganó la partida con demasiada facilidad.

¡Se atrevió a hackearme el móvil para demostrar quién manda!

¡Jolin! Estaré aquí atrapada con él hasta sabe Dios cuándo y solo deseo encontrar la forma de deshacerme de él. ¡Menuda forma de empezar la universidad! Con la ilusión que me hacía instalarme e ir conociendo los alrededores poco a poco...

Esta noche apenas he pegado ojo. Entre el maldito jet lag y estar acompañada de un indeseable, he dado más vueltas en la cama que un ventilador. También han intervenido los nervios, porque estoy en un lugar desconocido, lejos de casa y ese mensaje obsceno que mandó a todos mis contactos fue el colofón.

¿Cómo se atreve?

Suerte que mi madre, Ester, Mila y Rocío son mujeres de mente abierta y al descubrir lo sucedido se lo tomaron a guasa. Pero en mi agenda había otras personas, como la profesora Rodríguez, el director de mi escuela y un par de chicos de mi antiguo instituto con quien me tocó hacer un trabajo.

Odio sentirme en la cuerda floja al recordar a mis compañeros de clase. Nunca he permitido que su forma de tratarme me afecte más de lo necesario, pero al imaginarlos leyendo ese mensaje y cómo van a burlarse de mí de forma pública, se me agría el estómago.

Si todo sale bien, no volveré al pueblo. Lo tengo claro, mi vida ha de empezar desde cero en cualquier otro lugar donde pueda encontrar a personas que me quieran tal y como soy.

Creo que el MIT es perfecto para iniciar mi nueva vida en un ambiente menos hostil. Aquí hay personas de diversas nacionalidades y muy parecidas a mí. Ser una bastarda no puede afectarme, ni tampoco tener facilidad para las matemáticas.

Pero ha tenido que aparecer Mac para amargarme las primeras horas. ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Por qué no busca otra víctima para su prepotencia?

Termino de ver el episodio de *Outlander* de hoy y me paso un ratito buscando *sopilers* de la continuación para colgarlos en el chat. Yo ya vi las tres primeras temporadas de la serie entera hace tiempo, y los libros de la saga me mantuvieron pegada a sus páginas durante un mes, como para no engancharme a su paso a la televisión desde el minuto cero. Pero ahora que mis compañeras *serieadictas* han decidido darle una oportunidad a la serie, no me molesta para nada ver de nuevo todos los capítulos y quedar a la espera de que la cuarta temporada vea la luz en otoño.

Después de ver los primeros capítulos volví a leerme las novelas. Son ocho, y de una largada considerable, unas ochocientas páginas cada una. Sin embargo, apenas me duraron un mes y medio. Me atraparon como la primera lectura y, con las sensaciones de la serie pegadas a la piel, fue una experiencia casi mística.

Ojalá pudiera alguna vez experimentar un amor como el de Jamie y Claire, tener una historia parecida. Confían el uno en el otro, se apoyan y se transmiten una fuerza increíble.

Cierro los ojos y suspiro.

Siempre me ha apasionado esa conexión que experimento con los personajes de las novelas, las series o las películas. Los siento parte de mí, los integro en mi mente como si estuvieran a mi lado y fueran parte de mi mundo, los acompaño mientras crecen como personas y me van mostrando su interior.

Y lo mejor es que siempre conviven en mí.

—Hora de salir a pasear. —La molesta voz de mi compañero de habitación me obliga a regresar al presente—. Vamos, mojigata, deja el ordenador y levántate.

—¿Tú de qué vas? —Me quito los cascos y le miro con desdén—. No tengo ninguna intención de obedecer tus órdenes.

—No me toques las pelotas. —Me lanza una mirada asesina—. Nos vamos a dar una vuelta por el río y punto. Faith tiene cuatro tickets para el Boston duck tours y es nuestro plan de hoy.

—¿Piensas que todo el mundo ha de acatar cualquiera de tus deseos? —le espeto con rabia—. ¡Tu ego y tú no cabéis en esta habitación! ¡Desbordáis por todos lados!

Esto se está convirtiendo en una auténtica tortura. Es sábado, estoy molida por el viaje y la noche movidita y tengo mis propios planes. ¿Por qué este indeseable se empeña en amargarme la existencia?

—Tía, eres insufrible. —Se acerca a la cama, me quita el ordenador de las piernas, lo deja en la mesilla y me agarra por la cintura para levantarme—. Necesitas relajarte un poco. Vamos, te invito a desayunar antes del tour.

—¡Suéltame! —Le quito las manos de mi cintura de una guantada—. Ya me he tomado unas galletas. Y tengo planes.

—Ninguno tan molón. —Me guiña un ojo y luego se señala el cuerpo con las manos—. Todas las tías se pelean para salir conmigo. Tú lo vas a tener gratis.

—¡Ni aunque me pagaras un millón de dólares! —No sé de qué va, pero este jueguito me está cansando—. Ya tengo suficiente aguantándote en la habitación. Hoy tengo pensado conocer la universidad y dar un paseo por los alrededores.

—Podemos hacer esto a las buenas o a las malas. —Señala su PC—. Tú decides. He quedado con Faith que te voy a llevar y vendrás conmigo tanto si quieres como si no.

Tiene una expresión socarrona que me asquea.

Odio aceptarlo, pero me tiene en sus manos. No puedo permitirme otro de sus mensajes lascivos a mis contactos, y mucho menos a los indeseables que me amargaron la infancia. Y lo que menos me puedo permitir es que meta las narices en algunos de mis archivos. Si descubre quién es mi padre biológico lo podría usar en mi contra.

—Está bien —acepto a regañadientes—. Pero quiero un café de verdad y un trozo de tarta casera.

—Me ha salido exigente la tía. ¡No te jode!

—No tengo ganas de pasar la mañana contigo, así que si quieres lo dejamos para nunca.

—Ni lo sueñes. —Me agarra del brazo para empezar a andar conmigo hacia la puerta—. Vamos a buscar esa tarta y un café de verdad. Aunque, tía, no tengo ni idea de qué es eso.

—Un *expresso*. —Pongo los ojos en blanco—. Vuestro café es aguado y demasiado largo. Una infusión, vamos. A mí me gusta fuerte, cargado, aromático, lleno de sabor. Cualquier otra opción no me convence en lo más mínimo.

—A mí me flipa el café americano.

—Eso significa que no te gusta el café.

Salimos de la habitación y recorremos el pasillo para llegar al exterior con rapidez. No me ha soltado, sigue cogiéndome por el brazo, y va tan rápido que necesito un gran esfuerzo para seguirle el ritmo.

—¡No todo el mundo ha de tener tus gustos! —me espeta enfadado—. ¿Qué tiene de malo el café americano?

—En realidad no tiene nada malo, pero tiene demasiada agua. Y si a alguien no le pirra el *expresso* solo y sin azúcar, me queda clarísimo que no le gusta de verdad el café porque lo bueno es su sabor amargo y tostado...

—¡Cállate de una jodida vez! —Me corta—. ¿Te crees que me importa una mierda esa gilipollez? ¡Me la trae floja!

Me paro en seco y le miro con una mueca enfadada.

—Explícame por qué estoy caminando contigo por la calle para pasar la mañana juntos. ¡No te soporto! ¡Y tú tampoco puedes conmigo! Es de tontos estar en esta situación. ¿No prefieres dejarme marchar? ¡Así no escucharás mis mierdas!

—¡Joder, tía! —Levanta la mano con chanza—. ¡Choca esos cinco! Acabas de decir la palabra mierda. No me lo puedo creer. La mojigata ha insinuado un taco.

—Sigo sin entenderte. —Niego con la cabeza, con rabia—. Ya te lo dije ayer por la noche, me marean tus cambios de idea. ¿A qué viene obligarme a salir contigo? Está clarísimo que te molesto. Y, ¿sabes una cosa? No me caes bien. Además, ayer pactamos unas normas básicas de convivencia que deberías respetar.

—Me la sudan tus normas de mierda. —Empieza a caminar de nuevo tirando de mi brazo—. Hoy te vienes de tour con nosotros y punto.

—¿Porque lo dices tú?

—Lo has clavado, tía.

Me lleva a un coche clásico sin hablar más. Bueno, más bien me arrastra hasta allí de malas maneras, sin preocuparse por mi brazo.

Me aprieta tanto los dedos que me va a salir un moratón.

¿Cómo he acabado así?

Soplo entrando en el asiento del copiloto.

Él ocupa su sitio, baja la ventanilla, saca un brazo por fuera y pone música a todo volumen. No me gustan nada la canción, yo prefiero las baladas y la música latina, en cambio él prefiere el rock. Suena AC/DC, un tema que apenas conozco, pero él se lo sabe de memoria porque lo tararea sin equivocarse en ningún momento.

—¿Te llamas Mac? —pregunto para intentar aligerar la tensión ambiental.

—Dylan, pero nadie me llama por mi nombre.

Suelto una carcajada por la ironía que evidentemente él no capta. De todos los nombres americanos de chico me ha tenido que tocar este. Y encima el apodo también entra en juego.

—¿De qué narices te ríes?

—Mi madre me puso Brenda porque era una forofa de la serie *Sensación de vivir*. —Su mueca de confusión me hace percatarme de que acabo de hacer una tontería, he traducido el nombre en español en vez de buscar el original—. Era una serie para adolescentes. Vosotros la llamabais *Beverly Hills, 90210*.

—¡No tengo ni idea de qué me hablas!

—Pues en esa serie una de las parejas emblemáticas del principio eran Brenda y Dylan. Y como mi madre era una fan incondicional de esa serie, me puso el nombre de la protagonista. —

Ahora suena una canción que no conozco de nada. Le dedico una mirada irónica mientras muevo la mano de un lado a otro—. Chico malo, chica buena, se enamoran... ¿Lo pillas ahora?

—¡Joder tía! —suelta en un tono enfadado—. ¿En serio? ¡No solo eres patética, también eres gilipollas! ¡Como tu madre!

—¡Oye! ¡Ya está bien! —Alargo el brazo para apagar la música y que mis gritos se oigan mucho más fuerte—. ¡Yo no he pedido conocerte ni tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida!

Da un volantazo hacia la calzada y detiene el coche. Se gira hacia mí con tanta rabia que me asusta.

—No vuelvas a tocar mi música en tu vida. —Lo dice mirándome a los ojos con dureza—. Si se te ocurre hacerlo de nuevo te joderé la vida. ¿Queda claro?

—Sí...

No me salen más palabras porque sus ojos son pura ira y estoy asustada. Aunque no quiero darle alas para crecerse así otra vez.

—Empezamos a entendernos. —Sopla con fuerza—. No me cabrees o acabarás con un guantazo en esa cara tan bonita que me gastas. ¡La música es sagrada en mi coche! ¿Lo has entendido?

—¡No! —Niego con todo mi cuerpo—. ¡Estoy harta de tus juegucitos y tus cambios de personalidad! Quería que me oyeras mientras te gritaba, porque te estaba gritando. ¿Te enteras? ¡Mi madre no es ninguna gilipollas por ponerme un nombre de serie americana! ¡Y que me hagan gracia la ironías de la vida tampoco me convierte en patética! ¡Y mucho menos en gilipollas! Porque no deja de ser una coincidencia desagradable llamarnos igual que esos dos. —Subo la voz de forma paulatina—. ¡Además! ¡Te llaman Mac! Como a Roger en *Outlander*. ¡Y fijate tú la mierda de casualidad, que es una de mis series preferidas!

—¡Eh! ¡Cálmate, tía! —Levanta los brazos—. Esto se te está yendo de las manos.

—¿A mí? —Estoy alucinando—. ¿En serio? ¡Acabas de dar un volantazo porque he apagado la música! ¡Y me has insultado! ¿Encima te atreves a insinuar que es a mí a quien se le va de las manos? ¡Estás loco!

Inspiro y espiro con lentitud para intentar calmarme, pero no tengo demasiado éxito.

—¡Y tú estás como una cabra! —Golpea el volante con el puño—. ¿Cómo te atreves a meterte conmigo yendo directa a la yugular? ¿No te ha quedado claro quién manda aquí?

No salgo de mi asombro y el enfado sube de intensidad con una facilidad pasmosa. Le dedico una mirada furibunda, me quito el cinturón de seguridad, abro la puerta y salgo dando un portazo.

—¡Que te bombeen! —chillo fuerte para que me oiga—. ¡Puedes cumplir tus amenazas! ¡Ya me da igual! Prefiero lidiar con tus mensajes envenenados a aguantarte un segundo más.

—¡Entra en el coche de una vez! —Sale por su lado y rodea el vehículo hasta llegar a mí.

—¿Y por qué debería hacerlo? —Me encaro a él con rabia. Está a dos pasos de mí, dedicándome una mirada llena de fuego—. ¿Acaso te has convertido en mi dueño? ¿Tienes algún tipo de control sobre mí?

—Te he dicho que entres en el coche de una vez. —Avanza hasta invadir mi espacio personal y me agarra por el brazo.

—¡No quiero! —Le doy un manotazo para deshacerme de la sujeción, pero no lo consigo—. ¡No pienso tener nada que ver contigo!

—Pareces una cría. —Tira de mí hacia la puerta—. ¡Entra!

—¡Eres un capullo!

—¡Bravo, tía! —Me da una palmada en la espalda con la mano libre—. ¡Me acabas de insultar! Vamos progresando, mojigata.

Lucho contra él sin seguir defendiéndome con palabras.

Me arrastra con fuerza y decisión hacia la puerta del coche y yo me resisto, pero es más fuerte que yo y no tarda en abrir la puerta para empujarme dentro.

—No te muevas de aquí. —Su expresión me da un escalofrío—. Vamos a ir a desayunar y luego nos encontraremos con Faith y Quincy para el tour. ¿Queda claro?

—Lo que tú digas —acepto para tener tiempo de reacción, porque, a pesar de sus órdenes y sus amenazas, ya tengo suficiente Dylan, Mac, o lo que sea por hoy. Así que a la mínima voy a largarme.

—Así me gusta.

Escucho el chasquido del seguro del coche cuando cierra la puerta y maldigo mi suerte. Sin embargo, al ver cómo rodea el vehículo para ocupar su puesto frente al volante, desbloqueo las puertas y salgo de nuevo.

Empiezo a correr. Cada uno de mis pasos es más rápido, más enérgico, más entusiasta al ver que gano metros de distancia.

De repente, siento cómo me agarra por la cintura y me levanta en el aire.

—¿Qué parte de no te muevas de aquí no has entendido? —A pesar de mis pataleos en el aire vuelve a llevarme hacia el coche—. Si quieres, lo haremos a las malas. No tengo inconveniente en destrozarte la vida de ahora en adelante si es lo que deseas.

—Deberías encontrar otra manera de convencer a las chicas. —Le espeto mirándole con ojos llameantes—. El chantaje acaba volviéndose en tu contra.

Dejo de luchar cuando me mete dentro del coche, en el asiento del volante, encima suyo, y cierra la puerta. No tiene sentido intentar deshacerme de él por la fuerza, siempre me ganará en ese terreno.

Quizá, si me muestro desplacante, se relajará en algún momento y encontraré la forma de volver a decidir sobre mi vida. Ya es bastante malo compartir habitación con él como para encima tener que aguantarle fuera de ella.

La música invade el interior del coche mientras me coloca en mi lado y me abrocha el cinturón de seguridad. Es *Viva la vida*, de Coldplay, una de mis canciones preferidas. Es extraño que tengamos algo en común porque al arrancar le escucho tararearla.

—Hay la hostia de evidencias de que esta canción habla de Louis XVI, el rey de Francia al que se cargaron en la Revolución Francesa —explica poniendo el coche en marcha—. Fue el fin de la monarquía en ese país.

Levanto las cejas porque soy incapaz de entenderle.

—Acabas de meterme en el coche a la fuerza, de gritarme y de tratarme con poca amabilidad, por decirlo de una forma suave. —Levanto las palmas hacia arriba—. ¿Y ahora me hablas de una canción como si no hubiera pasado nada? Hace horas que te lo he dicho, no acabo de hacerme a tus cambios repentinos de humor.

—¡Joder! —Sube la música—. ¡Solo intentaba relajar el ambiente!

—La forma más efectiva de hacerlo sería devolviéndome a la residencia y olvidándote de mí.

—¿Siempre eres tan jodidamente plasta? Vamos a intentar pasarlo bien, ¿okey? Si sigues cabreándome no te gustará el resultado.

—Ya estamos otra vez. —Suspiro con exasperación—. ¿Solo sabes convencer a base de amenazas? —Me giro para mirarle de cara—. Venga, cuéntame, ¿qué vas a hacerme si te ignoro el

resto de mi vida? ¿Y cómo me vas a convencer de que quiera estar aquí? Porque, si no recuerdo mal, todavía puedo controlar mis deseos. ¿O tu mente de informático número uno ha encontrado una forma de alterarme la voluntad?

—¡Eres un dolor de muelas!

—Como tú para mí, y mira, sigo aquí, aguantándote.

Cruzo los brazos bajo el pecho y me dedico a mirar por la ventana para ignorarle al máximo.

Pasados unos minutos estaciona el coche en una callejuela poco concurrida, apaga el motor y se gira un poco en su lado para hablarme más calmado.

—Vamos al Flour. —Señala un local con los toldos azules y una pequeña terraza en la calle—. Tienen el mejor café de la zona.

—A ver si con uno cargadito consigo soportarte un poco mejor.

No entiendo por qué me bajo del coche y le sigo hacia la entrada. Quizá es el aroma a café de verdad que inunda la calle y proviene del interior del local lo que me disuade a caminar tras él hasta llegar al interior. O, sencillamente, no tengo ni idea de dónde estoy ni cómo volver a la universidad y me apetece tomar algo.

En el interior del Flour hay una pared llena de pizarras con el género anunciado con tizas de diversos colores. La zona de atención al público se distribuye en tres mostradores, uno tipo vitrina, otro blanco de fórmica y un tercero de madera con cristales que parapetan el género expuesto.

Hay un montón de gente, tanto sentada como alrededor de las mesas situadas en la zona más amplia del local. Y el aroma a mi bebida preferida me acompaña animando a mis pupilas gustativas.

—¿Qué te apetece comer? —Señala la zona donde hay pastas de todo tipo y algunos trozos de tartas caseras—. No te cortes, te invito.

Decido olvidar los sucesos recientes y aprovechar la ocasión. En mi vida se presentan muy pocas como esta, y tampoco me disgusta tomar algo sin pagarlo. Así que retraso mis planes de huida para abrazar un desayuno succulento y gratis.

—Café y... Mmmm. —Repaso con la mirada las mil opciones apetitosas que hay tras el cristal—. Todo tiene una pinta espectacular. ¿Un trozo de *carrot cake*, uno de brownie y unas cookies?

—Tía, ¡eso es la hostia de comida!

—Soy golosa —me defiendo—. ¿No has dicho que me invitas? Ahora no me vas a poner límites, ¿verdad? Tengo hambre, ayer solo tomé la infame comida del avión y hoy cuatro galletas bastante insípidas.

—¡Okey! —Levanta los brazos en señal de rendición—. Vamos a darle un chute de azúcar e hidratos a tu cuerpo.

—¿Ahora me sales con un discursito de buenas prácticas dietéticas? —Arrugo un poco la nariz—. ¡Alucino! De verdad, no tengo muy claro cómo te aguantan los demás. Yo prefiero relacionarme con personas más centradas. No me va lo de intentar adivinar de qué humor me vas a contestar.

Se da la vuelta hacia el mostrador, ignorándome con un mohín molesto.

Mientras encarga el pedido me dedico a mirar a mi alrededor para terminar de calmarme. Siempre me ha gustado ver las caras de los demás e inventarme sus historias.

Hay una gran variedad de personas de todo tipo.

La pareja sentada a una de las mesas cercanas al cristal está muy acaramelada, parece

reciente porque me niego a creer que pasado un tiempo sigas comportándote con esa melosidad, aunque con mi poca experiencia en el tema no soy la persona ideal para hacer este tipo de afirmaciones.

Mi mirada se desplaza hasta el grupo de cuatro chicas de mi edad sentadas en una esquina.

Sus ojos repasan sin ningún pudor a Dylan y en ellos no me cuesta descubrir deseo.

Debe ser asqueroso ser así de guapo, la verdad.

¿Cómo es posible que se lo coman con los ojos?

Le dedico un vistazo en busca de esa chispa que le ven las demás. Está apoyado en el mostrador, charlando con la camarera de forma muy animada. Su postura, ese cuerpo perfecto marcado por la ropa ajustada, sus gestos... Está bueno, no lo puedo negar. Y desprende un aura salvaje. Sin embargo, es un idiota y tiene pinta de dedicarse a romper corazones. Y yo paso de este tipo de personas, prefiero a alguien de quien pueda fiarme.

—¿Buscas una mesa? —pregunta al terminar de pedir y darse la vuelta para concentrarse en mí—. Esto está a reventar y he de esperar a que preparen el pedido.

Las cuatro chicas me fulminan con la mirada y yo me permito una sonrisa, dándome cuenta de que el enfado ha remitido un poco. Voy a disfrutar del momento sin preocuparme del después. Ya me ocuparé de él cuando llegue.

Me cuesta un poco encontrar un sitio y lo hago por casualidad. Una pareja se levanta y, a pesar de no estar sola acechando la zona de mesas, soy la más rápida.

Había imaginado de muchas formas mi primer día lejos de casa, pero nunca lo pinté como hoy.

Le dedico otra mirada a mi acompañante, igual que hacen la mayoría de las chicas de este bar. Si Dylan no fuera tan borde, ganaría mucho, la verdad. Aunque, ¿para qué me voy a engañar?, las mujeres parecen locas por liarse con hombres complicados, chulos y que emanan seguridad en sí mismos como él.

Unos minutos después se acerca con una bandeja llena y salivo al mirarla. Los pasteles y las cookies tienen una pinta de miedo y no veo el momento de darle un sorbo a ese *expresso* doble que huelo desde aquí.

—El banquete para la señorita. —Dylan se sienta dejando la comanda sobre la mesa—. ¡Es caro de narices!

—¿Vas a quejarte de todo? —Levanto las cejas en un mohín divertido—. Me has arrastrado hasta aquí para luego llevarme a no sé qué tour. La enfadada debería ser yo. Pero mira, con este desayuno a lo mejor te perdono tu antipatía natural.

No me contesta, se limita a coger el muffin de arándanos que se ha pedido para darle un buen mordisco mientras les da un buen repaso a las chicas de antes.

Huelo el café cuando lo tengo entre las manos y después me lo llevo a los labios con lentitud para saborear el momento y conferirle la importancia debida. Es perfecto, como a mí me gusta. Fuerte, denso, aromático y con un punto agrio.

Me permito unos segundos con los ojos cerrados, mientras el café inunda mis papilas gustativas.

—¿No le vas a poner azúcar? —La voz de Dylan me devuelve al presente—. ¡Tía, eso debe ser la hostia de amargo! —Arruga la cara—. ¡Endúlzate un poco la vida!

—Prefiero el sabor puro. Es algo místico, de verdad.

—En serio, tía, has de cambiar de chip o vas a acabar solterona.

Le doy un mordisco al brownie y paso unos segundos captando cada matiz de su sabor. Me encanta hacerlo, disfrutar de los pequeños placeres de la vida como apreciar cada ingrediente y

descubrir cómo combinan en mi boca.

Él mira el móvil otra vez. Es como un hábito bastante molesto porque no para de consultarlo una y otra vez, en cualquier situación.

—¿Te has planteado lo aburrido que sería encontrar a personas demasiado iguales a ti? —pregunto—. Porque la gracia de la vida es la variedad. No hace falta convertirnos todos en clones y menos si el modelo es alguien tan borde como tú. ¡Acabaríamos todos con úlceras!

—Los raritos sois de un mundo aparte. —Deja el móvil sobre la mesa, cara abajo—. Pero tienes razón, no todos pueden ser tan perfectos como yo. Me quitarían el protagonismo.

—¿Se puede ser más creído? ¡Jolín, chico! Un poco de modestia no le hace daño a nadie.

—Solo tienes que echar un vistazo al bar. La mayoría de las tías están mirándome y en sus ojos se lee la palabra deseo. —Sonríe con petulancia—. Si quisiera, las tendría a todas en mi cama en cuestión de segundos. No soy vanidoso, sino realista.

—Si lo quieres llamar así... Yo le buscaría otro adjetivo, desde luego.

Muerdo la cookie y no puedo evitar un gemido. ¡Está de muerte!

—¡Tía! —Arruga la cara—. ¡Deja de correrte con la comida y el café! ¡Es patético!

—¿No sabes más palabras interesantes? Patética y mojigata son tus dos comodines. —Me paso la lengua por el labio para no dejar de relamer hasta la última miga—. Hay muchos otros adjetivos para añadir a tu vocabulario. Y, para tu información, comer, a veces, es casi como un orgasmo.

Suelta una carcajada mirándome muy divertido.

—¡Hablas como si te corrieras cada día varias veces! Vamos a ver, mojigata, ¿cuántos orgasmos has tenido en tu vida? —Su mirada es perversa y me hace sentirme pequeña—. ¿Te masturbas? ¿Llegas a la cima con tu dedito?

—Hay mucho más que el sexo en la vida. —No adopto el tono herido que desearía, prefiero contestarle sin mostrar mis sentimientos—. Aunque, claro, alguien como tú no puede entenderlo.

—Me pierden los ordenadores, los juegos, los amigos y pasarlo bien. Siempre que esté aderezado con mucho sexo salvaje. Porque, tía, los orgasmos son la hostia.

—¿Y qué hay del amor? ¿De construir un futuro?

—Ya habrá tiempo para cursiladas cuando sea mayor. —Se señala—. Ahora este cuerpo perfecto quiere follar. Enamorarse es de imbéciles, porque te corta las alas y te convierte en un panoli.

—Es bonito tener a alguien al lado, confiar en él y avanzar juntos.

—¡Flipo! —Lo dice despacio, marcando cada letra—. ¿Se puede ser más pava?

—Dejémoslo, jamás lo entenderás.

Capítulo 6

Dylan

Vuelvo a leer el mensaje de Faith en el móvil y niego con la cabeza.

¡Va fuerte, la tía!

Okey, si eso es lo que quiere, lo tendrá.

El bar está repleto de personas, muchas de ellas son tías que me miran como suelen hacerlo, comiéndome con los ojos. Y eso me sube la moral que te cagas. Puedo tener a cualquiera en la cama con solo chasquear los dedos.

No entiendo por qué pierdo el tiempo con esta puritana.

Bueno, sí lo entiendo, y me felicito por ello.

Mi mirada se pierde un segundo en Brenda. Es tan diferente a como la había imaginado... Es más guerrera, con más carácter y con una forma de ser mil veces más enérgica. Y la verdad es que me mola la hostia su beligerancia, consigue darle morbo a la situación y me pone un montón. Siempre me ha gustado luchar verbalmente con una tía.

Lleva un rato comiéndose el brownie y parece poseída por una especie de orgasmo mental. Después de cada mordisco cierra los ojos y gime. ¡Y cuando toma café ya es la rehostia! Esta tía tiene serios problemas con la cafeína.

Verla correrse mientras me la follo sería un gran espectáculo, queda clarísimo con esas expresiones y esos ruiditos. Si en vez de ser comida fuera mi polla dentro de ella, sería un subidón...

¡Un momento! ¿En serio acabo de pensar en tirarme a la mojigata? ¡Se me va la chaveta! Yo a esta tía no le doy ni un pico. Solo faltaría que me contagiara su cursilería.

—¡Tía! ¡Córtate ya! —Le dedico una mueca hastiada—. ¡Estamos en un lugar público! ¡Deja de gemir o se van a pensar que te estoy metiendo el dedo!

—¿Estás majareta? —Me mira con sarcasmo—. Estoy disfrutando del desayuno al que me has invitado. Eso no es ningún crimen.

—Pero no hace falta poner caliente al personal. —Señalo a mi alrededor—. ¡Solo te queda ponerte a gemir en estéreo!

—Eres un amargado. De verdad. —Me lanza un beso con los morros muy juntos—. Aprende a disfrutar del momento. Mírame a mí, me has obligado a salir de la residencia para seguirte en tus planes, me has gritado, amenazado y despreciado y, sin embargo, no estoy enfadada, sino que busco la parte positiva de esta invitación extraña. Aunque todavía no me explico por qué te has empeñado en traerme aquí, la verdad, pero ante la situación prefiero dejarme de malos rollos y absorber hasta la última gota de felicidad del momento.

—¿Gota de felicidad? —Levanto las cejas para enfatizar mi tono—. ¿Qué te has fumado?

—Pues un poquito de ilusión, un par de gramos de sonrisas y un montón de nubes de algodón. Y bueno, en todas las novelas románticas que leo dicen que también hacen falta unicornios multicolores, aunque, la verdad, yo los prefiero rosas, le dan más tono a la historia.

—¡Estás pirada!

—Prefiero parecerte una loca que convivir con un ego como el tuyo. ¡Es enorme! No me

extraña que te nuble la visión y no te ayude a pasarlo bien.

Me levanto para largarme lejos de ella. No puedo aguantar el subidón de glucosa que me provoca con sus salidas de tono.

¿Unicornios rosas?

¿Nubes de algodón?

¿En serio?

—Nos vamos —anuncio agarrándola del brazo—. Faith y Quincy nos esperan en el Museo de la Ciencia para empezar el tour. No quiero llegar tarde.

—¿Me vas a contar algo de ese tour? —Me sigue a corta distancia—. No sé, podrías al menos compadecerte un poquito de mí e informarme. ¿Vamos a descubrir Boston? ¿Por qué se llama Duck? ¿Acaso también vemos patos en el río?

¡Me va a estallar la cabeza! ¡No calla ni un segundo!

Paro en seco y, como ella no tiene tiempo de reaccionar, acaba dándose de bruces con mi torso musculado y duro. Suelta un *joh!* y se zarandea un poco hasta estabilizarse.

—¿Siempre haces tantas preguntas? ¡Eres un incordio! —Soplo—. Es un tour por Boston en un vehículo anfibia. Va por la calle y hace un recorrido por el río. Es un mix entre las dos opciones.

—¡Qué guay! —¿En serio acaba de decir *guay*? Y encima parece contenta porque hasta aplaude. ¡Esta tía es rara que te cagas! Primero me suelta todo ese rollo de la felicidad y ahora se pone a dar saltos de alegría por una excursión de mierda—. ¡Sonríe un poco! Esa cara de torturado que pones siempre no es buena para tu salud.

—El tour te parece la hostia, me ha quedado claro. —Me doy la vuelta para empezar a andar de nuevo—. Vas a alucinar con tus unicornios rosas y tus jodidas nubes de algodón. —La agarro del brazo ignorando sus soplidos exasperados—. Ahora toca irnos.

—¡Me encantará subirme en un vehículo anfibia! —Ya está otra vez con un arranque de entusiasmo. Debería mirarse bien esas jodidas emociones exaltadas porque son un incordio—. ¡Me gusta muchísimo la idea! Quizá, si hubieras empezado por ahí desde el principio, nos hubiéramos ahorrado muchos problemas. Porque la idea me...

—¿No te callas nunca? —La corto en un tono seco y cabreado—. Me das dolor de cabeza.

Llegamos al coche y entro para arrancar el motor lo antes posible. Necesito dejar de interactuar con ella o me volveré loco.

En ese instante me llega otro mensaje de mi padre. Lo leo a toda prisa y erradico mis reacciones. ¡El muy capullo no va a desestabilizarme!

Brenda se abrocha el cinturón de seguridad y se dispone a hablar de nuevo, pero ataco encendiendo el audio. Un poco de música de fondo evitará que siga escuchando su molesta voz y me ayudará a relajarme después de las palabras de mi padre.

La pongo a todo volumen para dejar clara mi posición actual. Ni de coña voy a seguirle el rollo con esa molesta forma de intentar llevarme a su terreno.

A mí las tías me gustan para echar un polvo y ya está. En general, están mejor calladitas porque suelen tener una conversación pésima y carente de interés. Excepto Faith, claro.

En el primer semáforo vuelvo a consultar el móvil. ¡Flipo con la cantidad de mensajes! La cosa está que arde.

Me permito una sonrisa cuando inicio la marcha de nuevo.

—¿Siempre has sido así de asocial? —pregunta de pronto alzando la voz sobre la de Freddie Mercury. Queen es uno de mis grupos favoritos, sus canciones nunca pasarán de moda—. Das el perfil del típico tío pagado de sí mismo, creído, y que solo se relaciona con su círculo más

cercano. A no ser que busques un revolcón rápido y aséptico.

—¡Tía! ¡Lo has clavado! —La miro un segundo con una expresión hastiada—. Ya que lo has entendido, cierra la boca de una vez. ¡Me estás jodiendo la canción!

—¿Qué pinto yo en tu mundo? —insiste haciendo caso omiso a mis palabras—. No me lo explico. Pareces agobiado de estar conmigo y me has obligado a venir. ¿Eres masoca o algo parecido?

—Solo acato deseos de Faith.

—¡Ah! ¡La gran Faith tiene influencia sobre ti! —Me molesta la leche su tonillo irónico—. Ya no eres tan perfecto ante esta revelación. Has perdido puntos. Pensaba que un tío de tu nivel tomaba sus propias decisiones, pero está claro que me equivocaba.

¡Será capulla! ¡Me exaspera! Esta tía me sulfura con su forma de hablar. ¿En serio? ¿De tu nivel? Lo ha dicho con un deje mordaz que me cabrea.

Es que ahora mismo la callaría a hostias.

—Me importa una mierda lo que opines de mí —declaro a cuchilladas—. ¡Tú me caes como el culo! Y mira, estoy aquí contigo en este coche, aguantándote.

—Eso tiene fácil solución. —Se agarra a ese bolso ridículo que lleva en bandolera—. Me dejas bajar y listos. Puedes deshacerte de mí si te parezco tan molesta. —Me lanza una mirada sarcástica y añade—. Ay, no, me olvidaba, la gran Faith te ha ordenado que me lleves al tour.

La muy zorra intenta metérmela doblada. Solo una pava como ella podría ponerse de culo por unas cuantas palabras fuera de tono. ¡Encima, se cachondea! La buena noticia es que me está poniendo a huevo un par de insultos de esos que me muerdo por gritarle a la cara.

—Eres gilipollas —lo suelto así, zas, con un grado de maldad en la voz, para herir. Y le clavo bien el puñal añadiendo:— ¿no puedes simplemente quedarte calladita en tu lado y no abrir esa boca de capulla que tienes? Si lo prefieres, podrías usarla con mi polla y estaríamos los dos felices.

—¿No tienes filtro? —Suelta una sonrisa mordaz—. ¿Es eso? ¿O solo quieres amargarme la mañana? Porque te digo desde ya que no lo vas a conseguir. ¿Quieres soltar todo tu vocabulario de patéticos insultos? ¡Adelante! A palabras necias, oídos sordos.

Es más difícil de roer de lo que pensaba. ¿Por qué no se echa a llorar como cualquier mojigata y me ignora? Sus constantes réplicas me cabrean. Y me incitan a seguir peleando con ella para ver hasta dónde es capaz de aguantar sin soltar la lagrimita.

—¡Imbécil! —le espeto en toda la cara, deteniéndome en un semáforo—. ¡Tía, no hay quién te soporte! ¿Quieres bajarte del coche? —Desbloqueo las puertas—. Pues adelante, no te cortes.

—¡Por fin una idea sensata!

Se quita el cinturón de seguridad, agarra bien el bolso con una mano, abre la puerta y cuando está a punto de poner un pie fuera, acelero para evitar que se baje. Suelta un grito volviendo a sentarse como puede y luchando con la puerta que se ha abierto de par en par para que se cierre.

Acelero todavía más y sus gritos me arrancan carcajadas.

¡Soy el puto amo! ¡Acabo de metérsela doblada! ¡Y he ganado un punto que te cagas! ¡Bien para mí! Me felicito con una palmada en el hombro, incluso choco mis cinco mentales. A partir de ahora me tomará más en serio.

—¿Estás loco? —vocifera cuando consigue cerrar la puerta y sentarse bien—. ¡Podrías haberme hecho daño! ¡Incluso matarme!

—No vuelvas a meterte conmigo y te dejaré en paz.

—¡Tienes demasiada mala leche! —Sube de intensidad su voz mirándome con fuego en los ojos—. Te crees que eres el amo del mundo, pero te equivocas conmigo. No me asustan cuatro juegucitos para ponerme nerviosa. —Mueve el bolso con rabia y se intenta poner el cinturón de seguridad con bastante mal tino porque acaba trabándose varias veces—. Si esto te funciona para ligar, alucino, la verdad. No puedo entender cómo a una chica le puede gustar alguien capaz de fastidiarla a cada minuto. A mí me pareces de lo más molesto y grosero.

—¿En serio crees que quiero follar contigo? —Le dedico una mirada sardónica—. ¡Tía! Yo contigo no quiero ni llegar a la primera fase. Las tías como tú me dais grima. Sois todas unas jodidas santurronas. ¡Seguro que si ves mi polla sales por patas!

Me descojono en su cara. Y ella obra en consecuencia mostrando una expresión dolida. Pero, para mi desgracia, solo dura un segundo. Enseguida se transforma en la de las últimas horas. Beligerante, serena y sin ninguna intención de echarse a llorar.

Meto el coche en el parking del Museo de la Ciencia. Es caro, pero tengo pasta y no me apetece dar vueltas con Brenda sentada a mi lado.

He de admitir cuánto me molesta verla tan tranquila después de mis pullas, pero me consuela pensar en lo que le espera. ¡Va a ser la hostia!

Los siguientes diez minutos apenas hablamos. Bajamos del coche, caminamos hacia el exterior y esperamos a mis amigos junto a la parada del tour.

Hace calor, este junio está siendo muy sofocante en Boston.

Ella camina en círculos sin dignarse a mirarme y yo la observo con una pose de chulería, sin rebajar mi mirada punzante ni quitarle los ojos de encima.

Solo busco cabrearla, pero no puedo evitar fijarme en su cuerpo. Es perfecto. Es alta, tiene unas piernas kilométricas y muy bronceadas, que asoman bajo unos *shorts* vaqueros muy cortos y terminan en unas sandalias con un poco de plataforma que le estilizan un huevo el cuerpo.

Las curvas del torso se marcan bajo una simple camiseta de tirantes gordos y los pezones de sus tetas jugosas se transparentan un poco. ¡Está buena!

Quizá no me había fijado antes porque estaba concentrado en otras cosas, pero la tía tiene un buen polvo. Si no fuera una estrecha me lanzaría a tirármela, pero no me va lo de desvirgar a nadie. Las prefiero experimentadas, cachondas y con ganas de pasarlo de miedo en la cama. La idea de ser delicado a la hora de follar no me mola nada.

Faith hace su llegada triunfal, como siempre, seguida de un Quincy lleno de su socarronería natural. Mi amiga no tarda ni dos segundos en llevarse a la mojjigata a su terreno haciéndose la simpática. La idiota de Brenda no sabe lo que le espera a manos de una manipuladora como Faith. Se postra ante su sonrisa encantadora, sus comentarios inocentes, que esconden un millar de segundas intenciones, y su forma tan cercana de tratarla.

Quincy saluda y le deja hacer. Conoce demasiado a su chica como para avasallarla cuando está en plena faena. Se limita a observar la escena con su sonrisa mientras espera la puntilla final.

Yo flipo con la pava. Faith le dice cuatro palabras amables y cae a cuatro patas. En cero coma están hablando como si fueran amigas de toda la vida. ¿Es que no se da cuenta de la realidad? ¿No ve más allá de la expresión falsa de mi amiga?

La miro un segundo, dándome cuenta de cómo su sonrisa le cambia la expresión. Es una sonrisa de la hostia.

Sus ojos negros, delineados con poquito maquillaje, cobran protagonismo en su cara cuando curva los labios hacia arriba, porque brillan como si fueran una jodida antorcha en la oscuridad.

Durante unos segundos no puedo quitar los ojos de ella. Hasta que me doy una colleja

mental. ¿Qué hago mirando a Brenda? Porque sí, vale, está buena que te cagas, pero es una pardilla y yo no me relaciono con pardillas más allá de lo necesario. Y hoy está aquí por una razón.

—¿Vamos? —Faith nos invita a subirnos al vehículo anfíbio de ventanas grandes que ha escogido para hoy—. Estoy deseando ver la ciudad desde el río. Me han hablado muy bien de este tour y gané las entradas por casualidad. ¿A qué es alucinante? —Pasa su brazo por el de Brenda y no deja de hablar con entusiasmo—. Seguro que valdrá la pena.

—Pero ya llevas un par de años en el MIT. —El tono de la mojigata es de absoluta adoración a mi amiga—. ¿Cómo es que nunca habías venido si te apetecía tanto?

Subo detrás de ellas al vehículo anfíbio, seguido de Quincy. Hoy no está hablador y yo tampoco intento tirarle de la lengua. Prefiero quedarme a solas con mis pensamientos.

¿Acabo de sonar como Brenda? Mis palabras mentales han sido muy profundas. ¡Esta tía me está influenciando para llevarme al lado oscuro!

—¡Cosas de la vida! —Faith la acompaña hasta uno de los asientos para que se coloque en la ventana—. Hoy vamos a remediar eso. —Se dirige a mí—. Mac, ¿puedes sentarte con ella? Yo no quiero separarme de mi Quincy.

—Estará encantada de compartir asiento conmigo —digo sentándome a su lado—. ¿Verdad, mojigata?

Como respuesta, ella saca unas gafas de sol de su bolso y se las coloca para no revelar a dónde se dirige su mirada.

—¡En serio, tía! —Le doy un codazo—. No seas tan apasionada que me corro aquí mismo.

—Piérdete.

—¿En tus bragas? —Levanto mucho las cejas pasándome el índice de la mano derecha por el labio superior—. ¡Ni que me pagaras!

—Eres un plasta. —Sopla con resignación—. ¿Podemos limitarnos a pasarlo bien en el tour? En silencio sería de agradecer.

—No me mola el silencio.

—Pues *ajo y agua*.

—¿Eing?

Me ha sonado algo extraño, la verdad. Además, lo ha dicho en un idioma desconocido. Debe ser español o cualquier otra gilipollez parecida que no entiendo ni de coña.

—En inglés es algo así como ajo y agua, pero no tiene sentido en tu lengua, por eso te lo digo en español.

—¿Y a qué viene esa gilipollez?

—Es una forma fina de decir a joderse y a aguantarse.

—¡Flipo, tía! ¡Choca esos cinco! —Levanto la mano derecha haciéndole el gesto—. Lo de decir tacos se te da cada vez mejor. ¡En poco tiempo serás la puta ama!

—¿Quieres otra palabrota? —Suelto una carcajada animándola a continuar y asiento con la cabeza, muy intrigado—. Pues ahí va. ¡Que te jodan, Dylan Mac lo que sea!

—Es McLaren. ¡Y tía! ¡En serio! ¡Te haré la ola por ese que te jodan!

Un soplido me responde. Se gira hacia la ventana y se dedica a observar por ella durante los diez minutos siguientes.

Faith lleva las gafas de sol puestas y Quincy no aparta la mirada del móvil. Es una señal de que todo marcha acojonantemente bien. Ahora solo me queda el toque de gracia y veremos cómo la mojigata acaba llorando y cabreada.

No puedo evitar una sonrisa al imaginarlo. ¡Va a ser la jugada del siglo!

Le hago un gesto con los ojos a mi amiga. El vehículo está en el agua, navegando por el río. Es el momento de darle su merecido a la pava esta.

Me adelanto hasta quitarle las gafas a Brenda. Coloco mi cuerpo contra el suyo para inmovilizarla contra la ventana.

—¡Eh! ¿Qué haces? —Levanta la mano para intentar conseguir de nuevo sus gafas y se mueve molesta para deshacerse de mí—. ¡Dámelas! ¡Y sal de encima de mí!

—¿A cambio de qué? —Me acerco mucho a su oído para susurrarle la pregunta.

Mantengo las gafas elevadas para que no las pueda coger. Ella parece cabreada de la hostia, me fulmina con esos ojos negros que me parecen fascinantes.

¡Estoy perdiendo el foco! ¿A quién se le ocurre pensar en sus ojos ahora?

¿Y en que son fascinantes? ¿En serio? ¿Quién está dirigiendo mi cerebro y qué ha hecho con mis neuronas?

Su cuerpo emana una calidez acojonante. Me dispara la libido a pesar de estar en un momento crucial. Y es la hostia de raro porque mi polla sigue una lógica absurda al ponerse dura.

Me levanto elevando el brazo hasta casi tocar el techo. Necesito apartarme de ella y echar un polvo, está claro que llevo demasiados días de abstinencia porque Brenda no me pone en lo más mínimo.

—¡Dame las gafas de una vez! —Se pone en pie intentando situarse a mi altura—. Vamos, este juego está empezando a cansarme.

—No es un juego, es una advertencia para que tengas claro mi grado de superioridad. —Avanzo hacia ella, aprisionándola contra la ventana descubierta. Este vehículo las tiene enormes, unos agujeros perfectos para mi siguiente movimiento—. Recuérdalo cada vez que pienses en desafiarme. ¡Mojigata!

Vuelvo a sentir un calor de la leche abrasándome. Y mi polla parece poseída por un deseo perverso. Niego con la cabeza, dándole vueltas a la situación. Debe ser el subidón de adrenalina ante mi siguiente paso. ¡Solo estoy cachondo por mi idea!

—¡Ya! —La voz de Faith me da el empujón final.

Ahí voy.

La agarro de la cintura para elevarla un poco en el aire. Ella se rebela moviendo el cuerpo con energía, pero no logra zafarse de mis manos.

—Me machaco dos horas al día en el gym. —La levanto hasta colocarla sentada en la ventana, aguantándola con fuerza y pegando mi cuerpo al suyo para evitar al máximo su forcejeo—. No vas a poder conmigo.

—¿Qué pretendes? —Por primera vez su voz suena asustada—. Bájame.

Por toda respuesta le muestro mi sonrisa más auténtica.

Me aplasto todavía más contra ella, entre sus piernas, la agarro de los hombros un segundo y me acerco a su oído.

—Vas a lamentar haberte metido conmigo.

Ha llegado el momento. Siento el subidón de euforia acompañándome cuando la agarro por las piernas, me separo un poco hacia atrás y la empujo al agua.

Se escucha el *chof* acompañado de sus gritos incrédulos y cabreados.

Aplaudo chocándome los cinco mentales.

¡Soy el puto amo! La tía está en el agua, con bolso incluido, chapoteando sin dejar de gritar, y yo me siento en el cielo porque lo he hecho. ¡He tirado a la mojigata por la borda!

—¡Tío! —celebra Quincy palmeándome la espalda con fuerza—. ¡Eres mi héroe!

—¡Y el mío! —Faith se une a la celebración—. No pensaba que fueras a conseguirlo.

—¡La duda ofende! —Le doy un suave golpe en el brazo—. Sabes que soy capaz de eso y de muchísimo más.

Hay un griterío en el interior del vehículo porque otros pasajeros han visto lo sucedido.

Alarman al capitán consiguiendo que detenga la marcha.

Ahora tocará lidiar con las consecuencias, pero ha valido la pena.

Mis amigos se han arrimado a mi lado para mirar por la ventana y no perderse ni un mínimo detalle de Brenda en el agua.

Su careto cabreado me despierta una sonrisa acojonante.

¡La he tirado al agua! ¡Chúpate esta! ¡Soy el rey de la pista! ¡El número uno! ¡El invencible!

Capítulo 7

Brenda

¡Me ha tirado al agua! ¡No me lo puedo creer! ¡El muy hijo de...!

¡No! ¡Ni en broma voy a empezar a hablar mal por su culpa!

Muevo las piernas y los brazos para mantenerme en la superficie y alejarme al máximo de los motores. Por suerte, el vehículo va muy lento y no siento ningún tipo de succión ni de empuje hacia las turbinas.

Estoy enfadada y muy asustada.

¿Y si no llego a saber nadar?

¡Ni siquiera se ha molestado en preguntármelo! Podría haberme hundido o algo peor.

Le miro. Está apoyado en la ventana, parapetado por sus dos amigos, mirándome con esa sonrisa torcida que me anuncia sus verdaderas intenciones y aumenta de forma considerable el enfado porque deja clarísimo que lo tenía planeado.

La risa de Faith es otra puñalada en el corazón, ¿cómo puede alguien fingir afecto para acabar destrozándote con esa facilidad?

Tiene el móvil en la mano y lo está grabando todo. Será...

El vehículo se detiene con los ocupantes arrimados a la barandilla, preguntándome todos a la vez si estoy bien.

El capitán, enseguida me lanza un salvavidas con una cuerda para que me agarre con fuerza a él y pueda dejar de moverme para mantenerme a flote.

—Señorita, acabo de llamar a las autoridades portuarias. —Su voz es firme y consigue tranquilizarme un poco—. Solo tardarán unos minutos.

En ese instante escucho la risa de Dylan. Es fuerte y clara, está llena de diversión y me parto en dos porque me duele oírla.

No lo entiendo, ¿por qué acaba de tirarme por borda? Y la pregunta del millón, ¿por qué me duele tanto que lo haya hecho?

Levanto la mirada hacia él con una necesidad imperiosa de entenderle. Cuando nuestros ojos se encuentran, no le permito atisbar mi rabia ni mi desengaño, mantengo una expresión neutra, seria, congelada. En los suyos leo arrepentimiento mientras sigue dejando escapar su risa falsa.

Nos quedamos mirándonos hasta que una Zodiac naranja con dos policías uniformados llega hasta mí para rescatarme del agua.

—¿Está bien, señorita? —pregunta uno de los agentes. Asiento con una sonrisa triste—. Acérquese y péguese a la barca de espaldas para que pueda alzarla.

Lo hago, nado hacia ellos, coloco mis hombros contra la goma naranja y suelto el salvavidas.

No tardo ni cinco minutos en estar a bordo, con una toalla gigante alrededor de mi cuerpo y acompañada por los aplausos de los turistas del vehículo anfíbio.

Vuelvo a mirarle. No entiendo por qué mis ojos se empeñan en unirse a los suyos cuando lo lógico sería gritarle a la cara su maldad y la forma vil y despiadada en la que acaba de fastidiarme.

Esta vez cruzo los brazos bajo el pecho sin dejar de imprimir rabia en mis ojos ardientes. Llevo el bolso en bandolera, mi móvil está ahí, mojado, irreparable y sin posibilidad de arreglarse.

Mis auriculares pequeños correrán su suerte y el maquillaje...

Son cosas insignificantes para personas con una capacidad económica mayor que la mía. Pero para mí supone una debacle porque no tengo recursos para comprarme otra vez esos objetos y el teléfono me permitía estar conectada a mi familia en todo momento.

Los policías empiezan a acribillarme a preguntas. Debo reponerme con rapidez para contestarlas con eficiencia, pero en realidad solo tengo ganas de llorar.

Cierro con fuerza la toalla sobre mi cuerpo, aparto la vista de él y me controlo. Un chico como Dylan no me hará derramar ni una sola lágrima, no se lo merece.

Me llevan hasta un embarcadero y, tras dejarme unos minutos para secarme un poco en el baño, me escoltan andando hasta comisaría.

La ropa mojada me molesta, se pega a la piel y el pelo, aunque lo he escurrido en la pila del baño, no se ha secado mucho y se apelmaza contra mi cuello y la cara.

No dudo a la hora de prestar declaración. Quiero a Dylan lo más alejado de mí posible y si puedo conseguir una indemnización para pagarme los daños ocasionados, me parecerá bien.

Nunca he sido una persona vengativa, pero hay actos que no pueden quedar sin castigo.

A instancias de los agentes, hago un recuento de daños materiales. Abro el bolso con ansiedad, no lo he hecho antes porque una cosa es pensar en el móvil, el maquillaje y los auriculares estropeados y otra muy distinta enfrentarme a la realidad.

Cuando lo hago me tiemblan las manos.

Mi monedero ha corrido la misma suerte y está lleno de agua.

Los billetes se secarán, espero. Por suerte son pocos. Pero los papeles que tenía no van a salvarse y había anotadas un par de direcciones que encontré por internet en España.

Bueno, como mínimo tengo la posibilidad de volver a encontrarlas.

La foto de carnet que nos hicimos mi madre, Ester, Mila, Rocío y yo como recuerdo un par de semanas antes de mi partida también está estropeada. Verla así me llena de rabia porque fue una idea loca de esas que te apetece conservar. Fuimos a pasar un día a Granada y nos metimos en un fotomatón, como hacen en muchísimas películas americanas. ¡Fue divertido!

Al sacar el móvil inservible veo llegar a Dylan esposado, junto a Faith y a Quincy, quienes le siguen a corta distancia quejándose de forma insistente.

Siento su mirada en mi móvil y después en mi expresión derrotada. La cambio con rapidez por una más beligerante. No quiero mostrarle ni un ápice de debilidad, Dylan es un matón de los que se crecen con la información sensible y no voy a darle munición para hacerme más trastadas.

Los agentes se brindan a llevarme de vuelta a residencia al termino del interrogatorio. Me ofrecen un vaso de café y no tardan demasiado en dejarme frente a la puerta.

Por suerte, no encuentro a nadie en mi recorrido hasta la habitación.

Una vez dentro, escondida de miradas indiscretas, me permito aflojarme y dejar salir la rabia, la frustración y las lágrimas. Llevo años deseando estar aquí y ahora me parece un calvario, el peor lugar del mundo.

Me quito la toalla con la que me envuelvo, he quedado en llevarla a comisaría en un par de días. Me acerco a la maleta abierta en mi lado de la habitación, todavía sin deshacer, y cojo una muda completa para caminar con ella y el neceser hacia el baño compartido de mi planta.

La ducha me ayuda a relajar los músculos y a ver las cosas en perspectiva. He de encontrar la forma de deshacerme de Dylan o mi vida se convertirá en un infierno.

Utilizo el secador para darle forma a mi melena, ya vestida con unos leggings negros cortitos y una camiseta cómoda, de esas largas, de tirantes gruesos y un poco ceñidas al cuerpo. Miro un segundo el texto impreso en ella y me permito la primera sonrisa desde mi caída al agua.

Soy la reina de las series y las novelas románticas.

Recuerdo cuando mi madre y las chicas me regalaron cuatro camisetas iguales con *slogans* divertidos y me invade la nostalgia. Las echo muchísimo de menos, sobre todo en un momento como este; seguro que ellas me ayudarían a relativizar la situación y a reírme de ella. Es lo que solemos hacer, nos gusta tomarnos la vida a guasa y buscar solo la parte positiva.

Fue al cumplir los dieciocho, en mi fiesta de cumpleaños. Cada año hacemos lo mismo, nos vamos a la playa con un cesto de pícnic y nos quedamos allí hasta bien entrada la noche.

De niña lo hacíamos de día, pero, desde los catorce decidimos que trasnochar un poco el día del cumpleaños no era malo, aunque tuviera escuela al día siguiente.

A veces tener una madre tan alocada me molesta, pero justo ahora sé que me iría bien tenerla al lado, a ella y a las chicas.

Miro el reloj. Son las once y media en Boston, en casa es por la tarde de un sábado. Estarán todas juntas viendo unos cuantos episodios de nuestras series antes de salir de marcha. Es otra de nuestras tradiciones. Tarde de series.

Deseo más que nunca hablar con ellas. Todavía no tengo claro si voy a contarles lo sucedido, pero quiero hacer un Skype con Andalucía para animarme. Suelen tener ese efecto positivo en mí.

Es curioso cómo ahora me planteo cosas que nunca había valorado. Tengo suerte de haber crecido con unas chicas tan positivas al lado, aunque sean mayores y muchas veces la adulta responsable sea yo, a pesar de mi edad.

Mi plan para el resto del día será perfecto. Videoconferencia con ellas ahora, deshacer la maleta, una visita a la cafetería para un almuerzo rápido, una tarde de series y lectura... Es la mejor terapia contra la nostalgia y el enfado.

Al regresar a la habitación me paro frente a la puerta con nerviosismo. ¿Estará de vuelta? Los agentes me han asegurado que le retendrán hasta la noche como mínimo, pero siento una punzada de nervios al empujarla hacia dentro.

No estoy preparada todavía para enfrentarme a él.

—¡Quita la denuncia o te arrepentirás! —Faith está sentada en su cama y me habla con una frialdad que me hiela la sangre.

—¿Qué me harás? —Me enfrento a ella calentándome de rabia—. ¿Vas a piratearme el móvil que ya no tengo porque tu amigo me ha lanzado por la borda? ¿O prefieres destrozarme el maquillaje o los auriculares pequeños? —Camino hacia ella y me paro en medio de la habitación con los brazos en jarras—. ¡Ah, no! ¡Espera! ¡Si ya se ha encargado Dylan de dejarme sin ninguna de esas cosas!

—El sarcasmo no te va a ayudar a estar a salvo. —Faith se levanta sosteniéndome la mirada con una expresión tan fría que me asusta—. Si no te vienes ahora mismo a comisaría a quitar la demanda y dejas a Mac libre, voy a destrozarte. Y te aseguro que no tienes ni idea de hasta dónde soy capaz de llegar por mis amigos.

Vale, es oficial, Faith me asusta. Estoy viendo su verdadera cara y da un miedo de narices. Es fría y letal. Lo presiento. Y no tengo ninguna intención de descubrir cuáles son sus formas de venganza porque algo me dice que me arrepentiría al segundo.

¡Maldita suerte la mía! Me ha tocado un grupo de indeseables como compañeros en la residencia. Ojalá el lunes pueda desvincularme de ellos al empezar el programa de verano.

—Lo haré con una condición.

—No estás en posición de negociar —replica ella.

—¡Claro que lo estoy! Puedo ir a comisaría o arriesgarme a descubrir el alcance de tus amenazas. Y si eso pasa, Dylan continuará en el cuartelillo y se enfrentará a un juicio.

Noto cómo se para unos segundos a valorar mis palabras y evaluar la posibilidad de que me esté echando un farol. Es como si pudiera ver cómo sus engranajes cerebrales buscan respuestas a la velocidad de la luz. Y esa sensación me eriza el vello del cuerpo, explicándome sin necesidad de palabras el tipo de persona que es. Una manipuladora, una mujer acostumbrada a salirse siempre con la suya a costa de lo que haga falta, una acosadora.

—Dime las condiciones —dice pasados unos minutos en los que ha intentado acobardarme sin éxito con su mirada y su postura.

—Quiero un móvil nuevo, con una restauración completa del anterior. —Va a abrir la boca para replicar, pero la detengo levantando la mano—. Tengo clarísimo que Dylan lo ha clonado, así que no busques excusas. También me vais a traer unos auriculares pequeños nuevos, dinero para conseguir un kit de maquillaje, un billetero a la altura y esta noche me quedo la habitación para mí sola.

—Te daremos lo que pides, incluso un poco más de pasta, pero Mac va a dormir aquí. Eso no es negociable.

Me molesta no poder deshacerme de él esta noche, pero tampoco quiero iniciar una guerra abierta con ellos.

—Vale, pero solo si promete no dirigirme la palabra.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Nunca más?

Arquea los labios en una sonrisa sincera, como si por un segundo me viera de igual a igual. Pero apenas dura un segundo porque no tarda nada en volver a su mueca fría.

—Esta noche te dejará en paz —propone—. Después hará lo que le plazca.

—¿El fin de semana completo?

—Trato hecho. —Me tiende la mano—. Te voy a llevar a comisaría.

Se la encajo sin perder la fortaleza en mi expresión a pesar de que estoy temblando por dentro. La verdad, estoy maravillada conmigo misma, nunca me creí capaz de aguantar el tipo frente a una persona de la calaña de Faith. Quizá tantos años de soportar a gente parecida en el colegio mientras examinaba su comportamiento ha disparado algo en mí.

Saca mis gafas de sol de su bolso, me las ofrece y se da la vuelta para indicarme que empiece a andar.

La sigo en silencio hasta la salida.

Su coche está cerca y no tarda en señalármelo. Me encantaría tener dinero para permitirme uno así. Es europeo, descapotable y deportivo.

Pone música, una muy parecida a la de Dylan.

Durante el trayecto me mantengo en mi lado mirando por la ventanilla con las gafas de sol puestas, entreteniéndome con la vista de la ciudad.

Me atiende el mismo policía de antes. Es un agente de mediana edad muy agradable que intenta disuadirme de mi intención, pero he tomado una decisión y voy a mantenerla. No quiero iniciar una guerra abierta con ellos. La verdad es que me he acobardado bastante.

Al final, el agente me informa de que la compañía organizadora del tour también ha retirado la demanda y que van a soltar a Dylan en cuestión de un par de horas.

Sin mediar palabra, Faith me deja en la puerta de la residencia con el coche y desaparece

de mi vista.

De vuelta a la habitación me dispongo a descansar un poco antes de la reaparición de mi compañero de habitación. Deshago la maleta para instalarme de forma definitiva y me siento en la cama con el portátil, dispuesta a hablar con España.

En menos de cuatro minutos están las cuatro al otro lado de la pantalla, arremolinadas en el sofá de casa de Rocío, hablándome en chillidos emocionados y acribillándome a preguntas.

—¡Chicas! —Suelto una carcajada feliz. Tenerlas así, aunque sea a través de la tecnología, es una maravilla—. ¡De una en una!

—¿Cómo es tu compañera de habitación? —Mi madre toma la palabra—. No me has contado demasiado.

—Bueno...

—Bueno, ¿qué? —pregunta Mila.

No puedo contárselo. Si lo hago van a llamar al rector como mínimo. Esas cuatro tienen mucho peligro y no suelen medir bien las consecuencias de sus actos. No puedo darles alas para emprender una cruzada contra Dylan y los suyos sin exponerme.

Con lo del mensaje de ayer solo les conté que había sido una broma de un compañero, pero no añadí que vivía en mi habitación.

—No me gusta demasiado. —Para mentir es mejor ceñirse al máximo a la verdad—. Faith es una manipuladora, pero tampoco me afecta mucho, voy a hacer amigos fuera de esta habitación.

—¡Esa es mi chica! —Aplaude Ester—. Si quieres a la caballería, aquí estamos.

Sonrío porque lo sé. Ellas estarán siempre a mi lado y esa certeza me ayuda a rebajar los nervios de las últimas horas.

—Estamos un poco a la expectativa. —Mila me mira con esos ojazos azules que siempre me han parecido alucinantes—. Día veintitrés de junio, ¿seguimos sin noticias de nuestra realeza preferida?

—Ni una palabra. —Mi sonrisa se ensancha—. Vamos a tener que escribir la continuación porque pinta fatal.

—Ese final... —Ester niega con la cabeza—. ¡Es de juzgado de guardia! ¿A quién se le ocurren esos cierres de temporada? ¡Y más si pensaban no renovar!

—No lo sabemos todavía... —Apunta Rocío.

—¡Ya! Pero ¿qué haremos con nuestra vida si no renuevan?

Nos pasamos casi media hora hablando. Cuando dejamos el tema de *The Royals* le damos una repasada detallista a la residencia, al campus y a mi salida a desayunar. Para ellas edulcoro la realidad sin acompañante...

Al despedirnos, me entra un poquito de morriña, pero enseguida me abstraigo mirando un episodio de *Oultander*. Para inhibirme del todo de la realidad lo miro con los cascos puestos ya que, por suerte, los buenos y grandes suelo dejarlos en la habitación.

Me sumerjo en esta serie mágica, recordando la lectura desenfadada de los libros hace años, la pasión con la que la vi por primera vez y la fuerza arrolladora del amor entre Jamie y Claire.

Es como si los sentimientos se palparan en la pantalla y pudieran irrumpir en mi corazón, como si mi presente se desdibujara en pro de una realidad paralela donde los personajes son parte de mi vida, de carne y hueso, y están a mi lado.

Lloro como una posesa al descubrir que Claire ha vuelto al presente cuando pongo el siguiente episodio. Su pena es la mía. ¿Cómo puede haber perdido un amor tan grande?

Mi único consuelo es conocer el desenlace de esta temporada y de las siguientes, incluso

de las que nunca se han filmado, porque esos libros me robaron el alma de tal forma que los he releído muchas veces estos años.

Me sobresalto de repente. Acabo de notar cómo algo ha caído a mi lado, sobre la cama.

Detengo la proyección, me quito los cascos y levanto la mirada para encontrarme la expresión sonriente de Dylan.

—¿Ya te han soltado?

Miro encima de la cama, justo donde su dedo señala. Hay una bolsa de una tienda Apple. La cojo para descubrir su contenido y me encuentro con una nota en primer lugar.

Lo siento, tía. Me lo has puesto a huevo.

Como me he comprometido a no hablarte hasta el lunes te he escrito una jodida carta. Aquí tienes un móvil de la hostia (nada que ver con la mierda que tenías). Te he restaurado una copia del anterior y te he bajado algunas aplicaciones imprescindibles.

¡Venga, ya puedes darme las gracias!

Viene con auriculares.

También hay un sobre con pasta para tu maquillaje, un bolso, el billetero y las molestias.

¿A que soy el puto amo?

Si tienes hambre, tengo un par de sándwiches y refrescos. Faith me ha dicho que hoy no has comido.

Mac.

Es un iPhone último modelo.

Mis labios siguen una inercia prohibida en este momento, se arquean hacia arriba transmitiendo la felicidad que siento. Pero no tardo en reprenderme mentalmente. ¿Acaso piensa que me va a comprar con un móvil por el que llevo suspirando años?

¡No! ¡Ni en broma! ¡Me ha tirado por la borda!

Me obligo a cambiar la expresión emocionada por una más acorde con lo sucedido. Tengo derecho a estar enfadada y nunca me he considerado una persona material y, aunque no le haré ascos para nada a su regalo, se ha cargado el mío y necesito uno de repuesto.

—Has cumplido —digo mirándole—. Ahora déjame en paz. Hoy te has pasado cuatro pueblos y no te mereces ni la hora.

Sacude la cabeza y se da la vuelta para caminar hacia su cama sin contestarme.

¿Por qué me molesta esta actitud? He sido yo la que le he pedido un tiempo en silencio y él solo está respetando el acuerdo.

Estoy un poco alterada, seguro.

Mis tripas rugen como respuesta retardada a la última frase de la nota. Tiene razón, no he comido desde el desayuno y me muero de hambre. Lo que no entiendo es por qué no me he parado a pensarlo hasta ahora.

Dejo el portátil en un lado y camino hacia él.

—¿Sigue en pie lo del sándwich? —pregunto señalando la bolsa que hay a sus pies—. Porque te aceptaría uno.

Sonríe a modo de respuesta y señala la bolsa como diciendo *todo tuyo*. Luego cambia su foco de atención a la pantalla de un portátil que tiene entre las piernas y empieza a teclear a la velocidad de la luz.

Me armo con una Coca-Cola y un bocadillo vegetal, que tiene una pinta de muerte, y me

vuelvo a mi cama, a mi serie y a mis auriculares.

Mientras tomo la comida me zambullo de nuevo en la vida de Jamie y Claire, dejándome impresionar por ese amor intenso y perfecto por el que suspiro en silencio.

¿Alguna vez lograré encontrar a la persona adecuada? A veces lo dudo.

Capítulo 8

Dylan

Voy a necesitar una colleja mental porque cada pocos segundos levanto la vista del portátil para mirarla con disimulo. Lleva los cascos puestos y su atención se centra en la pantalla del portátil.

Sus expresiones faciales son la hostia.

¿Estoy desvariando?

En otro momento de mi vida me hubieran parecido patéticas. En cambio ahora me parecen..., ¿adorables?

Hago el gesto de vomitar en mi mente porque esa palabreja es asquerosa. ¿Adorable? ¿En serio? Estoy por mirar qué me ha puesto Faith en la cerveza que me he tomado con ella al salir del cuartelillo porque está claro que tengo un trastorno de neuronas producido por una droga química.

¿Quizá una que suaviza el carácter y te vuelve un ñoño de narices?

La tía se pone a llorar en algunos instantes. Otros arruga los labios, frunce el ceño, se muerde el labio exterior, abre la boca, ríe... Es como si la peli o la serie o lo que sea que está viendo le transmitiera tantos sentimientos que no puede dejar de exteriorizarlos en sus gestos faciales.

¡Me estoy empezando a acojonar de verdad! ¿Desde cuándo analizo yo sentimientos, expresiones o estupideces por el estilo? ¡Debería estar pensando en lo alucinante que sería tener su boca en mi polla! Esa boca que no para de hacer movimientos, con esa lengua que se lame los labios en demasiadas ocasiones... La imagino recorriendo mi piel o en mi boca, jugueteando con mi lengua en un baile la hostia de sensual...

¡Joder! ¡Estoy pirado!

No hace ni veinticuatro horas que la conozco y mis pensamientos sucios son un mal presagio. Encima, mi polla está otra vez descontrolada y preparada para entrar en acción.

Suerte que tengo el ordenador en el regazo y tapa la tienda de campaña.

Esta noche necesito echar un polvo salvaje para solucionar mis problemas de deseo absurdo. Yo no soy de los que quieren a una puritana en su cama, no me va lo de ir despacio ni con cuidado. Prefiero follar a lo salvaje, buscarme compañeras que quieran lo mismo que yo para no necesitar mostrar cariño ni gilipolleces parecidas.

Tirarme a alguien como Brenda no me pone nada. Debe requerir muchos besos y preliminares mezclados con ternura. Solo pronunciar mentalmente esa palabra me provoca arcadas. El sexo es algo sucio, duro, lleno de deseo, necesidad y placer. Nunca será delicado. Y ese tipo de tías buscan a un tío considerado.

Está claro que ese nunca será yo.

Lo mío es salvaje. Me gusta experimentar, probar siempre nuevas posturas y hacerlas gritar de placer, no de amor.

Vuelvo a concentrarme en el juego. Tengo el mando en una mano y lo muevo siguiendo al equipo por la pantalla. Llevo los cascos y hablo por el micro que cuelga sobre mi boca desde la

oreja izquierda.

Intento seguir con mi habilidad normal, pero cada pocos minutos mis ojos toman vida propia y la miran. Es como una droga dura porque me produce un mono de narices no observarla en secreto. Me ponen sus mohines. Es como si levantaran mi polla con una facilidad acojonante.

De repente, se tapa los ojos con las manos contrayendo los músculos, como si lo que está pasando en la pantalla la asustara.

No puedo reprimirme y abro el chat del Hangouts que usa para mandarle mensajes a su madre y amigas.

D: *¿Te has parado a pensar en lo absurdo que es taparse los ojos cuando solo cerrándolos consigues no ver?*

Cuando se destapa la mirada y mueve la mano sobre el ratón táctil de su portátil, espero impaciente. Me ha prohibido hablarle hasta el lunes, pero no ha dicho nada sobre mandarle mensajes.

Suelta un pequeño suspiro y curva los labios en una sonrisa tensa.

La veo escribir.

B: *No, si tienes razón. Pero ¿sabes qué pasa? A veces ese simple gesto me ayuda a sobrellevar también lo que escucho y si quiero mirar solo un poquito pudo abrir dos dedos y espiar a ratitos.*

D: *¡Eso es una gilipollez! Te he visto, tenías los ojos completamente cerrados.*

B: *Ok, lo acepto, he hecho algo absurdo. ¿Dejas ya de mandarme mensajitos? Quiero acabar de ver el capítulo.*

D: *Mientras no sigas con tus ridículos gestos, puedes hacer lo que te salga de los ovarios.*

No me contesta y vuelve a concentrarse en la pantalla. Supongo que sigue cabreada. Pero no hay para tanto, en serio. ¡Solo ha sido una broma!

Escribo de nuevo. Es mejor ser directo para saber dónde estamos.

D: *¿Sigues cabreada?*

B: *¿Tú que crees?*

D: *Me jode que me contesten a mis preguntas con otras preguntas. ¡Es de niñas!*

B: *Quizá el problema lo tienes con tu falta de madurez. Total, me has tirado al agua desde un vehículo en marcha con motor y hélice y has estropeado varias de mis posesiones solo para reírte de mí. ¿Por qué debería estar enfadada? ¡No tiene sentido!*

D: *¿Siempre eres tan sarcástica? No te pega.*

B: *¿Y tú sueles comportarte como un maleducado prepotente con todas las chicas? Si te digo la verdad, no sé qué ven en ti.*

D: *Mi cuerpo, mi cara y mi potencial sexual.*

B: *¿Y? ¿Eso es lo que te mola de ti mismo? ¡Qué superficialidad!*

Levanto la mirada del portátil para posarla en ella.

Me ha cabreado.

Quizá debería callarme en vez de levantarme, caminar hasta su cama, sentarme a su lado, quitarle los cascos de una forma no demasiado agradable y apartarle el ordenador.

—¡Eh, tía! ¿Superficial? ¿En serio? —le espeto con rabia—. ¡Soy uno de los mejores informáticos del MIT! ¡Tengo cerebro! ¡Y pienso!

—Parece que cuando se trata de chicas solo le haces caso a una parte de tu cuerpo, y no es precisamente el cerebro.

—¡Muchas tías solo buscan sexo fácil! —No tengo ni idea de por qué estoy gritando ni tan cabreado—. Y yo se lo doy. Es un intercambio justo, sin otro compromiso. Follar y a casa. Limpio y fácil. Unos cuantos orgasmos compartidos y todos tan felices.

—Es una pena. —Vuelve a colocarse el portátil en el regazo, sobre un cojín.

—¿El qué? —Me molesta su tonillo—. ¿Pasármelo bien? ¿Proporcionarles placer? ¿Hacer que griten mi nombre mientras se corren? ¡Soy la hostia en la cama, mojugata! Pero alguien con tu falta de experiencia no puede imaginarse lo que se pierde.

Deja el portátil sobre la mesilla, descruza las piernas y las mueve un poco para desentumecerlas.

—Es una pena no buscar algo más. —Me dedica una mirada condescendiente que me jode porque mi cuerpo reacciona a ella como si acabara de abofetearme—. Entiendo el concepto de pasarlo bien, de proporcionar y recibir placer. Pero me parece muy triste no poder relacionarse con la otra persona, que algo tan bonito sea un simple intercambio de orgasmos.

—¡Claro! ¡Por eso no has follado en tu patética vida! Porque tienes un concepto la hostia de ñoño de las relaciones. —Me enderezo para dedicarle una mirada asesina—. Los tíos huyen de ti, ¿es que no te das cuenta de lo patética que sueñas? ¡Follar no es un pecado mortal!

No entiendo mi reacción, pero estoy cabreado con ella por su discurso. ¿De qué va? ¿Cómo puede juzgarme por algo como el sexo? ¿Acaso se cree mejor que yo?

—En eso tienes razón. Algún día disfrutaré de acostarme con otra persona y quizá entonces me acuerde de esta conversación, pero no voy a renunciar a mis principios porque a un ególatra enamorado de sí mismo le parezca cursi. —Suelta un suspiro negando con la cabeza—. ¿Te has planteado que si sigues con esas ideas acabarás solo? Enamorarse no es un crimen y estoy convencida de que hacer el amor con la persona adecuada es mil veces más gratificante que con desconocidos.

No parece afectada por mi tono y eso todavía me cabrea más. Me encantaría quitarle esa sonrisa de la cara con... ¿una hostia? ¿Sería efectivo? Niego con la cabeza porque mi polla tiene otros planes, y lo flipo porque mi mente acaba de lanzarme una imagen muy fuera de lugar.

¿Callarla con un beso?

¡Estoy fatal!

Compongo una expresión sarcástica, me paso la lengua por el labio superior y le dedico una mirada lasciva, recorriéndole el cuerpo.

—¿Me estás diciendo lo que creo que dices? —Mi voz es mil veces más venenosa de lo que esperaba, pero es que esta tía me exaspera sin pretenderlo—. ¿Te estás reservando para el adecuado?

Por una vez se sonroja. Y flipo con la reacción de mi cuerpo porque me enciende ese rubor. Su inocencia es un reclamo para ponerme todavía más duro, pero lo negaré ante cualquiera porque me repito por enésima vez: *¡a mí no me interesan las vírgenes! ¿Queda claro?*

—Tú lo has dicho, no yo. —Se levanta para caminar hacia la puerta, pero se detiene en medio de la habitación—. Pero vale, lo admito, para mí es importante que la primera vez sea de verdad. Jamás me perdonaría ser como tú.

—¿Y cómo soy? ¿Como una máquina de dar placer? ¿Un tío bueno con cerebro que se preocupa por ti y te muestra las mil formas de correrte?

—Frío, egocéntrico, creído, incapaz de amar. —Sus ojos se llenan de determinación antes de pronunciar las siguientes frases lapidarias—. Alguien que seguirá siendo un infeliz toda la vida porque no puede enamorarse. Un chulo con el corazón congelado. Un hombre que aísla a los demás por miedo a sentir. Y eso es triste, Dylan. Incluso me atrevería a decir que me da pena,

porque las emociones son el bien máspreciado de una persona.

Me quedo callado mientras sale de la habitación.

Sus palabras me han dolido y es acojonante porque a mí me resbala la opinión de los demás. Sin embargo, esta vez me ha tocado, es como si reaccionara a ella de una forma extraña. Quizá todo esto se me está yendo de las manos.

Y lo peor es cómo se acerca a la verdad.

¿Cómo ha podido calarme en menos de un día?

Está claro, eso es lo que me molesta. Su capacidad para leer en mi alma como si fuera una jodida bruja. Y ha descubierto uno de mis mayores secretos, mi pánico a dejarme arrastrar por las emociones como mi madre. Ella ha vivido un infierno por enamorarse del hombre equivocado. ¿Por qué la gente se deja cegar por el amor? Nunca lo entenderé y a mí no me va a pasar nunca. Antes me hago el harakiri.

Necesito un buen polvo, emborracharme, encontrar a una tía que me quite el calentón para olvidarme de estas gilipolleces.

Brenda es una niñata sin una mínima idea de la vida. ¿Quiere una primera vez de verdad? ¡Patético! Cuando una tía se desvirga no lo pasa bien porque le duele. Debería buscar a un tío experimentado para ese instante y llegar enseñada al definitivo, ¡no virgen!

Me levanto con rapidez antes de que vuelva para salir en busca de una noche de placer. Me lo he ganado después del día de hoy.

Camino por la calle rumbo a uno de los bares más calientes de la ciudad. Cuando quiero acción, voy allí porque las tías están receptivas a mis exigencias.

Hoy no tengo el cuerpo para un revolcón simple. Quiero tequila recorriendo mis venas, pasarlo de puta madre y una tía sin reparos en pasar la noche conmigo sin esperar nada al día siguiente, o dos, ¿para qué desperdiciar mi calentón?

La forma en la que me ha hablado la mojigata me ha jodido la tarde y mi polla parece una imbécil porque no entiendo quién le ha dado permiso para ponerse cachonda con una tía tan mojigata como esa. ¡Si es una niñata! ¡Una de esas vírgenes con corona de santa!

¡Y a mí me gustan las tías duras! ¡Las experimentadas! ¡Las que toman la iniciativa!

Regreso a la residencia a media mañana del día siguiente. La noche ha dado sus frutos regalándome un trío con un par de rubias explosivas que conocí. He acabado en casa de una de ellas, un piso compartido, pasando unas largas y placenteras horas de sexo salvaje.

¡Ha sido la hostia!

Había pasado demasiado tiempo desde mi último trío. Es una de las mejores formas de follar porque recibo placer por todos lados.

El alcohol que ayer regaba mis venas ha disminuido con el paso de las horas y el ejercicio físico, mezclado con varios orgasmos cojonudos. Estoy sobrio y con muchas ganas de dormir todo el día.

No miro el móvil porque fijo que está lleno de mensajes de Faith. Ayer me largué sin hablar con ella y es de las que llevan mal la distancia impuesta.

Antes de conocerla en persona jamás imaginé su forma de ser tan controladora y manipuladora. Parecía una tía de esas con las que se puede mantener una amistad de verdad sin sentirse aprisionado ni sin aire porque busca algo más. Pero me equivocaba, y ahora me daría de leches por haber confiado en ella.

Soy un tío codiciado, todas me miran con deseo y la mayoría intentan cambiarme,

convertirse en la única capaz de hacerme sentar la cabeza con ella y luego, cuando se dan cuenta de que no voy a dejar de follar con otras después de descubrir sus encantos en la cama, se cabrean.

Faith es diferente conmigo. No me quiere redimir, se comporta como un tío, un colega. Su único defecto es el afán de controlarlo todo. Odia dejar las cosas al azar. Y también es muy manipuladora, aunque conmigo y Quincy se comporta bastante.

La habitación está vacía cuando entro.

¡No lo entiendo! ¿Por qué me siento decepcionado? Es perfecto que la mojitata se haya largado, así podré dormir hasta que me salga de las narices.

Voy a mi armario para hacerme con un chándal cómodo y una toalla. Una ducha fresquita me quitará el olor a sexo y me dejará como nuevo para meterme en la cama.

Tengo un poco de resaca, pero nada preocupante.

Al salir del vestuario duchado y cambiado me apetece un desayuno con un alto en contenido en grasas para acabar de quemar la noche y coger un sueño profundo. Me relamo los labios pensando en unos huevos con beicon, un par de salchichas, patatas fritas y mucho ketchup.

Mis tripas rugen para enfatizar mis pensamientos.

Una vez en la cafetería, con un café llenando mi taza, recuerdo el desayuno de ayer y la charla de Brenda acerca del café solo. Lo pruebo dándole un sorbo generoso.

—¡Ecs! —Lo escupo dentro de la taza arrugando la nariz—. ¡Esto es bazofia!

La camarera, una joven que me dedica caídas de ojos de lo más sugerentes, viene corriendo. Su expresión me descojona. ¿Es que las tías no son capaces de mantener su dignidad? Esta quiere un revolcón, está clarísimo. Y es de las que piensa que es capaz de redimirme.

Para pasar un buen rato le dirijo una mirada lasciva y me relamo los labios con la lengua en un gesto casi obsceno.

—¿Algún problema con el café? —pregunta con las mejillas coloradas por mis insinuaciones.

—Tráeme otra taza. —Levanto esta—. Y leche y azúcar. ¡Solo las niñas toman *expresso* a secas!

—A mí me gusta el cappuccino con un poco de chocolate en polvo —susurra de forma sensual, mordiéndose el labio con un poco de vergüenza por su clara insinuación—. Si quieres, te preparo uno. Soy buena en eso. Salgo en una hora y estoy sola en casa.

—Otro día. Hoy estoy petado.

—Te tomo la palabra.

Normalmente la mezcla entre timidez y descaro me pone un montón, pero hoy me produce rechazo. No quiero tirarme a una tía así, prefiero la inocencia real, la de la mojitata.

¿En serio?

Brenda es lo peor, me está cambiando las neuronas, se ha metido en mi sistema cerebral para lanzar un virus que se está cargando mi programación natural.

¿Desde cuándo me gusta la inocencia? ¡Jamás me ha puesto!

Me termino el desayuno con rapidez para irme de una vez a la cama. Pensaba que una noche tirándome a las dos rubias me alejaría de la cabeza todas esas gilipolleces, pero está visto que necesito un sueño reparador para restaurar mis circuitos.

—Solo llevo trabajando aquí una semana, pero no te había visto nunca. —La camarera vuelve a la carga al traerme la cuenta—. ¿Estudias en el MIT?

—Ingeniería informática.

—Yo voy a empezar física este año. ¿Te veré más por aquí? —Coge mi tarjeta de crédito para pasarla por el datafono y me dedica una caricia—. Tenemos pendiente un café en mi casa. Aunque podríamos convertirlo en una copa.

Su guiño de ojos me da acaradas. Estoy empezando a preocuparme de verdad porque a mí me ponen de la hostia esos gestos tan directos. ¡Y más cuando se sonrojan! Además, la tía está que te cagas. Tiene unas tetas impresionantes: grandes, llenas y turgentes que se le pegan a la camiseta ceñida, pero, por alguna extraña razón que no logro entender, no me veo lamiendo los pezones que se han empinado al insinuarse.

—Eso suena bien. —Le devuelvo la caricia al recuperar mi tarjeta y me restriego de manera sutil un poco contra su cuerpo cuando me levanto para marcharme—. Volveré.

—Contaré las horas.

Debería hacer recuento de los daños producidos por el virus Brenda. Pasar el día de ayer con ella, cabrearla y escuchar cómo me reta con sus constantes réplicas me ha llenado los engranajes cerebrales de cortocircuitos.

Creo que se debe al *shock* de descubrir a una persona diferente a la imagen mental que me había formado de ella. La suponía tímida hasta la saciedad, introvertida, llena de traumas. Y, joder, nada más lejos de la realidad.

Estoy KO mentalmente.

De nuevo entro en la habitación vacía y algo se revuelve en mi interior. Estaba tentado a otro asalto con ella.

Me estiro en la cama con intención de dormir. Es mi último domingo antes de empezar el proyecto de verano.

Es interesante que te cagas, tiene los ingredientes necesarios para convertirme en una mejor versión de mí mismo, si eso es posible. Los profesores son la caña y el reto del temario me motiva a saco.

Cuando estoy a punto de coger el sueño, la molesta voz de Faith me despierta de golpe.

Escucho cada una de sus palabras con el corazón latiendo la hostia de rápido y abro los ojos para fulminarla con la mirada.

—¡Ni de coña!

—¿Te crees en posición de decidir? —Está de pie frente a mí, con los brazos en jarras—. No tienes más remedio que hacerlo.

—¿En serio? ¡¿Se os ha ido la olla?! —Me levanto con furia.

—Paso a paso, Mac. Todavía hay tiempo, pero vamos a llegar ahí y no hay forma de dejarlo. ¿Te queda claro?

La veo salir de la habitación con paso firme y por primera vez me pregunto dónde me he metido.

Capítulo 9

Brenda

Hace un día magnífico y pasear por Boston me está sentando de maravilla. Lejos de esa habitación tóxica, de alguien como Dylan, de la presión de estar todo el rato alerta a su próxima provocación.

Necesitaba esto. Un día para mí sola.

Por la mañana me he levantado temprano, agradeciendo que anoche no volviera. Tras una ducha relajante y un desayuno completo en la cafetería, he visitado las instalaciones abiertas un domingo a esa hora temprana. Traducido es como admitir que solo lo he visto por fuera. Pero me ha gustado, me he sentido en la cima de mis aspiraciones y casi he saboreado la cercanía de mi padre.

Llevo tantos años fantaseando con conocer a Andrew que ahora me parece alucinante estar a punto de hacerlo.

El profesor Nixon es el responsable del curso de verano para el que solicité una beca extra, esforzándome por cumplir los requisitos.

Soy una traidora y me siento fatal porque les he ocultado este hecho a mi madre y a las chicas. Llevo mucho tiempo mintiéndoles acerca de mis motivaciones. Pero, para ser realista, he de admitir que también me siento feliz de estar aquí. Quiero dedicar mi vida a las matemáticas, eso no es mentira, y el MIT es una de las mejores universidades del mundo.

El campus me ha parecido imponente. Tiene una arquitectura muy particular e interesante que lo hace distinto a cualquier otra universidad. Me he pasado casi tres horas paseando entre las edificaciones de diferentes estilos, absorbiendo su majestuosidad.

He empezado por los edificios Maclaurin, que forman una U alrededor de Killian Court, una obra impresionante con una fachada de la columnata y la enorme cúpula que recuerda al Panteón de Roma. Me he quedado prendada de ellos, aunque el moderno Ray and Maria Stata Center, diseñado por el arquitecto Frank Gehry e inaugurado en 2004, me ha dejado sin palabras. Las torres inclinadas, las paredes de varios ángulos y sus formas caprichosas me han conquistado enseguida y se han quedado inmortalizadas en mi retina para siempre.

Pero también he disfrutado de otros edificios, como el Auditorio Kresge o la Biblioteca Hayden o muchos otros que me han entusiasmado.

¡Todos son una obra de arte!

El MIT está situado en la zona de Cambridge, en la orilla norte del río Charles, que le separa del centro de la ciudad de Boston.

Es bonito también el entorno y saber que Harvard está cerca.

Tras mi mañana de paseo para conocer el campus, he cruzado el río en busca de una cafetería. Mi comida se ha llenado de una conversación vía chat con mi madre y las chicas y la he aderezado con la visualización de un nuevo episodio de mi serie.

Después, me he pasado un par de horas recorriendo la zona sin rumbo fijo, dejando que fueran mis pies los que decidieran hacia dónde llevarme.

Ha sido una experiencia interesante. Nunca la había puesto en práctica, ya que mi pueblo es

demasiado pequeño para perderse y Granada me la conozco como la palma de mi mano.

Para regresar al MIT me he estudiado un plano del transporte público de la ciudad. El dinero que he ganado trabajando de camarera en el bar de mi madre desde los dieciséis me sirve para algunos extras, pero no quiero despilfarrar. La beca es generosa y quiero estirla al máximo.

El cielo se ha nublado cuando al fin llego a la residencia. Hay un poco más de movimiento que estos dos últimos días, quizá los cursos que empiezan mañana han congregado a más gente de la que esperaba. Me gusta sentirme más acompañada, así no se me hace tan cuesta arriba la idea de regresar con Dylan y sus salidas de tono.

Es un chico extraño y me confunde. Hay momentos en los que me habla con sinceridad y con cercanía, pero de repente cambia y se comporta como si yo fuera una molestia para él. Y luego está esa manía suya de hacerme trastadas.

Todavía no le he perdonado por tirarme al río ni por arrancar el coche cuando me disponía a salir de él, ni tampoco por sus insultos, pero admito que ya no estoy tan enfadada. El paseo me ha ayudado a relajarme un poco y como mínimo lo dejé unas horitas en el cuartelillo.

¿Dónde habrá pasado la noche?

Como si lo viera... Estaba con una chica, fijo.

Me molesta. No tengo ni idea de por qué, pero me molesta imaginarlo con una chica toda la noche.

Quizá solo es fruto de nuestra conversación de ayer, esa en la que me acusaba de ser una puritana por reservarme para mi príncipe azul.

El otro día leí en una novela que destiñen, pero claro, era una gracia sin fundamento. Hace muchos años que lo sé, los cuentos de Disney no existen en la vida real y el amor de las novelas románticas no se ciñe del todo a la realidad.

Sin embargo, sigo con la idea de regalarle mi virginidad a un hombre que la merezca. Para mí es importante. No quiero que me pase como a mi madre ni ver cómo los años pasan idealizando esa primera vez. Ella siempre lo ha hecho, lo tengo clarísimo. No me habló de mi padre hasta los trece porque para ella es su príncipe azul, un hombre que la deslumbró.

Aunque yo reniego del amor a primera vista.

A ver, sin atracción no hay amor, eso queda claro. Sin embargo, para amar hay que conocer, crecer a su lado, pasar horas hablando, descubrir el alma de la otra persona y querer todo su conjunto, sin medias tintas.

Para mí en el amor es todo o nada. Así de simple.

Puede que Dylan tenga razón en una cosa, jamás he estado con un chico ni siquiera un poquito.

En mi instituto me odiaban en grupo, nadie se acercaba a mí sin temer las represalias y la idea de salir a tomar algo o de ser invitada a una fiesta era ciencia ficción. Todo mi conocimiento lo tengo a través de las series, las películas, las novelas y mi madre y las chicas.

Podrían ser poco fiables, pero me da igual, prefiero guiarme por mis deseos, ser consciente de dónde está la línea de la realidad y la ficción y esperar a estar preparada.

Cuando bese a un chico por primera vez será por sentimiento y, si algún día avanzo hasta la última base, el amor formará parte de la ecuación.

Saludo a varios estudiantes en mi camino hasta la habitación. Me gusta esta nueva faceta de la residencia, seguro que pronto haré amigos interesantes.

Antes de abrir la puerta exhalo con fuerza.

La habitación está a oscuras y un fuerte olor a humanidad me sacude al entrar. Las cortinas están cerradas y hace muchísimo calor.

Avanzo con lentitud, acostumbrándome a la penumbra.

Solo llevo dos noches aquí y ya añoro muchísimo las persianas de España porque odio los resquicios de luz que se cuelan por las ventanas cuando solo las cubren unas simples cortinas. Pero así son los americanos, les gusta despertarse al alba.

Mis ojos se desplazan a la cama que debería ocupar Faith. Los abro mucho con una aceleración extraña en mi respiración. Dylan duerme boca arriba, solo vestido con un bóxer negro.

Repaso sus músculos con la mirada y me convierto en una loca hormonada.

En serio, parezco otra persona muy ajena a mí porque no puedo apartar la vista de esos abdominales marcados y potentes, de los pectorales decorados con el tatuaje que me llamó la atención al verlo por primera vez, de la uve tan alucinantemente clara con la que termina su torso y se esconde en su única prenda de ropa, de las piernas torneadas...

Tiene un cuerpo imponente, de estatua romana como mínimo. Y los tatuajes de los brazos, con esa tinta negra, lo hacen parecer todavía más endiosado.

Quizá es mi falta de experiencia en ver a chicos casi desnudos, pero no puedo dejar de repararlo con la mirada, subiéndola de nuevo por su cuerpo, grabando a fuego cada detalle en mi mente ansiosa por captar la anatomía de un joven guapo y bien dotado.

¿Es eso cierto? ¿Solo es curiosidad académica?

Vuelvo a detenerme en su pecho, a la altura del corazón, en ese 4ever 3A. El deseo de caminar hacia él y recorrerlo con el dedo me posee. Eso y una necesidad imperiosa de sentir su tacto, de notar sus músculos, de...

¡Jo... pelines!

Meneo la cabeza y me obligo a cambiar mi foco de interés. Se me está yendo la cabeza, necesito recuperar la cordura. Este chico me ha tirado por la borda, me ha insultado, se ha reído de mí, me ha dejado claro que nunca, jamás, pensaría en mí como una mujer apetecible. ¿Y en vez de odiarle me quedo embobada con su cuerpo? ¡No! ¡Ni en broma!

En menos de diez minutos estoy en mi lado de la habitación, sentada en la cama, con el portátil en el regazo, buscando un capítulo de alguna serie que me apetezca ver.

Me decido por *Nashville*. Esta última temporada se me está haciendo un poco cuesta arriba, pero soy fiel a mis series y siempre intento verlas hasta el final.

Como siempre, me sorprende deseando un final feliz para todas las parejas originales. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Así soy yo!

Defiendo a capa y espada ese primer amor a pesar de que en la vida no siempre es el definitivo. La realidad muchas veces da la razón a los guionistas al concederle a la protagonista una relación más madura o acorde con el momento. Sin embargo, a mí suele disgustarme ese cambio de rumbo porque me encariño con las parejas originales.

No duro ni diez minutos sin mirarlo de nuevo.

Tiene un brazo doblado sobre la almohada, con la mano bajo la cabeza, que mira hacia arriba. Una de las piernas está recta, la otra sigue la inercia del brazo. Noto su respiración en el movimiento de su vientre.

Se hincha un poco, se deshincha...

¡Basta!

Mi grito mental me disuade y regreso a la pantalla, a la trama, a las imágenes. Unas más lógicas que las de Dylan en ropa interior.

Intento concentrarme en la serie, de verdad, lo intento con todas mis fuerzas. Incluso subo el volumen para centrar mi cabeza en la pantalla y no en el escultural cuerpo de mi malvado, insolente, maleducado, ególatra y chulo compañero de habitación.

Pero sucumbo de nuevo a la tentación. A pesar de mis mil razones para mantenerme alejada de él, en contra de toda lógica.

Le miro otra vez.

Tiene los ojos abiertos y una sonrisa socarrona en los labios cuando termino mi cuarta ronda de repaso desde sus piernas hasta la cara. Me sobresalto componiendo una expresión avergonzada que logro dominar pasados los primeros segundos de sorpresa.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta cuando me quito los cascos—. Estoy bueno, ¿eh? Debes haber mojado las bragas, como el cien por cien de las tías cuando descubren mi cuerpo perfecto.

—Sí, claro, me basta con mirarte a hurtadillas para aumentar exponencialmente mi cota de deseo. —Me sonrojo de forma involuntaria, aunque mantengo el tipo con uno de mis sarcasmos—. Y ya puedes cambiar el porcentaje al noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento. Yo represento el cero coma cero uno restante. Aunque antes de aceptar ese tanto por ciento, necesitaría pruebas empíricas.

—¡Tu inocencia es la hostia! —Me manda un beso socarrón y me lanza una mirada cargada de lascivia—. ¡Si hasta te has puesto roja como un tomate! Vamos, mojigata, admite que te has puesto cachonda, como todas las tías cuando miran mis músculos. Y no están así por casualidad, los trabajo mazo para ofrecerte estas vistas perfectas.

—Tienes un cuerpo alucinante, ¿para qué te voy a engañar? —Mis cuerdas vocales deciden hablar sin permiso y traicionan mi intención de contestarle con ironía. Las reprendo y añado—: Está claro, si quisieras ganarte la vida como modelo serías millonario. Lo de ser un vanidoso te viene de serie. —Intento mantener mi respiración a raya y quitarme el rubor de las mejillas porque necesito sonar segura de mí misma a pesar de estar a punto de colapsarme por la vergüenza. ¿Cómo se me ocurre decirle que está bueno?—. Y sí, sobresales de la media. Pero sigues pareciéndome una mala imitación de un chulo de piscina. No sé, para mí la vida es más que sexo y diversión, aunque es muy difícil explicárselo a alguien incapaz de querer a otra persona que no sea él mismo.

—¡Eso duele, tía! —Se incorpora poniéndose un cojín en la espalda—. Tengo corazón y acabas de destrozarlo con ese discurso.

—No tardarás ni dos segundos en pegarlo con Super Glue. —Levanto las cejas y suelto una carcajada buscando esa serenidad que mi respiración se niega a darme—. Tus trucos son patéticos. ¿Eres consciente? —Suelto otra risa, ocultando el amago de infarto que asoma por esos latidos acelerados—. ¿Corazón? ¿En serio intentas convencerme de que tienes uno?

—¡En serio, tía! ¡Eres imposible!

Se levanta de un salto y sus músculos se tensan dejando en evidencia las horas que le dedica al gimnasio. Abre la cortina y la ventana para airear la habitación.

El aire fresco me ayuda a relajarme un poco, aunque no me pierdo ni uno de sus movimientos mientras se viste con unos vaqueros de color gris claro muy ajustados y una camisa a cuadros de manga corta.

Vuelvo a colocarme el ordenador en el regazo con la intención de distraerme de verdad con la serie y olvidar la existencia de Dylan. Y lo consigo durante exactamente cuatro minutos.

—¿Estás lista? —Levanto la vista y le veo frente al espejo, peinándose el cabello con las manos.

—¿Para?

—Ya estamos contestando con preguntitas... Vamos, tía, enróllate y no me des la chapa. Me muero de hambre.

—Pues prepárate algo en la cocina. —Niego con la cabeza con un gesto un poco teatral—. O vete a tomar algo.

Camina hasta mí, me quita el ordenador del regazo, tira el cojín a la punta de la cama y me agarra por la cintura para levantarme.

—Vamos, te invito a cenar. —Me coge de la mano para llevarme hacia la puerta—. ¿Comida china o un mexicano?

—¿Nada? —No puedo deshacerme de su agarre, pero lo intento con todas mis fuerzas—. Me he pasado el día caminando y quiero acabar de ver un par de capítulos antes de irme a dormir. Mañana será un día largo.

—Dame un poco de tregua. —Se detiene para dedicarme una sonrisa conciliadora—. Solo quiero algo de compañía mientras ceno y el trato es justo porque pagaré yo. ¿No estás hambrienta? ¿Qué has comido hoy? ¿Algo decente?

—Un sándwich y una ensalada. —Y sí, tengo hambre, pero no lo admito ni muerta—. Suficiente para mí.

—¡Eso es una mierda! Necesitas alimentarte como es debido.

No acabo de cogerle el tranquilo a sus cambios de personalidad. Hace un momento estaba metiéndose conmigo en plan chulo, ¿y ahora pretende llevarme a cenar?

—¿Te das cuenta de que la primera vez que me invitaste a algo acabaste tirándome por la borda de un vehículo anfibio?

—¡Fue la hostia! —Se carcajea encendiéndome—. Si te hubieras visto el careto... ¡Se te desfiguró! ¡Un poco más y te da un infarto!

Sus risotadas me molestan, pero no pienso mostrárselo.

—¡Imagínatelo! Hubieras acabado en prisión y entonces, ¿quién adoraría ese cuerpazo que consigue atraer a cualquier mujer? —Levanto las cejas para enfatizar mis siguientes palabras—. Ahí dentro no hay chicas, solo unas duchas y unas pastillitas de jabón.

—¿Qué daño han hecho las series carcelarias! —Sacude la cabeza con una sonrisa—. ¿Te lo crees todo? ¡Tía! ¡Lo del jabón es un mito! Además, si me encarcelaran sería de los capos en cero coma. ¿Me has visto bien? ¡Impongo respeto que te cagas!

—¡Eso es confianza en uno mismo y lo demás son tonterías! —Aplaudo siguiendo la ironía y sigo en español—. ¡Olé tus huevos!

—¿Eing? —Arruga la boca con una mueca de incompreensión—. ¿Acabas de insultarme?

—No tengo nada mejor que hacer. —Le guiño un ojo.

—¿Y qué has dicho?

—¿De verdad te interesa?

—¡Vamos a cenar de una vez! —Vuelve a estirarme de la mano para caminar hacia la puerta—. Podríamos emborracharnos y contarnos secretos inconfesables.

—Soy abstemia.

Se para en seco y me encara con una mueca de sorpresa.

—¿Nunca te has emborrachado? —Su tono me molesta, pero no lo dejo traslucir—. ¿En serio? —Suelta una carcajada mofándose de mí—. ¡Tía! ¡Eres virgen por doble partida!

—¿Lo ves? No sé qué haces invitándome a cenar —replico con ironía, tragándome el dolor de sus palabras—. Una virgen no pega con un tío bueno como tú. Mejor te buscas otra compañía más acorde contigo y a mí me dejas en paz.

—Comida china. —Inicia de nuevo nuestro camino hacia el pasillo—. Lo acabo de decidir. Y el viernes que viene nos emborracharemos. Deja que como mínimo te desvirgue en ese aspecto porque en el otro no me ofrezco voluntario ni muerto.

—¿Piensas en serio que me acostaría contigo? ¿O que te permitiría besarme siquiera? —Suelto una carcajada—. ¡Estás peor de lo que pensaba! Yo a ti no te doy ni la hora y mucho menos mi cuerpo.

—Tus miraditas de antes no decían eso. ¡Me comías con los ojos!

—Deberías buscar un poquito de agua para sofocar esos humos o acabarás ahogándote. Ay, mira, ¡ya lo tengo! Podemos volver al Boston duck tours y te tiro al río, así matamos dos pájaros de un tiro. Me vengo y te ayudo a rebajar la percepción que tienes de ti mismo. Está muy sobrevalorada, te lo digo yo.

No contesta, camina en dirección a su coche sin soltarme la mano y yo me siento como si acabara de ganar un asalto de un combate de boxeo. A pesar de mi estado agitado por lo sucedido estos días, he conseguido mantener la calma.

Si algo me enseñó criarme sin padre y a manos de cuatro mujeres alocadas, fue a cuidarme de mí misma y a no mostrar nunca debilidad a pesar de estar muriéndome por dentro. Aunque a veces el rubor me traiciona delatándome.

Por suerte ahora no me ha pasado.

Entro en el coche de Dylan sin oponer resistencia. Tengo hambre y ya he llegado hasta aquí. Además, este chico es de lo más insistente y estoy cansada de nuestros juegos verbales y de esa beligerancia continua con la que me desafía.

—Te voy a llevar al The Q, el mejor chino de Boston. —Enciende el aparato de música y la gradúa de ambiente—. Es mongol y tiene una cocina curiosa. Me vuelve loco la sopa hot pot de carne con setas y mil ingredientes más. ¡Estoy salivando solo de pensar en ella!

—¿Y si soy vegetariana? ¿Te lo has planteado?

—¡Venga ya! Te va la carne tanto como a mí las mujeres. —Me dedica una mirada fugaz con mohín irónico incluido—. Además, en un chino hay la hostia de verdura.

—Cuéntame algo más de esa hot pot. —No se me ocurre nada ingenioso para responder y prefiero cambiar de tema antes de que me pille.

—Hay placas de inducción en las mesas donde colocan la sopera. Sirven dos tipos de caldo y los dos están que te cagas. Te traen también los ingredientes que pidas para ir metiéndolos en la sopa hirviendo y tomártelos cuando estén cocinados.

—Suena bien —admito.

—¡Mejor que bien! ¡Es el súmmum de los chinos!

—Cuando lo pruebe te daré mi opinión.

Parece de acuerdo con mi propuesta porque sonríe y sube el volumen para tararear en voz alta la canción que suena. No tengo ni idea de cuál es, no la había oído antes, pero es buena y los pies me van solos para seguir su tono pegadizo.

—¿Quién canta? —pregunto.

—The Killers. Es una banda de rock indie que descubrí por casualidad hace unos años. A veces pongo su música, tienen algunas canciones cojonudas.

—No te hacía yo muy de bandas indies.

—Tía, ¡no tienes ni idea de qué me gusta ni de cómo soy! —suelta con una carcajada—. Te has creado una imagen preconcebida, pero puedo sorprenderte. Soy fan de todo tipo de rock, es la mejor música de todo los tiempos. La Música, en mayúscula.

—Yo soy más de baladas, música latina para bailar, algo de pop español...

—¡Eres una sosa, tía! ¿Baladas? ¿En serio? —Hace el gesto de vomitar con los dedos y la boca—. Las baladas son una mierda y el reggaetón... ¡bazofia!

—Podría decir lo mismo del ro...

—¡No lo digas si quieres vivir! —Su voz se vuelve dura—. ¡Tía! El rock es la única música de verdad y alguien a quien no le guste no puede compartir coche conmigo.

Es mi momento, puedo decirle lo horrible que me parece el rock y librarme de él, pero algo me dice que eso es imposible, pues va a seguir en mi habitación y llevándome de aquí para allá cada dos por tres y decirle esa mentira solo me granjearía más mal rollo con él.

Quizá, si en vez de ponerme de culo me doy la posibilidad de conocerlo, puedo tolerarlo mejor y la convivencia puede que no sea tan tensa.

Decido no hablar de momento y dejarle escuchar sus canciones mientras conduce por Boston.

Ya ha cruzado el puente y está rodeando un parque.

No tarda demasiado en entrar en un parking para estacionar.

—Estamos en China Town —explica una vez empezamos a caminar hacia la salida del parking—. Es una zona cojonuda si te gusta su comida porque hay la hostia de restaurantes buenos.

—Soy muy fan de probar sabores nuevos. —Avanzo a su lado dispuesta a dejar atrás la rivalidad para pasar un buen rato conociéndole. Como mínimo, nos debo eso—. En Andalucía se come de película y mi madre cocina como los ángeles. ¡Hace un gazpacho alucinante! Y no te digo el salmorejo o el pescadito frito. ¡Para chuparte los dedos!

—¿*Gaspaxo*? —Levanta las cejas pronunciando con dificultad—. ¿*Salmorreo*?

—El primero es una sopa fría de tomate, pepino, pimiento, ajo y cebolla, con un chorrito de aceite de oliva y un toque de vinagre. El salmorejo es parecido, pero solo se hace con tomate, ajo y un poco de pan.

Salimos a la calle para andar acompañados de la perfecta temperatura de estas horas. El sol casi no calienta y la brisa nos refresca tras un día muy caluroso.

—¡Suenan todo buenísimo! —admite con la voz más suave que ha usado jamás—. Me gustan las verduras, pero lo más son las hamburguesas casi crudas, la comida china, el mexicano y el indio.

—No es demasiado saludable...

—Todo con moderación se puede tomar.

Me encantaría hacer una broma, pero prefiero mantener nuestra buena sintonía un poco más.

Le sigo al entrar en un restaurante bastante normal y de una decoración poco interesante.

Una camarera oriental nos acompaña hasta una de las mesas frente a los ventanales tapados con cortinas blancas y ocupamos un sitio en el banco rígido de madera que separa las mesas.

—¿Te fías de mí? —pregunta en un tono mucho más relajado que nunca.

—¿Tú qué crees?

—Tía, es muy molesto que siempre me contestes con preguntas. —Sopla agobiado—. ¿Podemos pactar una tregua mientras cenamos? Me apetece disfrutar de la comida.

—No me fío en absoluto de ti, pero acepto la tregua.

—Entonces déjame encargarme de la comida. Domino la carta.

No opongo resistencia a su festín ni a comportarnos durante un par de horas como personas civilizadas mientras degustamos los platos. Tengo hambre. Siempre he sido de buen comer y por suerte no engordo. He heredado la constitución de mi madre.

Nos traen primero la sopa Hot pot. Me parece curioso cómo se cocinan los ingredientes y

el sabor es alucinante. Setas, verduras, carne, pasta... Un poco de todo.

—¿Por qué te llaman Mac? —pregunto tras unos minutos de silencio nada tenso—. Dylan me parece bonito, podrías usarlo.

—Odio ese nombre —admite sin rabia ni ese tonillo chulo de siempre—. Dy todavía lo soporto, pero no Dylan. Mi padre me llamaba así y no quiero recordarlo.

Capítulo 10

Dylan

¿Por qué narices le contesto la verdad? ¿A santo de qué le cuento lo de mi padre? Esta tía me vuelve demasiado blando, como si por alguna incomprensible razón rompiera los muros que me contienen y me tirara de la lengua sin hacer nada, como si tuviera una barita mágica que me hace hablar más de la cuenta. ¡Suerte que Faith no está al tanto de mi palabrería! Se cabrearía y no me apetece lidiar con ella de morros.

—Yo he crecido sin un padre —explica ella, sincerándose—. Mi madre se quedó embarazada a los dieciséis de un rollo de fin de semana con un turista, ¡y aquí estoy yo! —Sonríe mirándome con una caída de ojos que me pone de la hostia—. Te envidio por haber tenido a tu padre al lado desde siempre.

—¡Pues tía! ¡No lo hagas! —Suelto una carcajada—. Mi viejo es un capullo de mucho cuidado al que no me ha gustado para nada tratar.

—El mío no tiene ni idea de que existo. —Arruga un poco la cara—. Quizá algún día...

—Eso es una putada. ¿Por qué tu vieja no se lo dijo?

—Estaba de paso en mi pueblo y lo suyo solo duró un fin de semana. Él era de otro país. No era una opción ir en su busca. —Me dedica una mirada triste mientras se pone un poco de sopa en la boca. La cambia con rapidez por una más animada—. Creo que ella se enamoró de verdad y que lleva desde entonces buscando a alguien como él. Pero a mí me cuesta aceptar que el amor a primera vista exista. ¡Solo pasaron juntos cuarenta y ocho horas! Es poco para hablar de sentimientos de verdad. Solo pudo ser una atracción increíble, pura química.

—Yo simplemente no creo en el amor. Mira a mi vieja, estaba tan colada por mi padre que se lo perdonaba todo. ¡Y el muy cabrón se ha aprovechado toda la vida de ella!

Nos traen más platos junto a mi segunda Coca-Cola. Durante unos segundos busco un poco de cordura para dejar de abrirme en canal con ella, pero es como si mi boca funcionara por cuenta propia porque no tiene intención de callarse.

—Es duro no estar bien con tu familia.

—Tía, mírame, con este cuerpazo que Dios me ha dado, ¿cómo iba a acabar deprimido y en la mierda? —bromeo para aligerar las confesiones. Son demasiado para mí.

Suelta una carcajada probando un poco de arroz. Cierra un poco los ojos, sonrío y gime.

—¡Está de muerte! Me encanta este restaurante, ahora entiendo por qué adoras la comida china. A partir de ahora estará entre mis favoritas. El hot pot me ha encantado y esto... ¡Mmmm! ¡Es un manjar!

—Tienen un cocinero cojonudo.

Le da un sorbo a su Coca-Cola y se muerde el labio, mirándome.

—¿Empiezas algún curso mañana? —pregunta.

—Ya te he dicho que soy un crack, por eso estoy en un programa de investigación del UROP que dura todo el verano y parte del otoño. Si nada se tuerce, este año me licencio y me busco curro. ¿Y tú?

—Voy a ir al programa de verano del Research science institute. Me ha elegido el profesor

Nixon para ser mi tutor en el proyecto final. Y me han financiado el cien por cien del curso.

—¡Flipo! —La repaso con la mirada alucinada—. ¿En serio? ¿Andrew Nixon te ha elegido? ¡Tía, eso es la hostia! Es uno de los huesos más duros del MIT, pero es también de los mejores profesores. Y es mazo de riguroso con la elección de a quién le hace de mentor.

—Lo sé, por eso estoy tan nerviosa y quiero irme pronto a la cama. —Se ruboriza mostrando esa inocencia que me pone cachondo—. Mañana va a ser un día largo y muy emocionante. Por fin le conoceré.

—¡No jodas, tía! ¡Flipo! ¿Eres una de esas adoradoras de Nixon? No sé qué tiene ese tío porque caen a sus pies hasta la más duras.

—Algo así.

Se pone un poco de comida en la boca, la saborea con esa forma tan suya y no deja de mostrarme con expresiones cuánto le gusta el sabor.

—Es un tío simpático, pero muy exigente —digo.

—¿Lo has tenido de profe? —Asiento—. Dame alguna pista para no fastidiarla con él. Deseo de verdad conocerle y sacarme bien el curso.

—Debes ser una cerebrita en mates, así que, tía, relájate. ¡Vas a darlo todo! ¡Y le caerás bien! A ese tío las mojigatas le caen de puta madre.

—He estudiado sus libros y su tesis doctoral —admite—. Incluso me he recorrido todas las páginas de internet donde se habla de Picasso y se relaciona el cubismo con las mates. Hay teorías súper interesantes.

—¡Además de mojigata eres una empollona! Mala combinación...

—No hace falta meterse con los demás para no admitir que te impresiona algo.

—¿Quién es ahora la egocéntrica?

Suelta una carcajada asintiendo con la cabeza y sin dejar de dedicarme una caída de ojos.

—*Touché*. —Sonríe asintiendo con la cabeza—. Tienes razón, pero yo también la tengo, ¿cierto?

Le doy un trago largo a la Coca-Cola y degusto un poco de hot pot para evadir la respuesta. Esta tía me ha captado en un día. ¡Es la hostia! Ni Faith ni Quincy conocen ni la mitad de mi forma de ser ni se han parado a descubrirla. En cambio Brenda la ha encontrado sola.

—Admito que soy un poco obsesiva con las matemáticas, pero desde niña me ha parecido más fácil el lenguaje de los números que a los demás. —Me flipa esta nueva faceta de Brenda, ha perdido el sarcasmo y nos lo estamos pasando de puta madre mientras me cuenta algunas cosas de su vida—. No era la más popular de la escuela, para decirlo de forma suave. Y en las mates encontré mi refugio. Eran fáciles de entender, no como los otros niños.

—De crío también comprendía mejor la informática que a los demás. —No sé por qué me abro a ella. Soy un imbécil con una verborrea absurda, debería tratarla con desprecio—. Iba a un cole bastante chungo, pero cuando tenía siete años nos donaron unos ordenadores potentes y con ellos descubrí mi talento. ¡En menos de un mes era capaz de meterme en la red de la escuela con los ojos cerrados y piratear algunas páginas facilonas!

Su mirada no esconde asombro, como si descubriera por primera vez mi cara oculta, esa que mantengo apartada de cualquiera y que no tengo ni idea de por qué acabo de confesársela a ella.

¡A ella!

¡A la mojigata!

¡A la persona que debería mantener más alejada de mí!

Pero, por extraño que parezca, me sienta cojonudamente bien contárselo. Me escucha y no

parece juzgarme como los demás.

—Así que eres autodidacta.

—¡La duda ofende! —Me señalo la cabeza—. Tengo un jodido cerebro privilegiado, soy el puto amo, ya te lo he dicho algunas veces. A los doce ya había usado los ordenadores del cole para piratear webs por dinero. Así me compré mi primer PC. A los quince dominaba cualquier lenguaje de programación y sacaba la hostia de dinero gracias a mis dotes. ¡Hay tantos pijos a los que contentar a cambio de pasta!

—Así conseguiste ese coche tan chulo y puedes permitirte vivir bien.

No debería seguir hablándole de mí, ya le he revelado demasiado y solo le he dado dos pinceladas de mis secretos. Si supiera el más importante me mandaría a tomar por el culo. Seguro.

Me dedico a observarla mientras se pone otra cucharada de hot pot en la boca. Cierra los ojos un poco y gime bajito mientras saborea el manjar. ¡Su cara es un poema! ¡Está extasiada!

Como si fuera una traidora, mi polla se pone dura porque no paro de imaginármela sobre mí, cabalgándome sin dejar de proferir esos ruiditos que me volverían loco. ¡Me flipa cómo le pone la comida!

—¿Te apetece un helado? —pregunto pasados unos minutos en silencio para intentar rebajar el calentón—. Hay una heladería aquí cerca que la flipas. Podríamos ir en el *skate*, así quemamos un poco la cena.

—¿En el *skate*? —Su mirada acojonada me da una pista clara de que jamás se ha montado en uno—. No sé yo...

—¿También eres virgen en eso? ¡La hostia, tía! ¡Tienes muchísimo que aprender!

—La idea de ir montada sobre ruedas no me apasiona demasiado.

—Vamos a quitarte el cartelito de virgen en algo esta noche. Tengo dos *skates* en el coche.

No parece nada convencida, pero me la suda. La voy a enseñar a montar en monopatín como que me llamo Dylan McLaren, y voy a ver cómo se la pega varias veces hasta lograrlo. ¡Será mazo de divertido!

—No voy vestida para eso. —Se mira un segundo y añade—. Llevo un vestido.

—Y una cazadora vaquera y unos botines negros. ¡Vas acojonante, tía! —Le guiño un ojo—. ¡Niquelada para subir al *skate*!

—Vamos a hacer un trato. Lo pruebo y, si no me siento segura, lo olvidamos.

—¡Cómo te mola hacer tratos! ¡Okis! Tú ganas.

Terminamos de comer charlando un poco sobre mi experiencia con el *skate*. Llevo encima de las cuatro ruedas desde que era un crío y nadie puede superar mis hazañas.

Voy a darle una lección de cómo se alcanza la supremacía sobre la tabla, fijo.

A la hora de pagar hace un amago de darme su parte, pero me niego.

—¡Tía! He dicho que invitaba y yo cumplo mi palabra.

—Pero...

—¡Nada de peros! Te tiré por la borda, ahora quiero compensarte pagándote una cena cojonuda. —Le guiño un ojo y añado—: Con tregua incluida.

—De acuerdo. —Asiente con la cabeza—. Gracias. Ha estado genial.

Suena un poco indecisa, como si no quisiera aceptar que lo hemos pasado de puta madre. Le contesto con una sonrisa porque ha sido una cena de la hostia y desde luego Brenda no es la tía que imaginaba. Es guerrera, optimista y mazo de fuerte. No parece dolida por lo que ha insinuado del instituto ni traumatizada como cualquier otra en su lugar, aunque no deja de ser una mojigata y a mí no me van para nada las tías de esa calaña.

—¿Nos vamos? —Me levanto para salir de una vez al aire libre.

Como respuesta, sonrío y se pone en pie.

—Me gusta esta tregua —admite de camino al exterior—. Eres más agradable de lo que muestras y empiezo a pensar que quizá sí tienes un corazón escondido en algún lugar. Aunque es muy pequeño y por eso cuesta verlo.

—¡Me vas a sacar los jodidos colores! —Hago el gesto de una arcada con la boca—. ¿Agradable? ¿En serio?

—No lo estropees. —Salimos al aire libre y andamos hacia el parking—. Puedes ser encantador, pero esos cambios de personalidad son muy difíciles de seguir. ¿Podrías continuar en la versión simpática como mínimo un par de horas más? La tregua sigue en pie y tengo ganas de una noche tranquilita...

—¡Okey, tía! —Suelto una carcajada—. ¡Tú ganas! Seguimos en tregua. Pero te advierto que esto va como el cuento de la Cenicienta, cuando den las doce volveré a ser la calabaza.

¿En serio acabo de decir eso? ¡Me doy una patada mental en los huevos! Parezco un imbécil citando a Disney.

Ella sonrío regalándome una mirada alucinante. Sus ojos lanzan chispas y me quedo más rato de lo normal observándolos. Su color es un poco indefinido, son de un verde pardo, con un redondel marrón junto a las pupilas. Tienen puntitos grises moteando y una esfera grisácea en la parte exterior.

Nunca había visto unos ojos tan llenos de colores diferentes. El conjunto es alucinante y más cuando se ilumina con esa sonrisa.

Me detengo en seco.

¿Se me va la chaveta? ¡Yo no me fijo en esas cosas! ¡Y no debería pensarlas ni nada parecido! No en mi situación ni en la de Brenda.

Es demasiado peligroso.

—¿Pasa algo? —Se detiene a mi lado.

—Nada, tía, tranqui —contesto a la defensiva porque mi polla ha vuelto a jugármela y estoy hasta los huevos de las reacciones de mi cuerpo—, solo necesitaba parar un segundo.

—Vale.

Empiezo a andar de nuevo rumbo al parking a toda velocidad. Lo hago expresamente para dejarla atrás. Escucho cómo intenta seguir mi ritmo con dificultad y cómo termina resollando al detenerse frente al coche, al que ya le he abierto el maletero.

—¡Tía! ¿Eres anti deporte o qué? —Le dedico un gesto sardónico—. No lo entiendo, hemos caminado rápido solo unos metros y parece que acabes de correr una maratón.

—Mis pulmones no están acostumbrados a seguirle el ritmo a cerebritos informáticos adictos al gimnasio. —Se muerde el labio con un gesto coqueto de la hostia—. Y mis músculos suelen repeler cualquier tipo de intento de hacerles sufrir. Pero no te preocupes, enseguida se ponen en forma.

Suelto una carcajada ante su arranque de sarcasmo. Me voy a reír mazo con la clase de *skate*. Esta fijo que acaba en el suelo con demasiada frecuencia.

—Vas a necesitar una carga de energía extra para aguantarte encima de las ruedas. ¿Están tus músculos vagos preparados para enfrentarse al monopatín?

—No, pero vamos allá. Total, solo me haré algunas rascadas si me caigo y vas a tener que llevarme en volandas al coche o, quizá, al hospital. Y eso te molaría, ¿no? Y podré acercarme a tu cuerpo perfecto...

Saco los dos *skates* del maletero y me quedo un segundo con ellos en la mano, mirando el que no es mío. Un jodido dolor me sacude, pero lo envío de nuevo a la papelera de reciclaje de

mi mente para evitar los recuerdos.

—Toma. —Se lo doy a ella—. Este es para ti. Vamos a ver si te convertimos en la ama del *skate* en una noche o eres tan patosa como dices.

—Como no me des súper poderes lo tenemos chungo. Voy a chupar más asfalto de lo que me gustaría.

Me hace reír otra vez. La mojigata es la hostia con las ironías y sus expresiones. Es que arruga la nariz de una forma...

Y es la hostia de expresiva.

Salimos de nuevo a la calle. A esta hora de un domingo no encontramos demasiados coches y la brisa nos acompaña mientras iniciamos nuestra clase. Coloco la tabla a lo largo y a ella mirando hacia mí, paralela al *skate*.

—Sube el pie derecho delante. —Señalo el lugar—. Justo ahí, donde están los tornillos.

—Acércate para que pueda agarrarme a ti. —Su voz tiembla como su cuerpo, pero lo disimula bien—. Se me da de pena esto del equilibrio.

Me subo a mi tabla y dejo que apoye sus brazos en mis hombros mientras la sujeto de la cintura. Espiro con fuerza al acercar mis manos y salta un chispazo entre nosotros.

Ella avanza el pie derecho hasta colocarlo donde le he dicho.

—Vamos, tía, ¡ahora el otro!

Duda unos segundos, pero al final coge aire con una inspiración profunda y se sube al *skate* sin dejar de agarrarse fuerte a mí. La traidora de mi polla se levanta de golpe y me llena el cuerpo de calor cuando la empujo con suavidad y ella se agita entre mis brazos.

Me doy impulso con un pie y empezamos a rodar sin soltarnos. Como la calle hace una leve pendiente, no dejamos de avanzar a una velocidad bastante lenta.

—¡Intenta no moverte tanto, tía! El equilibrio se consigue si dejas el miedo a un lado. ¿Has visto cómo me he impulsado? ¿El juego de mis pies?

—Creo que prefiero ir andando.

—Voy a parar para que seas tú la que impulse, ¿okey? —Prefiero ignorar sus quejas—. ¡Es la hostia de fácil! Esta calle es bastante recta.

—Vale. —Asiente con la cabeza—. Si me llevas al hospital búscame un médico buenorro para alegrarme las vistas.

—¡Eh! ¡Mojigata! ¡Las vistas te las alegro yo! Mírame y toca la mercancía, es de primera. —Le cojo una de las manos que tiene en mis hombros y la bajo hacia mis pectorales—. Como este no encontrarás ningún otro.

Suelta una espiración profunda, seguida de un gemido casi sordo y yo estoy a punto de jadear. El tacto de su mano me llena de calor. La hago descender muy lentamente y mi corazón se dispara, igual que su respiración.

¡Me enciende la hostia!

—Nos vamos a caer. —Es casi un gemido en su boca—. Déjame agarrarme bien.

Noto cómo se desequilibra balanceándose de forma peligrosa. Le permito volver a cogerme de los hombros e intento agarrarla más fuerte por la cintura para mantenerla sobre la tabla, pero mi cuerpo también pierde estabilidad por sus movimientos bruscos.

—¡Joder! —exclamo cuando siento cómo su cuerpo cede hacia delante, llevándose el mío al suelo.

Caigo de espaldas con ella encima. Por surte le paro el golpe, pero el mío duele una pasada porque mi dorso se da una hostia contra el asfalto.

Abro los ojos, los cuales he cerrado por alguna extraña decisión que no alcanzo a

comprender, y la veo. Sus ojazos están clavados en los míos y refluyen una luz del copón. Parecen dos jodidas antorchas iluminando la oscuridad.

Cómo no, mi polla reacciona y se le debe clavar en el vientre porque su expresión es de sorpresa.

Intenta moverse, pero la rodeo con los dos brazos para mantenerla pegada a mí unos segundos más.

No sé qué me pasa.

¿Por qué mi respiración se ha vuelto jadeante y el capullo de mi corazón late a mil por hora? Siento el suyo palpitando tan rápido que parece a punto de salirse por su boca. Escucho los martillazos mezclados con sus resuellos.

—¿Te has hecho daño? —pregunta moviéndose.

—Nada roto. —Le muestro una sonrisa radiante—. ¿Y tú?

—Estoy bien.

Se humedece el labio superior con la lengua y luego se muerde el inferior poniéndome a mil. El calor que emana su cuerpo se expande por el mío.

Mi cabeza sigue una inercia alocada y se levanta del suelo con lentitud mientras mis brazos suben hasta clavarse en su nuca para acercarla a mí.

—¿Me sueltas? —Se remueve con ansiedad—. Quizá lo del *skate* no ha sido tan buena idea. No hemos tardado ni un segundo en caer al suelo.

—¡Tía! ¡Qué poca confianza tienes en mí! —Con rabia contenida la dejo ir para que se levante. Mi cuerpo se queja la hostia y yo me doy un puñetazo mental para obligarme a cambiar esa realidad—. Antes de acabar la noche vas a dominar la tabla.

—Si tú lo dices...

Se arregla el vestido alisándolo y bajándose y se desata la coleta para volver a sujetarla. Cuando los brazos se van hacia atrás se tensa la tela del pecho para marcarlo de forma tan clara que mi polla vuelve a la carga.

¡Voy a tener que enseñarle modales a la muy cabrona!

Pasamos media hora en la calle entre risas. Brenda tarda un poco en aguantarse el tiempo suficiente sobre el monopatín para llegar a la heladería. Se la pega varias veces debido a su ausencia total de equilibrio. ¡Esta tía es patosa que te cagas! Pero, en contra de todo pronóstico, me lo paso de miedo con ella. Es graciosa y no para de disparar sarcasmos cuando se da de bruces contra el suelo y de hacer esos mohines tan excitantes.

¡Es una tía la hostia de expresiva!

A través de su cara puedo intuir lo que piensa y siente, y eso me flipa.

Al final llegamos a la heladería. Está frente al parque, el Boston public garden, y es la mejor de la ciudad.

—¿De qué quieres el helado? —pregunto colocando el monopatín bajo mi brazo—. Están todos cojonudos. Los hacen ellos.

—Quiero... Mmmm, todos tienen pintaza... —Se relame los labios observando los sabores a través del cristal—. A ver... ¡Qué difícil!

—¡En serio, tía! ¡Decídetes ya!

—¿De qué lo vas a pedir tú? ¡Ilumíname!

Su mano me da una pequeña palmada en la mejilla y consigue encenderme otra vez. ¡Mi polla es una plasta! ¿Qué le encuentra a esta mojigata? ¡Es lo más anti yo que he visto en mi vida!

Me quedo un segundo mirándola hasta que me doy cuenta de que se me va la pinza y sacudo la cabeza para dejar atrás las gilipolleces.

—De pistacho y leche merengada con mucha canela. —Los señalo para que la dependienta me ponga un vasito con cuatro bolas—. No te cortes con la cantidad.

La chica sonrío con un coqueteo de la hostia. Como siempre, las tías intentan ligar conmigo, aunque tenga a otra al lado y no me muestre interesado. Y no sé por qué narices esta vez me molesta. Miro a Brenda y me doy cuenta de que a ella también le jode. Entonces cambio la expresión para mostrarle a la tía de la heladería que no tiene ni una mierda de posibilidades.

—Pues yo... —La mojitata sigue observando los sabores sin decidirse. La capulla de la heladera la mira como si quisiera fulminarla con los ojos por haberse llevado al tío bueno y me siento en las nubes cuando ella le dedica una caída de ojos simpática y se muerde el labio—. Mango y coco. Pero no tanto como él, ¿vale? —Si gira hacia mí para añadir—. Nunca he probado estos sabores tan exóticos, suelo ser de chocolate y limón. Pero hoy quiero ser atrevida y decidirme por algo nuevo. ¡Siempre me ha gustado innovar!

—Es una buena elección.

Su sonrisa es tan alucinante... Me pongo duro otra vez, sin perderme ni una de sus muecas extasiadas.

No la dejo pagar y de repente me doy cuenta de algo. Esto es lo más parecido a una cita que he tenido en mi vida.

¿Estoy tentando a la suerte? Porque me lo estoy pasando bien, me mola estar con ella y no debería sentirme así.

—¡Está buenísimo! —Relame la cucharilla con una expresión de placer absoluto y haciendo uno de esos ruiditos que me ponen cachondo—. ¿Cómo conociste esta heladería? ¡Es el mejor helado que he tomado en mi vida! ¡Me encanta!

—¡Tía! ¡Tienes un problema con la comida!

—Uno de mis pocos vicios es probar nuevos platos. Además, tengo la suerte de no engordar por mucho que coma y un estómago a prueba de balas. —Me dedica una caída de ojos—. Hoy me has regalado varias primeras veces. ¡A mí madre el chino le horripila! ¡Y no te digo la comida japonesa o mexicana o algo que no sea mediterráneo! Es muy clásica para comer y no suele innovar demasiado. Una de mis ilusiones al venirme aquí fue una inmersión culinaria en varias gastronomías.

Caminamos hacia el parque. Está a punto de cerrar, pero yo me conozco todos los accesos nocturnos y la llevo hacia la zona del lago para sentarnos en un banco a acabarnos el helado. Dejamos los *skates* al lado y observamos el agua.

—Si quieres, puedo llevarte a restaurantes especiales. —*En serio Mac, ¿qué se supone que haces? ¿Por qué te interesa salir otra vez con ella?*—. Podríamos hacer un recorrido por las diferentes culturas. Indio, japonés, peruano, mexicano, tailandés, malayo, colombiano... En Boston hay muchísimo donde elegir.

—¡Me encantaría! —Su entusiasmo me alcanza, provocándome una sonrisa que me debería dar arcadas—. ¿Lo harías? ¿Me llevarías a los mejores restaurantes?

—Cuenta con ello.

—¿Sabes? —Se gira mirándome muy cerca—. No deberías esconder esta versión de ti porque es perfecta y demuestra mi teoría acerca de las personas de apariencia insensible. —Le dedico una mueca de aliento, como diciendo: *sorpréndeme*—. Todos tenemos sentimientos, la diferencia radica en cómo lo muestra cada persona. Los hay cínicos, como tú. Otros, son fríos como el acero, y nos quedan los sensibles, esos que se ponen a llorar a la mínima.

—¡Tía! ¡Te estás rallando que te cagas! —Niego con la cabeza con un mohín insolente.

Durante los diez minutos siguientes tomamos el helado en un silencio nada tenso. Mi

mirada es una capulla, porque me traiciona demasiadas veces para observarla.

Capítulo 11

Brenda

Me despierto con el sonido de mi teléfono sonando de forma estrepitosa. Ha llegado la hora de conocer por fin a mi padre, de tenerlo enfrente, de saber qué se siente al escuchar su voz.

Estoy muy nerviosa porque a pesar de su desconocimiento de la situación, es un paso importante en mi vida.

No logro evitar una mirada a la cama del otro lado ni una sonrisa traidora que se aposenta en mis labios.

Ayer fue una noche increíble, jamás pensé que alguien como Dylan pudiera esconder un corazón de verdad ni esa sensibilidad que intenta ocultar bajo capas de insolencia y que por primera vez me mostró sin pudor.

Regresamos al coche en el monopatín, riendo como dos colegiales y contando algún chiste que no hacía gracia, pero que celebrábamos con carcajadas. Fue agradable, sin embargo, una vez alcanzamos el parking cambió de repente, como si se pusiera de nuevo esa careta antipática y de persona hiriente.

—Fin de la tregua —anunció dejándome muy confundida justo antes de subir al coche, y segundos después arrancó el motor tratándome otra vez con grosería—. Vuelves a ser una mojigata patética.

Si como mínimo entendiera su forma de actuar...

¿Por qué me mostró su fondo si después iba a recuperar la insolencia? No acabo de pillar esos cambios repentinos, me parecen extraños y muy confusos.

Al llegar a la habitación se limitó a quitarse la camiseta y los pantalones para estirarse en su cama sin decir ni una sola palabra y yo me quedé mirándolo durante unos minutos antes de irme al baño a cambiarme en la intimidad.

Ahora mis ojos se pasean por su cuerpo musculado con una excitación impropia de la situación. No debería verlo como alguien que no es ni repasar con la mirada esos músculos perfectos ni intentar descubrir el significado oculto de cada uno de sus tatuajes.

Dylan es una contradicción con patas, un misterio por resolver, y quizá por eso me encantaría desentrañarlo, aunque no puedo negar la conexión de ayer ni mis deseos de besarle en algunos instantes.

Pero claro, ¿a quién no le atrae un hombre así?

Es la reacción propia de cualquiera en una cita con él.

¿Una cita? ¿Así registró mi cerebro lo de ayer?

Niego con la cabeza, con furia, y me levanto de la cama.

¡No lo puedo pensar en serio!

Ese mala pieza me ha tratado fatal desde mi llegada, solo me mostró un poco de amabilidad ayer por la noche y está claro que fue un desliz momentáneo porque no tardó demasiado en volver a la faceta de borde.

Debo encajar las piezas donde toca y centrarme en el día de hoy. Él no se merece que dedique ni un segundo a pensar en nuestra salida de ayer.

En el armario me hago con el conjunto que hace un par de meses elegí para este día tan importante y me escabullo al baño para arreglarme sin hacer ningún ruido. Prefiero dejar a Dylan durmiendo para no enfrentarme a él.

Media hora después estoy sentada en la cafetería dando buena cuenta a un desayuno muy completo. Comer siempre me ha ayudado a serenar mis nervios, por eso he pedido uno americano con su beicon, sus huevos, sus salchichas, sus tortitas y su tazón de café insulso.

¿Por qué los americanos no se mueren por uno consistente en vez de aguarlo así? Mataría por un *expresso* italiano de máquina.

Arrugo la nariz al beber otro sorbo soñando con un café de verdad bien cargado, de los que a mí me gustan, y le mando un mensaje a mi madre.

La echo mucho de menos, a ella y a las chicas. Y ahora me siento muy culpable por haberles mentido tanto. No conocen la identidad de mi tutor en el programa de verano, no podía darles el nombre de mi padre, por eso eludí esa parte. Pero ¿qué pasará si se enteran? Porque no se lo puedo ocultar eternamente y no tengo ni idea de la reacción de mi madre ante mi forma de actuar.

Ella suele defender a capa y espada la sinceridad. Conmigo ha sido siempre híper sincera, a veces incluso demasiado. No hacía falta hablarme de cuándo le regaló su virginidad a mi padre a mis trece ni de cada una de sus borracheras al llegar a casa tambaleándose de noche ni de sus ideas locas cuando apenas era una cría. Pero esa es mi madre, doña «sin pelos en la lengua». ¡Y así he salido! ¡Responsable desde niña!

Termino el desayuno y me fijo en el cartel del mostrador. Buscan camareros a tiempo parcial para cubrir varios turnos. Podría ser una buena forma de ganarme algo extra. Con la beca, mis ahorros y lo que me pasa mi madre cada mes puedo subsistir, pero no le haré ascos a un extra para mis caprichos.

El encargado es un chico japonés llamado Hakiro. Me saluda con mucha cordialidad y se presenta como estudiante de último curso de ingeniería informática.

—Me irán bien un par de manos más —explica cuando le pregunto por el trabajo—. Aquí todos hacemos turnos cortitos, el sistema académico absorbe las horas por completo, y más si lo aderezas con algún proyecto de investigación.

—¿Estás en alguno?

—Sí. —Asiente con la cabeza—. Llevo un par de años en uno que estudia la creación de redes neuronales artificiales para intentar predecir el comportamiento humano. Es súper interesante. Y la verdad es que estoy buscando la forma de seguir en él una vez termine la universidad. —Me tiende el ticket con el total de mi desayuno—. ¿Qué vas a estudiar?

—Matemáticas. —Sonrío—. Ahora empiezo un curso de verano con el profesor Nixon. Me eligió para ser mi tutor.

—Es uno de nuestros investigadores en el proyecto. Él es más de buscar fórmulas escondidas en los cuadros cubistas, pero como necesitamos matemáticos puros y es de los mejores de esta universidad, le convencimos para colaborar con nosotros. Le pareció una idea muy interesante.

—A mí también me lo parece. —Tomo una decisión repentina—. ¿Hay sitio para uno más en el proyecto? Quiero investigar y soy bastante buena con las mates.

—Dame tu móvil, te mandaré el enlace a la página de los proyectos para que lo solicites. —Le anoto el número en una servilleta—. No es fácil para los de primero entrar en este tipo de programas, pero si Andrew te ha elegido para ser tu tutor, tienes posibilidades. Además, cuantos más mejor.

—¡Genial! —Me emociono—. ¿Y qué hay del trabajo?

—Es tuyo, por supuesto. —Me guiña un ojo—. Pero te advierto desde ya que soy muy exigente con las camareras.

—En mi pueblo trabajaba algunas tardes y los fines de semana en un bar. Se me da bien, tranquilo.

—¿Estás en la MacGregor House como todos los estudiantes del Research Science Institute del programa de verano?

—No, estoy en la Baker House. Lo solicité expresamente porque no quería cambiarme una vez empezara el curso, y me lo concedieron.

—¡También es mi residencia! Tengo una habitación individual en el segundo piso. Podemos vernos por ahí.

—Estaría bien. ¡Gracias por el trabajo!

Quedamos en mi futuro horario y nos despedimos hasta el día siguiente.

He decidido no hacer demasiadas horas semanales para tener tiempo de estudiar, ver series, leer y respirar. Con un par en el turno de tarde de lunes a sábado habrá suficiente para ganar un extra.

Y aquí estoy, frente al edificio donde voy a conocer por fin al hombre que me creó.

Suelto una bocanada de aire y avanzo hasta llegar al aula donde otros setenta y nueve estudiantes de instituto esperan entre bastante ruido de voces alteradas.

Las primeras dos horas son de introducción. Me las paso observando a Andrew. Cada uno de sus gestos, de sus plabras y de sus expresiones me llenan de una emoción intensa.

Tras escuchar las bases del programa, cómo va a ser y la metodología de trabajo, los tutores solicitan reunirse con los estudiantes ya asignados en privado. No todos tienen supervisor, en algunos casos se elige durante el curso.

Los chicos sin tutor se reúnen en grupo en una de las aulas, los demás esperamos nuestro turno junto a ellos, participando en el primer experimento del mes y medio que durará el curso.

Cuando me llaman para ir a la sala contigua a conocer personalmente al profesor Andrew Nixon, mi corazón parece a punto de sufrir un colapso.

Me sudan las manos y me las limpio en la falda plisada de gasa que llevo.

Es guapo, alto, moreno, con una barba de dos días bien recortada, ojos claros, rasgos aniñados y una sonrisa afable. Se cuida, así lo anuncia su cuerpo en forma. Y me gustan las gafas de montura de titanio que usa, le dan un aire intelectual.

—Siéntate, por favor. —Señala una silla frente a su pupitre. Está sentado en medio del aula con una postura relajada—. Brenda Ortiz, ¿cierto?

—Exacto. —Asiento con la cabeza secándome de nuevo las palmas de las manos en la falda.

—Vienes de España, de un pequeño pueblo de Andalucía llamado La Laguna.

—Eso también es correcto. —La voz me tiembla un poco.

—Está cerca de Granada. —Su sonrisa radiante me tranquiliza—. Cuando era un joven de tu edad pasé un fin de semana ahí. Fueron los mejores dos días de mi vida. Estudiaba a Picasso y quería pasar por su casa natal.

—Lo leí en su tesis. —Niego con la cabeza—. Bueno, lo de La Laguna no, claro. Solo lo de Picasso y eso.

Estoy demasiado atacada. Mi emoción burbujea por cada uno de los poros de mi piel regalándome un sudor bastante desagradable. Me cuesta hablar con coherencia y pensar ya ni te cuento. ¡Es mi padre! ¡Y recuerda su fin de semana en mi pueblo!

¿Qué hago? ¿Se lo digo?

Ah, por cierto, mi madre también guarda recuerdos tuyos de cuando me concebisteis. Los dos. Juntos.

—Así que has leído mi tesis. —Su voz me trae de vuelta a la clase.

—¡Y todos sus libros! —Demuestro demasiado ímpetu, pero estoy tan feliz que no logro controlarme—. Tengo millones de preguntas porque me parecen súper interesantes todas y cada una de sus investigaciones en el campo del cubismo, de...

—Eres una joven muy interesante. —Me corta mirándome con profundidad—. He leído tu expediente y el trabajo que presentaste con la solicitud. Tienes muchísimo potencial. Me recuerdas a mí a tu edad.

—Ah, ¿sí?

¿Se ha notado mi arranque de ilusión?

—Yo era igual de entusiasta cuando estudiaba a Picasso. —Su sonrisa parece nostálgica—. Ese fin de semana en La laguna fue especial.

—Es un pueblo precioso. Y el lago que le da nombre no puede olvidarse.

—Cierto.

Durante los diez minutos siguientes repasamos mi trayectoria académica, junto a mis investigaciones en el campo de las matemáticas, y acordamos una línea de trabajo para aprovechar al máximo el programa de verano. También le comento mi charla con Hakiro y mi padre promete colaborar conmigo para lograr que entre en su proyecto, aunque no cree que lo logre hasta llegar a segundo.

El resto del día no dejo de recordar cada una de sus palabras, de sus gestos, de esa sonrisa tan parecida a la mía... Atiendo como puedo a los profesores, tomo apuntes y me voy abriendo un poco a mis compañeros, aunque en los ambientes académicos no logro salir de mi papel en un segundo plano.

Sé que estos chicos son como yo y están igual de nerviosos. No van a meterse conmigo por ser una bastarda ni les van a molestar mis capacidades fuera de lo común en las matemáticas. Lo sé. Pero sigo quedándome en un rincón en los descansos y hablando solo sin me preguntan, con timidez y miedo.

Siempre he pensado que no estoy traumatizada por lo sucedido en mis años de escolarización, sin embargo, ahora me doy cuenta de la realidad. Me da pánico dejarles entrar, ofrecerles una visión realista de mi interior.

A pesar de la seguridad en mí misma fuera de un aula y de la ausencia de motivos, este primer día lo paso un poco ausente.

Dylan apenas aparece por la residencia durante la semana. Le veo cada noche a la hora de irnos a dormir y solo cruzamos un par de palabras bastante simples. Vuelve a comportarse con insolencia, como si le molestara verme.

Por las mañanas salgo cuando todavía duerme. Mis miradas siguen produciéndome una especie de chispazo eléctrico al posarse en él. Nunca me canso de admirar su cuerpo, de buscarle explicación a la tinta negra que lo cubre, de imaginarme rozándole la piel con los dedos, recorriendo los dibujos con la yema...

Solo hablamos un poco por la noche antes de acostarnos cada uno en su lado de la habitación. Son conversaciones rudas y rápidas, y sigue insultándome algunas veces, vacilándome y riéndose de mí en voz alta.

El «patética» y «mojigata» sigue saliendo de sus labios, pero ahora los combina con otros adjetivos poco cordiales, con recuerdos chistosos de sus momentos álgidos de cada una de sus

trastadas. Es como si el Dylan del domingo por la noche se hubiera fundido en la desmemoria para no regresar jamás.

Sin embargo, no logro deshacerme de esos momentos compartidos. Me sorprende en algunos instantes recordándolos con una sonrisa tonta y, al enfrentarme a su frialdad por las noches, me siento mal, quizá por eso actúo con sarcasmo punzante y no respondo a sus pullas con un desafío frontal. Prefiero pensar que el verdadero Dylan es el de la otra noche y no darle demasiada importancia a su bravuconería pasajera.

El viernes llega como una exhalación. Entre mis sentimientos alterados por las horas que paso con mi padre y las novedades, no he tenido tiempo de retener los minutos ni de darme cuenta de cómo avanzaba el reloj. Me he dedicado a vivir cada hora lo mejor posible, a integrarme, a disfrutar de la cercanía con mi padre y a observar a Dylan cada mañana antes de pasar por la ducha.

Entre mis compañeras de clase está Mandy, una chica que va a empezar matemáticas conmigo en el MIT y con la que poco a poco voy entablando una relación de amistad. Es de Maryland y tiene la típica apariencia de una americana tipo Barbie. Es rubia, delgada, grandes ojos azules, piel pálida... Durante el curso se hospedaré en mi misma residencia y también está becada.

No le cuento todo de mi vida ni ella hace lo propio con la suya, pero sí nos vamos conociendo y estrechando lazos poco a poco.

Pasamos todos los descansos de clase juntas y hemos salido un par de veces por ahí a tomar algo. Es divertida, agradable y muy extrovertida. Hablar con ella me recuerda a las chicas y me siento súper bien a su lado. Es a la única a la que le he contado lo sucedido con Dylan, sin callarme que es mi compañero de habitación, y ella me ha escuchado haciéndome sentir bien a su lado.

Mañana tiene planes fuera del campus con su hermana, que estudia en Harvard. Van a pasar el día en Nueva York, pero hemos quedado en salir el domingo por la tarde y me apetece un montón.

Por fin tengo un par de días tranquilos por delante, aunque me hubiera gustado seguir escuchando a Andrew, descubrir más gestos comunes a mí, estudiar sus rasgos para buscar concordancias entre los dos.

El parecido es evidente, como mínimo para mí. Me alucina ver cómo ambos arrugamos la boca igual cuando algo nos preocupa o cómo su sonrisa le achina un poquito los ojos como a mí, o esa nariz que se hincha al enfrentarse a un reto...

Llego al trabajo muy cansada, pero a la vez ilusionada.

Ha sido una semana memorable.

Hakiro me propone pasar la tarde del domingo junto a su grupo de amigos. Los dos libramos y estaría bien compartir los momentos. Es una buena forma de abrirme, abrazar nuevos horizontes y crearme un grupo de amigos con los que pasar el tiempo aquí. Le propongo que Mandy forme parte del trato, ya que había quedado con ella primero, y a él le parece genial integrar a más gente en el grupo.

El turno es agotador y apenas me aguanto en mi caminata hasta la residencia.

Una vez traspaso la puerta de la habitación, voy hasta mi cama y me dejo caer a peso en ella con un suspiro cansado.

—¡Por fin llegas! —Dylan está sentado en su escritorio, jugando con el ordenador con dos pantallas que tiene sobre la mesa, además del portátil—. Tenemos una cita con las botellas esta noche.

Se levanta para caminar hasta su cama, alza el colchón y hurga debajo.

—He traído tequila. —Me enseña la botella junto a una bolsa llena de rodajas de limón de una medida parecida a los gajos de una mandarina y un salero—. Vamos a jugar un poquito a una versión renovada del Yo nunca, a la que llamaremos Tú nunca. —Me guiña un ojo—. ¡Estoy convencido de que ganarás por goleada!

—¿No tienes una fiesta a la que ir? ¿O una chica esperándote en algún lugar? —Le dedico una mirada sarcástica—. Un cuerpo como el tuyo necesita acción y aquí solo estoy yo, la mojigata patética.

—Ya he follado bastante durante la semana. —Me dedica una mirada lasciva—. Esta noche me voy a emborrachar contigo y mañana te llevaré a una *escape room* de Boston que es la hostia.

—Supongo que no estás buscando una excusa para volver a hacerme una trastada...

—¡Tía! —Levanta los brazos fingiendo indignación—. ¿En serio sigues con eso?

—Un tío bueno como tú debería tener plan un viernes por la noche. —Miro la botella con un resquicio de interés—. ¿O te han dejado plantado y tu ego necesita una dosis de alcohol en vena?

—Tengo a las tías que me apetezca en mi cama. —Le he cabreado. ¡Bien! Me acabo de marcar un puntazo—. Pero hoy había quedado contigo.

—Ah, ¿sí? —Levanto las cejas—. Primera noticia.

—¡Eres imposible!

—Como al final has llegado a una conclusión lógica, podemos dejarlo aquí. —Le mando un beso—. Tú te buscas un ligue para pasar la noche y yo me quedo con la habitación para mí sola. ¡Así todos contentos!

—Sigue flipando. —Se acerca a mi cama para sentarse en ella y colocar la botella junto a dos vasos de chupito, el limón y la sal en medio de los dos—. Esta semana ya he pegado suficientes polvos y un compromiso es un compromiso. Los fines de semana son nuestros, mojigata.

—Pues el domingo lo llevas claro. He quedado con Mandy y Hakiro y sus amigos.

—Eso ya lo veremos.

Suelto una carcajada. Me gustan estos duelos verbales en los que nos enzarzamos mientras discutimos nuestros próximos pasos. Y parece tan decidido a emborracharme...

Miro a mi alrededor. Esta semana me ha dejado espacio para aclimatarme a él, no ha estado demasiado en la habitación y no me ha agobiado. Poco a poco he ido olvidando nuestros malos momentos para solo centrarme en los buenos. Esa especie de cita del domingo me ayudó a reconciliarme con mi visión de él y si vamos a compartir habitación durante todo el curso deberíamos establecer algún tipo de relación de amistad.

Además, la idea de emborracharme por una vez en mi vida es tentadora. Y más en mi habitación, donde lo peor que puede pasarme es acabar durmiendo la mona sobre mi colchón.

Bueno, eso y vomitar en el suelo, o algo parecido.

Pero, al fin y al cabo, no estoy lejos de mi cama.

—¿Cómo se juega al Tú nunca? —pregunto con un conato de interés.

—Se juega por turnos. Primero yo hago una afirmación sobre algo que pienso que nunca has hecho. Si acierto, bebes tú, si me equivoco, me acabo el chupito de un trago. Y luego es tu turno. —Me lanza un beso—. Pero te advierto desde ya que soy el puto amo del juego porque, como no vale mentir, te voy a machacar. Hay demasiadas cosas que nunca has hecho, ¿verdad?

La última pregunta la hace en un tono provocativo, casi como si quisiera mostrar su juego.

Me ruborizo un segundo por la complicidad de sus palabras y la sugerencia implícita en

ellas.

—Es cierto, si decido jugar voy a acabar como una cuba.

—Vamos, tía, de eso se trata, de desvirgarte en el tema del alcohol.

Me muerdo el labio superior, aprieto los puños y suelto el aire asintiendo.

Ya basta de ser demasiado comedida, voy a lanzarme, a dejar fluir el alcohol, a darle a mi cuerpo el castigo de acabar ebria por una vez.

Ya valoraré después las consecuencias.

—Vale —susurro—. Juguemos.

—¿Eso significa que vamos a jugar? —Levanta las cejas.

—Y a acabar la noche rozando el coma etílico. —Vuelvo a morderme el labio—. Pero deberíamos establecer un límite para no llegar a esos extremos.

—Tranqui, sé cuándo parar.

Baja al suelo, apoyándose en el colchón, sitúa la botella y los vasos enfrente y, con un gesto, me invita a acompañarlo.

—Voy a confiar en ti, aunque no te lo mereces. —Estoy nerviosa, es mi primer devaneo con el alcohol, no tengo ni idea de cómo me va a sentar y beber con Dylan me parece peligroso. Sin embargo, acabo de descubrir que me tienta ser temeraria—. El domingo pasado me mostraste tu verdadera cara y me gustó, por eso te concedo el beneficio de mi amistad.

—Empiezo yo. —Dylan sirve tequila en los dos vasos de chupito, abre la bolsa del limón y sitúa el salero entre los dos—. Tú nunca —contengo la respiración, atacada por la ansiedad— has hablado con tu padre.

¡Aplaudo soltando el aire con un grito de victoria!

—¡Ya puedes beber! —Sonrío moviendo la cabeza con mucha ilusión.

—Me dijiste que no sabía quién eras.

Agita el salero sobre el puño derecho, lo lame y se bebe el chupito de tequila de un trago. Tras una espiración sonora, se coloca una rodaja de limón en la boca y la exprime con los dientes.

—Eso no implica necesariamente no haber hablado nunca con él. —Me felicito por haber pasado la semana con Andrew Nixon.

—Pero, tía, me flipa este cambio en la historia. Dijiste que es de otro país y tu madre le perdió la pista... —De repente se calla y siento cómo toda mi euforia se desvanece al descubrir el reconocimiento de la posible verdad en su expresión—. ¡Un momento! ¡Yo lo flipo! ¡Él está aquí! ¡En el MIT! ¡Has venido siguiéndole!

—Nada más lejos de la realidad. —Me sonrojo de forma involuntaria. Odio mis mejillas y su capacidad innata de adquirir ese color rojizo cada vez que me pillan en una mentira o algo me hace pasar vergüenza.

—¡Serías una mierda de jugadora de póker! —Se carcajea—. ¡Tía! ¡Se nota a la legua cuando mientes!

—Mi turno. —Prefiero cambiar de tercio para no afrontar sus inevitables preguntas—. Tú nunca has tenido una novia de verdad.

—Aquí tienes tu chupito. —Me guiña un ojo dándome el tequila—. No estaba demasiado colado por ella, pero la tuve. Aunque ahora pertenece al pasado.

La última frase la ha pronunciado con tristeza, como si algo grave hubiera sucedido entre ellos.

—¿En serio? ¿Tú? —Niego con la cabeza—. No me lo creo.

—Mira, tía, puedes pensar lo que te pase por los ovarios, pero si algo has de saber de mí es que nunca miento en una pregunta directa. Quizá algunas veces oculto la verdad, pero mi norma

es no mentir ante una cuestión bien planteada.

—¿Cómo se llamaba?

—Bébetelo de un trago y no te olvides de ponerte el limón al final. Es amargo y te ayudará a superar el sabor fuerte del tequila.

Me molesta que ignore mi interés por saber algo más de su ex, pero él es bastante cerrado en lo que respecta a contar cosas de su vida.

Soplo e imito sus movimientos de hace un rato.

—Ahí voy. —Me acerco el vaso a los labios y vuelvo a espirar fuerte.

El aguardiente me quema el esófago cuando entra por la garganta, provocándome un acceso de tos. Me coloco el limón en la boca cuando logro controlarlo y la estrujo para minimizar el sabor. Sacudo la cabeza con un soplido sonoro.

—FML —digo con los ojos llenos de lágrimas por culpa del ataque de tos—. ¡Esto es súper fuerte! ¡Jolín! ¡Qué mal sabe!

—¿FML? —Me dedica una mirada pícar—. *¡Fuck my life?*

—Es una expresión de una de mis series favoritas, *The Royals*. En español la traducen como mierda de vida, pero el significado original es mil veces mejor.

Se carcajea tirando la cabeza hacia atrás. La camiseta se le pega más al pecho y muestra esos músculos perfectos que ahora mismo me parecen el paraíso.

¿Es demasiado pronto para sentir los estragos del tequila?

Capítulo 12

Dylan

Esta tía es la hostia, de verdad. ¿FML? ¿En serio? Para no querer decir palabrotas, esta es cojonuda.

Cuando le ha dado el trago al tequila ha molado mazo. ¡Flipo! No había probado ni una gota de alcohol en su vida y un poco más y se ahoga.

La observo un segundo. Su sonrisa es alucinante.

Me quedo mirándola con una sensación jodidamente extraña y un empalme del quince. Se ha sonrojado un poco al hablar y esos gestos involuntarios contradicen su intención de esconder la realidad bajo sarcasmos y su fingida fortaleza.

Me flipa su forma de humedecerse los labios con la lengua mientras me mira. Es tan sensual que me enciende demasiado y me hace delirar. ¡Porque ni de coña voy a seguir esas imágenes mentarles que insisten en mostrarme un beso apasionado de la hostia con ella!

¡No tengo ni idea de qué he de hacer para que mi mente se entere! Esta tía es la mayor antítesis de mis gustos que he tenido el placer de conocer.

—Te toca —dice sonriéndome como si fuera una diosa del placer—. Y no valen los tú nunca obvios. Ya sabes que no me he acostado con nadie en mi vida y que es mi primer escarceo con el alcohol. Sé original, pregunta algo interesante.

—¿Me acabas de retar? —Levanto una ceja guiñando el otro ojo para conseguir el gesto y despierto sus carcajadas—. No vas a poder conmigo, te lo advierto.

—A ver, machote. —Me da un golpe flojito en el brazo, sin dejar de reír—. ¿Qué me vas a preguntar que no sea facilón?

—Tengo un montón de ideas, pero la mejor ahora mismo es... —Me paso el dedo por el labio para enfatizar el momento y despertar una nueva oleada de carcajadas en Brenda—. Tú nunca has engañado a tu novio.

—No sé muy bien quién ha de beber ahora. —Se muerde el labio inferior y se enrolla en el dedo un mechón de pelo que se ha soltado de la cola—. ¿Vale un nulo?

—Explícate. No le pillo el truco a eso del nulo.

—Si yo nunca he tenido novio —esa última palabra le despierta un nuevo rubor—, ¿quién gana?

—¿Nunca has salido con un tío? —Flipo que te cagas, la verdad.

—Exacto. —No logra contener la vergüenza en su afirmación—. En el colegio no tenía amigos y me pasaba el día con mi madre y sus amigas. Nada de chicos.

—Pero trabajabas en un bar, tenías vida después del colegio.

—Bueno, define qué entiendes tú por tener vida.

—Salir con los colegas, ir a fiestas, al cine, enrollarse con algún tío. ¡No sé! ¡Vida!

Su expresión turbada me explica la realidad. Es como un libro abierto ahora mismo porque casi puedo escuchar sus pensamientos, y me quedo tocado porque, ¿cómo puede una tía de dieciocho años no haber tenido un jodido amigo en su vida?

—Bebemos los dos —propongo llenando los vasos—. Pero ¿en serio no has salido nunca con nadie? —Niega con la cabeza cogiendo su vaso—. ¿Ni has tenido amigos con los que ir de juerga? ¿Ni siquiera has tenido un rollo de una noche?

—Es patético, lo sé. —Se le ha escapado porque no tarda ni un segundo en sonrojarse de nuevo y componer una expresión de *¡mierda!*—. En mi pueblo no llevan demasiado bien lo de que sea bastarda y una genio de las mates. Me la tienen jurada.

—¿Tía! ¿Y en el bar? ¿Tu pueblo es turístico!

—En ese bar también trabaja mi madre. Y yo... —Se calla de repente y me mira como si acabara de caer en la cuenta de que no debería mostrarse afectada—. No me apetecía tener una cita con alguien de paso. Es difícil que puedas entenderlo, pero no me gustan las relaciones superficiales. De eso ya tuvo mi madre y mira el resultado.

—¿Tú? —Abro mucho los ojos.

—Exacto. Una mojigata patética que en su vida ha tenido un novio.

Se coloca la sal en el puño, la lame con una sensualidad que me despierta un chispazo en la entrepierna, se traga el líquido de golpe y se pone el limón entre los dientes con los ojos llenos de lágrimas.

—Esta vez no te ha dado la tos.

Niega con la cabeza.

La imito y me calzo el segundo tequila de la noche. Soy capaz de tolerar hasta diez sin perder el control, pero ella con tres estará cantando *La Traviata*. Solo necesito acertar un tú nunca y la machacaré.

—Está malísimo. —Arruga la boca cuando al fin se quita el limón—. No me gusta el tequila, es demasiado amargo.

—¿Pero te flipa el café solo!

—Es diferente. ¡No compares!

—Vale, tía, lo capto. No te va el alcohol.

—Bueno, no generalices. Es mi primer contacto con él, quizá encontramos algún otro que me guste más. ¿Algún cóctel dulce o algo así?

—La próxima vez te llevo a una coctelería, ¡no te jode!

—No habrá próxima vez. —Me mira con cara de circunstancias—. Me toca y tengo uno con el que bebes fijo.

—Pues no te cortes, tía. ¡Suéltalo ya!

—Tú nunca te has enamorado.

Lleno el vaso, me meto la sal en la boca, apuro el trago y estrujo el limón con los dientes para rebajar el sabor del tequila.

—Eres un hacha, de verdad. —Le dedico una mirada de sutil cabreo—. ¿Por qué las tías le dais tanta importancia al amor?

—Es mejor ir de flor en flor, ¿no? —Junta los labios en un mohín coqueto—. El amor es la base de las relaciones. El cariño, la amistad, la cercanía, la confianza. Para mí es básico saber que mi pareja no va a engañarme, que estará a mi lado pase lo que pase.

—Hasta que la muerte os separe. —Suelto una carcajada—. ¡Tía! ¡Quítate esa rigidez de pensamiento de una jodida vez! ¿Qué hay de la diversión? ¿Y del hecho de no atarse? ¿De vivir la vida al máximo?

—Una cosa no está reñida con la otra. —Su sonrisa un poco torcida, acompañada de la voz arrastrada, me demuestra cuál es el grado de tolerancia de una mojigata abstemia—. Puedes pasarlo de miedo con una persona de la que estés enamorado.

Se pasa la mano por la frente para secarse el sudor y suelta una pequeña risotada ebria.

¡Flipo!

¿Cómo se puede emborrachar solo con dos chupitos de tequila?

—El amor está sobrevalorado, te lo digo yo.

—Claro, el señor *nunca me he enamorado* está por encima del amor. —Me guiña un ojo, se acerca a mí y me pasa un dedo por la camiseta, rozando mis músculos—. Es triste no querer a nadie más que a uno mismo.

—Quiero a mi madre. —¿Por qué me estoy defendiendo?—. Y a mis amigos.

—¿En serio? —Sus carcajadas son cada vez más erráticas, como sus palabras—. ¿Quieres a esa capulla de Faith? Es una mosquita muerta.

—No lo sabes tú bien.

—¿Lo ves? —Se muerde el labio sin dejar de sonreír—. Estamos de acuerdo en algo. Es guay.

—¡Tía! ¡Córtate un poco! Nadie dice guay a nuestra edad.

Se quita los zapatos, se levanta, suelta una carcajada, se acerca a su ordenador y pone una canción latina que me da por el culo.

Cuando camina de vuelta meneando las caderas al ritmo de la música, mi temperatura corporal alcanza los cien grados en cero coma y mi polla, esa cabrona traidora, se vuelve loca por entrar en Brenda.

—Te toca. —Se detiene un segundo, ladea la cara y la baja hasta tocar su hombro izquierdo—. Esto de emborracharse es guay. Ya no tengo vergüenza de nada. Puedo bailar aquí mismo sin miedo a hacer el ridículo.

Su contoneo es hipnótico de la hostia. Tiene los ojos cerrados, una sonrisa acojonante en los labios y una forma de moverse que pone en relieve la sensualidad de su cuerpo.

Debo estar perdiendo la jodida chaveta porque mi cuerpo solo quiere levantarse para agarrarla y no ser nada delicado con ella. ¡Alucino con la pava esta! ¡Me está poniendo a cien! Le arrancaría la ropa y la obligaría a bailar sobre mí en vez de en medio de la habitación.

Pienso en mi siguiente *tú nunca* para buscar algo que la haga detenerse y volver a sentarse a mi lado. Si sigue moviéndose así cometeré la mayor locura de mi jodida vida.

—Tú nunca te has masturbado mirando una película porno —suelto con burla en los ojos—. De hecho, la segunda parte podría ser otro tú nunca porque una mojigata como tú no ve porno ni borracha.

Se detiene de golpe, me lanza una mirada un poco dolida y camina hacia mí para coger el chupito de tequila que le tiendo. No tarda ni dos segundos en terminárselo, con ataque de tos reglamentario.

Al terminar espira con fuerza y suelta una risita de borracha total.

—Te hubiera quedado igual de bien sin la coletilla. —Se tapa la boca con una mano y me mira con picardía—. Ni porno ni masturbación.

—¿En serio? —Niego con la cabeza descojonándome con su forma de arrastrar las palabras—. ¿Nunca has usado tu dedito?

—Ni un organismo pequeñito. —Vuelve a taparse la boca con una expresión asustada, como si acabara de darse cuenta de que ha hablado de más. Luego deja escapar una risita y añade—. Desde luego, el alcohol desinhibe cien por cien.

—Flipo un huevo contigo. —Y mi polla sigue el mismo camino porque está loca por enseñarle qué se siente al correrse—. ¿Qué tía de tu edad no se ha masturbado en la vida?

—¿Una romántica? —pregunta con una voz muy sensual y un poco coqueta—. Quiero el

lote completo con el hombre del que me enamore. Me estoy reservando para él porque cuando aparezca querré todas y cada una de mis primeras veces a su lado. Él será mi primer beso, mi primer orgasmo, mi primer baile, mi primer polvo. —Se tapa la boca otra vez—. ¡Uy! ¿He dicho orgasmo y polvo?

—Sí, mojigata. ¡Estás desatada como un tornado!

Vuelve a bailar al ritmo de una nueva canción latina que me da arcadas, pero al ver cómo ella se mueve a su son de odio porque, ¡cómo me calienta la tía!

—¡Me toca! —Se detiene y me mira con una expresión muy sexy—. Tengo una muy buena. Tú nunca te imaginarías enamorándote de alguien como yo.

Me lleno el vaso con una risa forzada.

—No me enamoraría de una mojigata ni de coña —sentencio preparando la sal—. Las puritanas me dais alergia. Para mí las únicas jodidamente perfectas son las salvajes y con mucha experiencia en la cama. —Apuro el tequila y cuando me quito el limón de la boca la miro con petulancia—. Quiero una fiera salvaje y no estoy preparado para ser delicado con nadie. Tirarme a una virgen no me motiva para nada.

—Es triste. —Sigue meneando el cuerpo—. Jodidamente triste.

Sus carcajadas inundan la habitación al ritmo de su cuerpo.

—¿Por qué? —Me cabreo ante sus palabras y su comportamiento.

—A veces lo desconocido nos da miedo. —Arrastra tanto la voz que apenas se la entiende con facilidad—. Por eso preferimos ignorar la posibilidad de adentrarnos en ello y fingimos que nos molesta intentarlo. Y eso me parece muy, pero que muy triste.

Hace un puchero con la boca y al segundo vuelve a reírse.

—No pienso enamorarme de nadie —decreto—. Me da igual el tipo de tía que sea, la verdad. Me la suda porque nunca, jamás, en mi puta vida, voy a querer a otra persona hasta el extremo de quedarme sin voluntad.

—Triste que te cagas. —Levanta los hombros con una mueca socarrona—. ¡El tequila me hace ser malhablada! Y tengo un montón de sed y de ganas de reír y de bailar. —Se acerca a mí, me agarra de las manos y me insta a levantarme, pero me deshago de ella para seguir sentado—. Vamos, acompáñame, chulito. ¡Demuéstrame que un machote como tú sabe mover el esqueleto!

—Yo no bailo ni muerto.

—¡Claro! Si no respiras tampoco te mueves.

Se empieza a reír a carcajadas de su chiste penoso y me doy cuenta de que no puede seguir bebiendo. A esta tía se la tumba con tres simples chupitos. ¡A mí hacen falta más del triple para llegar a su estado!

—La habitación me da vueltas. —Abre los brazos y gira sobre sí misma—. Es como si estuviera en un tiiovivo que gira y gira y gira.

—Si sigues así vas a potar. —Me levanto para imponer un poco de cordura en su descontrol—. Yo no limpio tu vómito ni de coña.

La agarro por la cintura y la obligo a detenerse.

Ella sigue mirando hacia arriba con risas intensas, como si no acabara de recibir el jodido chispazo que he sentido yo al ponerle las manos encima. No logro deshacerme del calentón ni de la respiración acelerada ni de mi corazón capullo, que no deja de latir a mil por hora.

—¡Mira! —Señala al techo—. Hay miles de estrellas luminosas. ¡Es precioso! —Parpadea un par de veces con una expresión llena de emoción—. Me encantan las estrellas. Pero tú me gustas más. —Da un paso adelante y deja caer su cabeza encima de mi hombro—. Eres muuuuuy guapo. ¡Estás como un queso! Te comería enterito.

Otra de sus carcajadas ebrias llena la habitación y me obligo a no darle rienda suelta a mis deseos porque, esta extraña declaración que acaba de pronunciar es un claro permiso para propasarme. Pero jamás lo haría con alguien en su estado. Y menos con una tía como ella ni en un momento así.

¡Choco esos cinco en mi mente! ¡He conseguido emborracharla!

Debería seguir dándome palmadas mentales por haber logrado mi objetivo, sin embargo, me dedico a pensar en ir más allá, en sentir sus pechos pegados al mío, incluso en notar sus pezones, en mirar esa boca que me vuelve loco...

—Deberías irte a la cama. —La separo un poco de mi cuerpo, colocándole las manos en los hombros—. Has bebido demasiado.

—¡No quiero irme a dormir! —Pasea uno de sus dedos por mi mandíbula levantando la cabeza para mirarme con una mueca inocente. Se muerde el labio y sonrío a la vez—. ¡Solo tengo ganas de reír! ¡De bailar! ¡De ser feliz! —Un hipo y una risilla de tía muy puesta de alcohol me indican su estado de embriaguez—. La habitación sigue dándome vueltas.

—Pues ahora mismo te vas a ir a dormir. Si sigues así vas a acabar sacando el hígado por la boca.

—Cerrar los ojos, soñar con mi casa, descansar después de la larga semana y olvidarme de que tengo un compañero de habitación un poco capullo. ¡Es un plan estupendo! —Se aparta de mí y bosteza—. Aunque podrías decirme un par más de tú nunca y en vez de tomar tequila lo podríamos substituir por agua. ¡Me muero de sed! —Alarga los brazos para rodearme el cuello con ellas y empezar a bailar de nuevo—. ¡Venga! ¡No seas muermo! ¡Muévete conmigo! Es divertido.

Sus caderas vuelven a desatar una bola de fuego entre mis piernas, en mi cuerpo, en cada rincón de mi piel. Está en llamas. Y es por culpa de una mojigata.

Es esa jodida inocencia mezclada con su carácter guerrero. Y ahora, desatada gracias al tequila, me parece sexy, sensual, perfecta...

¡Es la hostia! ¡Padezco un claro trastorno mental! ¡Está claro!

Además, esta tía solo es un medio para alcanzar un objetivo. Solo eso. Quiero ver cómo hace el ridículo una y otra vez. Es divertido.

Ella sigue con su provocativo bailecito, sin quitar los brazos de mi cuello ni dejar de reír.

—Tú nunca has conducido borracha —digo quitándole las manos de mi cuerpo—. ¿A qué no?

Camino hacia la pequeña nevera que hay en medio de la habitación para coger una botella de agua y llenar un vaso con ella, acompañado de sus carcajadas.

—Te lo podrías currar un poquito más. —Vuelve a danzar descalza al ritmo de una música tan jodidamente sensual que mi polla se convierte en una perversa dureza entre mis piernas—. Está claro que en esa ganas tú. Conducir está prohibido en mi país hasta los dieciocho, y acabo de cumplirlos hace nada. ¡No me ha dado tiempo a sacarme el carné! Y sabes perfectamente que es mi primera borrachera. ¡Lo tenías chupado para ganar!

—Bébetelo vaso de agua, anda. —Se lo tiendo, junto a un ibuprofeno que he cogido de mi mesilla de noche—. Y esta pastilla te ayudará con el dolor de cabeza y la resaca de mañana.

—Quiero mi chupito de tequila. —Se acaba el agua en un santiamén y me ofrece el vaso componiendo una expresión tan inocente que me provoca una descarga de deseo—. Habíamos dicho que beberíamos hasta casi perder la conciencia.

—Si te tomas otro entrarás en coma etílico, te lo aseguro.

—Vale, pues me vas a dar la revancha. —Junta los labios mostrándome unos morritos

acojonantemente tentadores y lanza un beso al aire antes de reírse, levantar los brazos y hacer unas ondas con su cuerpo—. Tú nunca has pedido perdón a nadie, aunque te hayas dado cuenta de que la has fastidiado con tu comportamiento.

Lleno el vaso de tequila y lo apuro de un trago, cabreado con su estúpida frasecilla.

—Lo has clavado, mojitata. —La fulmino con la mirada acercándome a ella—. ¡Pedir perdón es de imbéciles! Si la cagas, mala suerte.

—Qué malo es el orgullo. —Su voz ebria se convierte casi en un susurro ronco que vuelve a levantar a mi polla. ¡Con esta tía me paso el día empalmado!—. Recuerdo una película que vi de joven con mi madre. Se llama *Love story* y es un dramón del copón. Como *Romeo y Julieta*. ¿Cómo pueden decir que eso es romántico? ¡Yo soy fan de los finales felices! Para llorar ya tengo la vida real. —Camina hacia la cama para sentarse sobre el colchón con una sonrisa torcida—. Pero, a lo que iba... En esa peli dicen una frase que siempre escucho por ahí como si fuera el sùmmum del romanticismo. *Amar significa no decir nunca lo siento*. —Niega con la cabeza—. ¡Es una mentira como una casa! En realidad es exactamente al revés, porque cuando quieres a alguien has de ser capaz de asumir tus errores y aceptarlos, de pedir disculpas y de buscar la forma entre los dos de no volver a cometer las mismas equivocaciones. —Me dedica una risilla antes de volver a ponerse un poco seria—. Yo siempre he creído que cuando amas de verdad no temes decir lo siento.

—¡Qué profundo! —me cachondeo—. Pedir perdón es de pardillos, igual que pasarse la vida pensando por dos. Mírame. —Señalo mi cuerpo acercándome a la cama—. Estoy hecho para el pecado, para cagarla las veces que me apetezca, para no decir nunca lo siento. Si una tía piensa más allá de pasar una noche follando conmigo, es su problema.

—Lo dice el que ha bebido porque una vez tuvo una novia. —Suelta una de sus risitas, tapándose la boca con la mano—. ¡Uy! ¡Lo olvidaba! ¡No se puede hablar de ella! —Arruga los labios y los mueve hacia un lado—. Le debiste mentir muchísimo y eso es una mierda. Porque cuando construyes una relación a partir de mentiras, hace falta muy poco para destruirla.

Me parece la hostia este extraño equilibrio de Brenda entre la ebriedad y la claridad de mente para soltar esas frasecitas que me dan vueltas en la cabeza. Porque tiene razón, empezar algo sin decir la verdad es sinónimo de fracaso asegurado.

Pero yo no quiero nada con ella, así que puedo ocultarle mis mierdas.

¿Verdad?

Ocupo un sitio a su lado en el colchón. Ella se ha apoyado en el cabezal con un cojín en la espalda y yo hago lo mismo.

—Amber me quería demasiado —admito, y enseguida me percato de mi gilipollez.

¡Debería cerrar el pico! ¿A quién se le ocurre darle pistas acerca de mi pasado? ¿Por qué estoy hablando de Amber? No es el lugar ni el momento ni tampoco la persona adecuada para abrirme por una vez. Amber forma parte de mi pasado, de uno jodidamente doloroso, y no quiero hablar de ella. Y menos aquí, con ella.

Brenda se gira un poquito para mirarme con una mueca socarrona. Sus ojos brillan que te cagas y se muerde el labio con una sonrisa.

—Amber. —Alarga el brazo derecho hasta alcanzar el dobladillo de mi camiseta y, cuando sus dedos rozan mi piel, recibo una descarga en la polla que la pone en modo depredadora—. Ese nombre... —Me levanta la camiseta despacio y sus dedos producen una combustión instantánea en mi piel... empieza por A —se detiene en el pecho y recorre una parte de mi tatuaje— como esta de aquí, al lado de *Forever*. Pone 3A. —La yema de su dedo delineando el *tattoo* y me está descontrolando de una forma peligrosa—. ¿Para siempre, Amber? ¿Y el tres qué pinta? —Si no se

detiene voy a quitarle la ropa y nada me detendrá para follármela—. ¿Para siempre después de tres años con Amber? Al tres no le pillo la utilidad. Porque tengo clarísimo que esa A no solo es la triple A de los mensajes cortos, esa que significa en cualquier parte, en cualquier momento y en cualquier lugar (*anywhere, anytime, anyplace*). Esa A es para Amber, la chica con la que saliste a pesar de no quererla.

Le cojo la mano para separarla de mi pecho antes de que termine de destrozarme mi poco autocontrol. Ha avanzado la cara hasta casi situarla a la altura de la mía y siento cómo mi corazón se desata, igual que el fuego de mi cuerpo.

Sus labios se abren un poco. Saca la lengua y la pasea por el labio superior, sin dejar de mirarme con unos ojos tan sexys y provocativos que me quedo como imantado a ellos.

—Por hoy ya has bebido suficiente —susurro esforzándome la hostia para no seguir mis impulsos más primarios—. Estás desvariando.

Quiero follármela.

¡Ardo en deseos de besar esos labios que me tienen como loco, de entrar en ella, de saborearla! Y es una auténtica locura, una de esas que podría destrozarnos a los dos.

Se me está yendo la cabeza, porque jamás me ha interesado tirarme a una tía de su calaña y ahora mismo soy incapaz de desviar la mirada, de soltarle la muñeca, de no desearla.

Sus labios, sus ojos, el cuerpo casi pegado al mío...

Nos quedamos quietos, mirándonos.

Escucho su respiración igual de acelerada que la mía. Siento su corazón a mil por hora a través de mis dedos envolviendo su muñeca. Y no puedo despegar mis ojos de su boca. Me llama como un imán que me atrae hacia ella sin medir las consecuencias.

Ella abre un poco los labios, se los humedece y me mira con pasión en los ojos.

El deseo es como una jodida bola de fuego entre mis piernas y no puedo luchar en su contra, aunque debo hacerlo.

Hay demasiado en juego, no puedo echarlo todo a perder por un calentón.

Cierro los ojos con fuerza, obligándome a soltarla, levantarme y dar unos cuantos pasos hacia la puerta para separarme de ella y dejar atrás esta mierda de deseo que desaparecerá cuando encuentre a una tía adecuada a la que follarme esta noche.

—Deberías dormir la mona. —Me giro un instante cuando al final alcanzo el pomo—. Mañana tendrás un dolor de cabeza que lo flipas, pero no olvides nuestros planes.

—Dy —musita en el segundo en el que me doy la vuelta para marcharme. Detengo el movimiento y la miro expectante, como si me interesaran de verdad sus palabras. Escuchar mi nombre en sus labios es acojonante—. Ha estado bien. Creo que a pesar de ser un chulo integral tienes un gran corazón que escondes para evitar que te dañen. —Sonríe estirándose. Coloca una mano bajo la mejilla derecha y la aplasta con la cara. Se le cierran los ojos, pero conserva la sonrisa—. A veces está bien sacarlo a pasear para darle vida.

—Mañana nos vemos.

Salgo de la habitación sin contestar ni mirar atrás, en busca de un polvo fácil para olvidarme de esta noche. Follar con una tía, o con dos a la vez, me ayudará a domar mi polla rebelde y a valorar lo sucedido con perspectiva.

Antes de cerrar la puerta le echo un último vistazo. Se ha quedado dormida de una forma acojonantemente inocente y es... ¿adorable?

Acabo de asestarme un puñetazo mental porque esa palabra no existe en mi vocabulario. Necesito follar con urgencia.

Capítulo 13

Brenda

Abro los ojos con dificultad. Me duele muchísimo la cabeza, es como si tuviera un tambor en su interior que no para de palpar con ruidos estridentes.

La luz que se cuele por la ventana desnuda de cortinas es un atentado para mi vista sensible.

Parpadeo un par de veces para enfocar de forma correcta y en cada movimiento de pestañas se desprenden algunas lágrimas por culpa de los calambres en la cabeza.

No volveré a beber en mi vida.

Me cuesta un poco, pero al final consigo incorporarme y mirar en derredor.

La cama de Dylan está desierta, sin las sábanas revueltas ni nada que indique su regreso durante la noche.

De repente, la película de lo sucedido anoche se proyecta en mi mente. Cada uno de los comentarios que lancé sin filtro me golpean con una sensación de vértigo. Acepté en voz alta muchas cosas, demasiadas. Y aunque Dy me mostró una faceta suya escondida, no debería haberle confesado mi falta total de amistades ni mi desconocimiento de la masturbación ni nada parecido.

El rubor aparece con rapidez en mis mejillas para calentarlas. Me coloco las palmas abiertas en ellas y aprieto un poco mientras siento un vuelco en el estómago.

Está claro que el tequila es un mal compañero. No debería haber aceptado beber con él, ahora conoce mis puntos flacos y puede usarlos como arma arrojada contra mí.

¿En serio le dije que reservaba todas las primeras veces para mi príncipe azul?

¡Jod...!

Bueno, por suerte no fue con esas palabras, eso hubiera sido el colmo de la humillación.

No hay tía de mi edad que no haya fantaseado con ser una princesa, pero ninguna en su sano juicio hablaría de príncipes azules en voz alta.

Necesito un café cargadito y un ibuprofeno antes de enfrentarme al día. Eso y un buen desayuno lleno a rebosar de grasas saturadas.

¡Le dije que está bueno! ¡Y le levanté la camiseta! ¡Hasta repasé sus tatuajes con la yema del dedo!

¡Dios! ¿Qué se me pasó por la cabeza?

Miro hacia su cama otra vez. No sé por qué me molesta su ausencia ni cuál es la extraña razón que me impulsa a odiar las imágenes que mi mente reproduce sin descanso donde le veo con otra, besándola, acariciándola, haciéndola gritar de placer.

En el fondo reconozco mi deseo de ser ella por una vez.

Ayer, mientras bailaba y me miraba con ese deseo impreso en sus ojos, sentí varias descargas en el centro de mis piernas. En más de una ocasión me quedé asida a sus labios con la mirada, deseando probarlos y que fueran los primeros en rozar los míos.

Y cuando le levanté la camiseta sentí miles de chispazos en los dedos. Su calor llenaba mi alma y alimentaba un deseo perverso. Quizá por eso continué recorriendo el tatuaje una y otra vez con una sensualidad desconocida por mí hasta la fecha.

Todo fue el fruto perverso del alcohol. Seguro. Sin embargo, no dejo de calentarme al recordarlo.

Me levanto intentando desprenderme de las sensaciones, de los flashes de ayer, de mi desinhibición peligrosa. Alguien como Dylan puede usarlo en mi contra y eso me asusta porque no estoy preparada para lidiar con él de esa forma.

Cojo una muda y los enseres de baño para pegarme una ducha. He dormido con la ropa puesta y huele mal. Esta tarde necesito pasar por el cuarto de las lavadoras para hacer una colada. Será la primera desde mi llegada. Lo he retrasado al máximo para no enfrentarme a las máquinas, pero me estoy quedando sin ropa limpia y he de vencer mis miedos absurdos.

Bajo el chorro de agua me sobreviene el recuerdo más intenso de la noche. Por un momento pienso que solo es parte de un sueño, pero sé que fue real.

Sus ojos varados en los míos, su expresión de necesidad, ese brillo en sus pupilas.

Nos quedamos conectados por la mirada durante una eternidad. Teníamos los cuerpos tan juntos que sentía su corazón aporrear las costillas con tanta fuerza como el mío. Respiraba casi con resuellos, como él. Y el deseo era como una corriente eléctrica recorriendo cada pedazo de mi cuerpo, provocando chispazos y despertando sensaciones desconocidas.

Durante esos minutos el tiempo dejó de correr, el mundo dejó de girar y todo a nuestro alrededor desapareció. Solo estábamos los dos, estirados en la cama, mirándonos a escasa distancia.

Hubo un instante en que esperé su beso, casi lo saboreé y, por extraño que me parezca, sé que lo deseaba. Pero rompió el hechizo de golpe, levantándose con brusquedad para desaparecer en la noche.

Mis palabras de despedida fueron ciertas. Ayer me dejó atisbar su corazón, aunque solo fuera a través de un agujero diminuto. Y me gustó ese trocito que vi.

Es tan diferente a cómo se muestra...

Ojalá pudiera acceder a esa alma herida que se adivina en sus palabras y descubrir cuáles son las muelas que se ocultan tras un muro casi impenetrable.

Meneo la cabeza para desprenderme de él, de sus recuerdos y de nuestros momentos, y salgo de la ducha con una toalla envuelta sobre el pecho y otra enrollada en mi larga melena castaño oscuro.

Hoy hace bastante calor, por eso me he decidido por la falda corta tejana, una camiseta de tirantes sencilla y unas Victoria rosas sin cordones. Es una marca de calzado poco conocida por estos lares, pero me encanta desde mi niñez. Estas zapatillas sencillas y cómodas me han acompañado durante toda mi vida.

Paso por la habitación para dejar mis cosas y hacerme con un ibuprofeno de mi botiquín, me trago el comprimido con un poco de agua de la nevera y me dirijo a la cafetería donde trabajo para darme un atracón.

Esta mañana atienden Beverly y John, unos compañeros con los que apenas he cruzado un par de palabras. Ella parece una chica simpática, de esas con quien es fácil congeniar. Además, es la típica Barbie americana, como Mandy, aunque más explosiva. Rubia, grandes ojos azules, cuerpo perfecto y piel blanca. En cambio, él es guapo a rabiar y el típico chico pagado de sí mismo, a lo Dylan, pero sin llegar a sus extremos de chulo piscinas.

—¿Café? —Beverly se acerca a mi mesa con la jarra en la mano, tal como dicta la filosofía del local—. Pareces hecha polvo, como si hubieras pillado una buena taja anoche.

—Prefiero un triple *expresso*. —Coloco mis manos como si rezara, a la vez que compongo un mohín suplicante—. Lo más cargado posible y con el tazón a rebosar. De hecho, si puede ser

cuádruple, mejor.

—Hakiro me dijo que eras una de esas que le rinden culto al café solo, cargado y sin azúcar.

—¡Lo adoro! —Sonríó—. Es mi única droga. Y ahora tengo un mono del quince.

—Pues marchando un tazón colmado hasta los topes. —Me guiña un ojo—. ¿Quieres algo más?

—Unas tortitas con mucho caramelo por encima y un par de huevos con salchicha, beicon y tostadas con mantequilla y mermelada. —Me quedo un segundo pensativa y añado—: Y también un trozo de ese pastel de zanahoria, que me está haciendo ojitos desde la barra.

—¿En serio? —Me repasa el cuerpo de arriba abajo—. Eres un fenómeno, tía. La primera que me pide todo eso y tiene cuerpo de modelo.

—No me subo a una pasearla ni muerta.—Sonríó divertida—. Pero sí, tengo esa suerte, como muchísimo y nunca engordo. Si no llega a ser así no duraría demasiado sin atracones y acabaría como un tonel porque no me van las dietas.

—Deberías averiguar cómo funciona tu metabolismo para patentarlo. Las mayoría de tías matarían por zampar como limas y no engordar.

De repente, se calla y fija la mirada en la entrada. Su expresión se vuelve coqueta y siento su nerviosismo en cómo agarra con mucha fuerza el asa de la jarra.

Sigo sus ojos y le descubro caminando hacia nosotras.

Dylan acaba de entrar en el local vestido con unos *jeans* negros ceñidos y una simple camiseta que le queda de muerte. Lleva el pelo mojado y me mira con una sonrisa torcida.

—¿Le conoces? —pregunta Beverly.

—Por desgracia.

—Es la personificación de un dios del Olimpo. —Se acerca a nosotras y ella baja mucho la voz—. El otro día me insinué, pero no hubo manera.

En ese instante llega a la mesa, separa una de las sillas y se sienta en ella.

—Bren, cariño, pensaba que te habías olvidado de nuestros planes para hoy. —Levanta la mirada hasta encontrarse con los ojos de Beverly—. Hola guapa, ¿puedes ponerme un café con leche y un desayuno completo?

Asiente con la cabeza sin dejar de dedicarle una sonrisa insinuante y llena su tazón de café sin dejar de observar sus gestos.

Dylan me coloca una mano sobre la mía. Doy un respingo en la silla, apartándola con rapidez.

—¿Estáis juntos? —pregunta mi compañera sin pelos en la lengua al observar el gesto.

—Solo somos amigos. —Dy me guiña un ojo—. ¿Verdad, cariño? Después de lo de anoche hemos estrechado lazos. ¡Estuviste acojonante! ¡Tu primera vez!

—En tus sueños, quizá. —No me amilano con su intento de avergonzarme y le sostengo la mirada—. Nunca más voy a emborracharme. Y menos contigo. Fue la primera y la última vez.

—¿Tú bebes en las fiestas, verdad Bev? —pregunta mirando su chapa de identificación—. Y follas con tíos sin esperar al definitivo para entregarle tu virtud. —La última palabra la pronuncia con tanta burla que le asesta un golpe a mi dignidad, pero aguanto el tipo sin flaquear.

—¡Claro! —Se contonea un poco y le mira con mucha coquetería—. Soy buena en la cama y sé controlarme con el alcohol. Conmigo no tendrías quejas.

Estoy a punto de pegarle un puñetazo en la boca a mi compañera. No me reconozco porque nunca había sentido un grado parecido de rabia y no acabo de entender la razón poderosa por la que estoy así.

Dylan flirtea descaradamente con Beverly, ¿y a mí qué?

Pero ese comportamiento me enfurece.

—No eres como Bren. —Vuelve a colocar la mano sobre la mía y esta vez la aprieta lo suficiente para no soltarla—. Su inocencia es real, no la finge. ¡Mírala! ¡Ha vuelto a sonrojarse!

—Mejor ruborizarse con facilidad que ser incapaz de querer a nadie —replico con más ira de lo que pretendía. Mi boca me traiciona e intenta lanzar dardos envenenados para herirlo.

—¡Flipo con la mojígata! —Suelta una carcajada y me libera la mano—. ¡Los tiene cuadrados! Bev, ¿me traes mi desayuno? Estoy famélico después de una noche de sexo salvaje con dos morenazas acojonantes —.Le dedica una expresión lasciva y se pasa el dedo por el labio superior, muy despacio—. Cuando quieras podemos pasar una en tu cama.

—Sería increíble.

La veo sonreír antes de darse la vuelta, dirigirse a la cocina para cantarle el pedido al cocinero y prepararme el café.

Su contoneo de caderas me enfurece todavía más. Es como si quisiera cantar victoria ante mis narices, como si estuviera restregándose un triunfo absurdo porque Dylan la dejara tirada después de pasar la noche con ella. Es su *modus operandi* y no lo va a cambiar por una chica a la que apenas conoce y se porta como una facilona. Los hombres de verdad quieren más resistencia. ¡Y hay que quererse más a una misma!

Cambio mi foco de atención a Dylan.

Lleva un rato observándome con desfachatez. Sus ojos me acarician con una expresión intensa, como si quisieran hablarme a pesar de la situación. Y eso todavía me enfurece más.

—¿Por qué estás aquí? —inquiero evitando cualquier rastro de irritación en mi voz—. Podrías irte con Beverly a descubrir cómo gime o pasar la mañana buscando tías que se derritan con tus trucos de seductor. Ya sabes que yo no soy de esas.

—Estoy muerto de hambre. —Le da un sorbo a su café—. Esta noche he hecho deporte extremo. Además, esta cafetería está que te cagas y la compañía no es nada despreciable. —Cambia la expresión para mostrarse malicioso—. He hecho un trío con dos bailarinas de latino. ¡Ni te imaginas cómo se contorsiona su cuerpo! Las tías eran elásticas y unas diosas del sexo. Si hubieras visto qué mamadas, qué tetas, qué cuerpazos.

Su revelación me despierta una nueva oleada de furia. Me encantaría darles un puñetazo en la cara a las compañeras de cama de Dylan, y a él también por ser tan explícito. Pero no es de mi incumbencia lo que haga con su tiempo ni con su cuerpo.

Meneo la cabeza obligándome a deshacerme de mi arrebató. Es absurdo. Él puede hacer lo que le plazca y a mí no debería importunarme.

Sin embargo, lo hace.

Muevo los ojos para mirarle a los suyos y, de repente, mi corazón escala el Everest en menos de tres segundos y mi respiración se convierte en resuellos ansiosos.

Nos quedamos absortos el uno en el otro, como anoche, mirándonos como si estuviéramos solos en la cafetería, como si no hubiera un mañana, como si un hilo invisible nos conectara más allá de la razón.

¡Dios, qué mirada! Me quita la respiración, me deja sin aliento, me roba la voz y la voluntad.

Nuestras cabezas se acercan, movidas por la atracción que ejercen nuestros ojos. Es como si hubieran creado un campo magnético que deja fuera cualquier otro objeto.

Me humedezco los labios reseco y abro un poco la boca.

Siento un cosquilleo en la piel, un vacío eléctrico en la boca del estómago, un fuego

ardiendo en mi entrepierna.

Esos labios...

¡Dios, qué labios!

Están un poco abiertos, acaban de recibir una suave caricia de su lengua y tienen una forma tan apetitosa...

—Aquí tienes tu dosis de cafeína, devota del lado oscuro. —Beverly llega con nuestro desayuno y rompe el momento. Me lanza un beso guasón, que recibo con ansiedad mientras intento rebajar las reacciones desmesuradas de mi cuerpo—. Y para el tío bueno, un especial con teléfono.—Señala la servilleta con un número escrito a boli—. Por si sigue en pie lo de pasar la noche conmigo. Te lo advierto, una vez me pruebes vas a querer repetir.

Le dedica un par de caídas de ojos muy sensuales a Dylan, insinuándose con asquerosa claridad.

Se me revuelve el estómago.

—¡Tía! ¡No te lo tengas tan creído! —Él suelta una carcajada—. Todas pensáis que seréis la definitiva, pero no te engañes, guapa. No voy a rendirme al celibato en mi vida.

—Solo has de llamarme y veremos si piensas igual después de catar el género. —Se acerca a él, le acaricia el mentón con un dedo, dedicándole un mohín seductor, y termina repasándole los labios con lentitud mientras saca pecho para excitarlo—. También comprobaremos si tú estás a la altura o solo eres un engreído sin fundamento.

—Te llamaré. —Coge la servilleta y se la guarda en el bolsillo del vaquero—. Y veremos quién deja en evidencia a quién.

Agarro el tazón de café con demasiada fuerza y me lo llevo a los labios con rapidez. Necesito distraerme o le lanzaré mi bebida más preciada a la cara de Beverly. ¿Cómo se atreve a flirtear así mientras está sentado conmigo?

No puedo estar pensando eso, soy patética, de verdad.

¿En serio me molesta su actitud? ¿Cómo es posible? Dylan es la antítesis de lo que busco en un hombre. Es chulo, malhablado, irritante, capaz de hacerme mil perrerías y reírse de ellas y un auténtico cabrón con las chicas.

Nunca me han gustado este tipo de personas y no voy a cambiar de opinión ahora.

Además, ¿por qué me iba a importar que se busque un rollo de una noche? Es su forma de actuar, nunca se involucra sentimentalmente con nadie, no le interesa.

Consigo darle un sorbo generoso al café para mantenerme ocupada y no prestar atención a la conversación de ellos dos, pero no lo saboreo como de costumbre ni me despierta ese placer de siempre. Solo me sabe bien, pero no me reconforta.

—¿Hoy no hay ruiditos lascivos al beber café? —pregunta Dy colocándose de nuevo la mano sobre la mía—. ¡Tía! No debería molestarte que tu compañera se me insinúe. ¡Todas lo hacen! ¿Queda ya comprobada mi teoría del noventa y nueve coma noventa y nueve por cien?

—¿Podrías dejarme sola? —le espeto con más rabia de la requerida en esta situación—. Quería desayunar acompañada de mi libro electrónico y me estás molestando.

—De verdad, tía. ¡Vive la vida! ¡Suéltate el pelo y disfruta o te saldrán canas antes de hora!

—Prefiero vivirla a solas.

—Aquí hay unas vistas espectaculares de tías buenas. —Me mira con una intensidad que me desarma—. Y estás tú.

—¿Y? —Niego con la cabeza imponiéndome a mis deseos para no volver a caer en su juego—. Lo dices como si yo te importara. Quizá deberías empezar a cambiar tu forma de

comportarte, porque a mí no me engañas, Dy. Tienes más fondo del que dejas entrever, ayer lo descubrí.

Me acerco un poco a él y compruebo que mis latidos vuelven a dispararse como anoche y como hace unos minutos. Eso me asusta un montón porque significa que me altera su presencia. Y no debería. Es una locura de catastróficas dimensiones.

—Yo también encontré a una Brenda diferente anoche. ¡Con un par de copas de más eres cojonuda!

—Prefiero estar sobria. —Me masajeo las sienes para intentar deshacerme del dolor de cabeza residual que todavía me acompaña—. El día después es horrible, la verdad. Me duele la cabeza, tengo la boca pastosa y recuerdo que me comporté como una borracha indecente. Como diría mi profesora de castellano del cole: *uno y no más, Santo Tomás*. —Lo digo en español, para que vea la rima, y luego se lo traduzco.

—¡Tía! Eres mi número uno a la hora de hacer el ridículo. —Se mete los dedos en la boca y hace ver que tiene arcadas—. ¿No vas a beber nunca más? ¿En serio? ¿Solo por un pequeño desliz nocturno que no estuvo nada mal?

—Ese es el plan.

—Vaya mierda de plan. —Se acerca mucho a mí y, ¡cómo no!, mi respiración se descontrola—. Hay una vida esperándote fuera de tu patética existencia de mojjigata.

—No tengo ningún interés en descubrirla. —Me aparto al máximo de él en un intento desesperado de dominarme—. Me gusta cómo soy y no necesito alcohol ni nada parecido para ser feliz. —Sonrío con altivez—. Aquí el único con una vida patética eres tú.

—¿Lo dices porque todas las tías se me insinúan al ver mi cuerpo perfecto? —Levanta las cejas—. ¿O porque estoy buenísimo? También debería contar mi gran dominio a la hora de follar. ¡Soy el puto amo! ¿Quieres comprobarlo?

—Ni que fueras el último hombre en la Tierra.

Sus carcajadas me llenan de más furia. Estoy desconocida, esta no soy yo, porque no es normal mi forma de reaccionar. Suelo hacerlo con sarcasmo y no con rabia.

—Cariño —se acerca muchísimo a mí para susurrarme al oído y es como si en mi cuerpo se hubiera desatado una revolución—, te pongo un huevo. Pero no te preocupes, puedo follarte cuando me lo supliques.

Me pongo un poco de comida en la boca para rebajar al máximo la tensión. Su cercanía, esa voz suave con un tono lascivo, cómo me acaricia la piel y se introduce por mi oído para llenar mi mente de imágenes absurdas y sentir uno de sus hombros pegado al mío... Es demasiado.

Mastico y pongo distancia entre los dos.

—¿En serio me ves de las que suplican? —Haciendo gala de mi control de la situación compongo una mueca sarcástica, a tono con mi voz—. No me tienta lo más mínimo pasar una noche con un creído superficial. Quizá es cierto que atraes a las chicas, pero está clarísimo, bastan unas horas a tu lado para estar convencida de que no eres de los que dejan huella. Solo el recuerdo de un orgasmo épico, sin importar quién te lo proporcionó.

—¿Habla la que se ha tirado a medio instituto y puede presumir de orgasmos épicos?

—No hace falta ser Einstein para adivinar qué sucedería si me fuera a la cama contigo. —Sonrío por haber logrado sacarle un poco de sus casillas. El tono airado de hace un segundo lo demuestra—. Me darías placer, de eso no me cabe duda. Alguien que la ha metido en tantísimos agujeros habrá aprendido latín. Pero pasados unos días solo serías un recuerdo de cómo pasarlo bien. No tardaría demasiado en olvidar tu cara y tu nombre.

—Una noche conmigo deja huella. —Se aparta solo un poco y me acaricia la mejilla con un

dedo. Me derrito, ahogo un gemido y siento cómo la silla me engulle, pero no lo demuestro, intento mantener la compostura—. Deberías comprobarlo.

—Creo que Beverly está más que dispuesta a hacerlo. —Con un movimiento brusco, me separo de él—. Al final da igual quién sea tu ligue de esta noche, ¿no crees? Al día siguiente pasará a engrosar la lista de tías que se creían capacitadas para cazarte y que solo se han dado de bruces con una desilusión. —Le coloco la mano libre en su pecho para apartarlo al máximo de mí—. Y es triste que solo sea por tu miedo atroz a abrir tu corazón.

Lucho por liberarme de su agarre en mi otra mano y no aparto la que tengo en su pecho. Él sigue mirándome con esos ojos llenos de un brillo magnético que atrae a los míos. Siento su corazón a través de la palma de la mano. Está tan alterado como el mío.

Y esa mirada...

¡Dios! ¡Esa mirada me tiene enganchada! Es como cuando leo uno de esos libros adictivos o veo en bucle en YouTube todos los resúmenes de mis parejas preferidas de series hasta aprenderme los diálogos de memoria. Ahora recitaría sin problemas ese *me dejas sin aliento, lo sabes, ¿verdad?* que mi querido Jasper le dice a la princesa Eleanor en el capítulo 3X02 de *The Royals*, porque me he quedado sin respiración. Y lo más extraño de todo es que Dylan parece estar en el mismo punto.

Sus ojos se llenan de sentimientos y palabras, como si quisieran abrirse a mí para mostrar su alma llena de secretos. Los míos refluyen una realidad que no estoy dispuesta a aceptar ni a escuchar ni a darle una dimensión demasiado real.

El tacto de su mano sobre la mía es intenso. Lo siento penetrar en mis venas para precipitarse por ellas, llenándome de un cosquilleo eléctrico. La que tengo en su pecho me quema, hormiguea y desata llamas de necesidad en mi piel.

Capítulo 14

Dylan

Sigo en trance y no tengo ni idea de cómo recuperar mi cordura. No puedo apartar mis ojos de los suyos. Es como si fueran el centro de un ciclón y me atrajeran con una fuerza de la hostia.

Siento su mano en el pecho como si fuera un jodido cable eléctrico roto que no para de desprender chispazos. Me enciende como si fuera un procesador de máxima potencia y lo estuviera sobrecargando.

Si sigue así voy a acabar explotando y la única manera de hacerlo será besando esos labios jugosos.

Mi corazón es un capullo porque parece dispuesto a alcanzar las mil revoluciones por minuto en un milisegundo, mi polla parece un bate de béisbol a punto de impactar con una bola y mi respiración es como la de un ventilador de refrigeración de un ordenador cuando lo sobrecaliento, si no la controlo acabará mostrándose al límite con resuellos acelerados.

Ella tampoco aparta la mirada y está tan jodidamente alterada como yo.

—Deberías irte —susurra casi sin voz en un intento desesperado de romper ese halo de tensión sexual que se ha apoderado de nosotros—. Sería lo mejor.

El flirteo con Bev ha sido épico porque la ha cabreado, lo veía en el brillo de sus ojos, por eso le he seguido el juego. Pero no me interesa ni de coña.

Brenda me despierta algo que nunca había sentido y eso me asusta que te cagas porque ni es normal ni es posible.

Bren es intocable a nivel emocional. Si traspasara esa barrera cavaría mi propia tumba.

Además, ¿qué hago yo pensando en sentimientos? ¡Las tías son meras diversiones para mí! Y Brenda ocupa el top de mis presas. Con ella voy a pasármelo bien humillándola y dejándola a la altura del betún. No debería pensar en nada más.

Y, sin embargo, sigo mirándola con la misma intensidad.

No soy capaz de apartar la vista ni de separarme, como tampoco de obligarla a quitar su mano de mi pecho ni de soltarla.

—Por favor —suplica en un murmullo sordo—. Vete.

Casi me parece escuchar el resto de la frase, un *no me rompas el corazón* que me devuelve a un momento doloroso de mi pasado. Es como si a través de su ruego traspasara la barrera del tiempo para adentrarme en ese recuerdo y reviviera ese instante con Amber.

Pero, a diferencia de esa vez, no puedo romper mi contacto visual ni físico. En vez de eso le coloco mi otra mano en la que tiene en mi pecho y me acerco un poco más a ella, hasta casi rozar sus labios con mi aliento.

Siento cómo tiembla y es la hostia porque yo empiezo a temblar también.

No puedo seguir así. ¡No puedo! ¡Se me está yendo la cabeza!

Debo separarme de ella en vez de seguir tan cerca de sus labios.

Descubro cómo la punta de su lengua moja el labio inferior antes de que lo retengan sus dientes y es como si ese gesto se propagara por mi cuerpo para convertirlo en una sucesión de

detonaciones de deseo. Y entonces sé que debo separarme de ella, que no puedo continuar mirándola, que debo encontrar la jodida sensatez, porque Brenda es mi víctima. Solo eso. Una tía de la que reírme a carcajadas.

Lucho contra ese magnetismo insano que desprenden sus pupilas para volver al redil. Estoy seguro de que en unas horas me reiré de este momento, porque a mí Brenda no me pone.

¡NO ME PONE!, grito en mi cabeza para hacerme oír.

Pero sigo enganchado a sus ojos, a su boca y a su cuerpo.

—Está bien. —En un alarde de fuerza de voluntad, se separa y rompe el contacto visual—. Me iré yo porque no podemos seguir así.

Coge su plato y su tazón y se cambia de mesa, colocándose en una silla que me da la espalda.

Siento su tensión en los hombros rígidos, en la espalda recta, en su inmovilidad. Casi puedo escuchar los engranajes de su mente ayudándola a no girarse, a mantenerse firme en su propósito de alejarse de mí.

No me muevo. Se me ha quitado el hambre y, por una extraña razón que mi jodido cerebro no llega a procesar, me duele descubrir su poca intención de volver la mirada para conectarla de nuevo con la mía.

¡Estoy jodido!

Le doy un sorbo al café, me pongo un trozo de beicon en la boca y levanto la vista hasta Beverly. Ella me devuelve el gesto con un guiño de ojos y un lametazo sensual a sus labios que en vez de encenderme me apaga.

Necesito sobreponerme a mi locura transitoria o todo se irá a la mierda.

No puedo fallar ahora.

Pero sigo cada uno de los movimientos de Brenda con una auténtica efervescencia en mi cuerpo y en mi mente. Es como si algo en ella consiguiera traspasar mis muros de acero para acariciarme el alma.

Me llevo un poco más de comida a la boca en busca de una distracción, pero es inútil. Necesito que se dé la vuelta, que me mire.

El corazón me va a mil por hora con un cabreo del quince cuando me levanto para largarme cuanto antes de aquí y alejarme de ella.

Seguir tentando a la suerte es una gilipollez.

Beverly me recibe en la barra con una sonrisa sexy.

—La tienes en el bote —susurra—. Conseguirás enamorarla si sigues así. —Desliza su dedo por mi mandíbula hasta llegar al pecho—. Pero conmigo habrá sexo del bueno. Te aseguro el placer absoluto y las ganas de repetir.

—Tengo prisa. —Le atrapo la mano por la muñeca y la separo de mi cuerpo—. ¿Me dices qué te debo? Cóbrame también lo de Brenda.

—Una noche de sexo salvaje. —Se da la vuelta cuando la suelto para teclear en la caja registradora contoneando las caderas con sensualidad—. Eso es lo que me debes.

No lo entiendo. Hasta ahora ese movimiento de una tía disparaba mi libido y me invitaba a follármela, pero esta vez solo estoy comparándola con Brenda ayer por la noche. Y lo más jodido es que no encuentro ni punto de comparación.

—Cuenta con mi llamada —digo sin creérmelo—. Vamos a pasarlo de puta madre, nena.

—Será épico. —Se acerca a mis labios para devorarlos un segundo.

Termino el beso, pago y camino hacia la salida.

Intento no girarme, lo intento con todas mis fuerzas. Sin embargo, no logro mi propósito y

acabo rotando la cabeza al pasar cerca de su mesa para conectarme otra vez con sus malditos ojos perversos.

Ella deja el tenedor en el plato y abre mucho los ojos.

Un jodido rayo me atraviesa el corazón, lo siento entrar y salir para encenderlo. Y mi cuerpo sigue su ejemplo porque se llena de destellos que lo invaden para iniciar una explosión de fuego.

Me convierto en una masa informe de llamas y el deseo me abrasa hasta casi tragarse mi jodida voluntad.

Necesito luchar contra la fuerza arrolladora que me incita a olvidarme de todo para caminar hacia ella y llevármela de aquí para arrancarle la ropa.

Esos labios, esa mirada, ese cuerpo...

¿Qué me está pasando? ¡Yo no soy un tío de esos! ¡No me dejes llevar por impulsos absurdos! Brenda no es más que un instrumento para pasarlo bien a su costa, una pardilla, una mojegata con un concepto muy alejado del mío de la vida.

Ella ha dejado de comer, de beber, de masticar y está quieta, casi sin respirar, mirándome.

Mis pies parecen enganchados con Super Glue al suelo porque se niegan a moverse.

Y luego está mi cuerpo, ese desgraciado cabrón que se queda paralizado, como si solo le importaran sus ojos, esas pupilas llenas de palabras calladas, de una puerta para acariciar su corazón y descubrir sus secretos.

El móvil emite una vibración en mi bolsillo trasero del vaquero y, aunque tardo unos segundos en percatarme de ello, cuando lo hago logra hacerme regresar del trance.

Como mínimo de momento.

Niego con la cabeza, cabreado, y busco el aparato para descubrir de quién es la llamada que ha vuelto a iniciarse.

Faith.

Ver su foto parpadeando en la pantalla me prepara para lo peor. Como no le hago caso sigue insistiendo varias veces seguidas, machacándome con mensajes hasta que, hastiado, lo desbloqueo y me enfrento a las palabras que contiene.

Tardo en reaccionar y necesito releer varias veces los jodidos mensajes para procesarlos. ¡Ahora sí estoy metido en la mierda hasta el cuello!

No puedo hacerlo. No puedo.

Sin embargo, no tengo claro cuál es mi libertad de movimientos en este momento.

Un *flash* del año pasado cruza por mi mente.

Anoche recordé a Amber y no fue agradable. ¿Por qué narices Brenda tuvo que tirarme de la lengua? No debería haber abierto la dichosa caja de Pandora porque ahora los recuerdos me atormentan como si mi cuerpo hubiera impactado contra un campo lleno de espinas venenosas.

Cuando levanto la vista de la pantalla vuelvo a encontrarme con sus ojos. Tienen una interrogación pintada en ellos y me miran buscando una respuesta que no le puedo dar.

Bajo la vista con mucha lentitud hasta sus labios y el deseo me impacta en la entrepierna como si fuera una jodida flecha cargada de necesidad. Los abre un poco, exhalando e invitándome a olvidarme de todo para saborearlos, descubrirlos, inflamarlos y llenarlos con mi boca, mi lengua y mis deseos nada decorosos.

Me obligo a darme la vuelta, a caminar hacia la puerta, a alejarme de ella y a darme un puñetazo mental en la cara por esos pensamientos tan de niño.

Una vez en el exterior me detengo. El cristal de la cafetería me brinda una nueva posibilidad de mirarla, pero necesito resistirla, caminar hacia la residencia, encontrarme con mis

amigos y hablar con ellos.

Debo hacerlo.

Pero mis ojos insidiosos se desligan de las órdenes que les manda mi cerebro para volver a repasarla con la mirada durante unos segundos.

Esta vez ella curva los labios en una sonrisa suave, apenas perfilada. Y yo suelto el aire que retenía en los pulmones con una larga espiración.

Levanto la mano como un imbécil para decirle adiós.

Brenda contesta a mi gesto imitándome, como si estuviera frente a un espejo de reacción retardada. Cierra un segundo los ojos, se muerde el labio y casi soy capaz de escuchar su suspiro antes de darme la vuelta y empezar a caminar.

Debería rebajar estas reacciones porque en los últimos minutos me he convertido en un imbécil de grandes dimensiones.

El sol se encarga de caer a plomo sobre mi espalda para despertar el sudor.

Ando lo más rápido posible. Necesito poner distancia para evaluar de verdad si hay algún desajuste en mi sistema emocional porque no es normal cruzar miraditas con la mojigata ni reaccionar como un jodido pirado.

El control de las situaciones es lo mío.

¡Soy el puto amo del control!

¿Cómo me he convertido durante unos minutos en alguien sin voluntad? ¿Por qué esa pusilánime patética y muy alejada de las tías con las que suelo pasar noches de pasión acojonantes ha despertado ese lado infame de mi personalidad?

Por un momento ha sido como si pudiera leer en mi interior para llegar hasta cada una de las muescas dolorosas que lastiman mi corazón. Casi he podido sentir cómo se adentraba en mi alma, cómo la acariciaba, cómo la mecía con una dulce sensación de paz momentánea.

¡Un momento! ¿Qué me está pasando? ¿Desde cuándo pienso yo en esas gilipolleces de pringados? ¿En serio lo he hecho en esos términos? ¿He mencionado mentalmente mi alma y mi corazón como si creyera que están ahí y que alguien puede adentrarse en ellos?

Estoy peor de lo que imaginaba. Si sigo así voy a potar por el asco que siento de mí mismo.

¿En serio, Mac? ¿Has sido capaz de dejarte manejar por una niñata sin ninguna experiencia en la vida?

Llego a la residencia en medio de una tormenta de arena mental que se ensaña con mi forma de mirar la vida. Por primera vez en muchos años vuelvo a ser ese niño que se escondía en el armario cuando su padre entraba borracho en la habitación y rezaba en silencio para que no le encontrara.

¡Estúpido! ¡Dios no existe!

El muy cabrón siempre me encontraba. Pero no era muy difícil porque no le metía imaginación ni agallas. Por eso cuando comprendí mi grado de cobardía empecé a preparar mi cuerpo y mi mente para convertirme en el jodido rey de la valentía.

Todavía recuerdo el primer día que me encaré a él, cuando le devolví el primer golpe tras apuntarme al equipo de lucha de mi instituto. El muy capullo se quedó pasmado, como si no acabara de creerse mi reacción. Y me pegó más fute, con inquina, buscando destrozarme.

Aunque acabé en el hospital con la nariz y tres costillas rotas y el cuerpo lleno de moratones, ese día supe que nunca más me iba a dejar vencer por nadie, que solo yo tenía la llave para mantener bajo control a los demás. Nunca permitiría que otra persona volviera a dirigir mi vida ni a manipular mi voluntad como lo hizo mi padre con anterioridad.

Camino por el pasillo rumbo a la habitación de mis amigos.

¡No puedo reaccionar así a los mensajes! Debo ir a por todas porque yo no actúo movido por los sentimientos, lo hago tras meditar cada uno de mis pasos, con la razón de mi parte y el frío control de mis emociones, y ahora mismo tengo clarísimo dónde me estoy metiendo y hasta dónde estoy dispuesto a arriesgar para demostrarme que sigo siendo inmune al sentimentalismo barato de telenovela.

Puedo hacerlo y estoy dispuesto a conseguir que Brenda muerda el polvo.

¡Ninguna tía va a cambiarme ni a despertarme la necesidad de abandonar mi coraza! ¡Y menos una niña como ella!

La voy a destrozar. Se lo merece por capulla.

¿Quién le da derecho a hacerme sentir vulnerable? ¿A destruir mi coraza? ¿A hacerme cuestionarme mis estúpidos sentimientos?

¡No puedo consentirlo!

Me detengo un segundo frente a la puerta de la habitación de Quincy y Faith y, antes de entrar, intento encontrar la determinación necesaria para continuar con mis últimas decisiones.

Me obligo a revivir cada fotograma de los últimos días sin sentir ese nudo extraño en el corazón, las cosquillas en el estómago y la fagosidad de mi polla dispuesta a convertirse en un bloque de acero al recordar a Brenda.

Pero, joder, nada consigue ralentizar mi corazón ni ahogar mi deseo. Y me cabreo la hostia, me cago en mí y en esas sensaciones de mierda.

Aunque estoy decidido a entrar en vereda en poco tiempo. Está clarísimo cuál es mi siguiente paso y yo no soy de los que se rajan por muy difícil que sea el reto que se abre ante a mis ojos. Y Brenda va a desaparecer de mis pensamientos para siempre. Fijo.

Entro sin llamar.

La habitación está repleta de pantallas, ordenadores y material para mantener nuestro negocio en perfectas condiciones técnicas.

Faith y Quincy están sentados en las sillas frente a los teclados y los monitores. En uno de ellos, el más alto, puedo ver un contador con una cantidad de la hostia.

Siento una descarga de ansiedad al darme cuenta de lo que me juego.

—¡La hostia! —saludo con una exclamación—. Esto se está descontrolando.

—Si seguimos así en un par de meses nos retiramos con una millonada en nuestras cuentas corrientes. —Faith gira la silla para mirarme con una de sus sonrisas triunfales—. Nunca habíamos imaginado llegar hasta aquí. ¡Y es una pasada!

Leo con atención las estadísticas, los comentarios y las cifras, y mi corazón se acelera al enfrentarme a unas palabras concretas.

—Ni de coña —le digo a Faith al encontrarme con su sonrisa—. ¿Cómo se te ocurre?

—La pasta nos va a venir muy bien. —Me guiña un ojo—. Y encima nos lo vamos a pasar de puta madre. ¿Qué más quieres?

—Eres el puto amo, Mac. —Quincy me lanza una mirada de admiración—. ¡Venga, tío! Si sigues así tendremos un par de millones cada uno en tres meses.

Los veinte minutos siguientes se llenan de una conversación muy tensa.

Exteriorizo mis reparos leyendo de nuevo la pantalla y sintiendo el peso de la realidad; los escucho a ellos, intento hacerles entender mi punto de vista y me enfrento a sus respuestas varias veces, pero el resultado siempre es el mismo. No tengo salida. Hemos invertido demasiado, estamos en un momento crucial y, a pesar de mis reticencias, sé que no puedo rajarme ahora.

Tardo demasiado en darme cuenta de mis opciones reales: apenas tengo. Quizá las

recomendaciones de mis colegas sean las más acertadas.

Miro a Faith un segundo y la veo diferente, a través de un prisma muy alejado de antes.

Llevo demasiado tiempo cubriéndome con muros de indiferencia, sintiéndome invencible, haciendo caso omiso a mis escrúpulos y ahora es el momento de volver a endurecerme hasta convertirme en una roca de cemento. Porque a pesar de mi momentánea muestra de debilidad de hace un rato, soy un luchador y el único capaz de levantarme las veces necesarias para volver al ring sin desfallecer. Y ahora el combate está de mi lado.

—Estás jodido, amigo. —Quincy me despide en la puerta unos minutos después, tras aceptar todos y cada uno de los argumentos de Faith—. Vas a tener que echarle huevos.

—Lo sé. —Choco el puño con el suyo—. Puedo con esto y con mucho más. ¿O acaso te creías que soy uno de esos niñatos sin sangre en las venas? Nadie puede conmigo, tío.

—Pásalo bien hoy con la mojígata. —Suelta una carcajada—. Esa tía es una jodida pringada. ¿La has visto bien? Flipo con su forma de comportarse. ¡Y encima es virgen! —Cambia su voz para imitarla—. *Me estoy reservando para el adecuado*. ¿En serio? —Hace el gesto de meterse los dedos en la boca para vomitar—. ¡Estamos en el siglo XXI! ¡En la universidad!

—Tarde o temprano va a encontrar la horma de su zapato. —Y no voy a ser yo. Me lo repito unas cinco veces seguidas para convencerme—. Hay tíos muy panolis en esta uni, seguro que acaba liada con un mojígato como ella.

Nos reímos a carcajadas, pero no sé por qué no siento la jocosidad de antes al imaginarme a Brenda feliz con otro tío.

—Voy a buscarla para llevarla a comer y a la *escape room*, y pasar una tarde de puta madre. —Le guiño el ojo—. No sabe lo que le espera.

—Es tonta que te cagas.

—¿Está todo preparado?

—Sí, tío. —Su expresión malévola me da una pista de hasta qué punto han preparado el terreno—. Va a ser la hostia. ¡La mojígata lo va a flipar!

—Te veo en unas horas. —Suelto una carcajada en busca de esa chispa de antes, pero no la encuentro—. Voy a contar sus lágrimas. ¡Estoy deseando ver cómo está al borde del infarto! Va a ser acojonante, ya lo verás.

—¡Eres mi héroe, tío!

Salgo al pasillo y lo recorro con una sensación de pesadez en las venas.

Sin pasar por la habitación, me dirijo al gimnasio para entrenar durante dos horas. Como siempre el ejercicio físico me va de puta madre para poner cada sentimiento en su sitio y encajar cada pieza donde corresponde.

Quizá ha habido algún momento de debilidad al mirarla, incluso he sentido una atracción fuera de lugar, pero esa pringada no me va a arrebatar la posibilidad de seguir inmune a los sentimientos. Alguien como Brenda no va a hacerme replantearme mi forma de ver la vida ni me va a negar la capacidad de divertirme a su costa.

Esta tarde le tengo reservada una sorpresa de la hostia. No dejo de imaginármela cuando descubra cuáles son mis intenciones. ¡Será la hostia en colores! Esa mojígata capulla deseará no haber cruzado el Atlántico.

Una vez duchado, camino por el pasillo con mis prioridades muy claras. Ha llegado la hora de dejar a un lado mis deseos y de seguir adelante con mi vida.

Entro en la habitación dispuesto a jugar una vez más con Brenda. Lo deseo de verdad, aunque no entiendo por qué no me emociono como antes.

Mis ojos recorren la estancia con un repiqueteo insano del corazón hasta encontrarla sentada en la cama, con el portátil en el regazo, sobre un cojín, y unos cascos grandes en la cabeza.

Mantiene la atención puesta en la pantalla, quizá por eso no me ve ni sabe que acabo de entrar en la habitación.

Como siempre, sus gestos y expresiones parecen una extensión de la pantalla, mostrándome las imágenes sin necesidad de verlas.

Aprovecho su desconocimiento de mi presencia para recorrerle el cuerpo con la mirada.

Una oleada de calor recorre mi piel. Es como si cada vez que la observara me conectara a un enchufe para recibir una corriente de miles de voltios que enciende mis venas y mis deseos más profundos.

Cada uno de sus gestos me llama en la distancia. Es como si me hablara a través de ellos, como si susurrara la realidad que me niego a aceptar y quisiera hechizarme para que me deshaga de mis mierdas.

Pero no puedo, hay demasiado en juego y lo que más pesa es la posibilidad de perder mi fortaleza por el camino.

He decidido ir a por todas y nada me hará cambiar de opinión.

Avanzo hasta llegar a ella componiendo un mohín burlón. Aparto la sensación vibrante que todavía circula por mi cuerpo y me obligo a actuar como toca.

Esta tarde la destrozaré por atreverse a imaginar la posibilidad de redimirme.

Voy a recordarle dónde está su lugar y lo alejado que está de mí.

No se merece otra cosa porque ninguna tía va a despertar el más mínimo remordimiento en mi interior ni va a cambiarme.

Soy libre, frío e inmune al amor.

Si Brenda se atreve a seguir magnetizándose con su mirada voy a acabar con su visión romántica de las relaciones en un solo movimiento. Conseguiré que me odie y le partiré el corazón en porciones tan pequeñas que nunca más va a ser capaz de remendarlo.

Capítulo 15

Brenda

Levanto la mirada al percibir un movimiento en la habitación y mi corazón inicia de nuevo una maratón.

Algo ha cambiado en sus ojos, parecen perversos, como si ese brillo de la cafetería hubiera desaparecido para traerme una mirada letal.

Ha habido un instante esta mañana en el que he visto una tristeza insondable en el interior de sus pupilas. Pero solo ha sido algo fugaz, como si le diera miedo mostrarse vulnerable y revelar sus más íntimos secretos.

Ahora, en cambio, siento frialdad al mirarlo, como si estuviera a punto de clavarme un puñal en el corazón y no pensara volver a quitarlo nunca más de ahí.

—Ya estamos otra vez con tus cambios de personalidad —me quejo deshaciéndome de los cascos y poniendo la reproducción del capítulo en pausa—. Acabas de tomar la de Voldemort. ¿Quieres destruirme por una marca invisible en mi frente?

—Tenemos planes. —Me quita el ordenador para ponerlo en la mesilla.

—Ah, ¿sí? —Levanto las cejas sin moverme—. Yo quiero pasar la mañana tranquilita en la habitación. Tengo pensado leer un rato, ver un par de capítulos de mi serie, trabajar un poco en mis enigmas matemáticos, comer en la cafetería, llamar a mi madre, hablar con las chicas por el chat mientras busco algún spoiler e irme a trabajar. Como ves, tengo la agenda muy llena para aguantarte. ¿Podrías irte en busca de sexo salvaje y dejarme en paz? —Suspiro y miro la hora en la pantalla—. Beverly sale en un par de horas.

—¡Vamos, tía! Seguro que puedes olvidar con facilidad ese plan tan jodidamente aburrido y venirte conmigo. —Se inclina un poco para rodearme con los brazos por la cintura y levantarme de la cama—. Todo indica que eres un hacha con la lógica y ya he sacado dos entradas para el *escape room*. Se llama *Secret of the tomb* y dicen que lo flipas con ella. ¡Es difícil que te cagas! Y tiene un sinfín de pistas imposibles. Solo un par de cerebritos como nosotros pueden descifrarlas.

—Explícame algo. —Coloco mis manos en las suyas para deshacerme de su abrazo, pero no logro apartarlas de mi cuerpo—. ¿Por qué insistes en pasar rato conmigo? Queda clarísimo que no te intereso, incluso hay instantes que pareces molesto al estar conmigo. ¿Acaso piensas volver a jugarme una mala pasada? ¿Otra de las novatadas? Cuando me tiraste al agua Faith y Quincy se lo pasaron de miedo. ¿Qué buscas esta vez?

—¡Eh, cariño! —Menea la cabeza fingiendo estar ofendido—. No soy tan hijo de puta. ¡Confía en mí! Solo quiero invitarte a comer y usar tus habilidades lógicas para salir de la habitación en menos de sesenta minutos.

Suelto un suspiro exasperado intentando apartarme de él, pero no me suelta ni me permite dar un paso atrás. Siento sus manos en mis caderas, su aliento rozándome la cara y cómo me acerca todavía más a su cuerpo, hasta rozarnos.

—Prefiero quedarme en la habitación. —Mi voz suena más ronca de lo que quería. Tenerlo tan cerca ha despertado de nuevo una oleada de deseo—. Y no quiero seguir pasando tiempo

contigo. Me confundes demasiado, Dy. No acabo de pillar tu juego ni quiero formar parte de él.

Me rodea con sus brazos para estrecharme hacia él.

Durante unos segundos mantengo la vista baja para no enfrentarme a sus ojos, pero termino levantando la cabeza muy lentamente, ascendiendo por su barbilla perfecta, parándome un segundo en sus labios y llegando a sus pupilas centelleantes.

Otra vez me encuentro con esa mirada, esa perfecta, maravillosa e intensa mirada que desata aleteos en mi estómago, como si miles de mariposas hubieran montado una fiesta de universitarios hormonados y con ganas de mucha juerga.

Los dos respiramos rápido. Sus resuellos casi son audibles, igual que los míos. Su pecho se mueve deprisa sobre el mío. Y escucho repicar a nuestros corazones y martillar el silencio solo roto por algún jadeo que se escapa de nuestras bocas.

Mis pezones reaccionan como nunca lo habían hecho antes, volviéndose locos, empitonándose, deseando sentir sus manos sobre ellos. Una descarga se concentra en el centro de mis piernas y se convierte en una serie de latigazos de necesidad que me llevan a un estado de enajenación.

¿Qué me está pasando? Mi inexperiencia es una contrariedad, está claro, porque mis reacciones son exageradas y están fuera de lugar.

Nos quedamos unos segundos mirándonos tan cerca que casi siento sus labios sobre los míos. Y lo deseo. Es absurdo, algo carente de lógica, pero anhelo saborear su boca, besarlo, saber qué se siente a pesar de mi intención de no dejarme llevar hasta que llegue el momento preciso.

—¡Vámonos! —gruñe soltándome y dando un par de pasos atrás para separarse de mí.

Tiemblo de necesidad, de anhelo y de ansiedad al desear de nuevo sentir su calor cerca de mi cuerpo. Las piernas no me sostienen, se tambalean y parecen de gelatina. Y me cuesta un mundo encontrar la fuerza necesaria para vencer esa tensión que todavía se anuda en mi vientre para indicarme el grado de intensidad con la que he sentido la fiereza de mi deseo.

Por suerte la mesilla de noche está a mi lado y puedo apoyarme en ella para evitar caerme de bruces.

La mirada de Dylan sigue velada por la misma necesidad que la mía.

Da dos pasos más para alejarse de mí, pero ese campo de fuerza magnética que nos une por los ojos sigue empujándonos y cargando de tensión el ambiente.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho hace un momento? —Pronuncio las palabras en busca de poner algo de cordura en la situación, pero me salen afónicas y aturdidas, como si quisieran hacerse eco de mi estado—. No voy a ir contigo.

—Hay un pequeño restaurante indio cerca de la *escape room*. —Da un paso hacia mí para agarrarme de la mano y tirar de ella dándose la vuelta—. Comemos, entramos en la habitación, encontramos las pistas y te dejo en la cafetería. ¡Es un plan perfecto!

—Solo tiene un fallo. —Intento detenerle, pero sus dedos se cierran en mi muñeca sin deseos de apartarse y tiran con fuerza para llevarme hacia la puerta—. No quiero ir.

—¡Vamos, tía! Tengo las entradas y la reserva en el restaurante.

Me detengo a cuatro pasos de la puerta y lucho contra su intención de llevarme con él. En la última semana cada vez que he cedido he acabado lamentando mi decisión y algo me dice que esta vez va a ser idéntica.

—¿Puedes contestarme a una pregunta? —No cedo ante sus tirones y él acaba girándose para enfrentarme—. ¿Qué necesidad tienes de pasar el rato conmigo? Vamos, Dy. Tienes a todas las tías coladas por ti, o como mínimo es lo que te crees. ¿Por qué pierdes el tiempo con la única que no tiene ningún interés en meterse en tu cama? No tiene sentido.

—Me lo paso bien contigo.

Evita mirarme a los ojos y siento la necesidad de volver a unirme a ellos. Pero es mejor así, necesitamos imponer sensatez a esta situación.

—Ha de haber algo más —insisto sin volver a abrazar mi sarcasmo natural. Escuchar su respuesta es importante para mí porque no encuentro una explicación coherente a su forma de actuar y quiero entenderla—. No es normal este interés en mí. No te caigo bien y te parezco muy alejada de tu ideal de mujer. Me detestas. ¿Por qué sigues arrastrándome a tus planes?

—Si no vienes por las buenas usaré mis dotes de hacker para destrozarte la vida —suelta con rabia—. No voy a aceptar un no por respuesta, no estoy abierto a tus gilipolleces ni pienso contestar a tus preguntas. —Se da la vuelta de nuevo—. Nos vamos.

—Otra vez con amenazas. —Espiro con fuerza—. Solo has de contestar a mi pregunta y vendré contigo si me satisface la respuesta. Por favor.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Vuelve a darse la vuelta para encarar mi mirada con la furia exudando de sus pupilas—. ¡Eres tan jodidamente imbécil que no te das cuenta de tu absoluta ausencia de libertad de movimientos! Estás en mis manos, tanto si te gusta como si no.

—¿Y si te digo que adelante, que no me importa si me hackeas, si me robas mi identidad o si me haces cualquier otra perrería? —Agito con fuerza la mano para soltarme de su agarre, pero no lo consigo—. ¡Encontraré la forma de recuperarlo todo! No soy de tu propiedad ni pienso dejarte dirigir mi vida sin entender por qué quieres pasar la tarde conmigo.

—¡Ya basta, tía! —grita levantando la mirada—. ¡Me gusta pasar el tiempo contigo! ¿Es eso lo que esperabas escuchar? —Sus ojos vuelven a soltar chispas de magnetismo y atrapan a los míos y baja tanto la voz que solo le escucho a medias—. Eres una tía diferente, me retas y no te derrites con mi cuerpo de dios nórdico. Tú me ves de verdad y eso me flipa.

Ha dado un paso hacia mí sin soltarme la mano. Está cerca otra vez y vuelve a disparar mis constantes dejándome sin aliento.

—Escondes tanto de ti mismo... —susurro sintiendo su aliento acariciarme los labios.

Levanta un brazo para acariciarme la mejilla con mucha delicadeza. Su contacto dispara unas cosquillas intensas en mi vientre y se concentra en mi centro de placer, encendiéndolo, prendiéndolo con unas llamas que me devoran la voluntad.

Cierra los ojos un segundo, colocando su frente sobre la mía, y nos quedamos así durante una eternidad.

Quizá han sido solo unos segundos, pero a mí me han parecido horas.

—¿Nos vamos? —Desliza los dedos desde mi muñeca hasta enlazarlos con los míos—. Me muero de hambre y tus tripas han rugido en plan león. ¡En mi puta vida había conocido a una tía que zampe tanto como tú! Si sigo invitándote me arruinarás.

No sé por qué le sigo ni cuál es la poderosa razón que me despierta una carcajada ante su última afirmación, pero lo hago. Camino detrás de él hacia el exterior sin preguntar de nuevo acerca de sus intenciones. Quiero creerle, necesito hacerlo. Igual que anhelo terminar lo que hemos empezado hace apenas unos segundos y besarlo.

Probar su sabor ha de ser electrizante.

A pesar de mi intención de guardar la primera vez para mi primer amor, la atracción que Dylan ejerce en mí es tan penetrante, tan viva y audaz, que necesito quemarla con el contacto físico.

Quizá llevo toda la vida equivocada y no hace falta el amor en la ecuación a la hora de experimentar con el sexo, los besos o las caricias. ¿Y si solo se trata de una reacción química del cuerpo cuando alguien te atrae?

El sol se ensaña con nosotros al caminar hacia el coche. Dy va dos pasos por delante y ni me habla ni me mira. Yo tampoco quiero abrir la veda para comunicarnos, sigo bastante confusa acerca de sus intenciones y necesito un tiempo para rebajar la reacción de mi cuerpo a su tacto de hace unos minutos. Una reacción que me molesta muchísimo.

Camino cada vez más rápido, enfadada por sentirme atraída por alguien como Dylan, por desear besarlo, por no controlar mis constantes cuando lo tengo cerca y por confiar en él lo suficiente para acompañarlo de nuevo.

Sé que me voy a arrepentir más tarde o más temprano.

Una vez llegamos al vehículo subo al asiento del copiloto y mantengo el mismo silencio tenso durante el recorrido desde el MIT hasta un parking del otro lado del río.

—¿Te gusta la comida picante? —pregunta Dylan bajándose del coche e indicándome el camino—. A mí me flipa.

—En mi país comemos muy suave —contesto con más brusquedad de la requerida—. El picante solo enmascara el sabor de la comida.

—Tranqui, tía, ¡estás que muerdes!

—¡Es que somos compañeros de habitación por obligación y no dejas de meterte conmigo! —Suelto mi irritación en forma de palabras airadas—. ¡No tengo ni idea de qué hago aquí contigo! Estaría mejor con mis cosas.

—¡Hay que joderse! —Se detiene, se sitúa delante de mí y me coloca los brazos en los hombros—. ¡Tía! ¡Ya basta! Creía que habíamos resuelto esta pequeña crisis de confianza. —Mira hacia ambos lados de la calle y luego clava sus pupilas en las mías—. Contigo me lo paso de puta madre, por eso te he propuesto venir.

—Más bien me has obligado. —Rebajo mi tono, hechizada otra vez por su mirada.

—Vamos a comer, ¿okey? —Me suelta y se da la vuelta para empezar a caminar—. Te llevo al indio, te inicio en el mundo de la comida picante, charlamos un poco y nos vamos a la *escape room*. Nos lo pasaremos bien y dejarás de darme la brasa con tonterías.

Descubro una mueca ansiosa en su cara, como si no acabara de estar cien por cien seguro de sus palabras, y siento que me oculta algo, pero quizá solo es una exageración por mi parte.

Le sigo en silencio, intentado domar las mil sensaciones que me golpean. Son demasiadas y no acabo de entenderlas porque nunca he sido una persona indecisa, pero es como si me vinieran a oleadas. Tan pronto estoy derritiéndome con su mirada como me hago preguntas acerca de sus propósitos.

Porque, ¿qué hace un tío como él con alguien como yo?

Y la pregunta del millón, ¿por qué me siento atraída por él?

Nunca me había fijado en los chicos malos. Los de mi instituto me parecían niños sin alma, eran despiadados conmigo, me herían constantemente y se burlaban de mí, pero Dylan también me ha tratado mal...

Llegamos a un pequeño restaurante de decoración india con pocas mesas y una iluminación tenue.

Nos recibe una mujer de mediana edad vestida con un precioso sari de telas muy coloridas. Me hace gracia cuando me coloca una pegatina negra y redonda en la frente.

Con una sonrisa le pregunto su significado.

—Es un bindi —explica acompañándonos a una mesa—. Bindi significa gota, partícula o punto, y su color tradicional es el rojo, pero solo tras los votos matrimoniales. Aunque hoy en día se ha perdido su significado religioso y las mujeres suelen usarlo a conjunto de su sari o incluso

con una joya para embellecer. —Nos ofrece unas cartas sin perder la sonrisa—. Se coloca en el sexto chakra, justo en medio de los dos ojos, de ahí su denominación también como el tercer ojo, porque no es exterior y nos sirve para estimular la intuición, la clarividencia y el instinto para comprender las cuestiones vitales que nos rodean.

—Interesante... —musito devolviéndole la sonrisa—. A ver si me ayuda con mis dudas.

Tras decirlo en voz alta me reprendo por darle voz a mis pensamientos. Por suerte, Dylan no me hace demasiado caso y se enfrasca en la lectura de la carta.

—Ya lo tenemos —le dice a la mujer—. Pollo tandoori, naan dulce, samosa, kulcha y pollo tikka masala. Para beber traiga dos cervezas fuertecitas.

No me pide el carnet para comprobar mi edad y me extraña. En Estados Unidos está prohibido beber hasta los veintiuno y, aunque quizá él los tenga, la mujer debería comprobarlo porque yo solo tengo dieciocho.

—No le des más vueltas a lo de la cerveza. —Se carcajea cuando nos quedamos solos—. Esta comida es muy picante y necesitamos una bebida que contrarreste un poco los sabores. Tranqui, con una birra no te emborracharás.

—Me llevas por el mal camino.

—Voy a pervertirte. —Me guiña un ojo—. Cuando vuelvas a tu pueblo no te reconocerán porqué, tía, haré de ti una auténtica chica mala.

Me gusta el tono de su voz, la relajación que noto en sus facciones, como si volviera a estar a gusto conmigo. Solo lo he sentido así el día del monopatín o mientras nos tomamos el helado la semana pasada. El resto del tiempo parece tenso, como si necesitara medir sus palabras.

Permanecemos en un silencio incómodo durante unos minutos.

Intento capear el mal trago recorriendo con la mirada todos los recovecos del restaurante. Es bonito, tiene un colorido precioso, con detalles que recuerdan mis pocos conocimientos acerca de la India.

Las camareras lucen unos saris coloridos y sus sonrisas son amplias y generosas.

Cierro un segundo los ojos para inspirar el aroma a especias y un toque de incienso que invade el lugar. Cuando los vuelvo a abrir descubro a Dylan mirándome, pero rápidamente cambia de foco de atención al encontrarse con mis pupilas.

Tamborilea con los dedos sobre la mesa mientras dirige sus ojos hacia la puerta de entrada, como si temiera la aparición de alguien indeseado.

—¿Vienes mucho por aquí? —inquiero pasados unos minutos. Necesito romper el hielo o la situación será insostenible—. Pareces un entendido en comida india.

—Cerca de mi casa, en Saffron, hay un restaurante indio que me encantaba cuando era un crío. Mi tía es camarera ahí. —Su voz suena más suave que de costumbre, como si estuviera a gusto y por una vez no necesitara el sarcasmo ni la chulería para hablarme. Sigue vigilando la puerta con los ojos y sus dedos no cesan en el movimiento sobre la mesa ni deja de comprobar de forma compulsiva la pantalla del móvil, sin embargo, me transmite más confianza que otras veces—. Yo me crié en Grand Forks, una ciudad pequeña de Carolina del Norte. No teníamos demasiadas distracciones ni nos permitíamos lujos. Mi madre se deslomaba limpiando casas de ricos y, mientras el cabrón de mi viejo se gastaba su dinero en alcohol, mi madre ahorraba para llevarnos a Danny y a mí al restaurante donde trabajaba tía Cynthia. Lo conseguía una o dos veces al año, y porque mi tía nos hacía un precio especial, pero para mí era algo grande.

—Es bonito tener esos recuerdos. —Sonrío pensando en los míos—. A mí me encantaba pasarme las tardes de domingo con mi madre frente a la tele, con un bol lleno hasta los topes de palomitas, un par de latas de Coca-Cola y algunas gominolas. —Me muerdo el labio, feliz al

recordar esos momentos—. Hacíamos maratones de series, y muchas veces no eran aptas para mi edad. ¡Era tan alucinantemente excitante! Después de eso tenía energía para toda la semana, para no hundirme cuando las cosas se torcían.

Me callo dándole un sorbo a la cerveza que nos acaban de traer. Arrugo la cara al dejarla de nuevo sobre la mesa, su sabor agrio y potente no acaba de convencerme.

Dylan se divierte con mi expresión y pasa por alto que acabo de hablar más de la cuenta. ¿A quién se le ocurre insinuar que lo pasaba mal en el instituto?

—Estás un poco flipada con lo de las series. —Le da un trago a su botellín de cerveza y me dedica una mirada traviesa—. ¿A qué tía de dieciocho años le gusta más ver episodios de forma compulsiva que salir de fiesta? ¡Es antinatural!

—Para mí es una forma de sentirme cercana a otras vidas. —Mis ojos conectan con los suyos y me convierto en una máquina imparable de sinceridad. Esa mirada, ese brillo y esa sensación que me recorre el cuerpo llenándolo de fuego y hormigueo destruye todas y cada una de mis defensas—. Las series, las películas y los libros pueden ser muy intensos si los disfrutas sin filtros, permitiéndoles a los personajes penetrar en tu corazón para regalarte emociones de todo tipo.

—¡Me vas a hacer potar! —Intenta darle sarcasmo a su voz, pero le sale ahogada, como si las mismas sensaciones de mi cuerpo formaran parte del suyo—. Tía, no hables así de profundo que me produces arcadas.

—Para alguien poco empático como tú es normal verlo así. —No pierdo la sonrisa ni muestro un ápice de enfado, porque no lo siento—. No es fácil dejarse llevar por la parte sentimental y menos para alguien tan egocéntrico como tú. Pero si te gustara leer o ver series sabrías de qué hablo. Yo suelo decantarme por las románticas y me enganchan cuando los protagonistas lo pasan mal, me gusta descubrir todos los obstáculos que deben superar para estar juntos. Es como adrenalina en vena. Y después los siento parte de mi vida, me acompañan durante mucho tiempo, imagino cómo será su vida después de terminar la historia, si serán felices, dónde estarán y qué harán ahora mismo.

—¡Tía! ¡Te falta echar un polvo! —frivoliza mi explicación y, aunque me duele, lo escondo—. Bren, en serio, no puedes vivir de fantasías. ¿Tan mierda es tu vida para hacerte amiga imaginaria de los protagonistas de los libros, las series o las pelis?

—A veces echarle imaginación ayuda a ser feliz —suelto dándole una entonación irónica que disimula muy bien las heridas abiertas por sus comentarios—. Pruébalo, te iría bien para sacarte esa chulería innata. Porque, chico, debe cansar muchísimo estar siempre enfadado con los demás porque piensas que no te llegan ni a la altura de los zapatos.

—¡Eres la hostia! —Se carcajea un segundo, hasta que sus ojos vuelven a centrarse en los míos y ambos sentimos el magnetismo al instante—. Tengo sentimientos, y eso ha dolido.

—Te muestras como si todo te diera igual, pero hace un rato has hablado de tu madre con muchísimo cariño. Y de un tal Danny. ¿Quién es? ¿Tu hermano?

—Lo era. —Casi es un susurro, como si le costara hablar de ello—. Murió hace años.

—Lo siento. —Le dedico una mirada de arrepentimiento—. No sabía nada.

—Poca gente lo sabe —afirma con una mueca de sorpresa, como si no estuviera acostumbrado a explicar esta parte de su vida—. Si te digo la verdad, no tengo ni idea de por qué acabo de contártelo. Pero si te vas de la lengua te voy a hacer trizas.

—Tranquilo, nunca te haría daño con algo así. —Alargo un poco el brazo para colocar mi mano sobre la suya y nuestras miradas vuelven a transmitirse ese chispazo que nos sobreviene al tocarnos—. De niña siempre le pedía un hermanito a mi madre. Me costó muchísimo entender que

no iba a tenerlo nunca por nuestra situación. Quería sentirme menos sola. Aunque nunca pude disfrutar de un hermano, sé cuánto me dolería perder a alguien de mi familia.

—Danny era cojonudo. —Su voz vuelve a dulcificarse mientras sus ojos siguen conectados a los míos, lanzando centelleos, y sus dedos acarician mi mano con una suavidad que me deja sin aliento—. De niño solía interponerse entre mis viejos, muchas veces recibía hostias por mi madre. Era valiente, en cambio yo...

Se calla y aprieta los dientes, cambiando su expresión por una airada. Me suelta la mano, coge la cerveza y le da un largo trago.

—¿Cómo murió? —pregunto con necesidad absoluta de recuperar la intimidad de hace un momento.

—No es asunto tuyo. —Su rudeza muestra lo mucho que esconde y por una vez me alegro de su pulla porque me ayuda a llegar a su alma. Está herida por el pasado, por eso esconde bajo capas de chulería las huellas de su dolor.

—Cuando estés preparado para hablar de ello, estaré aquí. —Vuelvo a colocar la mano sobre la suya y le miro a los ojos—. Dy, me has contado muy poco de tu padre, pero sé leer lo suficiente entre líneas para ver la clase de monstruo que es. Solo espero que tu madre y tú estéis a salvo.

—Mi viejo está en el trullo y se va a quedar ahí hasta su muerte.

—Ha de ser muy duro enfrentarse a eso. —Le acaricio el dorso de la mano con los dedos—. Pero supongo que en tu caso es la mejor manera de pasar página. Me cuesta imaginarme en una situación parecida. Mi madre es una cabra loca, un alma libre, y las chicas son como ella. He crecido a su lado y muchas veces me ha tocado ejercer de adulta responsable a pesar de ser una cría, pero nunca me han tratado mal. Las cuatro son maravillosas.

—Una vida de color de rosa, vamos —comenta en tono de fastidio.

—Para nada. —Niego con la cabeza—. Nunca tenemos suficiente dinero para pasar el mes, ella es irresponsable en cómo lo gasta y en las tareas del hogar, excepto en la cocina porque adora cocinar. Aprendí de muy niña a ocuparme de mis cosas, de la limpieza, incluso de la compra. Lo único que odio es hacer la colada porque suelo encoger la ropa o teñirla de otro color. Se me da fatal. Mis abuelos viven cerca y no les trato, ni a ellos ni a mi tío. Repudiaron a mi madre de la familia cuando se quedó embarazada de mí y no han vuelto a hablarse. Tienen dinero, tierras, negocios. Podrían habernos ayudado, pero nunca han mostrado interés, ni cuando se nos rompió el calentador en medio de un invierno y no teníamos dinero para arreglarlo ni en ninguna otra ocasión parecida. Por suerte, las chicas siempre están ahí. Y gracias a ellas no nos morimos de frío ese invierno...

Suelto la parrafada sin detenerme a pensar en si debo compartir esa información con él. Nuestras miradas siguen conectadas y sus ojos me transmiten una confianza implacable. Es como si quisiera darle permiso para penetrar en mi ser y descubrir resquicios de mi alma.

—Nosotros también teníamos siempre problemas de pasta —explica—. Por eso empecé a trapichear de muy niño, para darle algún capricho a mi madre y no depender de mi viejo. ¡Ese borracho de mierda nos ha arruinado muchos momentos!

Sigo acariciándole la mano y llenándome con su tacto electrizante.

—En el fondo somos parecidos, aunque cada uno afronta las situaciones de forma diferente.

La camarera aparece con varios platos y los coloca sobre la mesa, anunciándolos. Dylan separa la mano de la mía, rompe el contacto visual y le agradece el gesto.

—Al ataque —dice con una mueca pícara—. Empieza con el pollo tandoori. Está asado y

marinado con muchas especias. Ya verás cómo te va a flipar el picante en un plato como este.

—Eso espero.

Cuando me lo pongo en la boca siento el picor invadir hasta la última de mis papilas gustativas.

Trago con rapidez y le doy un sorbo a la cerveza, ahora ya no me parece tan agria. La dejo reposar en mi boca para ver si rebaja el picante y al final la trago.

—Está fuertecito —admito con lágrimas en los ojos—. El picor no me deja saborear el resto. Creo que no estoy hecha para esta comida.

Él suelta una carcajada y se mete el tenedor con una buena porción en la boca. La saborea sin mostrar ni una pizca de reacción. En cambio, yo estoy todavía bajo los efectos de las especias. Me pica la garganta, la lengua la noto inflamada y me ha subido un calor intenso a la cara. Fijo que tengo las mejillas al rojo vivo.

El sudor invade mi cuerpo.

Le doy otro trago a la cerveza en busca de algún alivio.

—Toma un poco de kulcha. —Señala una especie de pan plano—. Te ayudará a rebajar el picante.

—No me atrevo a probar nada más.

—Venga, confía en mí.

Hago lo que me dice y, por suerte, el kulcha me alivia un poco el malestar.

—Está claro que la comida india no es lo mío.

—Vamos, ámate con el pollo tikka masala. —Lo señala—. Lleva yogurt y salsa de coco. No es tan fuerte como el otro.

—Vale. —Asiento llevándome un pedazo a la boca—. Pero si me parece igual de picante que lo otro me como el pan y me llevas a tomar algo decente al salir.

—¡Esta comida es la hostia de decente! —Da cuenta de uno de los platos con una expresión de deleite—. Pero si no consigues hacerte con ella, prometo llevarte a un puesto de perritos calientes para que sacies tu hambre voraz.

Me pongo el pollo en la boca con un poco de aprensión, pero enseguida me doy cuenta de que este sí lo puedo tomar, aunque tampoco me encanta.

—Acompáñalo con naan dulce. —Dylan me ofrece un trozo de algo parecido al pan de pizza relleno de algo—. Lleva coco dentro y está buenísimo.

Lo saboreo todo junto y consigo comer algo.

—No está mal —admito—, pero me quedo con el perrito caliente de después.

—Me ha dolido que no te flipe la comida india tanto como a mí.

—Es difícil coincidir en todo. Sería aburrido. —El pan relleno de coco está muy bueno, así que repito—. Yo suelo ser fácil para la comida. Soy internacional. O eso imagino porque ya conté que uno de mis sueños es descubrir las cocinas del mundo. Pero la gracia de hacerlo es etiquetar cada una y hoy he sabido que el indio no pasará a formar parte de mis preferencias. Lo siento.

—Mejor para mí. —Sigue devorando los platos—. Me he pasado dos horas en el gym esta mañana, necesito recuperar energías.

—¡Genial! Yo le daré un par de bocados al pollo tikka masala, lo acompañaré con las dos variedades de pan y soñaré con ese perrito caliente, con su cebolla frita, su queso fundido, su kétchup y su mostaza. —Me lamo los labios cerrando los ojos con una expresión de éxtasis—. Ya puedo saborearlo.

—¡Tía! Eres rara de narices. ¿Por qué te pone tanto comer?

—Es un placer, uno de verdad.

—Follar también lo es. —Me guiña un ojo—. Cuando lo pruebes lo vas a flipar.

Capítulo 16

Dylan

Su boca es una tentación de mierda, pero debería mantenerme alejado de ella por el momento. No voy a fastidiarla ahora.

Con lo bien que iba...

Cada vez que se pasa la lengua por los labios, los entreabre o se los muerde, mi polla se pone en pie y lanza impulsos clarísimos a mi cabeza.

Quizá por eso he hablado de más.

Nunca había explicado en voz alta la muerte de Danny, aunque solo fuera mencionarla. Es algo muy personal que no me gusta compartir con los demás, pero Brenda me incita a abrirle mi alma, como si la idea de dejársela descubrir fuera imprescindible.

También le he mencionado a mi padre, el trullo, los golpes... Aunque ha sido de pasada no debería haber abierto mi boca.

¡Soy un auténtico imbécil!

Esta tía me transforma, se lleva mi capacidad para actuar con la mente fría y no lo entiendo, es una puritana que incluso se ha molestado con mi último comentario. ¡Si hasta ha arrugado los labios en un gesto hastiado!

Suelto una carcajada.

—¡Tía! —Lo digo con menos despreocupación de la que deseaba—. ¡Hablar de sexo es normal en el siglo XXI! ¿De cuál vienes tú? ¿De la Edad Media?

—No me molesta hablar de sexo. —Se lleva un poco de naan a los labios y cuando lo envuelven para saborearlo siento cómo mi cuerpo arde en llamas de deseo por convertirme en una migaja de ese manjar y sentir su lengua sobre mí—. Algún día encontraré al chico adecuado y no dudaré en pasármelo bien. Lo que me mosquea es tu forma de cambiar de humor. Tan pronto me cuentas partes importantes de tu vida como te conviertes en un chulo sin sentimientos con ganas de hacerme daño. —Agarra el botellín de cerveza con los dedos y se lo lleva a los labios—. Me gusta el verdadero Dylan MacLaren, no el chulo superficial.

Pues yo lo odio, ¡no te jode!

Dejo pasar unos minutos en silencio en busca de recuperar mi conducta habitual, porque esta tía me cambia el cerebro y necesito volver a ser yo mismo.

Y hay demasiado en juego.

Me acabo varios de los platos mientras ella trastea con el tenedor en absoluto silencio.

Es un silencio lleno de tensión, de miradas fugaces y de creciente electricidad entre nosotros.

—¿Cómo se soporta una infancia como la tuya? —inquire de golpe, mirándome con una inocencia que me sacude hasta hacerme temblar.

—¡Métete en tus asuntos! —Soy brusco, pero es la única forma de encararme a esta situación. Jamás se lo he contado a nadie, ¿por qué debería hacerlo con ella?

—Vamos a hacer un trato —propone poniéndose un poquito de kulcha en la boca con la

mano—. Secreto por secreto. ¿Qué te parece? Yo te cuento algo muy íntimo y tú haces lo mismo.

—¿Qué intentas? —Me cabreo—. Nos conocemos hace una semana, te caigo como el culo y no te soporto. Es absurdo pensar que voy a explicarte algo importante sobre mí.

Curva los labios hacia arriba con una sonrisa increíble. Esa tía me hace pensar en adjetivos muy alejados de mi vocabulario habitual, pero es que su sonrisa es increíble.

—Voy a arriesgarme contigo. —Me pone otra jodida vez la mano sobre la mía y me zarandea una oleada de calor que sube hasta las mejillas como nunca me ha pasado antes—. Solo te nombraré muy por encima lo peor de mi pasado y tú harás lo mismo, sin profundizar. —Cierra los ojos un segundo, se pasa la lengua por el labio de arriba y los dientes por el de abajo y suspira bateando las pestañas hasta fijar sus pupilas en las mías—. Nunca he tenido otros amigos que el grupo de mi madre porque sufrí *bullying* en el colegio y en el instituto. Era la rara, la bastarda, la cerebrita. Los otros chicos se cebaban muchísimo conmigo, demasiado. Fue duro, pero llegar a casa y encontrarme a mi madre y las chicas siempre apoyándome me ayudó a superar las secuelas.

—¿Y ahora se supone que debo confesar cómo murió Danny?

—Me he fijado en algo curioso —dice sin perder el buen humor, como si buscara una forma de cambiar de tema y entretenerme con la profundidad de la conversación—. Los dos tenéis un nombre empezado por D. ¿Tus padres lo hicieron a propósito?

—Fue mi vieja.

—Es una idea interesante. — Le da un sorbo a la cerveza y arruga la nariz—. Si algún día tengo hijos podría ponerla en práctica. Ahora deberías contar en tres o cuatro palabras la forma en la que murió tu hermano. No te pido más.

—Ahogado en la bañera. ¿Ya estás contenta?

—Para nada. —Compone una expresión horrorizada—. ¿Cuántos años tenía? ¡Me parece terrible!

—Danny tenía ocho años y yo seis. —El recuerdo de ese día vuelve a mí con fiereza—. Y ahora que he saciado tu jodida curiosidad, ¿podemos hablar de otra cosa?

—¿De mi perrito caliente?

—¿Ya estamos contestando a preguntas con preguntas?

Levanta las cejas con una mueca coqueta.

—Es que un chico un poco borde me ha llevado a comer a un indio y he descubierto mi poca afinidad con el picante.

—Tía, eres demasiado delicada. ¡El picante es la sal de la vida! Y esos platos estaban alucinantes. Quizá tu paladar de mojigata no te ha dejado saborearlos.

—No todos podemos tener los mismos gustos, si así fuera la vida sería aburrida. Imagínatelo, todos los platos serían iguales y los libros, las películas, las decoraciones, los vestidos, los bares... —Niega con la cabeza—. Casi prefiero no seguir pensando en ello. A mí la variedad me encanta, es la base para disfrutar y probar cualquier novedad. Caminar por la calle y observar cómo se viste cada persona para ahondar en su estilo personal tiene su punto. Me encanta imaginarme vestida con sus atuendos, arreglada con sus peinados, llevando su bisutería, teniendo su color de piel o cualquiera de sus rasgos. Es un ejercicio interesante.

Su mano me produce una hormigueo en la piel y su mirada vuelve a imantarme.

¡Mierda! ¡No puedo seguir así!

Me obligo a permanecer callado mientras levanto el otro brazo rompiendo el contacto visual para pedir la cuenta. Voy a llevarla a tomar el maldito perrito caliente, le reiré cuatro gracias sin involucrarme en la conversación de verdad y nos iremos de una vez a la *escape room*, donde seguiré el plan de los chicos a rajatabla, sin importarme ella ni sus sentimientos de mierda.

Porque a mí me la suda su corazón o lo que sea.

Yo estoy por encima de esas gilipolleces románticas y de atracciones absurdas.

Brenda es mi compañera de habitación y mi víctima. Solo eso.

Y jamás podría ser nada más.

Con un gesto brusco le quito la mano de encima de la mía y evito mirarla mientras pago con la tarjeta de crédito del móvil.

No entiendo por qué le doy tantas vueltas a la situación y me repito mis intenciones como si fueran un mantra.

Porque aunque quisiera cambiar las cosas, no podría. Y Brenda jamás estará a mi alcance ni será una buena idea.

Nunca.

En la puta vida.

—Hace un día precioso —musita Brenda al salir del restaurante, en un intento de disipar la incomodidad que nos rodea desde mi silencio repentino de hace un instante—. Me gusta Boston, tiene un clima agradable y es muy diferente de mi pueblo.

—¿Y a mí qué narices me importa? —Soy grosero porque necesito callarle la boca, dejar de escucharla, centrarme en mi propósito y mandar a tomar por el culo el resto.

Si no lo hago, cometeré una imprudencia de la que seré incapaz de escapar sin daños.

—Está en el interior de España, en el sur, en una zona muy calurosa —explica sin atender a mis palabras de cabreo—. No somos demasiados habitantes, pero sí los suficientes para tener escuela e instituto, y todo son casas blanquecinas, con pocos edificios de pisos. Hay cinco hoteles en las afueras y un par de hostales en el interior, sin contar la casa rural de los alrededores. Hay seis bares y cuatro restaurantes. Suele estar lleno de turistas, aunque los lugareños son muy suyos. Religiosos hasta la médula, conservadores y sin demasiadas ganas de cambiar. —Avanzamos bajo un sol de justicia que decide llenarme el cuerpo de sudor—. Tenía ganas de salir de ahí, de vivir, de encontrar mi sitio. Y este es perfecto.

—Yo también quería largarme de Grand Forks —admito sin pararme a pensar. ¡Estoy hasta los huevos de medir mis palabras! Pero debería controlarlas, igual que debería mantener a raya ese repicar furioso de mi corazón, esa necesidad de hablarle de mí, de abrirle un pedazo de mi alma, de entregarle la llave para abrir mis recuerdos y compartirlos con ella—. En invierno hace un frío de la leche y es una ciudad de mierda. El MIT es cojonudo, vivir aquí me flipa.

—¿Qué harás cuándo te gradúes?

—No tengo ni idea.

Miento en otro desesperado intento de mantenerme al margen de sus palabras, del efecto que suscitan en mí, de cómo me altero al mirarla de reojo, al rozar un poquito su piel mientras caminamos el uno al lado del otro, de la sensación de confianza que me despierta estar con ella y de mi deseo.

Llegamos al carrito de perritos calientes y ella no tarda ni tres segundos en pedir uno completo, con todos los condimentos y salsas. También se pide un refresco de limón.

No la dejo pagar ni de coña. Hoy es mi día, en unas horas la dejaré jodida y como mínimo le debo una comida en condiciones.

Arrugo la cara ante mi pensamiento. ¿Cuándo me vuelto un ñoño?

¿En serio, Mac?

¡Me la trae floja si come o no come bien!

¿Verdad?

La observo en silencio, apretando los dientes con fuerza.

Con su botín en la mano y una amplia sonrisa camina hacia uno de los bancos cercanos al parque donde hemos ido a parar. Se coloca el bocadillo en el regazo, deja la bebida a un lado y abre el envoltorio con esa forma tan suya de gozar de la comida.

Tardo unos segundos en arrastrarme hasta ella y ocupar un lugar a su lado.

—Tiene una pintaza de muerte. —Cierra un segundo los ojos y se lame el labio superior con un gemido—. Y huele de maravilla.

Mantiene una expresión extasiada mientras agarra con las dos manos el bocadillo, lo levanta con suavidad, se lo introduce en la boca llenándose los labios de salsa y le da un mordisco sin dejar de gemir con los ojos achinados.

—¡Es la hostia! —Suelto una carcajada—. Eres la primera adoradora de comida que conozco.

—Está impresionante. —Me mira con brillo en los ojos—. Era una de mis ilusiones cuando decidí venir a Estados Unidos. Probar uno de estos perritos calientes que venden en los carritos.— Lo deja en su falda, sobre la servilleta, se limpia la comisura de los labios con el dedo y lo chupa provocándome una erección de la hostia—. Tu país es una maravilla. Aunque la gastronomía mediterránea es muchísimo más sana y la de mi tierra una de las mejores.

—Es un espectáculo verte comer. ¡Tía! A partir de ahora te invitaré como mínimo una vez a la semana para escucharte gemir.

—Tú no te quedas corto. —Vuelve a darle un mordisco al bocadillo—. Antes, en el indio, parecías también en trance. Y eso que la comida era picante a rabiar.

—Mi madre cocina muy bien —cuento, no sé muy bien por qué—. Es de Texas y tiene tendencia a preparar platos mexicanos, con muchos jalapeños y chili. A mí nunca me ha molestado que pusiera la hostia de picante, pero Danny lo odiaba. Él era más de comida basura. Hamburguesas, patatas fritas con mucho ketchup...

—¡Y mayonesa! —me corta aplaudiendo—. ¡Sobre todo en las patatas fritas!

Se relame los labios.

—¿Mayonesa en las patatas fritas? ¿En serio? —Arrugo la cara en un gesto de asco—. ¡Es repugnante, tía!

—¿Lo has probado? —Niego con la cabeza—. Pues antes de hablar, hazlo. Te aseguro que es un manjar capaz de hacerte llegar al éxtasis.

—Ya vuelve a hablar la parte chiflada de ti. ¡Cariño! La comida no te da orgasmos, lo hace un dedito, la lengua o una polla en esa parte de tu cuerpo que hay entre las piernas.

—Eres un ordinario. —Le da un sorbo a la bebida—. Pero hoy te lo perdono porque me has invitado a un perrito caliente de ensueño y estoy de muy buen humor. Hasta podría decir que en este preciso instante soy feliz por cumplir uno de mis sueños. No voy a permitirte que me amargues el momento.

La observo un segundo, en silencio. Ella mastica con los ojos cerrados y sus ruiditos arrebatados.

Como no, mi querida polla se enfila hasta quedarse como el mástil de un barco. Es tan sexy que me llena de calor y deseo.

Otra vez.

—Deberías darte un poquito de prisa. —Miro el reloj—. Tenemos que estar en la *escape room* en media hora y hay un trecho desde aquí.

—¿Vamos en *skate*? —propone terminándose el perrito—. El otro día me lo pasé en grande y me apetece volver a practicar.

—El parking no nos va de paso y hace un día de la hostia para pasear.

Me pongo en pie sacándome de la cabeza la mierda con la que me bombardea mi conciencia. En un par de horas Brenda dejará de hablarme y tardaré unos días en recuperar su confianza si así lo decido.

No vale la pena perder energías intentando contentarla.

—¿Ponemos un poco de música para el trayecto? —Me enseña su iPhone nuevecito, señalando la aplicación del Spotify—. Te propongo un juego. Buscamos una lista desconocida para los dos y cuando suene una canción decimos lo primero que nos venga a la cabeza. Con las chicas jugábamos a eso con frecuencia y nos lo pasábamos muy bien. Hacerlo revela mucho de una persona, incluso a través de esas palabras, si las estiras un poco, puedes conocer aspectos interesantes y llegar a saber su estado de ánimo actual.

—¡Ese juego es una gilipollez! —suelto con rudeza.

—Podrías probar antes de negarte, ¿no crees? —No se ofende ni parece enfadada, más bien es como si la ilusión la acompañara—. Mira esta lista. —Me muestra el teléfono—. Se llama *rock USA 70-80*. Tiene muy buena pinta y a ti te gusta este tipo de música.

Sin esperar respuesta empieza a sonar *Can't you hear me knocking*, uno de mis temas favoritos de The rolling stones.

—Mick Jager es el mejor —sentencio—. Esta canción fue lanzada en 1971, en el álbum *Sticky Fingers*. Desde entonces se han sacado al mercado la hostia de versiones. Una de las más emblemáticas es la que se escucha en el juego Guitar Hero II.

—Ya sabía yo que tenías algún talento oculto. —Sonríe atrapándome un segundo con esa mirada iluminada y llena de emoción—. A mí no me transmite demasiado porque, la verdad, el rock no me va mucho. Pero está guay escucharte hablar de ella.

—¡Tía! ¿En serio no te pone esta música? Keith Richards y Mick Taylor compusieron la introducción a guitarra y al final dio pie al riff que toca Richards. Y el solo de saxofón de Bobby Keys es legendario.

—Vale, tú ganas. —Levanta un poco los brazos y mueve la cabeza poniendo los ojos en blanco—. Esta canción es rock puro, del mejor. Una pieza de museo. La sexta maravilla del universo del rock.

—Es una canción que evoluciona. Empieza con el riff blusero de Richards, sigue con los coros acojonantes del estribillo y al final se convierte en instrumental con ese solo de saxo acompañado por congas que lo llevan a sonar con un toque latino. Termina con la estelar aparición de Mick Taylor en la guitarra. —La miro con una emoción inexplicable al sentir cómo el ritmo me engrandece—. Es como si el grupo nos revelara que todo es posible.

—¿Sabes? —pregunta en un tono suave y lleno de sensaciones que recorren mi piel—. Me gusta este Dylan McLaren. Deberías mostrar más esta faceta tuya, dejarte llevar y darte el lujo de sentir, porque así consigues ver la vida desde otra perspectiva, alcanzas la posibilidad de vivirla sin miedo. —Empieza a sonar *Fortunate Son*, de Creedence Clearwater Revival, una banda de rock con un estilo particular porque combinaba el ritmo del blues, con el góspel, el country y el swamp rock—. Cuando mis compañeros de escuela me acosaban con sus novatadas, sus palabras y su forma de tratarme, había veces que quería desaparecer, pero al llegar a casa reconocía la importancia de dejarlo atrás, de encontrar la forma de relativizarlo, y aprendí a buscar solo la parte positiva de las situaciones, a vibrar con los momentos mágicos, a disfrutar de cada pequeña experiencia que me regala la vida.

—Cuando comes demuestras esa intención. Tía, en esos momentos parece que te folles la comida y que al saborearla puedas sentir orgasmos.

¿Por qué acabo de poner esa voz melosa de niño? Estamos llegando a la *escape room* y

no habrá vuelta atrás. No debería dejarme seducir por su sonrisa, por esos ojos brillantes y llenos de promesas calladas...

¿Pero qué narices me pasa? ¡No puedo pensar en esos términos!

¡Joder!

Es que no debería ablandarme con sus palabras porque la voy a destrozarse en cuanto entremos en esa maldita *escape room*.

Debo hacerlo.

No tengo otra salida.

Gruño mirando hacia otra parte, apretando los puños y los dientes con fuerza, buscando la capacidad de dejar atrás estas sensaciones estúpidas que me sacuden al estar con ella.

¡No puede caerme bien! ¡Joder!

—¿Puedo ponerte una de mis canciones favoritas? —Toquetea la pantalla del móvil sin esperar la respuesta—. *Out here on my own*, cantada por Irene Cara. Es antigua, la cantó en la película *Fama* y un año después la versionó Nikka Costa. Está compuesta por Michael Gore y la letra la escribió Lesley Gore. ¿La has escuchado alguna vez?

Empieza a sonar con una voz increíble de una mujer que se pregunta sobre la vida. Observo cómo Brenda empieza a tararearla con acierto, mostrando el increíble potencial de su voz, la afinación casi perfecta y un sentimiento de la hostia asomando por su tono.

Cada vez canta más alto, gesticulando con los brazos y permitiendo que su cara se llene del sentimiento de la canción.

Sometimes I wonder where I've been, Who I am, Do I fit in. Make believein' is hard alone, Out here on my own... (A veces me pregunto dónde he estado, quién soy, si me integro, imaginando que es difícil sola, aquí fuera a solas...)

Brenda se viene arriba y su voz alucinante se muestra sin pudor mientras su cuerpo muestra las palabras a través de sentimientos. Sin importarle estar en medio de la calle, con la música sonando a toda hostia en su móvil, gesticulando y con una expresión jodidamente alucinante.

Me estremezco. ¡Mi piel entera se eriza con electricidad! Esta tía es acojonante, de verdad, es la personificación de la sensualidad.

Es sexy, perfecta, alucinante...

¡Joder!

No puedo seguir mirándola o voy a mandarlo todo a la mierda.

Cuando las últimas notas se funden en la tarde incipiente, ella se detiene con una sonrisa embriagadora y me mira con esos ojos que me atrapan sin remedio.

—Cuando estoy muy triste o he tenido un mal día, la escucho —explica con una emoción de la hostia—. Cuenta la historia de una chica que se resiste a aceptar la relación con un chico porque le da miedo salir herida. Me parece muy bonito lo que se pregunta y cómo siente que él le pertenece a pesar de estar separados, cómo le recuerda para superar los malos momentos. Es tierno.

¡Me cago en...!

Sus labios son una tentación difícil y cada una de sus palabras, la explicación de la canción, su significado...

No le contesto, emprendo de nuevo el paso para llevarla cuanto antes a nuestro destino y dejar atrás estos momentos porque si me quedo un segundo más escuchándola voy a cometer el error más jodido de mi vida.

Y no puedo hacerlo.

No puedo.

Ella me sigue sin dejar de parlotear con emoción. Me habla de otras canciones, de sus recuerdos, de los sentimientos que emanan de ellas, y yo no logro dominar con entereza las sensaciones de mi cuerpo cabrón y traicionero.

Cuando al fin llegamos a la *escape room* tengo una jodida crisis de conciencia.

—Ahora vuelvo. —La dejo en la entrada—. Necesito ir a mear.

—Vale, te esperaré aquí.

Me dirijo a la sala de control con rapidez, en busca de Faith y Quincy para cambiar los planes. Conocerla ha sido una putada de las gordas. No debería haberla llevado a comer ni haberle dado pie a hablar ni a mostrarme su alma.

La he cagado.

Y necesito solucionarlo, terminar con esto, encontrar la forma de detenerlo...

—No puedo hacerlo —sentencio al entrar, mirando a la cara de Faith.

Capítulo 17

Brenda

Camino detrás del empleado de la *escape room*, intentando no darle demasiadas vueltas a la situación. Si lo hiciera me pondría a temblar porque es todo demasiado extraño.

Dylan ha tardado más de lo habitual en volver del baño. Quizá son imaginaciones mías, pero al regresar ha empezado a mostrar un lado más frío, como si no estuviera cómodo o algo le preocupara.

Me pregunto qué le pasa por la cabeza. Ojalá tuviera una capacidad fuera de lo normal para entrar en ella y descubrirlo, porque en este instante estoy un poco agobiada por su actitud.

Nuestra comida de hoy ha estado genial. He visto de nuevo su interior de verdad, hasta me ha permitido entreabrir esa puerta tras la que esconde sus secretos más dolorosos. Y me gusta hablar con el Dylan sincero, aunque sea solo de forma superficial y solo se muestre así de sincero en contadas ocasiones. Por eso he decidido mostrarle también mis heridas, confiarle una parte de mi pasado, de esas muescas de mi corazón que jamás desaparecerán.

Nos paramos frente a una puerta blanca sin ningún distintivo, a excepción del nombre de la actividad. *The secret of the tomb*.

Estoy nerviosa. La idea de encerrarme en una habitación sin demasiada luz me produce inquietud. Hay demasiados recuerdos saliendo a la superficie y no me apetece afrontarlos, pero han pasado más de dos años y medio, no puedo dejarme vencer por lo sucedido.

—Brent Chadwick tuvo una infancia difícil —explica el empleado mirándonos casi sin pestañear. Admito que el toque de misterio que le añade a la voz me despierta el interés—. Creció a la sombra de su madre, Lucille, quien fue la fundadora de la *Iglesia de los Untemptables*, conocida como la COTU, una iglesia fundamentalista cristiana de los años ochenta que predicaba: *Resista todas las tentaciones, pero si no puede resistir, todavía tiene la posibilidad de la salvación si se castiga igual al pecado que ha cometido*. No es de extrañar que Brent se volviera loco y, después de que su madre muriera, se mudó a una habitación escondida, la misma habitación a la que estáis a punto de entrar. —Hace una pausa para amplificar el efecto de sus palabras—. Este extraño lugar está lleno de trampas. La única forma de escapar es encontrar la urna de las cenizas de Lucille. Si falláis y seguís aquí después de una hora, Brent llegará a casa y no querría estar en vuestro lugar cuando lo haga.

La última parte la pronuncia con un tono misterioso. Está interpretando un papel y lo hace genial porque se me han puesto los pelos de punta.

Abre la puerta para permitirnos entrar en una oscuridad solo iluminada por un punto de luz. La puerta chirría e inicia un conato de ansiedad en mi interior.

El lugar es abrumador, como mínimo en un primer instante. No me gusta estar encerrada con tan poca visibilidad, me recuerda a una parte de mi pasado que deseo olvidar. Y los detalles de esta habitación son espeluznantes.

Escucho la respiración de Dylan a mi lado. Está un poco acelerada y emite unos resuellos casi callados, como si intentara ocultarlos. Lleva demasiado rato en silencio. Es un silencio tenso, cargado de una dureza que me agarrota el estómago y me lleva a ponerme en guardia, como si

sintiera la proximidad de un golpe y no acabara de entender por qué ni de dónde va a venir.

—Venga, mojigata, hora de demostrar tus habilidades deductivas. —Me da un pequeño empujón. Pero su voz suena ansiosa, estresada, incluso me atrevería a decir que llena de remordimientos.

—Vamos allá.

La puerta se cierra a nuestra espalda.

Necesito unos minutos para serenarme, he aceptado el reto y sé que esta situación se aleja mucho de la de mi pasado.

No estoy en la escuela ni hay un grupo de chicos de mi edad fuera del armario de la limpieza, ni tampoco me han encerrado a la fuerza ni hay voces dentro ni estoy en la absoluta oscuridad.

Soy adulta, he entrado por propia voluntad y es parte de un juego.

Si en algún momento me siento mal siempre puedo solicitar que abran la puerta.

—¿Todo bien? —Siento la mano de Dylan cogirme del brazo para hacerme regresar de mis recuerdos—. ¡Tía! ¡Parece que estés a punto de ponerte a gritar histérica! ¿Te da miedo la oscuridad?

—Cuando tenía quince años unos compañeros del instituto me encerraron en la habitación de la limpieza —explico con necesidad de darle voz a mis miedos para exorcizarlos—. Lo habían preparado todo en plan cuarto del terror. Escuchaba voces que salían de unos altavoces, habían llenado el lugar de maniqués que me parecían personas, hasta que los tocaba y descubría su frialdad, tenían una sustancia viscosa recubriendo su cuerpo. También habían instalado un ventilador con ropa colgando que en algunos momentos me rozaba el cuerpo. Estaba aterrada, no podía pensar con claridad y no entendía qué estaba sucediendo. Las voces decían que no iba a salir viva de esa habitación y las creí. Desde entonces me cuesta estar encerrada en sitios oscuros.

Se queda callado unos instantes y escucho su respiración inquieta, con resuellos fuertes y rápidos.

—No tenía ni idea de qué era una *escape room*. —añado—. Pero ahora que estoy aquí no puedo evitar los recuerdos.

—Es un entorno controlado y has de aprender a superar esas mierdas —susurra con un tono lleno de culpabilidad.

No entiendo por qué me habla así ni esa sensación que tengo en la boca del estómago, como si presintiera que está a punto de asestarme un golpe mortal.

—Lo sé. —Espiro con fuerza para dejar atrás la ansiedad—. Mejor empecemos ya.

—Bren. —Me coge la mano y la aprieta. Se acerca a mi oído y me habla bajito, casi en murmullos inaudibles—. Eres una mujer fuerte. Puedes con esto y con mucho más.

Se separa de mí y empieza a concentrarse en las pistas, con patente incomodidad y una ansiedad que me va calando.

Durante los veinte minutos siguientes intento concentrarme únicamente en el juego. Son acertijos físicos intercalados con búsquedas de números y palabras clave para descubrir cómo pasar a la siguiente pista.

Nos enfrentamos a rompecabezas de todo tipo, incluso de los de abrir un candado con una combinación a descubrir.

Dylan apenas me habla de otra cosa fuera del juego. Las miradas y la conexión se han quedado fuera de la habitación, en la calle, alejados.

Sigue comportándose con mucha intranquilidad, sin mostrar para nada esa parte interior

rica en sentimientos que me ha expuesto antes, como si se estuviera preparando para algo que me dolerá. Y no lo entiendo. Me gustaría encontrar una explicación al cambio, porque me molesta más de lo normal y deseo volver a encontrarme con su otra versión, a pesar de conocer demasiado bien sus cambios repentinos de personalidad.

Además, el presentimiento de que me va a destrozar es cada vez más evidente.

—Necesito ir a mear —me dice de repente, y el tono de su voz me eriza la piel. Está lleno de dolor, de arrepentimiento y de una culpabilidad que me estremece—. Sigue con el juego, no tardaré.

Sin esperar respuesta se separa de mí y utiliza el sistema de emergencia que nos han proporcionado para llamar al empleado.

—Pero si has ido al baño antes de entrar —musito mirando cómo se aleja de mí para dirigirse a la puerta que se abre en un recodo de la habitación—. ¿Qué pasa, Dy?

La luz que se cuela por la puerta abierta me muestra su expresión. Es una máscara de sufrimiento tan elocuente que me pongo a temblar.

—Lo siento —susurra antes de cerrar la puerta y dejarme encerrada en la oscuridad.

No tiene demasiada lógica, pero mi cuerpo se convierte en una sucesión de temblores incontrolados.

Hace frío, la temperatura de la habitación baja de forma brusca.

La oscuridad me engulle, se lleva mi serenidad y dispara esos recuerdos de hace años cuando un voz empieza a susurrar.

¿Está en mi cabeza? ¿Es real?

—Esta tarde vas a morir. —Suena tan cercana y lejana a la vez—. No vas a salir con vida de este lugar. Voy a abrirte en canal, a desangrarte, a hacerte gritar de dolor mientras te quito la vida lentamente.

No puede ser.

Me ahogo.

El aire no me llega a los pulmones.

Es como si volviera a estar en ese cuarto de la limpieza escuchando las mismas palabras de entonces.

¿Cómo es posible?

Quizá solo es una broma macabra de mi cerebro. Ha de ser eso.

Me abrazo por la cintura, cierro los ojos y me obligo a espirar con fuerza por la nariz para luego soltar el aire muy lentamente por la boca, intentando encontrar una calma imposible.

Algo me golpea la cara. Es un golpe suave, pero está ahí, no ha sido cosa de mi cerebro.

Un grito se escapa de mi boca cuando esa pieza de ropa vuelve a arremeter contra mí.

Los recuerdos son un cúmulo de puntas de puñal hundidos en mi piel. Me desgarran produciéndome un dolor penetrante y disparando el pánico.

—No eres más que una bastarda. —Hay tres voces con eco, igual que esa vez—. Una niña rara que no se merece nada. Solo la muerte. Una muerte dolorosa, agónica, llena de gritos y dolor.

Me dejo caer al suelo cuando un nuevo trozo de tela se pasea por mi cara.

Es como si volviera a ser esa asustada chiquilla de quince años que solo deseaba escapar, pero esta vez estoy más desorientada. No tengo ni idea de dónde está la puerta ni de cómo aporrearla ni de por qué Dylan me ha encerrado aquí.

Necesito tranquilizarme, es la única forma de salir de esta.

De repente, hay un efecto diferente al de la otra vez. Varias luces parpadean para mostrar imágenes escalofriantes de la habitación. Una pintada con sangre en un espejo, una urna con

cenizas y una presencia.

Sé que debería contenerme, pero mi cabeza ya no razona. Esos *flashes* han disparado mis nervios y la adrenalina se ocupa del resto.

—Por favor, Dy, sácame de aquí —suplico con un llanto ansioso—. Por favor. No me hagas esto.

Me abrazo con fuerza y lloro, incapaz de reprimir mi ataque de pánico.

La oscuridad vuelve a ser penetrante y se introduce por mis venas para circular por ellas como un veneno que inunda mi cuerpo y lo convierte en una sucesión incontrolada de ansiedades.

No hay respuesta a mis súplicas.

Durante lo que me parecen horas solo escucho sonidos procedentes de algún lugar. Pasos acercándose, el roce de una ropa, una risa espeluznante, alguien golpeando con un metal.

Las lágrimas se ocupan de llenarme la cara, mis nervios parecen a punto de desatar un tsunami en mi cuerpo y no puedo detener la aceleración de mi corazón ni los jadeos aterrorizados que me impiden respirar con normalidad.

Sigo quieta, sentada en el suelo, sin encontrar la lucidez.

—Bastarda. Mojigata. —Esos dos susurros me arrancan un grito—. Estoy aquí, a tu lado, a punto para hacerte pasar la peor tarde de tu vida.

Esta parte no la escuché en el pasado, es nueva, igual que el sonido de una puerta abriéndose, los pasos y la sensación de tener de verdad a alguien detrás.

No he visto luz, no pueden haber entrado. Es imposible.

Sin embargo, lo siento, hay alguien detrás de mí.

Como puedo, aguanto la respiración, me coloco una mano en la boca para silenciar los posibles sonidos y soy incapaz de controlar mi imaginación desbordada.

Debería pararme a pensar en lo absurdo de la situación. Debería entender que nadie puede atacarme. Debería saber que esto es una broma de mal gusto.

Debería...

Sin embargo, mis temblores se incrementan y mi pánico alcanza una cota exagerada cuando noto una mano en el hombro derecho.

—No me hagas daño —ruego—. Déjame salir, por favor.

Los siguientes segundos me parecen horas. Nadie contesta, solo una respiración alta y clara, tranquila, pero tan cercana que me hiela la sangre.

Cuando de repente se abren las luces y Faith empieza a reír señalándome con el dedo, me quedo paralizada. No soy capaz de reaccionar. Me falta el aire. No encuentro la capacidad de reiniciar mi sistema. No puedo entenderlo.

Dylan y Quincy entran en la habitación en ese instante, acompañados por un par de trabajadores del lugar. Todos ellos se carcajean de mí sin piedad.

Me fijo un segundo en Dylan. Su sonrisa es fingida y su expresión esconde remordimientos. Pero está ahí, con sus amigos, apoyándolos en lo que me han hecho.

Necesito salir de aquí. Necesito aire, pero mis piernas se han convertido en dos bloques de acero y se niegan a moverse. Tampoco logro emitir palabra alguna. Ni llorar.

Es como si mi cerebro acabara de desconectarse y las risas funcionaran como la punta de un látigo que se introduce por mis oídos y asfixia mi capacidad de reacción.

—¡Menuda broma os habéis marcado! —dice uno de los empleados—. ¡Sois la hostia, tíos!

—La mojigata es la mejor para las novatadas. —Las palabras de Faith me humedecen los ojos devolviéndome a la vida con un dolor intenso—. La muy imbécil se pensaba que lo suyo con

Mac era una cita de verdad

—¿Un tío como Mac con alguien como ella? —Quincy remata la jugada—. ¡Estás de coña!

—Es una crédula de narices —añade Faith—. La muy patética ha vuelto a confiar en él después de tirarla al río. ¡Eso solo pueden hacerlo ese tipo de tías!

—Ahora se pondrá a llorar, fijo. —La última estocada de Quincy es como si un camión acabara de impactar contra mi cuerpo—. Venga, mojigata, demuéstreme lo patética que eres.

El alma se me cae a los pies. Vuelvo a ser la niña acosada en el colegio, a sentirme pequeña, a desear desaparecer.

Lo había superado.

Durante muchos años lo sufrí en silencio y aguanté, pero ver a Dylan formar parte de ellos, aunque no me haya dirigido ninguna de esas palabras hirientes, me destruye el corazón, lo desmigaja, lo convierte en mil pedazos y acaba pulverizándolo.

Escucho cómo cae al suelo, cómo sus trozos se convierten en motas insignificantes y cómo un dolor desgarrador se precipita por mi pecho.

No quiero llorar y darles esa satisfacción. Necesito mantener como mínimo esa parte de mi dignidad intacta.

Con un esfuerzo inmenso, controlo las lágrimas mientras siento cómo mi sistema interno se reinicia despacio.

Ahora siento una rabia infinita despertar mi capacidad de reacción. Es una furia que me llena de una forma imparable.

—Estaba claro —suelto mirando a Dylan con ira—. Un egocéntrico como tú no tiene escrúpulos y solo busca destrozar a los demás. Pero conmigo lo tienes claro, Dylan. —Le llamo por su nombre completo para hacerle daño. Quiero destrozarle la sonrisa de un golpe, hacerle sufrir. Él deja de reír y su mirada se vela con culpabilidad y arrepentimiento, como si no pudiera lidiar con el grado de maldad que acaba de demostrar—. Quizá has conseguido hacerme sentir pánico rememorando una parte de mi pasado. Lo he pasado mal, felicidades. Pero se necesita mucho más para destrozarme. —Al pasar junto a él, bajo la voz para susurrarle al oído—. Yo no soy como tú, no uso la información de la gente para clavarle un puñal por la espalda.

No me quedo para escuchar su réplica, ni siquiera me importa. Camino con rapidez hacia la puerta abierta, la traspaso y una vez consigo dejar atrás la recepción y salir a la calle, empiezo a correr sin rumbo.

Las lágrimas ahora manan sin tregua.

Duele. Es como si me estrujaran el corazón con un puño y no lo soltaran.

Mi raciocinio repasa lo sucedido, dándose cuenta de cómo han podido preparar esta macabra broma. Recuerdo la existencia de un vídeo desde fuera del cuarto de la limpieza donde mis compañeros explicaban sus actos. Lo colgaron en YouTube sin dar mi nombre, pero supongo que un poco de investigación los ha llevado hasta mí.

¿Qué clase de gente hace eso? ¿Cómo han podido descubrirlo? ¿Qué buscaban?

Supongo que solo era una forma de pasarlo bien a costa de mi pasado.

Han debido investigarme, encontrar ese vídeo, descubrir cómo mis antiguos compañeros me hicieron pasar un calvario que me dejó secuelas en forma de pesadillas durante mucho tiempo. Quizá incluso hayan hablado con el cabecilla. Todo para gastarme una novatada y buscar la risa fácil.

Me he dejado engañar por Dylan, otra vez.

He sido estúpida, en eso Faith tiene razón.

Pero se acabó, no voy a volver a confiar en él, buscaré la forma de echarlo de mi vida para

siempre.

Lo peor es pararme a aceptar el por qué lo he hecho, qué razón tan poderosa me ha llevado a volver a salir con él a pesar de su forma de tratarme.

Es algo demasiado fuera de la lógica, pero es la realidad, una a la que debo hacer frente para vencerla, como he superado todos los escollos de mi vida. Porque, a pesar de sentirme atraída por él, no voy a seguir ahondando en esa atracción.

Me detengo al llegar junto al río.

Estoy más calmada.

Los años no han pasado en balde y ya no soy esa chiquilla asustada. He crecido, me he mantenido fuerte estos últimos años, he seguido mis sueños y ahora no les voy a permitir a esos tres amargarme la experiencia de haber llegado hasta aquí.

Durante unos minutos me dedico a mirar el agua, a dejar atrás el suceso, a aplacar el miedo y los deseos de llorar y a obligarme a no pensar en la mirada de Dylan, en nuestros momentos juntos, en la comida, en la posibilidad de explorar alguna vez esa chispa que nos conecta.

Él no es para mí. Solo busca reírse a mi costa y no es una persona honesta. Aunque mientras me contaba lo de su hermano o me hablaba de su ciudad lo he sentido cercano, como si me estuviera mostrando su verdadero yo.

Empiezo a andar cuando me he calmado lo suficiente. Hay un trecho hasta el MIT, pero me va bien el ejercicio para colocar cada pieza en su lugar y rebajar mis sentimientos alterados.

En menos de una hora he de estar en el bar para empezar mi turno, el último de la tarde. Apenas cuento con tiempo para llegar a la residencia, vestirme con el uniforme, limpiarme los rastros del llanto y salir pitando para aparecer cinco minutos antes.

El paso por la habitación me recuerda la compañía indeseada de Dylan.

Por suerte no estaba ahí.

He de pensar cómo cambiar de habitación sin ponerme en riesgo. Ahora que le conozco sé hasta dónde está dispuesto a llegar y me tomo más en serio su amenaza de hackearme. Echarlo a la fuerza contándole la situación a alguien de la universidad podría costarme caro y no quiero salir escaldada, pero compartir mi espacio con él me parece una hazaña dolorosa.

Me gusta. No lo entiendo porque es de persona enferma sentirse atraída por un chico capaz de hacerme sentir pequeña otra vez.

Sin embargo, es lo que siento.

Ahora estoy enfadada con él y siento demasiado en estereo, pero no tengo claro cómo reaccionaré al rebajar la ira ni si seré tan tonta para dejarme engatusar otra vez por su cambiante personalidad.

Y debo poner barreras a esa posibilidad porque siempre soy demasiado blanda, suelo perdonar a los demás con facilidad, pero esta vez no puedo dejarme llevar o acabaré destrozada. Lo presiento.

La única solución viable es cambiarme de habitación, he de encontrar la manera de hacerlo sin ponerme en peligro.

Si me alejo de él y de sus amigos recuperaré la libertad y la capacidad de olvido, podré superarle.

Llego a la cafetería justo a tiempo.

Hakiro resulta una compañía perfecta durante las dos horas de trabajo, porque consigue hacerme reír con sus ocurrencias y poco a poco voy superando lo sucedido.

Hay más trabajo que otras veces y me entretengo atendiendo a los clientes con una sonrisa.

Mis años trabajando en el bar del pueblo me han preparado para dejar los problemas en la entrada y no permitir que me afecten mientras trato con el público. Ellos no tienen la culpa de mis contrariedades y merecen un servicio eficiente y agradable.

—¿Te vienes a cenar con unos amigos? —propone Hakiro cuando terminamos—. He de cuadrar la caja antes de cerrar, pero no tardo más de diez minutos.

—Estaría bien —acepto—. Necesito desconectar un poco.

—Vamos a tomar una hamburguesa aquí cerca. —Sonríe—. Pero esto no invalida el plan de mañana. ¿Tu amiga va a venir?

—Lo está deseando.

—¿Qué me dices de hoy?

Asiento con la cabeza arqueando los labios en una sonrisa. La idea es perfecta, me irá bien relacionarme con personas normales sin temer que sus uñas afiladas se me claven en el momento más inesperado. Y cuanto más tarde llegue a la habitación, mejor. No quiero compartir ni un segundo de mi tiempo con él.

—Bien. —Hakiro sonríe—. ¿Te apetece un refresco mientras me esperas?

A esta hora la cafetería cierra y ya no quedan clientes en el local. Ya hemos barrido, ordenado las sillas y limpiado la barra como corresponde. En la cocina se escucha al personal dejándolo todo listo para volver a abrir mañana a primera hora. Suelen ser ellos los últimos en salir, pero Hakiro es el encargado de cerrar y hacer caja, y ha de esperarles.

—Una cola, por favor. —Le dedico una sonrisa—. Es agradable trabajar contigo. He conocido a Beverly y, la verdad, no me gustaría tenerla como compañera.

—¡Es una leona! —Suelta una carcajada—. Flirtea con todos los clientes, le gusta pasarlo bien sin ataduras, y tiene una forma muy peculiar de tratar a los demás. Ve con cuidado con ella, no es trigo limpio, utiliza a la gente en su beneficio.

—Eso me ha parecido. —Le doy un sorbito a la cañita que sobresale de la botella de Coca-Cola que me acaba de servir—. He desayunado con un compañero de residencia y no le ha importado, le ha tirado la caña de forma descarada.

—¿Era tu novio o algo así? —Siento su decepción en la voz.

—Para nada. —Niego con la cabeza—. Pero da igual. Hay reglas no escritas en esos casos. ¿Y si llego a tener algo con él?

—Ya... —No me pasa desapercibido su suspiro de alivio—. Ella es así. Le da igual a quién pisa para conseguir su objetivo. Y si ese chico lo es, puedes contar con que tarde o temprano lo tendrá en su cama.

Me duele esa última afirmación.

¿Por qué no me puede gustar alguien como Hakiro? Sería mil veces más sencillo para mí. Está claro que yo le intereso y me encantaría corresponderle y acabar esta noche con una cita para los próximos días con él, pero no siento nada al hablar con él, tan solo la posibilidad de convertirnos en amigos.

Imaginarme a Dylan en brazos de Beverly me molesta. Y después de su última actuación debería odiarlo con todas mis fuerzas. En realidad sería normal que no me importaran en lo más mínimo sus actos. Lo habitual en estos casos sería guardarle rencor. Sin embargo, a pesar de mi enfado monumental, sigo recordando nuestras confidencias y los momentos agradables.

—Supongo que es difícil cambiar a las personas —sentencio con mi pensamiento enredado en demasiadas cosas absurdas—. Mi madre siempre lo dice. Cuando conoces a alguien no puedes avanzar en una relación pensando que lograrás darle una vuelta a su personalidad. Nadie lo consigue del todo y en el peor momento sale a la superficie haciéndote añicos. —Compongo una

sonrisa nostálgica—. Es mejor aceptar cuanto antes cómo es o dejarle para no sufrir más de la cuenta.

—¿Malos recuerdos de un ex? —pregunta levantando la mirada de la caja registradora un momento.

—Para nada. Solo era un reflexión en voz alta. —Le doy un nuevo sorbo a la bebida y suspiro—. He tenido una tarde bastante difícil, eso es todo.

—Esta noche lo arreglamos, seguro. —Me guiña un ojo—. Nos lo pasaremos bien. Y después, si te apetece, nos vamos a bailar.

—¡Me encantaría! Adoro cantar y bailar, aunque hasta ahora solo lo he hecho en mi casa o frente a la tele con la Wii y el juego de baile.

—Eso lo tenemos que remediar. Esta noche vamos a quemar la discoteca.

—Estoy dispuesta a ser la reina de la pista.

No tardamos demasiado en salir de la cafetería para encontrarnos con sus amigos en una hamburguesería cercana al campus. Es un local sencillo, pero decorado con mucho gusto. Es acogedor, con paredes en colores pastel y mobiliario de madera clara muy cómodo.

Los amigos de Hakiro resultan divertidos y bastante frikis. Después de unos minutos hablando con ellos confieso mis frikadas porque no me da vergüenza para nada. Mi forma obsesiva de ver capítulos de *The Royals* o de comentar las series con las chicas no es nada al lado de sus manías con el ordenador o de sus maratones jugando en la red.

Son todos cerebritos informáticos y se complementan bien con Hakiro porque hablan el mismo idioma tecnológico.

Hay instantes de la conversación en los que me pierdo. Hablan de hackeos, códigos y no sé qué de la deep web. Sé lo que es la red oscura, incluso imagino hasta dónde llega ahí la perversión; sin embargo, escucharlos a ellos intercambiando información para acceder a algunas páginas y reuniendo códigos para ayudar de forma anónima a la policía, me alucina.

Son buena gente, de esa que no abunda en la universidad.

Después de una cena informal vamos a una discoteca, tal como me había prometido Hakiro.

Es mi primera vez. En Estados Unidos estoy quemando cartuchos a la velocidad de la luz y las primeras veces empiezan a llenar mis dedos de la mano. Cenar con amigos, salir con el guapo de la universidad, ir a una discoteca, subir en un monopatín, emborracharme, comer un auténtico perrito caliente americano...

Los recuerdos de la tarde se difuminan entre la ilusión de pasar un rato entre amigos, de esos que nunca he tenido. Y se mitiga mi enfado, mi dolor, mi sufrimiento...

Bailo como una posea al ritmo de una música muy buena y variada, sin dejar de cantar las canciones a viva voz. Una de las chicas del grupo de Hakiro me acompaña sin dejar de reír y de pasarlo bien y es la primera vez que me siento a gusto entre gente de mi edad porque no me juzgan ni me hacen sentir fuera de lugar.

Es una sensación tan plena, tan llena de vida, tan vibrante.

No dejo de sonreír, de aprovechar cada instante y de exprimir el jugo de esta emocionante experiencia que deseo repetir más a menudo.

Ojalá la noche no acabara nunca y no tuviera que regresar nunca a esa habitación.

Capítulo 18

Dylan

Son cerca de las dos de la noche y estoy hasta los huevos de sentirme al borde del colapso nervioso. ¿Dónde narices se ha metido la mojigata? No es normal en ella llegar tan tarde y me estoy empezando a cabrear.

No me coge el móvil ni parece dispuesta a dar señales de vida y no dejo de preguntarme si está bien, si le ha pasado algo o si solo me está castigando por ser tan capullo.

La broma de la *escape room* ha sido demasiado para ella. Lo he sentido cuando la he visto a punto de gritar. Estaba tan al límite de su resistencia que un poco más y me lanzo a detenerlo todo a pesar de las consecuencias.

Ella, que siempre parece controlar las situaciones, se ha venido abajo.

Me ha destrozado descubrir el pánico real en sus ojos, ese dolor y ese miedo a revivir los peores momentos de su vida.

Y me he sentido un mierda.

Si no se hubiera largado corriendo ahora no estaría aquí fuera de la residencia, sentado en los escalones, esperándola como un jodido niño.

Habría hablado con ella, la habría convencido de que solo ha sido una broma y de que volviera a confiar en mí.

¿Qué hago yo preocupándome por mi víctima e intentado excusarme?

Debería ir en busca de una tía o dos para follármelas hasta quedarme seco en vez de estar en la calle con esta ansiedad.

Tengo la hostia de trabajo atrasado del proyecto. Lo más sensato sería aprovechar mi insomnio para ir al despacho de la uni a adelantar.

Si no tuviera a Brenda en la cabeza lo haría, pero la muy cabrona se ha adueñado de mi mente.

Al cerrar los ojos la recuerdo al salir de la *escape room*, un segundo antes de empezar a correr para apartarse de mí, y me duele un huevo cuando evoco sus palabras susurradas en mi oído y me percató de su significado.

Conoce una parte importante de mi pasado y, aunque solo tenga una pincelada, si la hubiera compartido con los demás me hubiera jodido, pero no lo ha hecho.

Es una tía legal, no una capulla como yo.

Me siento un cabrón sin sentimientos por hacérselo pasar mal.

Es la primera vez en mi vida que me siento así. Suelo estar muy seguro de mí mismo y de todas y cada una de mis acciones. En cambio, con Brenda me siento sucio, como si me hubiera convertido en una persona despreciable.

La veo llegar caminando hacia la residencia y se me acelera el corazón.

Parece cansada.

—¡Ya era hora! —suelto levantándome y caminando hacia ella—. ¿Dónde has estado hasta ahora?

—¿Y a ti qué te importa?

—Contesta. —Me quedo a pocos centímetros de ella.

—¿Eres mi padre? ¿O mi novio y no me he enterado? —Hace ver que piensa un segundo y sacude la cabeza antes de rematar—. No, solo eres un egocéntrico incapaz de pensar en los demás, así que no tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida.

Me rodea para avanzar hacia la puerta de la residencia sin dignarse a mirarme de nuevo.

—¡Estaba la hostia de preocupado por ti! —Corro para colocarme delante de ella y bloquearle el paso.

Necesito saber dónde ha estado, si se encuentra bien, si me perdona, si...

¡Joder!

¡Me estoy volviendo loco! Es como si mis circuitos neuronales no fueran capaces de dejar de taladrarme con una necesidad extrema de volver a verla sonreír, de disculparme por lo que estoy haciéndole y de buscar una salida a la mierda de situación en la que estamos.

—¿En serio? —Levanta las cejas a modo de interrogación—. Parecías pasártelo muy bien a mi costa la última vez que te he visto.

Tiene razón. No deberíamos jugar así con la gente, pero hasta ahora jamás me había preocupado la reacción de mis víctimas y sus sentimientos me la traían floja.

¿Por qué con ella es distinto?

—¡Solo era una broma! —Intento frivolar, aunque la voz no parece demasiado convencida— No deberías tomártelo tan a pecho...

—¡Claro! ¡Tú solo buscabas reírte de mí con tus amigos! Y parece que hacerme revivir uno de los episodios más duros de mi vida no debería dolerme. —Suelta un suspiro exasperado—. Pues ya te has divertido suficiente por hoy, ahora déjame en paz, quiero irme a dormir.

—Ya no eres sarcástica.

Al decirlo siento cómo me duele descubrirlo, porque el sarcasmo no escondía ese dolor de su mirada ni la decepción que noto en su forma de hablarme.

—No te mereces ni eso —susurra sin mirarme.

—Corta el rollo, mojigata. —El cabreo habla por mí porque no soporto esa réplica ni lo que significa, y me defiendo como puedo, con rabia, atacándola—. ¡Eres la hostia de dramática! ¡Joder, tía! ¡Que solo te hemos gastado una broma!

Niega con la cabeza y vuelve a rodearme para seguir andado hacia la puerta de la residencia con una tristeza que me llega hasta el corazón, joder.

Me doy la vuelta con rapidez y la agarro del brazo para tirar de ella hasta colocarla a pocos centímetros de mi cuerpo.

No quiero hablar con ella dentro, necesito aclarar las cosas aquí fuera, ahora.

—¡Suéltame! —grita con rabia—. ¡Déjame en paz de una vez! ¿No has tenido bastante con arruinarme la tarde? ¿Con fastidiarme hasta el último segundo desde que llegué? ¿Con hacerme daño gratuito? ¡Confiaba en ti!

—¡Eh, tía! ¡Cálmate, joder!

—¡Estaría perfectamente si dejaras de molestarme! —Me espeta con rabia—. ¿Puedes soltarme ya? Estoy cansada, me he pasado la noche bailando en una discoteca por primera vez en mi vida y tengo cero ganas de aguantarte.

Me duelen la hostia sus palabras, su expresión, su forma de quebrarse por primera vez, como si hubiera superado su jodido límite.

—¿A quién has decidido regalarle esa primera vez? —Le acaricio un mechón acercándome mucho a ella, con la ira burbujeando en mi cuerpo, como si quisiera llenarme con un veneno

desconocido hasta ahora. ¿Celos? ¿En serio?—. Yo debía ser tu Cicerón, ¿recuerdas?

Me quita la mano de una guantada.

—¡Pues me he buscado a otro para ese papel! ¡Supéralo!

—¡Traqui, tía! ¡Estás que muerdes!

Mueve las pupilas hasta quedarse mirándome con esos increíbles ojazos que me magnetizan, sin dejar de taladrarme con la mirada.

—Creía que eras diferente. —Niega con la cabeza y sus ojos se humedecen—. He sido una estúpida.

Esa última afirmación me abofetea con dureza.

Y, de repente, me doy cuenta de algo la hostia de jodido. No quiero ser un cabrón a sus ojos. Necesito demostrarle que no soy ese tío. No puedo soportar su dolor, esa forma de mirarme, esa angustiada sensación de que la he herido más de lo necesario.

La acerco todavía más a mi cuerpo, la rodeo con mis brazos y la mantengo muy pegada a mí. Nuestros pechos están tan cerca que casi siento el suyo sobre el mío.

Inclino un poco la cabeza hasta casi rozarla con mis labios, enfrentándola, saboreando su aliento que me acaricia.

La deseo como no he deseado a otra en mi vida.

Mi respiración se acelera, el corazón parece un tambor retumbando en el silencio a toda potencia y mi polla ya está empalmada, preparada para entrar en acción.

Pasamos unos segundos quietos.

Es como si la calle hubiera desaparecido, como si estuviéramos suspendidos en la nada, como si solo me asiera su mirada, sus labios, su calor.

Ella tiembla y su expresión está cargada de dolor, pero no se mueve.

Avanzo la cabeza muy despacio. Mis ojos bajan hasta sus labios para encenderse más todavía. Ella se los humedece con la lengua y los entreabre.

No resisto un segundo más sin tocarlos con mi boca. La poso en la suya con mucha delicadeza y un fulgor chisporrotea en mi cuerpo. Resuello con gemidos necesitados. Nunca en mi vida había sentido tal grado de deseo y solo estoy apoyando mis labios en los suyos.

La bofetada me coge desprevenido. Es un golpe seco en la mejilla que empieza a palpitarme, un jodido dolor repentino que aumenta la sensación de frialdad cuando me doy cuenta de que Brenda acaba de apartarse de mí asestándome un bofetón de la hostia.

Veo cómo las lágrimas descienden por sus mejillas sin detenerse y su rictus contraído, lleno de heridas, como si estuviera enfadada con ella misma por dejarme llegar tan lejos.

—¡Serás cabrón! —Vuelve a golpearme, esta vez en el pecho, con las dos palmas abiertas para intentar separarse completamente de mí—. ¡No puedes destrozarme por la tarde e intentar besarme por la noche! ¿Qué buscas esta vez? ¿Desvirgarme para ganar una apuesta? ¿O hacer que me enamore de ti para dejarme tirada a la semana?

—Tienes una imagen muy jodida de mí. No soy tan hijo de puta.

—¿En serio? —Suelta una carcajada sarcástica enjugándose las lágrimas con la manga del jersey—. ¿De verdad te crees que no eres un capullo arrogante? ¿Que todo esto es un juego? —Contrae los músculos de la cara con un cabreo del quince—. ¡No puedes jugar así con las personas, Dy! ¡Tenemos sentimientos! ¿Lo pillas?

—¡Tía! ¡Vamos! ¡No hay para tanto!

Pero sí lo hay y lo sé, tengo la hostia de claro que la he jodido y no entiendo una mierda de por qué me siento tan destrozado.

—¿Quieres soltarme de una vez? —Espira en un soplido crispado—. Estoy muy cansada,

necesito dormir y no me apetece aguantarte ni un segundo más. Pensaba que eras otra clase de persona y que podíamos ser algo, pero no te lo mereces, Dy. No te mereces nada.

—¡Solo ha sido un intento de beso! —Subo el tono—. ¡Cualquiera diría que he intentado llevarte a la cama!

—¿Vas caliente? —inquire con rabia—. ¿Quieres el teléfono de Beverly? Podrías pasar la noche en su cama, la harías feliz y así me dejarías en paz.

—No quiero dejarte en paz. —La estrecho más hacia mí—. Ni tirarme a Beverly o a cualquier otra tía.

Solo quiero estar contigo...

¿En serio acabo de decirle eso? ¿De pensar en ella como mi compañera de cama? ¿De desearla?

—Pues tú verás cómo bajas el calentón o lo que sea que te pase por la cabeza, porque tú y yo nos vamos a limitar a monosílabos a partir de ahora. —Me da un golpe en el brazo moviéndose con brusquedad—. Hola, adiós y que te den.

—Vamos, cariño, no seas tan antipática. —No hago ademán de aflojar mi agarre.

—¿Antipática? —grita mirándome con furia—. ¿Cómo te atreves? ¡Podría haberte destrozado delante de tus amigos y no lo he hecho! ¡Ellos no saben nada de lo que me has contado sobre tu vida! Yo sí, pero me he callado porque no soy como tú ni jamás me convertiré en una capulla sin sentimientos que disfruta destrozando a los demás. —Levanta el índice y me lo clava en el pecho—. ¿Cuántas veces lo habéis hecho tus amigos y tú? ¿A cuántas chicas antes de mí? —Abro la boca para contestar, pero no me deja—. ¡Deberías sentirte mal por ellas! ¡Y por mí! Nadie se merece ese tipo de comportamiento. ¡Nadie! Y ahora, suéltame y olvídate de mí.

—¡No! —Lanzo un soplido—. ¡Nos lo pasamos la hostia de bien con las mojigatas tontas! La mayoría se ponen a llorar a la primera de cambio y son un espectáculo, pero contigo es diferente. —Bajo la voz a casi un murmullo—. Demasiado diferente...

—¡Eres la peor persona que se ha cruzado en mi vida! —Sus ojos se llenan de rabia, aunque intenta aguantar las nuevas lágrimas para no derrumbarse frente a mí—. Te he contado lo que me pasó y tú ya lo sabías. ¿Puedes imaginarte cómo me he sentido cuando te has largado para encerrarme? ¿O cuándo he escuchado las voces? ¡Me aterra recordar lo que me pasó! Fue una de las peores experiencias de mi vida. ¿Y te atreves a imaginar que te perdonaré después de usarlo en mi contra? —Niega con la cabeza—. No deberías jugar así con los sentimientos ajenos. Hacerlo te convierte en un monstruo. A ti y a tus amigos. ¡Fuisteis capaces de investigarme para ser crueles conmigo!

Puedo sentir su dolor, su cabreo y la profundidad de sus palabras. Y es la hostia porque me desgarran el alma. Duele que te cagas ver sus ojos colmados de tristeza, de decepción, de angustia y de ira, y me atraviesa el corazón partiéndolo en mil pedazos.

—No te conocía cuando investigué tu pasado —susurro intentando recuperar el aplomo y quitarme de encima este dolor que no comprendo—. Descubrí ese vídeo por casualidad y supe que eras tú. Y solo quería gastarte una broma, Bren. Solo era eso, una broma.

—¡Yo lo llamo de otra manera!

Las primeras lágrimas recorren sus mejillas a pesar de sus intentos por retenerlas.

—¡No te pongas así!

—¿Puedes, por favor, dejarme en paz de una vez? —Se le quiebra la voz—. Me gustaría irme a dormir y olvidarme de tu existencia. Buscad a otra a quien atormentar, yo ya no puedo más.

Su forma de hablar me desarma, porque me duele tanto como a ella.

—Lo siento —susurro muy bajo, aflojando la sujeción.

Ella baja los brazos y la cabeza para caminar hacia la puerta.

Me siento en las escaleras, derrotado, y me quedo ahí más de una hora, dándome cuenta de que Brenda significa demasiado para mí.

Cuando entro en la habitación está tendida en su cama, girada hacia la pared, con el cuerpo encogido y una respiración alterada.

Me meto en la mía con una alteración del veinte.

¿Por qué ha de dolerme así? ¿Por qué tengo sentimientos hacia ella?

El domingo no sé nada de Brenda. Cuando me levanto su cama está hecha y no hay rastro de ella en la habitación ni por las cercanías del campus.

Paso la mañana adelantando trabajo, pero no logro concentrarme. Acabo levantándome, enviando a la mierda el jodido ordenador y saliendo a dar una vuelta por los alrededores.

He quedado con Faith y Quincy para comer en la cafetería. Llego tarde, sin demasiadas ganas de hablar con ellos ni de compartir un rato de amigos.

No sé qué me pasa, la verdad.

Brenda es muy diferente a otras tías y no tiene para nada las mismas reacciones de las mojigatas con las que solemos jugar. Anoche me jodió la hostia verla con esa expresión de dolor mientras me echaba en cara lo sucedido y no dejo de darle vueltas a por qué me afecta.

¡Le pedí perdón!

Pido una hamburguesa con mucho de todo y unas patatas fritas, y lo acompaño de una birra.

—Quizá hemos ido demasiado lejos con Brenda —digo de forma despreocupada, aunque estoy temblando por dentro. Si Faith se huele mis reticencias podría destrozar a Brenda sin que yo pudiera evitarlo—. Ayer por la noche parecía jodida de verdad.

—¿Desde cuándo te preocupa una pringada? —La reprimenda de Faith está llena de maldad—. Estás perdiendo el foco, Mac. Esa tía no se merece ni un ápice de tu compasión. ¡Eres el puto amo a la hora de cabrearlas!

—¡La cara de pánico de Brenda en la *escape room* fue cojonuda! —se carcajea Quincy—. ¡Flipo con la pava! Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios de los gordos.

Sus risas me atraviesan como si fueran puntas de puñal. Me jode un huevo que hablen así de ella, pero no puedo expresarlo en voz alta si no quiero despertar el lado sádico de Faith, así que me limito a comer mientras los escucho trazar nuevos planes.

Por primera vez desde que les conozco me planteo las repercusiones de nuestras ideas en las víctimas, pero no tengo demasiadas salidas para exponer mis recelos.

Mi vida es una mierda desde que ella apareció en la habitación. ¿Por qué no podía limitarse a llorar como cualquier otra en vez de plantarme cara?

Me despido de ellos media hora después, tras pagar la cuenta. Tienen prevista una tarde romántica sin salir de la habitación y yo necesito una larga sesión en el gimnasio para no perder el tono muscular y conseguir rebajar algo mi ansiedad.

Durante las dos horas siguientes realizo los ejercicios con los auriculares aportándome la música necesaria para distanciarme al máximo de la realidad. Con Brenda, mi cuerpo parece un jodido volcán sin control, pues se calienta, lanza lava y arde de una forma desesperada.

Sus labios son una tentación. Me pregunto cómo sabrán, cómo me sentiría si hundiera mi lengua en ellos, y no puedo evitar recordar sus pechos, su cuerpo, su mirada.

¡Me estoy volviendo loco! ¡Y no puedo controlarlo!

Bajo la ducha lucho como puedo contra esos extraños sentimientos. Brenda no puede

atraerme, es una locura de las que pasan factura.

Pero una vocecita interior me advierte de que es mucho más, no solo me atrae.

Decido darme una vuelta por un bar de copas para follarme a alguna tía dispuesta a hacerme olvidar, pero solo me quedo media hora porque ninguna me parece a la altura y no dejo de preguntarme si Brenda habrá llegado a la habitación, si me habré perdido otra de sus primeras veces, si está con otro tío, si piensa en mí.

No hay rastro de ella cuando llego a la habitación.

Intento distraerme con el ordenador, pero mis ojos parecen unos psicópatas que no dejan de mirar una y otra vez a la puerta con creciente ansiedad.

¿Dónde narices se ha metido?

Entro en su móvil gracias a mi pericia y uso los sistemas de geolocalización para ubicarla en una sala de cine de Boston.

Mi vena curiosa, para llamarla de una manera serena, se desboca. Me meto en sus mensajes con la necesidad absoluta de descubrir algo acerca de su paradero.

Hay varios de un tal Hakiro, su jefe en la cafetería, un tío de mi curso que es un auténtico genio de la informática y que, junto a mí, es uno de los más prometedores de nuestra promoción.

Han quedado para ir a tomar algo con los amigos y después ir al cine todos juntos.

El tío parece coladito por Brenda. Su forma de ligar por texto es patética. No puedo entender cómo ella ha caído en esa trampa.

Me enciendo al imaginarla en una sala oscura con él, aunque no estén solos.

Debería calmarme.

¿Cómo puede afectarme la vida de la mojigata o con quien se bese?

Pero me paso la siguiente hora mirando de forma compulsiva la puerta y rastreando sus mensajes para saber algo más de ella y Hakiro.

Cuando al final abre la puerta me saluda con un escueto *hola* y me ignora mientras se pone el pijama escondida detrás del armario.

—¡Mañana tienes clase! —le espeto enfadado por su forma de actuar—. No deberías llegar a estas horas.

—¡Qué fuerte! —ironiza—. ¡En la habitación hay una extensión de mi madre y no me había enterado! Ay, no, espera, si mi madre jamás se preocuparía así por mi hora de llegada. —Sale de detrás del armario y me lanza una mirada sarcástica—. Dy, creo que lo has entendido todo al revés. Es ella la que suele llegar tarde y yo quien la controla.

—¿Sigues enfadada?

—Enfadada no es la palabra. —Se acerca al espejo que hay en una de las puertas del armario con una toallita húmeda para retirarse el maquillaje de la cara—. Decepcionada, triste y frustrada por compartir la habitación con un capullo lo define mejor.

—No podemos seguir así.

—¡Genial! —Camina hacia su cama para meterse dentro—. Por fin estamos de acuerdo en algo. ¿Cuándo te mudas?

—El miércoles es el Día de la Independencia. Es algo muy típico de Estados Unidos. Hacen desfiles, fiestas, fuegos artificiales...

—Sé lo que es el cuatro de julio. —Me corta apagando su lamparita—. No soy una ignorante. Ahora suelta de una vez lo que quieras decirme y déjame dormir. Mañana hay clase.

—Pasa el día conmigo —propongo—. Desfile, comida en algún sitio que te apetezca, pasear por la tarde por la ciudad e ir pronto a la Charles River Esplanade para coger los mejores sitios. La pirotecnia y el espectáculo te van a flipar.

Suelta un par de carcajadas dándose la vuelta hacia la pared.

—Muy bueno, en serio —dice sin dejar de reír—. ¿Cuál es el plan esta vez? ¿Tirarme al río? —Chasquea la lengua—. ¡Ay, no, espera, eso ya lo has hecho! Deberías ser más creativo.

—Ven conmigo el cuatro de julio, pasemos el día juntos y verás que no soy tan hijo de perra como imaginas.

Suelto un suspiro cabreado conmigo mismo por comportarme como un auténtico pringado.

—¿Dónde ha quedado el noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de la población femenina que te adora? —No se gira y me mosquea porque me gustaría ver su cara—. Porque si tu teoría es cierta, y para mí todavía está sin demostrar, puedes chasquear los dedos y encontrar a la perfecta compañera para el miércoles. Yo no tengo ninguna intención de volver a tener nada contigo.

Suelta una espiración profunda y se arrebujá con la funda nórdica hasta respirar cada vez de una forma más acompasada, rechazando mi intención de continuar la conversación.

Tardo la hostia en coger el sueño. Necesito convencerla de mis intenciones honradas el miércoles, llevarla conmigo y cambiar su forma de tratarme. No me gusta esta frialdad ni su sarcasmo, como tampoco que me ignore.

Por la mañana del lunes su cama vuelve a estar vacía.

Me molesta su forma de evitarme. ¿Por qué lo hace? No hay para tanto, solo le hemos gastado un par de bromas pesadas. ¿Y qué? Podemos trabajar ese enfado de mierda que muestra por algo insignificante.

Pero no se me borra su mirada del sábado, y en el fondo comprendo sin dificultad la profundidad de sus recuerdos cuando la metimos allí y su falta de confianza en mí, aunque jamás lo admitiré en voz alta.

Me levanto de la cama y me doy prisa para llegar a la hora pactada. Es la hostia de difícil ganar puntos en la universidad y a mí me flipa que te cagas la idea de graduarme entre los mejores. Mi futuro en el mundo laboral va a ser cojonudo y nada lo estropeará.

Las horas pasan con rapidez, pero no me la quito de la cabeza. A cada minuto pienso en cómo recuperar una parte de nuestra armonía, en volver a ver esa sonrisa genuina, en hablar con ella sin ocultarle mi pasado, en tenerla cerca...

No tengo ni idea de por qué me siento así, pero estoy que echo fuego por la boca.

Paso un par de horas entrenando en el gimnasio con Quincy por la tarde para quemar el máximo de adrenalina posible. La muy cabrona sigue apareciéndose en mis pensamientos y por mucho que me machaco no logro dejar de preguntarme dónde está y cuándo la veré.

Salgo con tiempo para pasar por la cafetería en su turno.

Necesito un chute de ella.

¿Se sostiene por algún lado ese pensamiento?

Hace diez días no tenía ni idea de cómo Brenda iba a impactarme. Ahora estoy jodido porque no dejo de imaginarla desnuda entre mis brazos, de desearla, de sentirme atraído por ella.

¿Cómo puede gustarme?

Arrugo los labios en un claro gesto de asco mientras camino hacia la cafetería sintiéndome una mierda. ¿A quién se le ocurre colgarse de una pringada? ¿Por qué he discutido este mediodía con Faith por ella?

Mi cabeza no carbura bien, queda claro.

Capítulo 19

Brenda

El sonido de mi risa retumba por la barra mientras preparo un café como Dios manda con la máquina exprés, aunque los de esta en concreto no son ni por asomo los mejores de la zona. Hakiro tiene la habilidad de despertar mis carcajadas con sus comentarios graciosos y me siento bien a su lado.

Ayer en el cine nos lo pasamos genial, me gustan sus amigos, son algo rarillos, pero agradables. Y Mandy encajó a las mil maravillas.

Es lo que necesito, sumergirme en un ambiente distendido y tranquilo, congeniar con alguien como Mandy, olvidarme de una vez por todas de la existencia de mi compañero de habitación y no darle más vueltas a las sensaciones que me invaden al estar a su lado.

Me convendría no relegar al pasado lo que me hizo y seguir cabreada con él, odiarle, no pensar demasiado a menudo en sus ojos, en esas risas que compartimos durante nuestras dos salidas, en sus músculos, esos que veo cada mañana al levantarme de forma sigilosa para no despertarlo, en sus ojos brillantes y llenos de luz...

Estoy a punto de soltar una retahíla de tacos mentales. ¿Por qué narices sigo pensando en él? Mi corazón anda despistado y va por libre porque parece decidido a fijarse en un indeseable capaz de gastarme bromas pesadas y de hacerme daño con ellas.

Solo hace diez días que estoy aquí y hay mil razones para estar contenta.

He conocido a mi padre en las clases, estoy haciendo nuevos amigos y viviendo una experiencia maravillosa. Debería estar rebosante de felicidad y no colgada de un capullo que me ha hecho daño demasiadas veces en tan poco tiempo.

En mis sueños románticos suelo fijarme en alguien encantador, cariñoso, lleno de ternura. Un chico bueno y que me trate bien. Alguien como Hakiro.

Aunque en las pelis y en los libros las protagonistas siempre se enamoran de los chulos que esconden un corazón. Y sé a ciencia cierta que tras esa coraza de Dy se oculta un chico sensible, con traumas, muchos más sentimientos de los que deja asomar a su personalidad fingida y capacidad para amar y arrepentirse de sus actos.

Pero voy a luchar contra esta atracción absurda y devastadora, conseguir fijarme en otro y cortar de raíz esta conexión tan fuera de lugar. Total, solo me gusta y apenas le conozco. Y soy una fiel defensora de la inexistencia de lo que erróneamente llaman *instant love*. Lo confunden demasiado con la atracción cristalizada al cabo de un tiempo en un enamoramiento sincero.

Y la atracción se puede aniquilar antes de que evolucione en algo más.

Y, además, odio las relaciones tóxicas.

Ayer estuve muchas horas hablando con Mandy y acabé confesándoselo todo. No sé qué me pasa con ella, pero no me cuesta explicarle mis cosas, es incluso un alivio en algunas ocasiones. Sus consejos suelen ser parecidos a mi forma de pensar y, como es una chica más experimentada que yo, me ayuda a veces a ver la otra parte de la historia.

Termino de preparar el café, me doy la vuelta y le llevo la taza a la chica de una mesa con mi eficiencia natural.

Sonríó a Hakiro al pasar por su lado y él contesta a mi gesto con una expresión centelleante.

¿Por qué no puedes enamorarte de él?, le susurro a mi corazón.

—Esta noche te invito a cenar los dos solos —propone—. Podríamos comprar algo hecho y sentarnos en el césped a ver las estrellas. Es un espectáculo alucinante, te encantará.

—Estoy súper cansada —rechazo su proposición con una risa al descubrir la reverencia recargada que me dedica. No puedo darle falsas esperanzas, yo no soy así—. Necesito dormir del tirón para estar fresca mañana. Otro día, ¿vale? Me encantará ver contigo las estrellas.

—Lo anoto como pendiente. —Sonríe un poco decepcionado—. Ayer lo pasé increíble y no voy a dejar escapar la oportunidad de salir contigo. —Se acerca para hablarme más bajito—. Tengamos una cita.

Es muy directo y eso me gusta de él. No es una persona que habla con subterfugios ni se anda por las ramas. Lo poco que le he tratado me ha demostrado su predisposición a encarar los hechos tal cual son y los siente.

Le gusto, queda claro, y solo intenta avanzar porque ayer le permití cogerme de la mano en el cine y acompañarme hasta la puerta de mi habitación.

Ojalá sintiera algo más que una incipiente amistad por él, pero no es así. Al estar a su lado no siento palpitaciones ni respiraciones agitadas ni cosquillas en el vientre. Solo estoy en paz, feliz y con deseos de hablar con él sin ninguna pretensión romántica.

Se merece mi misma sinceridad, así que me preparo para volver a contestarle de una forma lo más indolora posible cuando la puerta se abre y las palabras se secan en mi garganta.

Dylan.

Se le ve seguro de sí mismo mientras camina hacia mí sin apartar sus ojos de los míos con una de esas miradas que se convierten en un imán para mis ojos.

Arquea los labios hacia arriba en una sonrisa y juro que mi corazón se dispara como si acabara de enchufarlo a la corriente para subir su voltaje. Sin embargo, lucho con todas mis fuerzas para romper el contacto visual y caminar hacia la mesa de la chica para servirle el *expresso* sin leche y sin azúcar, sorteando a Hakiro como puedo.

Dylan avanza siguiéndome y ocupa un asiento al lado de mi clienta.

—Esto es un café de verdad —dice la chica al recibirlo—. No esos largos y aguados.

—Tía, podrías intercambiarte con Bren y lo bordarías. —La voz de Dy se escucha clara desde su posición, a escasos centímetros de nosotros—. Pensaba que las adoradoras del café solo eran escasas, pero me flipa descubrir a otra.

—Es el mejor —dice ella en un susurro sensual—. ¿Te apetece probarlo? Podrías acompañarme en mi mesa y así nos conocemos mejor. Estoy sola.

La sonrisa coqueta de la chica me pone enferma. ¿En serio? ¿Por qué las tías caen rendidas sus encantos de esta forma? ¿No se dan cuenta de que solo las usa para pasar un buen rato?

Sus ojos están fijos en mí. No contesta a la clara sugerencia de ella ni se molesta en hablarle.

—¿Vienes? —insiste ella mirándole con una clara insinuación sexual—. Tengo otras cualidades que podrían fliparte todavía más. Mi boca no solo sabe lamer el café.

No me quedo para escuchar la respuesta de Dylan. Me la sé. Él nunca rechaza una proposición así de clara y directa. Y, aunque no debería, siento unos celos irracionales porque no me gusta imaginarlo con ella ni con cualquier otra.

Me suelto una reprimenda mental ante tales pensamientos.

¿Por qué me siento así? Dylan no me interesa, solo me gusta un poquito y puedo ignorarlo y

cambiar esa realidad, porque no puede atraerme en serio, no después de herirme como lo ha hecho.

—Brenda. —Su voz se convierte casi en un susurro cuando paso por su lado sin mirarlo para dirigirme a la barra. Me agarra del brazo con suavidad para acercarme a él—. ¿No me vas a tomar nota? Tu jefe nos está mirando, no querrás que ponga una queja por falta de atención del personal, ¿verdad? Si no me equivoco, esta es tu zona.

—¿Qué te sirvo? —Me doy la vuelta despacio, sacando la libreta de mi delantal para fijar en ella mi atención. No pienso darle la satisfacción de mirarlo.

—Una hamburguesa con doble de queso, patatas fritas y una cola.

—Ahora mismo.

Cuando estoy a punto de darme la vuelta vuelve a agarrarme por el brazo. Es como si miles de chispazos recorrieran mis terminaciones nerviosas y las encendieran. Tiemblo, me agito y mi respiración se convierte en resuellos al sentir cómo se levanta y se pega mucho a mí para hablarme flojito al oído.

—Esa tía no tiene nada que envidarte. Tú le das mil vueltas.

Vuelve a ocupar la silla y yo tardo unos segundos en reponerme lo suficiente para caminar de vuelta a la barra y pasar el pedido a la cocina sin mirar atrás, pues, si lo hago, podría notar cómo me ha afectado su gesto y sus palabras y cómo han calado en mí encendiendo una fogata en mi cuerpo.

—¿Estás bien? —Hakiro me intercepta cuando estoy a mitad de camino—. ¿Te ha hecho algo?

—Nada, tranquilo. Solo estoy cansada.

No le conozco suficiente para confiar en él.

Atiendo a otra mesa una vez he pasado la comanda e intento comportarme con normalidad, pero no lo consigo. Cada pocos segundos mis ojos se dirigen a él y en todas las ocasiones su atención está puesta en mí sin acobardarse. Me mira con una clara insinuación y eso me convierte en una patosa. No soy capaz de sostener las tazas en las manos temblorosas ni de hacer nada correctamente.

Me intimida su proximidad. Me magnetiza su presencia haciéndome desear demasiado a menudo echarle un vistazo rápido. Me siento ansiosa, llena de una inquietud extraña, como si se acabara de desatar una tormenta en mi interior.

Cuando veo su plato sobre el mostrador sé que no tengo escapatoria. He evitado llevarle la bebida saltándome las normas de mi trabajo porque me aterra volver a hablar con él, por eso llevo dos días casi sin pasar por la habitación. Y no sé qué me pasa, porque ayer por la noche conseguí ignorar estas sensaciones cuando me metí en la cama, aunque fue difícil y luché contra un tsunami que asolaba mi cuerpo.

Aunque, quizá, estar en la seguridad de la habitación me ayudó a soportarlo mejor.

Me acerco a Hakiro con una decisión repentina. No le he contado nada de lo sucedido con Dy y sus amigos porque no le tengo la suficiente confianza todavía, pero no creo que le haya pasado inadvertida mi reacción al verlo.

—¿Puedes hacerme un favor? —le solicito—. ¿Le llevas tú el pedido a Dylan? No me apetece demasiado hablar con él.

—Te gusta. —Sonríe con tristeza—. Como a toda la población femenina de la universidad.

—Es complicado. —Bajo la mirada porque no me apetece mentirle.

—¿Suficientemente complicado como para rechazar mi cita?

—Algo así. —Asiento levantando la vista—. Lo siento, no quería darte esperanzas ayer.

—Tranquila, es mejor aclarar las cosas antes de que se embrollen. —Me coloca un mechón tras la oreja para acariciarme con disimulo la mejilla—. Ve con cuidado con Mac, es un destroza corazones de gran calibre.

—Lo sé. No quiero nada con él, pero... —Me callo, soy incapaz de pronunciar en voz alta el final de la frase.

...*Me gusta*. Eso es lo que quería decir porque es la verdad, una difícil de asumir porque no estoy dispuesta a dejar que esa atracción fructifique.

Me quedan veinte minutos para terminar el turno.

Por suerte Hakiro se ocupa de la mesa de Dylan a partir de ese instante y a pesar de seguir mirándolo cada pocos minutos y de sentir sus ojos pegados a mí durante todo ese rato, consigo dominarme.

La chica de su lado hace un par de nuevos intentos por atraer su atención y al final se da por vencida y levanta la mano para pedirme la cuenta.

Doy un rodeo para acercarme a ella ignorando al máximo la presencia de Dylan.

—El tío ese no deja de mirarte —susurra mi clienta señalándole—. Está buenísimo.

—No me interesa. —Le dedico una sonrisa mientras le cobro—. Es todo tuyo.

—Hoy solo tiene una presa en mente y esa eres tú.

—Pues lo lleva claro.

—Allá tú, pero ese tío te ha echado el ojo y no parece de los que tiran la toalla con facilidad.

Me despido de ella con amabilidad y me marcho con rapidez a pesar de que Dylan me llama para intentar impedirlo. No puedo echarlo del local, pero sí puedo no hacerle caso y seguir con mi trabajo lo mejor posible.

Los platos y las tazas siguen escurriéndose de mis manos, no soy capaz de recordar correctamente las comandas y la máquina de café se me resiste, pero yo sigo intentando olvidarme de su presencia, de lo que desata en mí y de la necesidad de deshacerme de mi estúpida forma de pensar en él.

—Deberías irte ya. —Hakiro se acerca a mí para ayudarme a recoger mi nuevo desastre, una taza hecha añicos en el suelo—. No queda casi nadie y si sigues así nos quedaremos sin vajilla.

—Lo siento. —Estoy agachada recogiendo trocitos de porcelana—. Puedes descontarlo de mi sueldo, no me importa.

—Vete, de verdad. —Me agarra las manos con delicadeza—. No sé muy bien qué pasa entre vosotros, pero si no hablas con él, no se resolverá.

—¿Y si no quiero que se resuelva?

Ahora, de repente, vuelve la ira.

—Entonces, díselo para que deje de mirarte así y tenga claro que no tiene opciones contigo.

Tiene razón. No puedo continuar tolerando esta situación, he de afrontarla y decirle a la cara lo que pienso.

Por suerte mi enfado ha reaparecido con fiereza.

—Cóbrale, por favor.

Entro en el cuarto donde se apilan las cajas de repuesto y hay unas taquillas donde los empleados guardamos nuestros enseres personales mientras dura el turno.

Me desprendo de mi delantal, cojo el bolso y voy un segundo al baño antes de salir a la cafetería con pasos rápidos y decididos.

—¿Seguro que puedes tú solo? —le pregunto a Hakiro.

—Solo faltan cinco minutos para cerrar, apenas hay gente. —Sonríe—. Vete tranquila.

—Gracias. —Me acerco para darle un beso en la mejilla—. Eres un buen amigo.

Los ojos de Dylan siguen cada uno de mis movimientos. Al caminar hacia él ya no ignoro su mirada, la aguanto con la rabia escalando posiciones.

—¿Es tu novio o algo así? —pregunta levantándose cuando llego hasta él.

—¿Te importaría decirme por qué he de darte explicaciones sobre mi vida?

—¡Tía! ¡Vamos! —Levanta los brazos—. ¡Deja de hacerte la difícil!

—Deberíamos aclarar un par de puntos, ¿no te parece? —Le indico la salida—. Si piensas seguir compartiendo habitación conmigo has de dejar de comportarte así. ¡Déjame en paz, Dy!

Me sigue a corta distancia cuando empiezo a andar hacia la salida.

—¿Cómo me comporto?

—¿En serio he de decírtelo?

—Si supieras cómo me cabrea esa manía tuya de responder con preguntas dejarías de hacerlo.

Salimos. Todavía queda un resquicio de luz en el cielo.

—¡No me importa! —estallo—. ¡Me da igual lo que te gusta o lo que te disgusta! —No sé de dónde sale toda esta rabia, pero me hace acercarme a él para darle un empujón con las manos en el pecho—. ¿A qué ha venido el numerito de hoy? ¿Qué buscas esta vez? Eres difícil de descifrar y no me apetece perder el tiempo haciéndolo, ¡así que olvídate de mí de una vez!

—Sal conmigo el miércoles para celebrar juntos el cuatro de julio. —Me agarra las manos cuando intento volver a golpearlo—. Dame la oportunidad de demostrarte que no soy un capullo.

—¿Por qué debería hacerlo? —Intento soltarme de su agarre sin éxito—. ¡Dame una sola razón para seguir hablando contigo!

—He tratado con suficientes tías como para saber que te gusto. —Me guiña un ojo en un gesto que me despierta una nueva oleada de ira mezclada con deseo—. Ya no eres el cero coma cero uno por ciento.

Se me secan las palabras de repente. Su comentario me ha desarmado de forma momentánea. Ha fundido incluso el enfado, que ahora se ha convertido en una corriente de ansiedad.

—Me das asco —digo al final, pero sueno cero convincente—. Me pareces prepotente, arrogante e incapaz de ser fiel a nadie.

—Pero te gusto. —Da un paso hacia mí, soltándose.

—¡No me interesarías ni que fueras el último tío del planeta!

Otro paso.

Está tan cerca que tiemblo.

Mi corazón decide volverse loco y hacerme jadear. Sus ojos transmiten ese magnetismo que me atrapa. Apenas soy capaz de dar un paso atrás para separarme de él, pero Dy vuelve a invadir mi espacio personal.

—Vamos a hacer un trato. —Su voz es casi un susurro. Está tan cerca que su aliento me acaricia la cara y el calor de su cuerpo me alcanza despertando una avidez peligrosa—. El miércoles sales conmigo a pasar el día y si te hago una putada, por pequeña que sea, me largo de la habitación.

—¿Y si te comportas? ¿Qué esperarás entonces de mí?

Sonríe acariciándome la mano con un dedo y produciendo un cortocircuito en mi cuerpo. Es como si miles de descargas se precipitaran por él chisporroteando en mi piel y encendiéndome

como nunca.

—Si me porto bien, te harás un tatuaje.

—Ni en broma. —Se me dispara la respiración.

—Venga, tía, no te lo tomes tan a pecho. —Avanza la cabeza un poco y se queda a dos milímetros de mi boca mientras su dedo escala un poco por mi brazo dejándome sin respiración —. Es un trato justo.

No puedo hablar. Es simple. Se me ha secado la boca y las palabras se han quedado atragantadas por la sensación de su tacto.

Trago saliva obligándome a reaccionar. No puedo permitirle salirse con la suya así de fácil. ¿Dónde ha quedado mi enfado? ¿Acaso soy tan blanda como para dejarle convencerme de salir con él otra vez? Cuando lo veo en las películas o lo leo en un libro me parece una locura por parte de la protagonista.

—¿Te irás de verdad de la habitación? —Mis labios me traicionan—. ¿Cómo sé que no me mientes?

—Voy a ganarme tu confianza —susurra acercándose un milímetro más—. Ya lo verás.

Cierro los ojos dispuesta a recibir mi primer beso, porque sus labios rozan los míos y siento que está a punto de profundizar el gesto.

Lo deseo y, aunque atenta contra cualquier lógica y contra mis principios, muero por sentir su lengua explicándole a la mía cómo ha de moverse para sentirlo.

Su dedo sigue en mi brazo, acariciándolo.

No aguanto más la tensión. Me humedezco los labios con la lengua y abro la boca dispuesta a recibirlo. Me hormiguea la piel por la anticipación que recorre mis terminaciones nerviosas convirtiéndolas en fuego.

—Te veo luego. —Se separa de mí de repente, señalando la esquina donde están sus amigos riéndose—. Quincy y Faith me esperan.

Va hacia ellos dejándome plantada, temblando, con una necesidad imperiosa de él. Es una sensación extraña.

Frialdad, anhelo, frustración, ansiedad.

Y la ira vuelve a apoderarse de mí de forma imparable. ¿En serio pensaba que iba a besarme?

¿Cómo he podido ser tan tonta?

Empiezo a correr detrás de él, hasta alcanzarlo.

—¿De qué vas? —Le doy un golpe en la espalda con las palmas abiertas—. ¿Esta es tu nueva broma? ¿En serio eres tan insensible?

—He demostrado mi teoría y ahora vuelve a ser el cien por cien.

Su sonrisa sarcástica me molesta, al igual que su tono y su mirada burlona cuando me encara.

Parece divertido con lo que acaba de pasar y yo solo tengo ganas de pegarle.

Las carcajadas de sus amigos me hieren.

—¿Qué teoría?

—Todas las tías se vuelven locas por mí. —Junta los morros y me lanza un beso—. Incluso tú has caído rendida a mis encantos.

—¿De esto iba el numerito del bar? —pregunto dolida—. ¿Esta era tu intención?

—Ha funcionado.

—Vete de mi habitación. —El dolor quiere apropiarse de mis ojos, pero lucho para controlarlo al máximo—. Desaparece de mi vida de una vez. Este juego no es divertido, Dy. Ya te

lo he dicho varias veces, las personas tenemos sentimientos y no puedes jugar con ellos como si fueran insignificantes. Y menos delante de ellos. —Señalo a Quincy y a Faith.

—Querías que te besara. —La burla se cuele en su voz, aunque su mirada parece arrepentida, como si no acabara de estar de acuerdo con sus palabras. Es una dicotomía extraña —. Te has puesto caliente, admítelo.

—¡Capullo! —Le doy un golpe en el pecho y me doy la vuelta para marcharme.

—Eh, mojigata —me llama—. Hemos cerrado un trato, así que el miércoles eres toda mía. Me detengo en seco, me doy la vuelta y vuelvo a mirarlo.

—Búscate a otra pringada para jugar con ella porque a mí no volverás a fastidiarme. — Levanto el mentón en un gesto digno—. Quizá sí esperaba ese beso y estaba dispuesta a regalarte esa primera vez. Soy idiota por desearlo, pero no pasa nada porque algún día encontraré a un chico al que valga la pena entregárselo todo y entonces me felicitaré por no haber caído en tu trampa. En cambio, tú te vas a pasar la vida cerrándole el paso a la felicidad porque no eres capaz de dejarte llevar por los sentimientos. Y eso únicamente puede hacerte acabar solo.

—¿De verdad pensabas que me interesas? —Esta vez su tono parece herido, aunque intente taparlo—. ¿Que besaría a una tía que se reserva para el elegido? ¡Tía! —Arruga la cara con una mirada llena de dolor, como si tratarme así le molestara, y no acabo de entender por qué—. Yo no seré nunca ese tío para ti.

—Ni para mí ni para nadie. —Escupo las palabras con rabia y deseos de profundizar en esas heridas que asoman en su mirada—. Puedes demostrar tu teoría, conseguir que todas las chicas suspiren por ti, pero jamás lograrás sentirte bien porque para ser feliz hay que destruir los muros y darse de verdad.

—Ves demasiadas series ñoñas.

—Puede. —Asiento con la cabeza varias veces sorbiendo por la nariz y obligándome a mantener las lágrimas dentro de mis ojos—. Pero no escondo mis mierdas bajo una actitud arrogante ni me paso la vida riéndome de los demás para no aceptar que tengo mis traumas. En realidad, esa posición es muy cobarde. Valerse del dolor ajeno para sentirse bien es mezquino, Dy.

—¿De qué vas? —Su tono se endurece. Da unos pasos para acercarse a mí, pero esta vez se queda más lejos, fulminándome con la mirada—. ¿Te crees Freud o algo parecido? ¡En serio, tía! ¡Deja de analizarme la cabeza y entérate de una jodida vez! ¡No te besaría nunca! ¡Jamás! ¡En mi puta vida! ¿Lo entiendes!? ¿Te entra en esa mollera de mojigata?

—¡Pues no lo hagas!

—¡Vale!

Me doy la vuelta y camino con rapidez hacia la residencia con las lágrimas brotando de mis ojos sin tregua. ¿Cómo he sido tan tonta para dejarme engañar de esta manera? No lo entiendo, suelo ser una persona sensata y no me dejo ir así ni me pongo como una moto por un ligón egocéntrico.

Tenía mejor concepto de mí misma, pensaba que era una persona más fuerte, alguien incapaz de caer en una trampa así, y mírame, llorando por un beso perdido, por sentirme deseosa de recibirlo, por anhelarlo y por crearme capaz de atraer a un tío como Dylan.

Capítulo 20

Dylan

Tiemblo como un niño de mierda y estoy que tiro humo por la nariz. ¡Esta tía me saca de mis casillas!

Pero quiero besarla.

Estoy loco por probar sus labios, y no debería, no ahora, no en estas circunstancias, no así y mucho menos con ella.

¡Soy un auténtico imbécil!

Brenda no es mi tipo, ni siquiera se acerca, y no puedo plantearme en serio que me guste de verdad. Es una locura impropia de mí.

Pero me gusta. Me gusta un huevo. Me despierta algo que jamás imaginé sentir y me atrae la hostia. A pesar de los mil impedimentos para pensar siquiera en ir más allá, me vuelve loco como ninguna otra lo había hecho.

La veo alejarse con rapidez hacia la residencia y no quiero que se vaya.

Gritaría por mi gilipollez. ¿A quién se le ocurre dejarse atrapar por el magnetismo de una tía como ella? ¿Cómo ha sucedido? ¿Por qué?

Cuando el capullo de Hakiro la ha besado en la mejilla me han invadido los celos. Nunca me había pasado. Y no tengo ni idea de si realmente son celos o se me ha ido la pinza un momento.

Quizá solo me estoy metiendo demasiado en el papel.

Sería lo mejor, pero lo tengo demasiado claro para negarlo.

Me gusta.

Cada segundo está más lejos.

Me hierve la sangre. Mi polla es una jodida traidora sin el más mínimo filtro porque está dispuesta a disparar con rapidez. Y mi corazón quiere ir tras ella, late a toda velocidad, me llena de resuellos y de un deseo perverso.

Escucho a Faith y a Quincy de lejos, sus risas, su aprobación, sus alabanzas y las palabras de Brenda me taladran el cráneo. Es como si volviera a escucharlas y entendiera la realidad que gritan. Y duele, es como una patada en los huevos, porque la entiendo, es la primera tía en mucho tiempo que ha mirado dentro de mí y me ha visto.

¡Me ha visto de verdad!

Soy un mierda, un auténtico capullo. Y estoy cabreado con Brenda, con Faith, conmigo, con Quincy y con todo el mundo.

Me jode tener que contenerme cuando sigo respirando a trecientos por hora, mi corazón parece en medio de una carrera ilegal y mis labios arden por unirse a los de ella.

¿Por qué lo siento así? ¿Qué mierda me está pasando?

Empiezo a caminar con rapidez hacia la residencia, obviando los gritos de mis colegas. Tengo los nervios de punta, los músculos en tensión y una rabia genuina mezclada con un deseo irrefrenable, uno que en mi vida he sentido.

Quiero besarla y no por las razones que después enumeraré frente a mis amigos. Deseo tocarla, sentirla, saborearla. Y está mal, no debería sentirlo así, implicarme con ella es una jodida

gilipollez que podemos pagar muy cara.

Pero todavía veo su expresión anhelante de hace unos minutos, cuando mis labios la han rozado, y ardo. Es como si mi cuerpo fuera preso de las llamas y no pudiera contener el deseo.

No tardo demasiado en llegar a la residencia y en recorrer el pasillo.

Me detengo un segundo frente a la puerta cerrada de la habitación para recuperar el resuello. La ira se entremezcla con la ansiedad, la necesidad y la avidez.

Durante tres minutos me quedo paralizado con la mano en el pomo, dándole vueltas a mis intenciones, evaluando el daño colateral de entrar ahí para quemar mi ardor sin atender a las circunstancias.

Es un mal lugar y quizá un mal momento porque a la larga va a convertirse en un arma arrojada contra mí. Sin embargo, no puedo detenerme ahora, así que giro la mano y abro la puerta de forma brusca.

Está sentada en su cama con los codos apoyados en las rodillas y la cara oculta entre las manos. Al verme entrar se descubre el rostro y me lanza una mirada airada. Tiene los ojos rojos y acuosos y el poco maquillaje que usa emborrona la piel a su alrededor.

—¿No te ibas a buscar sexo salvaje? —me increpa cuando cierro la puerta tras de mí.

—¡Eres una mosca cojonera! —Avanzo hacia su cama sin dejar de mirarla. Como siempre, sus ojos me atrapan como si fueran dos jodidos imanes—. ¿De qué vas largándote así?

—¿En serio vas a intentar echarme a mí la culpa? —Se levanta cuando descubre mi intención de sentarme a su lado y se aparta al máximo de mí—. ¡Acabas de humillarme! ¡Otra vez! ¿Y vienes a pedirme explicaciones? —Aprieta los labios y llena las mejillas de aire antes de expulsarlo con fuerza por la boca y avanzar hasta usar sus manos abiertas contra mi pecho—. ¡Joder! —Abro mucho los ojos al escucharla hablar así—. ¡Sí! ¡Sé decir tacos! ¡Pero odio hacerlo! —Sigue pegándose con fuerza y yo necesito retroceder para impedir su ataque—. ¡Te odio! ¡Odio que hace un momento me hayas tomado el pelo con lo del beso! ¡Porque yo quería besarte! ¡Y me siento una idiota por desearte! —Más golpes que intento impedir hasta que choco con la pared—. ¿Qué querías demostrar esta vez? ¿Qué buscabas? ¿Por qué no has tenido en cuenta los daños emocionales? ¿Tan capullo eres como para no pensar en cómo me he sentido hace un momento? ¿En el daño que me hace esa forma de tratarme?

—¡Tía! ¡Deja de pegarme de una vez! —Le agarro las manos por las muñecas con fuerza—. ¿Se te va la olla? ¿Es eso?

—¡Serás cabrón! —Da un paso hacia atrás, fulminándome con la mirada—. ¡Suéltame! —Lucha con fuerza para librar las muñecas, las retuerce y aprieta tanto los dientes que rechinan—. ¡Vete a buscar otra pringada para reírte de ella! ¡Déjame en paz! ¡Desaparece de mi vida de una jodida vez!

—¿Quieres estarte quieta? —Tiro de sus muñecas y la acerco a mi cuerpo—. ¡Mojigata patética!

Siento cómo su calor se introduce por los poros de mi piel para ponerme a tres mil por hora el corazón. Respiro tan rápido que apenas logro controlar los resuellos roncós que se escapan de mi boca. Ella no deja de intentar escapar a la sujeción, pero no se aparta, no da pasos atrás, no separa su cuerpo del mío. Y el calor abrasador me enciende como si fuera un mechero.

—¡Ni siquiera renuevas los insultos! —me espeta a la cara, pero su voz parece viciada por mi mismo deseo—. ¡Sé un poco más original!

—Patética que te cagas.

Tiro otra vez de ella hasta unir nuestras bocas y la suelto para abrazarla por la cintura y acercarla tanto a mí que es imposible dejarla escapar.

Sus labios me reciben con rabia.

Los beso con furia y saco la lengua para abrirlos.

Se retuerce, intenta apartarse y aprieta los labios con fuerza para evitar el beso.

Yo la arrimo todavía más a mí, la estrecho con mis brazos e insisto moviendo la lengua para conseguir mi objetivo.

No tarda más de medio minuto en cambiar la ira por una pasión arrebatadora. Abre la boca y permite que mi lengua vaya en busca de la suya con un gemido que lanza una descarga de la hostia a mi polla.

Yo también gimo. Parezco un imbécil al gemir como si me la estuviera tirando porque es la hostia de intenso.

Y la beso con necesidad, anhelo, voracidad.

Cuando una de sus manos agarra mi camiseta y la otra escala hasta mi nuca para crisar sus dedos en ella me caliento hasta la máxima potencia.

Le levanto las piernas para que me rodeen por la cintura y camino con ella hacia su cama, sin dejar de comerle la boca con desesperación.

Me estiro con ella sobre el colchón y le tiro la camiseta hacia arriba para acceder a su piel. Al tocarla es como si nunca hubiera acariciado a una tía porque estoy a punto de correrme. Es acojonante. Su tacto me produce más placer que marcarme un trío.

Cuando intento quitarle la camiseta, ella me detiene colocándome su mano sobre la mía y rompe el beso.

—Para. —Se incorpora en la cama colocándose la ropa bien—. No deberías haberme besado. Has dicho que no lo harías jamás.

—Es obvio que mentía.

—No... no... no podemos hacer esto. —Niega con la cabeza. Está la hostia de sexy con los labios rojos y el pelo revuelto por mi beso—. Tú no me convienes. Tener algo que ver contigo es un error y no quiero cometerlo.

Se sienta apoyada en el cabezal e intenta arreglarse el cabello con la mano sin demasiado éxito porque está bastante descolocada.

—Me ha flipado ser tu primer beso. —Ocupo un lugar a su lado y uso uno de sus cojines en la espalda para estar más cómodo, pero ella toma distancia y se pega a la pared—. Para ti era importante guardarlo para tu primer amor, y me lo has dado a mí.

¿Por qué narices acabo de decirle eso en plan cursi que te cagas?

¿Estoy colocado y no lo sé?

Ella aprieta los labios en un gesto ansioso.

—No debería haberlo hecho.

—Ha estado la hostia de bien. Aunque, tía, ¿a quién se le ocurre parar en el mejor momento?

Ella niega con la cabeza y mira hacia todos los lados, como si no se sintiera segura.

—¿Ahora vas a reírte de mí? ¿Tienes algo planeado? ¿Hay alguien más en la habitación dispuesto a descojonarse? ¿Cuánto tardarás en gastarme otra broma pesada?

—¿De verdad me crees tan cabrón? —Me acerco a ella con una necesidad intensa de volver a besarla.

Ella se mueve hasta chocar con la pared para no tocarme.

—¿En serio necesitas preguntarlo?

—¿Seguimos contestando con preguntas?

—¿Acaso no es la mejor manera de responder?

Suelto una carcajada, mirándola.

—Tía, eres increíble.

¡Joder! Vuelvo a parecer un gilipollas de esos que detesto. Es ese tonillo de pardillo que me gasto y cómo la miro y cómo deseo que ella también se carcajee y me vuelva a besar en vez de seguir apoyada en la pared, con la mirada velada por el nerviosismo, estrujando la manos en el regazo, respirando muy fuerte.

Me acerco a ella, pegándome a su lado.

—Podríamos ver algo en tu portátil —sugiero alargando la mano para envolver las suyas y detener ese movimiento compulsivo—. Suelas pasarte horas pegada al monitor. ¿Comprobamos si somos compatibles en cuestión de gustos?

Ella se muerde el labio, levanta la mirada y la posa en mí, dubitativa.

—Deberías irte a tu cama o por ahí o con tus amigos.

—Prefiero quedarme aquí.

—¿De verdad quieres ver algo conmigo? —Gira la cara hasta quedarse a mirándome—. Si el beso solo ha sido una forma de humillarme más tarde, hazlo ya, por favor. Odio la incertidumbre y cuanto antes termines con esto, mejor.

Su tono de voz es serio y un poco angustiado.

Me quedo mirándola a pocos milímetros de su boca, esa que quiero volver a saborear hasta la saciedad sin entender muy bien por qué.

Normalmente no beso demasiado a las tías, solo lo suficiente para ponerlas a tono, pero con Brenda quiero repetir sin parar, quiero entrar en su boca y quedarme a vivir ahí, deseo tocarla, hacerla mía como nunca lo he anhelado.

—Vamos, Bren, no hay segundas intenciones, en serio. Quería besarte hace un momento. —Apoyo mis labios en los suyos y se los acaricio—. Y ahora también quiero hacerlo. Sin parar. Hasta que te quedes sin aliento.

—¿En serio? —Se separa un poco para mirarme con las cejas levantadas—. ¿No saldrán tus amigos del armario a carcajearse de mí cuando me dejes a medio beso o algo parecido? ¿Sin segundas intenciones?

—¡Venga ya, mojigata! —Vuelvo a acariciarle los labios con los míos respirando demasiado rápido. Apoyo mi boca en la suya y la muevo despacio, susurrándole las palabras entre resuellos, con unos remordimientos de la hostia, deseando que las cosas fueran diferentes y a la vez anhelando que me crea—. ¿Tanto te cuesta aceptar que deseo besarte de verdad?

—Muchísimo.

La abrazo para hacer patente mi necesidad, esa con la que no puedo luchar y me abrasa hasta hacerme dudar de todo, incluso de seguir aquí, de avanzar, de las sensaciones que su proximidad desata en mi cuerpo.

—Llevo días imaginando el sabor de tu boca —susurro sin despegarme de sus labios—. Deseando tocarte, besarte, descubrir cómo es tenerte entre mis brazos.

—¿Ahora te has vuelto un poeta? —Siento su sonrisa indecisa en los labios y mi polla recibe una nueva descarga de deseo ardiente—. ¿Dónde está esa chulería innata?

—¡Bésame de una jodida vez!

—No me la juegues otra vez, Dy. No podría soportarlo.

—Jamás —susurro con un ahogo en el pecho.

Me rodea el cuello con sus brazos antes de cerrar los ojos y abrir la boca para recibirme.

Es lo más intenso de mi vida.

Me recorre una corriente eléctrica que impacta con fuerza en mi entrepierna y desata unas

cosquillas de la hostia en mi vientre. El deseo es penetrante, vivo, agudo. Quiero arrancarle la ropa, poseerla, descubrir qué se siente al entrar en ella. Y no es un pensamiento sucio como siempre, es una desesperada necesidad de pertenecerle y de que ella me pertenezca, de establecer un vínculo infinito y dejarme llevar por esta atracción que me quema las entrañas.

Esta vez es un beso más lento, más profundo, más delicado. Me contengo para saborearla despacio, permitirme sentir cada segundo, escuchar esos ruidos extasiados que salen de su boca en forma de gemidos, tocarla con suavidad sobre la camiseta y descubrir cómo mi cuerpo parece una sucesión de fuegos artificiales que impactan desde dentro.

Nunca en mi vida había besado así a una tía y es extraño, porque me flipa la sensación de hacerlo con Brenda.

Tengo los ojos abiertos y no me pierdo ni uno de sus gestos faciales. Ella los mantiene cerrados, pero en algunos instantes las pestañas parpadean al son de sus gemidos.

Deseo tocarle la piel, pero no quiero dar un paso en falso para volver a asustarla. Necesito seguir saboreándola, dándole pequeños mordiscos a sus labios, enseñándole a su lengua a bailar con la mía, mantenerla pegada a mí.

Sus brazos se descruzan en mi nuca para bajar con lentitud por mis costados.

Miles de chispas se dispersan por mi cuerpo. Su tacto es la hostia, me enciende como si fuera el tendido eléctrico de un campo de fútbol por las noches. Brillo. Es como si nunca hubiera disfrutado de verdad de estar con una tía porque esta con un simple beso y una caricia consigue una reacción en cadena que me acerca al Nirvana.

No puedo contenerme ni un segundo más. Desplazo mis manos hacia abajo hasta agarrar el dobladillo de su camiseta y subíselo un poco, solo unos centímetros. Cuando todo su piel ella gime más fuerte y yo alcanzo una cota de deseo jamás experimentada.

Siento sus pechos pegados a mi pectoral a través de la ropa. Son perfectos y ahora solo pienso en tocarlos, chuparlos, metérmelos dentro de la boca y verlos rebotar contra mi torso mientras la hago gritar al cabalgarme.

¡Hostia! Ha bajado las manos y las ha colado por debajo de mi camiseta para tocarme el vientre por un lado, justo donde nuestros cuerpos no se tocan, y es acojonante. Sus dedos producen un campo electromagnético de alto voltaje que me atraviesa las terminaciones nerviosas con una fuerza arrolladora.

Y entonces dejo de pensar, solo actúo guiado por mi instinto y mi necesidad de poseerla.

¡A la mierda todo lo demás! ¡Me la sudan las consecuencias! ¡Quiero entrar en ella!

La agarro por la cintura con un movimiento enérgico y la subo a horcajadas sobre mis piernas sin dejar de besarla con una pasión arrebatadora. Me hago con la camiseta y se la subo en un gesto frenético, necesitado, ávido. Tiro de ella hacia arriba para sacársela por la cabeza y cuando estoy a punto de apartarme de sus labios para lograr mi objetivo, ella se separa, baja de mi regazo y niega con la cabeza mirándome con la respiración jadeante.

—Vas demasiado rápido.

Se muerde el labio inflamado y rojo en un gesto tan sexy que me cuesta contener las ganas de abalanzarme sobre ella y convencerla para continuar.

—Todavía estoy esperando tu broma pesada —añade con fuego en la mirada—. Pero lo admito, ha sido alucinante.

—No voy a hacerte daño. —Le acaricio el vientre por debajo de la camiseta y ella gime mordiéndose otra vez el labio y entrecerrando los ojos con una expresión de avidez acojonante—. Me gustas, Bren. En serio.

—¿Y por qué me has tratado tan mal?

—Nunca me había gustado una tía —admito dándome cuenta de repente del significado de esa confesión—. Hasta ahora solo ha sido sexo y diversión. Contigo ha sido todo la hostia de diferente desde el principio.

—Me has dado mi primer beso. —Suspira—. Jamás me imaginé que sería con alguien parecido a ti. Tenía una imagen formada de otro tipo de hombre.

—¿Algún idiota mojigato como tú?

—No me insultes. —Cambia su expresión por una dolida—. ¿Por qué te empeñas en seguir hiriéndome? Acabas de admitir que te gusto, ¿puedes por una vez hablarme con respeto? Me molesta que uses esa palabra conmigo. Mojigata. Quizá no soy una experta en cuestiones de chicos y me quería esperar a encontrar el adecuado para aprenderlas, pero eso no me convierte en alguien patético ni despreciable.

—¡Eh! ¡Para el carro! —La abrazo por la cintura para volver a acercarla a mí. Me molesta un huevo la distancia entre los dos—. ¡Tía! ¡Lo siento! Ya me conoces, me gusta hablar así, no me lo tomes en cuenta.

—No, no te conozco en absoluto. Solo sé algunas pinceladas de ti porque haces esfuerzos para mantener oculta tu verdadera personalidad. —Sus ojos son la hostia, ya vuelven a tenerme atrapado—. Por eso cambias de repente cuando te das cuenta de que has mostrado demasiado de ti mismo. ¿Tanto tienes para esconder?

—A veces la vida es una mierda —admito, y enseguida me percato de que no puedo continuar con esta conversación aquí. Necesito un espacio abierto.

—Me cuesta confiar en tus intenciones. —Gime cuando subo un poco la mano de su vientre y le toco la parte baja del sujetador—. Me has tratado como a una mierda desde mi llegada. Si te digo la verdad, sigo esperando tu nueva jugarreta. Y yo no quiero una relación tóxica, Dy. No soy de esas, necesito sentirme segura y que me quieran de verdad en vez de hacerme sentir como una mierda.

Me coge la mano por la muñeca con suavidad para bajarla de nuevo y la frustración me recorre las venas.

Siento una necesidad de la hostia de tocarla, acariciarla y sentir sus pechos acunados en la mano.

¿Ha dicho tener una relación? ¿Eso es lo que quiero?

La respuesta me pilla por sorpresa y se carga todas mis convicciones de un plumazo. Porque, a pesar de todas las malditas consecuencias, quiero estar con ella y con ninguna otra. Y eso me acojona que te cagas.

—El miércoles vamos a pasar el día juntos. —Desplazo uno de mis dedos a sus labios y los repaso con un subidón de adrenalina. ¡Es que me pone la hostia!—. Recuerda nuestro trato. Si me porto bien y te demuestro que mis intenciones contigo son honestas, vas a hacerte un tatuaje y si no me largo de la habitación. Pero te advierto desde ya que deberías ir pensando qué vas a dibujarte en la piel y dónde, porque no pienso cagarla nunca más.

—¿De verdad quieres pasar el día conmigo para demostrarme tus intenciones? —pregunta con ansiedad en la voz—. No sé, yo pensaba que solo había sido un arrebato. —Sus palabras salen aceleradas, como si las disparara empujada por su nerviosismo—. Pero claro, ahora dices que lo del miércoles va en serio y yo... yo... yo me pregunto por qué...

—¡No le des tantas vueltas! —Sonrío para infundirle confianza—. Me gustas, te gusto, nos hemos besado y tendremos una cita el miércoles.

—¿Y dónde nos deja eso?

—En ningún lugar. —Le doy un beso suave en los labios y me cuesta un huevo no

profundizar, pero sé que no es el momento—. En la vida no siempre se está en un punto concreto, hay que caminar para llegar a él.

—Te estás poniendo muy ñoño —bromea.

—Y tú pesada. ¡No te jode!

Me acerco otra vez a su boca. Es adictiva. Me vuelve loco, quiero besarla todo el rato, perderme en su sabor, abrazarla y sentirla sin parar.

Ella produce un ruidito acojonante que me pone otra vez a tres mil en cero coma.

Esta tía es mi perdición.

—¿Vemos una peli o una serie? —Rompe el beso cuando me aventuro de nuevo a tocar su pecho y se separa un poco de mí para coger el ordenador que está en la mesilla de noche.

—Busca algo que nos guste a los dos. —Me quedo a su lado, con unas ganas locas de volver a devorarla, pero me contengo para no romper el momento.

—¿No te das cuenta de que es imposible coincidir? ¿O acaso me dirás que te gustan las series románticas?

—¡Jamás! —Le lanzo una mirada asqueada—. No veo una romántica ni de coña. La adrenalina me flipa más.

—¿Lo ves? No encontraremos una serie que nos guste a los dos. Es imposible.

Muevo la mano sobre su regazo para entrelazar mis dedos con los suyos. Es una sensación acojonante, encajan a la perfección.

—¿Tienes Netflix? Podemos mirar qué hay y decidir juntos.

—El español. Como han cambiado eso de la IP y puedo conservar mi cuenta de origen... Pero todas las pelis y las series están en versión original también. Así practicaba yo inglés. Aunque no todas las series que sigo están en Netflix. Algunas las miro piratas.

—En Netflix encontraremos algo que nos guste a los dos, confía en mí.

—Lo intentaré.

Capítulo 21

Brenda

Siento como si en este instante viviera dentro de una burbuja de jabón y estuviera esperando a que alguien la pinchara con el dedo para destrozarme en mil pedazos. Me da pánico dejarme llevar por la emoción, ser crédula, relajarme y no estar todo el rato en busca de cualquier señal que desmonte esta extraña y efímera felicidad que siento.

Nunca me había parado a pensar en cómo me afectaría estar con un chico si no confío plenamente en él y ahora me doy cuenta de lo difícil que es.

Dylan me gusta de verdad, y sé que avanzar con él es peligroso, demasiado para no recriminarme mis últimas acciones.

¿En qué me estoy metiendo? ¿Por qué le he permitido acercarse tanto a mí? ¿Cómo he sido capaz de regalarle mi primer beso?

Hace tan poco de su última trastada que me aterra estar metiéndome en un pantano acuoso con arenas movedizas bajo mis pies.

Además, no es para nada el tipo de chico que siempre he soñado para mí.

Pero jamás imaginé la intensidad escondida en un beso y mucho menos el grado de deseo que podía alcanzar al dejarme llevar por la atracción. Hace un instante me he sentido tentada a dárselo todo, a atender a la pasión del momento y no detenerme.

Ha sido una explosión de mis sentidos, una bomba de relojería que ha hecho saltar por los aires mi contención por unos segundos y me ha llenado la piel y el cuerpo de sensaciones penetrantes.

Deseaba dárselo todo.

Tocar su piel ha sido una descarga de chispas que han recorrido mis terminaciones nerviosas, impulsándome a seguir, acariciando sus músculos y sintiéndolos mientras su lengua me enseñaba cómo jugar con la suya dentro de mi boca.

Cada vez que me besa es como si en medio de mis piernas se concentrara una tensión llena de necesidad que solo se pasaría si él ejerciera su magia, esa de la que presume. Pero, a pesar de mi locura transitoria, no estoy preparada para traspasar esa línea ni para entregarme a él de esta forma. No lo estaré hasta tener la seguridad de que no está jugando conmigo otra vez, porque eso me rompería y prefiero minimizar los daños emocionales.

Por suerte, mi sentido común se ha impuesto cuando he detectado su intención de ir más allá.

Lo más extraño ha sido que él no ha insistido ni ha intentado convencerme de nada. Creo que si lo hubiera hecho le hubiera entregado hasta mi alma, porque sus besos me sorben la voluntad para convertirla en presa del ardor y el anhelo que me poseen.

Debería seguir enfadada con él, poner una barrera entre los dos y alzar muros indestructibles para evitar que vuelva a clavarme un puñal en el corazón.

Algo me dice que si sigo adelante con esta locura acabaré despedazada en cualquier momento. Sin embargo, siempre defenderé la máxima de que sin riesgo no hay beneficio y quiero darle la posibilidad de demostrarme que de verdad quiere estar conmigo y no es solo un juego.

Deseo tanto que sea así...

Nos colocamos cómodos en mi cama y su sonrisa radiante me llena el corazón de una emoción que no tengo intención de analizar.

—¿Vemos qué hay en Netflix? —propone con la voz ronca de deseo—. Si no me concentro en alguna otra cosa te arrancaré la ropa y, tía, estoy flipando, pero sé que tú no quieres eso y por ti estoy dispuesto a esperar.

Son tan bonitas sus palabras que me parecen irreales, porque, alguien como Dy no es tierno ni paciente, ni tampoco se contenta solo con besar a una chica ni espera por nadie.

Levanto la mirada hasta sus ojos y le observo un segundo en silencio.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto mientras sus dedos se entrelazan con los míos.

—¿El qué?

—¿Por qué me has besado?

—Porque me apetecía la hostia. —Sonríe con una mirada iluminada—. Llevo mazo de tiempo soñando con besarte. ¡Y ha sido épico!

—Pero...

—¿Podemos dejar los peros para otro día? —Se mueve un poco para coger mi portátil de la mesita de noche y colocarlo sobre sus rodillas levantadas—. O miramos algo en el PC o te como la boca. Tú mandas.

—Ver un par de episodios de alguna serie es la mejor opción —susurro casi sin voz, deseando lo otro, pero siendo fiel a mi intención de ir despacio.

—Pues muéstrame qué hay en tu cuenta de Netflix y elijamos una.

Asiento sin ganas de profundizar en sus palabras de hace un momento ni en lo sucedido. Es la mejor opción para mantener la cordura.

Conseguimos encontrar una serie para ver juntos. Se llama *El tirador* y no es nada del otro mundo, pero nos sirve de excusa para mirar la pantalla del ordenador mientras nuestros dedos buscan tocar la piel del otro, como si no pudiéramos pasar sin estar cerca. Sin preguntas ni respuestas ni pensamientos más allá del avance de la trama.

Me paso un par de horas deseando volver a probar sus labios, acariciarle el torso desnudo, repasar sus músculos y apagar el fuego que arde entre mis piernas. No obstante, me contengo porque no quiero avanzar de nuevo sin estar cien por cien segura de hacia dónde vamos.

—Estoy molida —digo tras dos episodios—. Se me cierran los ojos.

—Si no fuera tu primera vez te desnudaría ahora mismo —susurra antes de darme un beso suave, caminar hasta su cama y estirarse en ella.

No pego ojo, cada pocos minutos le observo como si me hubiera convertido en una acosadora. Necesito grabar en la mente cada uno de los detalles de su cuerpo mientras recuerdo cada sensación, cada gemido, cada beso.

Apenas logro dominar mis deseos de acurrucarme a su lado y volver a sentirlo.

Por suerte mi voluntad se impone y es superior a mis deseos.

En algún momento logro cerrar los ojos para dormir durante un par de horas y cuando la luz del sol se filtra por la ventana decido levantarme y escabullirme antes de que Dylan se despierte. No puedo seguir aquí cuando abra los ojos porque me aterra descubrir que lo de anoche solo fue una más de sus bromas pesadas.

Me destrozaría y todavía no me siento preparada para enfrentarme a ello, porque sigo sin confiar en él y sin estar segura de sus intenciones. Pero a la vez deseo tanto que lo nuestro sea real...

Me levanto en silencio para acercarme al armario sin hacer ruido y le mando un mensaje a

Mandy para desayunar juntas en media hora. Necesito hablar con alguien, ponerles voz a mis pensamientos, dar salida a la ansiedad charlando con una amiga... Es bonito tener una con quien hablar sin sentir ningún tipo de presión, porque Mandy no me juzga. Y me siento segura a su lado, confiándole mis secretos mientras ella me cuenta los suyos.

Paso por la ducha, me visto en el vestuario y me dirijo a la cafetería sin pasar de nuevo por la habitación. Prefiero dejar mis cosas en una taquilla.

Mandy me espera sentada a una mesa con cara de sueño y su entusiasmo de siempre. En estos últimos días hemos intimado mucho y me ha demostrado que es una persona de fiar.

Encargamos un banquete digno de reinas y mientras lo esperamos le cuento lo sucedido anoche casi en susurros, sonrojándome en algunos momentos clave y con una sonrisa de bobalicona que me demuestra mi grado de implicación. Y no debería ser tan alto ni sentir esas esperanzas crecer en mi interior, y tampoco desear un cuento con final feliz porque no puedo confiar en Dy.

Ella me escucha con los ojos muy abiertos.

—¿En serio os besasteis? —pregunta con una sonrisa—. Lo sabía, lo tenía clarísimo, Bren. ¡Estaba cantado! Mac está coladito por ti y tú lo estás por él.

—Es imposible que sienta algo por mí. —Niego con todo mi cuerpo, con nerviosismo—. ¿Cómo voy a gustarle a alguien como él? Seguro que es otra de sus bromas.

—Puede. —Le da un sorbo a su café y me guiña el ojo—. Pero deberías darle el beneficio de la duda. Los chulos también tienen corazón.

—Me siento una tonta, la verdad. Me ha hecho tantas perrerías que no debería seguir con esto. —Me muerdo el labio—. De la última no hace demasiado y fue muy gorda.

—¿Sabes qué es lo mejor en estos casos? —Niego con la cabeza—. Seguir adelante y ver qué pasa. Quizá te dice la verdad.

Asiento dándole vueltas a sus palabras, sin tener demasiado claro todavía cómo es mejor actuar a partir de ahora.

Terminamos el desayuno charlando de la situación, analizándola y relativizando al máximo mi ansiedad, pero no termina de aplacarse.

Durante la clase me cuesta concentrarme. Tengo la cabeza en sus besos, sus promesas, sus palabras.

¿Y si es cierto? ¿Y si de verdad le gusto? ¿Es posible o va a acabar riéndose de mí otra vez?

Estoy hecha un manojo de nervios y no dejo de tocarme los labios en gestos ausentes en algunos instantes. Nado entre tantas dudas...

Cuando Andrew me hace una pregunta directa en mitad de la lección, tardo demasiado en regresar al presente, y lo hago gracias a un codazo de Mandy. Me sonrojo, carraspeo y acabo pidiendo que me repita la pregunta antes de buscar la respuesta entre mis neuronas despistadas.

—Brenda —me llama al final de la lección, cuando estoy recogiendo mis cosas para salir del aula casi vacía—. ¿Todo bien? Hoy parecías muy distraída en clase y no es propio de ti.

No es la primera vez que hablamos a solas, pero nunca me había quedado al final de la clase.

Mandy me dice adiós con la mano y la veo salir del aula charlando con un par de compañeras.

Me acerco a mi padre. Andrew me mira expectante, con una expresión extraña, como si realmente se preocupara por mí, y siento una cálida sensación en la piel al descubrirlo y un aleteo en el pecho.

Me cuelgo la mochila al hombro y camino hacia él. Está de pie frente a su mesa, apoyado un poco en ella, sonriéndome.

Mis compañeros ya han abandonado el aula y no puedo escuchar más que mis latidos acelerados.

—Lo siento —me disculpo—. He dormido poco.

Se queda un segundo observándome en silencio, con indecisión en la mirada.

—Tienes sus ojos —musita tras una exhalación, curvando sus labios en una sonrisa nostálgica—. Y su sonrisa. No la conocí demasiado, solo fueron dos días, pero valieron como años.

—¿Perdone? —Respiro acelerada y me cuesta demasiado entender sus palabras, procesarlas, darles cabida en mi mente.

—Cuando leí tu solicitud me pasó un par de días dándole vueltas a las coincidencias. —Su revelación me dispara la taquicardia. ¿Lo sabe? ¿Lo intuye? ¿Ha descubierto mi secreto?—. Brenda Ortiz, nacida en un pueblo de España llamado La Laguna, donde pasé el mejor fin de semana de mi vida hace casi diecinueve años, hija de Beatriz Ortiz... —Fija los ojos en los míos con determinación, como si quisiera escuchar mi confesión. Me pongo pálida y escucho cómo el corazón me late desenfrenado en el oído—. ¿Se casó? Naciste nueve meses después de mi visita.

Veo lucecitas parpadeantes a mi alrededor. Estoy aterrada y a la vez emocionada. Estoy en el punto que deseaba desde que descubrí quién era mi padre, pero no acabo de centrar mis sentimientos, están disparados.

Doy un paso hacia atrás, tambaleándome, hasta apoyarme en una de las mesas de los estudiantes.

Inspiro con fuerza buscando la voz, que parece haberse atragantado.

—Llevo desde que iniciamos el curso de verano reuniendo valor para preguntártelo y todavía no sé si soy capaz de pronunciar esas palabras. —Andrew no se mueve, pero sí baja el tono, como si a él también le costara enfrentarse a este instante—. Si te miro puedo ver mi nariz, mis pómulos, mi forma de sonreír, incluso cómo enarcas las cejas cuando no entiendes algo. — Hace una pausa, desvía la mirada un segundo, se seca las palmas de las manos en los pantalones y, cuando sus ojos regresan a los míos, hace las preguntas más difíciles— ¿Tuvo otro novio? ¿Tengo demasiada imaginación? ¿O has venido aquí para conocerme?

Durante unos segundos soy incapaz de hablar, solo puedo tragarme las lágrimas que se deslizan con cuidado por mis mejillas. Él da un par de pasos hacia mí, atrapa una con un dedo y aprovecha para acariciarme con una expresión llena de esperanza.

—La primera vez que me habló de ti era mi cumpleaños. —Inspiro profundamente intentando dominar la emoción que me embarga, hablando con dificultad, casi en susurros—. Cumplía trece y llevaba toda la vida preguntando por mi padre. Nunca se ha casado y pocas veces hay otro. Sus recuerdos son preciosos y ha idealizado lo sucedido entre vosotros hasta convencerse de que no hay otro hombre destinado a ella. Aunque a mí me cuesta mucho creer en el amor a primera vista.

—Si supieras la de veces que la he buscado en las redes sociales para saber de ella... — Ahora son sus ojos los que están húmedos—. Yo también me quedé enganchado a tu madre, ese fin de semana se convirtió en lo mejor de mi vida. Todas las chicas de después eran sustitutas de Bea porque ella me dejó tocado. —Da un paso hacia atrás para apoyarse de nuevo en su mesa, abrumado—. Pero no entiendo por qué no me lo dijo, por qué no me buscó. Le di mi número de móvil y le dije dónde estudiaba. Podía haberme encontrado. Merecía saberlo, conocerte.

—Por eso estoy aquí —admito con una sonrisa tan grande que apenas me cabe en el pecho

—. Necesitaba saber cómo eres, descubrir qué teníamos en común, ver si era capaz de decirte la verdad. No tenía ni idea de cómo te lo tomarías ni de si me aceptarías, y mucho menos de cómo contártelo.

—¿Puedo abrazarte? —Se acerca titubeando.

Mis sollozos se unen a los suyos cuando sus brazos me envuelven por la cintura por primera vez en mi vida y siento cómo una emoción intensa se apodera de mí.

—Es gracioso —musita entre lágrimas—. A Bea le divertía que mi apellido fuera el de un antiguo presidente de Estados Unidos, y ahora resulta que mi hija lleva el de la reina de España.

—Ella me dijo lo mismo. —La emoción se cuele por mi voz.

—Tenemos mucho de qué hablar. —Me suelta con suavidad—. Quiero saberlo todo de ti, Brenda, todo. Cuando empezaste a andar, cuál fue tu primera palabra, qué te gusta hacer con tu tiempo, cuál es tu comida preferida... ¡Hasta tu marca de perfume!

Me acaricia la mejilla y me mira con un cariño infinito. Y me siento alcanzar el cielo, tocarlo, acariciarlo.

—Me voy a quedar aquí tres años como mínimo —musito—. Los suficientes para establecer una relación de padre e hija.

—Padre e hija —repite con voz emocionada—. Suena genial.

—Es cierto, papá. —Me detengo en seco, un poco insegura, y le lanzo una mirada ansiosa—. ¿Puedo llamarte papá?

Vuelve a abrazarme.

—Acabas de hacerme la persona más feliz del mundo, hija —proclama.

Cuando nos calmamos un poco me invita a tomar un café en un bar cercano a la universidad y nos pasamos un par de horas contando anécdotas de nuestro pasado. A través de sus palabras descubro parte de su vida y me siento muy cerca de él, lo suficiente para vislumbrar nuestra aproximación para crear un vínculo importante entre los dos.

Le explico la parte positiva de mi vida e ignoro deliberadamente mis años de dolor en el instituto, el rechazo de los demás, el acoso. Solo menciono mi falta de amistades para introducir a las chicas en la conversación, con la ilusión de hacérselas cercanas, para que las sienta tan importantes como yo. Le menciono mi amor por las series y terminamos hablando sin parar de nuestra pasión compartida, las matemáticas.

Cuando llega la hora de entrar a trabajar, mi padre me acompaña y yo me siento como si flotara al volver a llenarme la mente con ese pensamiento.

Mi padre.

Es alucinante tenerlo al lado y poder llamarlo papá.

—Estaré fuera hasta el lunes que viene —comenta con tristeza—. Voy a pasar el cuatro de julio en casa de mis padres, pero volveré con la intención de seguir esta conversación. No voy a volver a perderte de vista, hija.

—Ni yo a ti, papá.

Le doy un beso tierno en la mejilla y entro en la cafetería.

Mientras guardo mis cosas en las taquillas de la parte de atrás no dejo de sentirme abrumada por la cantidad inmensa de acontecimientos que me han sucedido estos últimos días.

Son demasiados para asimilarlos de golpe.

Hakiro me espera con una sonrisa agobiada al salir y yo escondo bajo una expresión agradable mi agitación. Necesito ocupar la cabeza en cualquier actividad para no dejarla salir demasiado y olvidarme de lo ocurrido durante el máximo tiempo posible.

Seguro que al caer la noche mi mente se encenderá de nuevo, como si se tratara de un

polvorín.

—Hoy está a tope. —Hakiro señala con los ojos las mesas llenas a rebosar de clientes—. Estoy petado y todavía me quedan dos horas.

—¿Maddie no ha estado a la altura? —Señalo a mi compañera, la que hace el turno anterior al mío—. Suele ser muy eficiente.

—Sí, es una buena camarera, pero no sé muy bien qué pasa hoy porque no para de entrar gente y llevo tres horas atendiendo. —Suelta un suspiro—. Solo estoy cansado.

—Mañana es festivo, puedes dormir por la mañana. —Le guiño un ojo intentando parecer distendida—. Además, tener gente significa más propinas.

—Eso es lo mejor. —Me mira con preocupación cuando me permito un suspiro—. ¿Estás bien? Tú también pareces en las últimas.

Dudo un segundo, pero enseguida decido no compartir con él mis pensamientos. No le conozco suficiente y todavía soy bastante inexperta en temas de amistad para aventurarme a abrirle mi corazón a otra persona.

Suelto otro suspiro exasperado.

Últimamente no estoy preparada para afrontar los retos y yo suelo ser decidida, nunca le doy tantas vueltas a las cosas.

—Estoy a punto de caerme de sueño —digo al fin—, esta noche no he dormido demasiado. Pero seguro que un sueño reparador lo arregla.

Ojalá fuera así de sencillo, irme a la cama, cerrar los ojos y asimilar los últimos sucesos. Pero me espera más bien un insomnio horrible provocado por la emoción de haberme sincerado con mi padre y por las dudas que me despierta haberme besado con Dylan.

—¿Te vas a ir directa a la cama al salir? —pregunta Hakiro con decepción en la voz—. Te iba a invitar a una cena con mis amigos. Les caíste súper bien y habrá risas aseguradas. Prometo llevarte pronto de vuelta a la residencia.

—He quedado con Mandy, pero si no te importa que venga, nos unimos a la cena. —La idea es perfecta, así dilataré más tiempo enfrentarme a Dylan.

—¡Claro! Me cae de puta madre tu amiga.

Maddie nos echa una mirada de odio mientras camina hacia una de las mesas cargada con una bandeja llena a rebosar.

—Deberíamos ayudarla o sacará humo por la nariz —bromeo.

—Luego te cuento los detalles.

Apenas tengo tiempo de pensar durante la primera hora y media. No paro de servir sin perder la sonrisa ni el tiempo pensando en mis preocupaciones, las cuales se esfuman de mi mente y me dejan un regusto de buen humor cuando me permito recordar la conversación con mi padre y la promesa de establecer una relación, aunque me siento culpable por no haberle dicho nada a mi madre.

Cuando me quedan veinte minutos para acabar el turno, los clientes empiezan a descender.

Me permito unos segundos de descanso tras la barra, guardando platos y vasos en el lavavajillas.

De repente, la sonrisa se me congela con un aumento de ansiedad.

Dylan acaba de entrar al local.

Su mirada está cargada de intenciones. Camina hacia una mesa, se sienta y levanta la mano para que me acerque.

Miro hacia la puerta para asegurarme de que sus amigos no están ahí.

¿Aparecerán Faith y Quincy para ver cómo me rompe el corazón en directo? ¿Por eso ha

venido a esta hora?

—¿Quieres que le atienda yo? —Hakiro aparece frente a mí cuando salgo de la barra para caminar hacia Dylan—. Sé que está en tu zona, pero puedo echarte un cable.

—Voy yo. —Niego con la cabeza limpiándome las manos en el delantal para secar el sudor—. *Es mejor arrancar la mala hierba de cuajo para que no se enquiste.*

La última parte apenas es un susurro en mi lengua materna.

—¿Qué? —Levanta las cejas con interrogación.

—Nada, déjalo. —Fuerzo una sonrisa—. Dy no es demasiado de fiar y me temo que está a punto de demostrarlo.

—Si quieres...

—Necesito ir allí y sacármelo de encima. —Le coloco una mano en el hombro—. Gracias por ofrecerte, Hakiro, eres un amigo.

—¿Sin posibilidades de llegar a más?

—Lo siento.

Bajo la mirada y camino hacia la mesa de Dylan.

Sus ojos siguen fijos en mí, observándome con una intensidad dolorosa.

Espiro con fuerza, obligándome a tranquilizarme. No puedo evitarlo siempre, hoy he actuado como una cría y no quiero seguir haciéndolo.

Nunca he sido un cobarde, es absurdo retrasar lo inevitable.

Una vez llego a su mesa, saco la libreta y le dedico la misma sonrisa que a todos los clientes.

—¿Qué te pongo? —pregunto.

—¿Dónde has estado todo el día? —Parece ansioso—. ¡Tía! Esta mañana te has largado cuando estaba sobando, como si fueras una ladrona.

—¿Ladrona? —Compongo una expresión interrogativa—. Es mi habitación y quería pasar un rato en la biblioteca, no veo qué querría robar.

—Mi corazón. —Suenan casi como un susurro ronco y desesperado—. Te he echado de menos al despertar.

Cierro los ojos con una inspiración profunda que intenta serenar mis latidos estresados y la ansiedad imparables que me poseen.

—¿Puedes hacerlo ya? Me pone nerviosa esta situación.

—¿El qué? ¿Qué esperas que haga? ¿Pedirte para salir o algo parecido?

—Decirme que lo de ayer fue una broma y reírte de mí. —Miro alrededor—. ¿Dónde están tus amigos? ¿Se van a perder el directo?

—¡Déjalo ya! He venido a invitarte a cenar.

—No puedo. —Niego con la cabeza, inquieta—. He quedado con Mandy, Hakiro y sus amigos.

—¿De qué vas? Dile que te vienes conmigo y listos.

—He quedado antes con él.

Capítulo 22

Dylan

La fulmino con la mirada, encendiéndome con rabia.

¿De qué va eligiendo a ese niño? Me jode su actitud y me pone de mala leche. ¿De verdad va a dejarme tirado para largarse con Hakiro?

—Déjate de gilipolleces —suelto sin rebajar mi rabia—. Te vienes conmigo a cenar y punto.

—Ah, ¿sí? —Levanta las cejas con un gesto sarcástico—. ¿Eres mi padre? ¿Mi madre? ¿Mi jefe? ¿Mi novio? A ver, déjame pensarlo. —Se acaricia la barbilla con bastante teatro—. Solo eres mi compañero de habitación, nadie con capacidad para darme órdenes.

—Y el tío al que morreaste ayer.

—¿Cuándo tienes previsto decirme que todo fue una broma? Porque se me agota la paciencia.

—¿En serio? —La miro con remordimientos—. Tía ¿de verdad crees que lo de ayer solo fue para prepararte una putada?

—¿Desde cuándo haces algo agradable conmigo sin la puntilla?

—¿Y ya está? O sea ¿me machacas dejándome como una mierda y no me das cancha? ¡Tía! Podrías concederme el beneficio de la duda.

—¿Me puedes dar una sola razón por la que debería confiar en ti? Ayer dijiste que de momento no éramos nada...

—Quiero salir contigo a cenar —admito dándome cuenta de cómo lo deseo en realidad—. Lo de anoche me flipó. ¡Tía! ¡Fue la hostia besarte!

Su mirada inquisitiva me pone furioso. No debería, pero lo hace. Tiene un punto de recelo y otro de ansiedad, como si esperara que de un momento a otro la sorprendiera con unas carcajadas divertidas que solo intentarían reírse de ella.

Durante unos segundos le sostengo la mirada, sintiéndome la hostia de culpable.

—Esta noche he quedado con Hakiro y con Mandy. No voy a fallarles —dice al fin, rebajando su tono—. Nos vemos en la habitación y, si todavía quieres salir conmigo, busquemos fecha para otro día. —Suelta un suspiro—. Pero si es cierto que tienes un corazón ahí dentro, no vuelvas a reírte de mí.

—La duda ofende.

—¿Te traigo algo?

Su cambio brusco de tema me cabrea, pero no quiero forzar la situación y estoy convencido de que esta noche conseguiré comerle la boca otra vez.

No tengo ni idea de por qué al pensar en besarla me pongo a mil. Es como si un ciclón arrasara con mi serenidad para llenarme el cuerpo de un deseo perverso.

La repaso de arriba abajo, deteniéndome más de lo recomendable en sus pechos.

—Si me vas a dejar solo para la cena, puedes traerme una hamburguesa con doble de queso y un refresco de naranja. —Me cuesta obligarme a subir la mirada hasta sus ojos—. Es una pena no compartirlo con nadie.

—Cerramos en quince minutos.

—Tía, me sé los horarios de la cafetería de memoria y una hamburguesa me dura un suspiro.

—Está bien. —Exhala asintiendo—. Ahora te lo traigo.

La observo caminar hacia la barra con un movimiento hipnótico de las caderas. Lleva unos *shorts* vaqueros cortísimos que se le agarran al culo mostrando sus curvas perfectas y una camiseta que deja parte de su espalda al aire.

Es alucinantemente sexy.

¡Ya vuelvo a estar empinado! Esta tía tiene una especie de embrujo para mi polla o algo parecido, porque no deja de reaccionar ante sus movimientos.

El móvil vibra sobre la mesa.

Sé quién es, no necesito mirarlo para averiguar que Faith está cabreada. Y no tengo ninguna intención de dejarla hablar. ¡Estoy hasta las pelotas de sus gilipolleces! Nunca me deja hacer las cosas a mi manera.

Hoy mi viejo ha vuelto a mandarme uno de sus mensajitos amenazadores y solo me falta enfrentarme a Faith.

Lo dejo sonar esa y las tres veces siguientes hasta que se me hinchan los huevos y contesto:

—¿Qué pasa?

—Lo sabes perfectamente. —Adopta su tono cabreado—. Has fallado. Eres un mierda.

—A veces hay que perder algunas batallas para ganar la guerra. —Suelto la frase con sarcasmo—. ¿No es lo que sueles decir?

—¡No te pases de listo! ¡Sabes lo que nos jugamos, tío!

—¿Te he fallado alguna vez? Sabes que nunca. —Espiro con rabia—. ¡Deja de tocarme las narices! Tienes lo que acordamos, ahora métete tu impaciencia por el culo y dame aire. No necesito una niñera detrás de mí todo el día.

—Pues cumple y no la tendrás.

—¡Que te jodan! —Levanto el dedo corazón dirigiendo el gesto al teléfono, aunque ella no me puede ver. Si la tuviera delante le reventaría su sonrisa de hija de su madre.

—Quizá lo harán antes contigo.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

—No, Mac, no me gustaría una mierda porque eres mi amigo y quiero lo mejor para ti.

¡Y un huevo! Faith solo busca su propio beneficio y, aunque me joda, me tiene entre las cuerdas y no puedo echarme atrás ahora.

Aprieto los puños con fuerza.

—Dame un poco de espacio, joder.

—Quiero resultados.

Cuelgo con rabia e impacto un puño contra la mesa, haciéndola retumbar. Estoy la hostia de harto de sus numeritos, maldigo la hora en la que la conocí porque es una arpía manipuladora.

Brenda me trae el pedido con una expresión bastante hermética.

—¿Todo bien? —Señala la mesa con la mirada—. La pobre no tiene la culpa.

—Si quisieras venir a cenar conmigo...

—Déjalo ya, Dy. —Suspira—. He quedado y me irá bien divertirme un poco. No acabo de fiarme de ti, me has hecho demasiadas putaditas para no esperar una nueva puñalada traperera. Y, además, los amigos de Hakiro son divertidos.

—Venga, tía, no me dejes colgado. —Le dedico una mirada esperanzada que me daría arcadas en otro momento de mi vida y, sin embargo, ahora me parece la más adecuada—. Prometo

ser un tío legal y no joderte la noche.

—Si Hakiro está de acuerdo, podrías venir con nosotros.

—Okey. Pregúntale. —Y ahí está la demostración final de que me he vendido al enemigo. ¡Joder! ¿En serio acabo de rebajarme a cenar con SUS amigos?

La hamburguesa tiene una pinta de muerte. Me la como en pocos bocados para tragarme con ella el cabreo. Faith saca lo peor de mí. Es una capulla y no me apetece dedicarles demasiado tiempo a sus gilipolleces. Y lo de mi padre... Si alguna vez saliera del trullo sería capaz de cumplir sus amenazas, lo tengo clarísimo.

Brenda no vuelve a acercarse a mi mesa. La veo hablando con Hakiro un par de veces y entre ellos todo son sonrisas y suavidad.

Están de perfil a mí, puedo ver las risas de ambos, ese buen rollito que se llevan, y me hierve la sangre. Él se detiene un segundo y hace ver que le quita algo de la cara, pero veo a la perfección su intención y me enciendo.

Un jodido sentimiento de posesión se planta en mi cuerpo haciéndome reaccionar como un perro en celo.

Solo deseo increparle a Brenda por atreverse a reírse con él, a hablarle con esa camaradería... ¿Estoy celoso? ¿Es eso lo que se siente?

No, es imposible. Yo no suelo ponerme así con las tías.

¡NO ME VA EL ROLLO NEANDERTAL! Me lo grito varias veces al cerebro para que se entere, pero sigo fulminando a Brenda con la mirada y sintiendo el veneno de la rabia circular por mis venas.

Quiero su atención. Necesito sentirla en mí y no en él. No puedo permitirme que me arrebate la posibilidad de sentir sus ojos en los míos, de ser yo quien la haga reír y le roce la mejilla con el dedo con disimulo.

¡Me cago en todo!

Hakiro da un paso hacia ella colocándose tan cerca que sus cuerpos casi se tocan para susurrarle algo al oído. Ella estalla en carcajadas felices, sus ojos se llenan de una luz acojonante y le dedica una mirada dulce.

Me levanto con brusquedad, impulsado por el cabreo. Quiero gritarle a la cara a Brenda que es una capulla por tratarme así. ¿Por qué flirtea con otro ante mis narices después de besarme?

A medio camino me detengo en seco. Los ojos de Brenda me han descubierto y se quedan fijos en los míos mostrando desconcierto, pasión, deseo y ansiedad.

Estoy desvariando con este comportamiento tan fuera de lugar.

Se separa de Hakiro sin dejar de mirarme, como si sintiera mis pensamientos acelerados y quisiera marcar una distancia prudencial con su compañero.

Y le sonrío a mi chica para tranquilizarme mientras intento rebajar esas reacciones tan bruscas...

¡Un momento!

¿Mi chica?

¿En serio?

Brenda me está afectando más de lo normal. No puedo pensar de verdad que es mi chica. Yo no salgo con las tías, prefiero el sexo sin ataduras. Y si alguna vez lo hago será con alguien experimentado, no con una mojugata como ella. Y menos si lo nuestro está condenado al fracaso.

Sigue mirándome.

Cuando Hakiro avanza un poco hasta agarrarla por la cintura, acercarla a él y susurrarle

algo en el oído sin apartar la vista de mí, siento como si me desafiara.

Otra vez la efervescencia de los celos me inunda las venas y contrae todos los músculos de mi cuerpo. Las terminaciones nerviosas lanzan descargas de ansiedad a mi cerebro y cierro los puños contra la tela de mis pantalones con ansia.

Brenda camina hacia mí con una expresión tensa.

—¿Qué te pasa? —pregunta parándose a pocos centímetros de mí—. Pareces enfadado.

—¿Por qué estabas tonteando con él frente a mis narices? —suelto sin rebajar la furia de mi voz.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Su mirada está llena de confusión—. ¿Crees que te debo algún tipo de explicaciones?

—¿Te gusta Hakiro? —Doy un paso hasta colocarme tan cerca de ella que su cuerpo me llena de calor—. ¿Es eso?

—¿Por qué debería contestarte?

No se aleja. Empieza a respirar más rápido. Siento su aliento en la cara, acariciándome, llenándome otra vez de una necesidad indomable de ella.

—¿Puedes decirme si hay algo entre vosotros? —Acerco la mano a su brazo y lo agarro con fuerza, apretando más de lo normal.

—¿Y tú puedes soltarme y largarte de mi vista? —Es apenas un susurro ronco—. ¿No ves que estás haciendo el ridículo?

Seguimos con ese juego de las preguntas que se ha convertido en una forma de comunicarnos un poco extraña, pero muy nuestra.

—¿Por estar cabreado contigo porque después de besarme estás ligando con otro? —Tiro de ella hasta colocarla frente a mí.

—¿Y desde cuándo lo de ayer fue algo serio? —Se humedece los labios con la lengua y me atraviesa una descarga de deseo que se ensaña con mi polla hambrienta—. ¿No dijiste que no éramos nada?

Me molesta la hostia su tonillo como de sobrada y la ira vuelve a invadirme.

¿Qué me está pasando?

¡Parezco mi padre!

Este último pensamiento me hiela la sangre.

La tengo agarrada del brazo y siento la misma ira que él.

¡Joder! Acabo de reaccionar como el capullo de mi viejo, le he hecho daño, todavía la tengo agarrada por el brazo.

La suelto con rapidez, ansioso, con taquicardia.

—Luego te veo —susurro alejándome a marchas forzadas de ella.

¿Qué he hecho? ¿Acaso soy como él? ¿Soy capaz de hacerle daño? ¿Podría ponerle una mano encima?

Me tambaleo.

—¿No ibas a venir con nosotros? —Su voz llena de anhelo me alcanza.

Cuando nuestros ojos vuelven a conectar sé que no voy a comportarme como mi viejo, que quiero ser mejor persona con las tías. Y un último pensamiento me agarrota los músculos.

Quiero ser mejor persona para ella.

De todas las tías del mundo he ido a fijarme en la única imposible, porque nada conseguirá detener la explosión final cuando la verdad nos estalle en la cara y arrase con todo.

Debería largarme a follar con cualquier desconocida de un bar, olvidarme de ella aceptando que no puede salir bien y alejarme de esta locura, pero soy tan imbécil que sonrío, me

relajo un poco y acepto su proposición.

—Me parece cojonudo.

—Genial. —Se muerde el labio con una sonrisa—. En diez minutos nos vamos.

—Prométeme que si esos tíos son un coñazo nos largamos los dos.

—Te lo pasarás bien. —Ahora su sonrisa es tan radiante que me llena de luz—. Son parecidos a ti. Les gusta hablar de informática en plan friki.

La espero sentado a la mesa, observándola cada pocos minutos, con una sonrisa boba en la cara, como si acabara de cambiar de mente y ya no me considerara el mismísimo Dios de las mujeres, porque ahora solo me interesa una y me aterra.

Tardan un poquito más en salir porque Hakiro ha de cuadrar la caja, pero ella le ayuda con una claridad de mente increíble. Es una tía acojonante, le flipan las mates y por mis investigaciones he descubierto sus capacidades en ese campo. Quizá por eso ayuda a su compañero a encontrar el dinero que le faltaba a priori y nos ponemos en marcha.

Mandy nos espera a la salida y vamos los tres andado a una trattoria no muy alejada del campus, donde nos reunimos con un grupo de seis personas. Son tres mujeres y tres hombres de diversas etnias, con vestimentas diferentes y nada homogéneos en cuerpos ni en fisonomía.

Durante las dos horas siguientes me integro con facilidad en sus conversaciones. Sé la hostia de informática para seguir algunos de los temas y me lo paso bien con ellos. No son como Faith y Quincy, tienen una forma acojonante de relacionarse, con sencillez, sin subterfugios ni necesidad de medir cada una de mis palabras para evitar un conflicto.

Y me doy cuenta de que quizá me he perdido demasiado en la vida, porque jamás he tenido amigos como ellos ni le he permitido a nadie entrar en mi coraza.

Brenda no participa demasiado en la conversación porque no es del ramo, pero parece feliz. Come sin dejar de proferir esos ruiditos tan alucinantes, aporta algunos datos acertados en algunos momentos y se la ve relajada, como si estuviera pasándolo bien.

Cuando nos traen la cuenta se me ha pasado el tiempo volando y flipo que te cagas porque es de las primeras veces en mi vida que disfruto con un grupo de gente.

No hay quórum para salir a tomar un trago después de la cena, todos están cansados.

Camino con Hakiro, Mandy y Bren hasta nuestra residencia. Hablamos de cosas sin importancia y noto enseguida la incomodidad de ella al llegar al recibidor. Supongo que no le ha contado a nadie nuestra situación y no debe querer dar pie a ningún cotilleo.

—Es la hostia de tarde. —Miro el reloj—. Tíos, os veo otro día, necesito ir al baño. —Lo señalo con la cabeza y siento la mirada de agradecimiento de Bren—. Buenas noches.

No me pasa desapercibida la expresión emocionada de Hakiro cuando desaparezco. Ese tío anda detrás de Brenda...

En vez de entrar en el baño les sigo a corta distancia para asegurarme de que no le toca ni un pelo, pero ella se basta y se sobra para pararle los pies frente a la puerta de nuestra habitación.

Los observo escondido en la esquina y suelto el aire en un suspiro aliviado cuando Brenda entra dejando a Hakiro frustrado en el pasillo.

Unos minutos después me aventuro a acceder a mi cuarto.

—Ha sido la hostia. —Me alcanza una oleada de calor al descubrirla a medio ponerse el pijama cerca del armario—. Deberíamos repetir.

—No me apetece demasiado pasar el rato discutiendo ni nada por el estilo. —Se esconde con rapidez tras la puerta del armario y me habla en un tono cansado—. Estoy molida. Solo quiero ver un par de episodios de cualquier serie y dormir hasta que no me quede sueño.

—¿Te vale la nuestra? —Me quito la camiseta sin pudor y me cambio los pantalones por unos de pijama—. Podríamos repetir lo de anoche.

Avanzo hasta detenerme a pocos centímetros de ella. Estamos cerca de su cama, de pie, el uno frente al otro, y mi deseo se incrementa de forma preocupante.

—Me he pasado toda la noche deseando besarte. —Le paso un dedo por los labios—. Tía, eres apetecible que te cagas.

—¿Van a unirse tus amigos a la fiesta?

—No sigas por ahí. —Me acerco con mucha lentitud. Nuestros labios casi se tocan—. Ha sido una noche cojonuda y no tengo intención de joderla.

—Yo también tengo ganas de besarte —acepta con una voz tan ronca que me excita demasiado—. Llevo horas deseando hacerlo, pero me aterra que lo utilices para volver a reírte de mí.

—Eres una plasta. —Le rodeo el cuerpo por la cintura y la acerco mucho al mío.

—Y tú un chulo. —Se cuelga de mi cuello.

Nuestros corazones parecen decididos a acompasarse a mil por hora y nuestras respiraciones están aceleradas, con resuellos cargados de deseo.

—Tus labios son una tentación de la hostia. —Me acerco mucho a ellos—. ¡En serio, Bren! ¡Me pones un huevo!

—Bésame de una vez —musita pegada a mis labios.

Y lo hago.

La beso como si me fuera la vida en ello, acercándola a mí con fuerza, sintiendo su calor, notando sus pechos contra mi torso y vibrando como nunca me creí capaz, porque jamás en mi vida me había encendido solo besando a una tía.

Capítulo 23

Brenda

Abro los ojos de golpe y me invade la ansiedad.

¿He dormido con él? ¿En la misma cama? ¿Abrazándole?

¡Mierda!

Mi respiración se agita al sentir sus manos rodeándome por la cintura a mi espalda, en la posición que suelen llamar *la cucharita*.

El corazón se me vuelve loco. Tengo la camiseta del pijama un poco levantada y noto el tacto de su piel contra la mía. Es una sensación cálida, llena de sensualidad, perfecta.

¿Se le habrá subido la camiseta? ¿O está durmiendo solo con la parte de abajo del pijama?

Parpadeo sin atreverme a mover ni un músculo.

¿Cómo hemos acabado así? ¿Desde cuándo le permito a un chico acostarse a mi lado? ¿Por qué se lo consentí a Dylan? ¿Va a hacerme daño otra vez?

Recuerdo los besos de ayer. Fueron una explosión multicolor en mi cuerpo, una cantidad inmensa de detonaciones llenas de necesidad.

No podía detenerme. Sus labios me incitaban a querer más, a acariciarlo sin detenerme, a tocarle la piel, a acercarme tanto a él que no podía casi ni respirar sin resuellos, a dejarle tocarme para despertar llamas cada vez más ardientes que me embriagaban de deseo.

Nos pasamos mucho rato de pie sin separarnos. Su lengua hacía estragos con la mía, le mostraba mil formas de acariciar, de sentir, de unirse. Y sus manos eran como una mecha capaz de prender mi piel.

Al final, una pasión desconocida me hizo seguir el movimiento de sus manos levantándome por la cintura y enroscando mis piernas alrededor de sus caderas para colgarme de él sin dejar de devorar esos labios tan apetitosos.

Me llevó hasta mi cama y me tumbó, con él encima de mí, sin separarnos, sin cortar el beso, sin dejar de jadear entre mis gemidos.

Apenas tuve lucidez para pensar qué estaba haciendo ni para plantearme a dónde conducían mis acciones, como tampoco para recriminarme mi forma de actuar, porque lo único que me importaba era perderme en él.

Creo que si Dylan hubiera querido ir más lejos no hubiera dudado en dárselo todo. Y eso me asusta porque las dudas siguen presentes a la luz del día.

Sé que fue su decisión dejarlo a tiempo, justo cuando sus manos se aventuraron a tocar mi piel y se descontroló. Si no llega a detenerse no tengo ni idea de qué hubiera sucedido, pero lo hizo, se contuvo, se separó de mí y me propuso ver un par de capítulos de nuestra serie.

Mientras se reproducía la acción en la pantalla del ordenador él me abrazaba, me acariciaba la piel y me permitía acurrucarme sobre el calor de su pecho. Mi cabeza apenas lograba discernir con claridad, estaba embrujada por su esencia.

En algún momento debí dormirme, pero no recuerdo cuándo ni cómo fue.

No tengo ni idea de cómo actuar ahora ni qué espero de lo que sea esto que tenemos.

Escucho una vocecita interior que no para de susurrarme la necesidad de ir con cuidado.

Me cuesta fiarme de él y no quiero sentir la atracción que se dispara al verlo aparecer porque huelo el riesgo a kilómetros.

Sin embargo, es tan alucinante que me abrace...

Cierro los ojos un segundo, me muerdo el labio y me dejo llevar por esta sensación. Es mágica, perfecta, vibrante.

Suspiro.

Quiero pasar el resto de mi vida así, con sus brazos atrapando mi cintura, con su cuerpo pegado al mío, con su respiración en mi mejilla.

—¿Estás despierta? —ronronea tan cerca de mi cara que su aliento me cosquillea en la mejilla—. Has dejado de respirar un par de veces y acabas de suspirar. —Me acaricia con los labios—. Buenos días, bella durmiente.

—Buenos días. —Mi tono es prudente. Me mantengo al acecho, sin saber muy bien a qué atenerme—. ¿Nos quedamos dormidos?

—Lo hice a propósito. —Una de sus manos se cuela debajo de mi camiseta para acariciarme el vientre—. ¿Sabes? ¿Dormir contigo me ha flipado que te cagas!

Mi corazón parece un caballo desbocado. No tengo ni idea de qué esperar de él, pero sus palabras son demasiado reveladoras para no atenderlas como es debido. No hay rastro de su chulería habitual ni de broma ni de chanza. Eso me trastorna, porque quiero aceptar su discurso y a la vez temo creérmelo.

Solo hace doce días que le conozco y poco más de treinta y tres horas desde nuestro primer beso. Es un tiempo demasiado exiguo para sentirme tan cerca de él, por eso lo rechazo de pleno, aparto sus manos de mí y me incorporo mirándolo con la alarma pintada en mi cara.

—¿Te das cuenta de que nos conocemos hace menos de dos semanas? —pregunto con una aceleración del ritmo cardíaco cuando una de sus manos camina por mi pierna trazando circulitos en la piel. Tal como me temía, va sin camiseta y mis ojos recorren su torso con una perversa necesidad de aumentar mi cota de deseo hasta el infinito—. ¿Y de cómo me has tratado desde mi entrada en esta habitación? —Niego con la cabeza—. No me fío ni una pizca de ti, así que si estás esperando el momento para reírte empieza de una vez.

—¿En serio, Bren? ¿Otra vez con lo mismo? —Sus ojos brillan con una luz especial—. ¿Puedes quejarte de mi trato estos últimos dos días?

—¿Piensas hacerme otra jugarreta?

—Nena, deja de hacer eso, ¿okey? —Me agarra por la cintura para estirarme sobre él y envolverse entre sus brazos—. No estoy preparándote otra broma pesada, eso pasó a la historia. Me gustas un huevo, no sé por qué necesitas oírlo cada dos por tres, pero no tengo problema en repetírtelo. Eres sexy, me pones la hostia, me flipa besarte y no quiero volver a ver cómo flirteas con otro tío como hiciste ayer con Hakiro. Quiero descubrir a dónde conduce esto y es necesario hacerlo juntos, Bren. Confía en mí.

—Podemos intentarlo. —Acepto con una sonrisa cauta—. Soy capaz de dejar a un lado lo sucedido los primeros días si prometes que no volverás a utilizarme.

Desvía un segundo la mirada con una velada expresión de ansiedad, pero la borra con rapidez para componer una sonrisa.

—Prometo que me gustas un huevo.

—Espero por mi bien que sea cierto. —Intento levantarme, pero sus brazos se ciñen más alrededor de mi cuerpo para mantenerme sobre el suyo—. Déjame levantarme, necesito pasar por el baño para darme una ducha y cepillarme los dientes.

—Huelo acojonantemente bien. —Me acaricia el cuello con la nariz y luego utiliza los

labios para llevarse mi cordura un segundo—. A mujer.

—Si me sueltas mejoraré mi aroma notablemente.

—Hoy tenemos una cita, no lo olvides. —Me da un beso en la comisura de los labios deshaciendo el abrazo muy lentamente—. Ponte guapa, porque te tengo reservada una sorpresa culinaria de la hostia. No me quiero perder tus gemidos con la comida. Son iguales a los que haces cuando te beso, y son tan jodidamente sexys que no sé si seré capaz de aguantarme las ganas de lanzarme sobre tus labios mientras comas.

—Me gusta esta versión de ti, Dy. —Cuando afloja del todo el abrazo me bajo de la cama—. No vuelvas a mostrarme la otra, por favor. No te favorece y esconde tu mejor faceta.

—Esta es solo para ti. Ni de coña se la enseño al resto del mundo. ¡Tía! ¡Tengo una reputación que mantener!

—Es mejor ser tú mismo que mostrar una fachada. A la larga acaba pasándote factura.

Mis palabras le velan la mirada un segundo, pero borra el gesto al instante.

Me da una palmada en el culo una vez estoy de pie y se queda mirándome estirado boca arriba, con las manos debajo de la cabeza y una expresión socarrona.

—Si supieras cómo me pone ese pijama cortito te cambiarías de inmediato. Me he pasado la noche mirándote las tetas.

—¡Eh! —Me acerco a él para darle una palmada suave en el torso—. ¡Perverso!

—Cariño, soy eso elevado a la potencia máxima. —Se pasa la lengua por los labios—. Te prometo que cuando estés preparada voy a darte una clase magistral y lo vas a flipar que te cagas.

—¿Ya estamos con ese egocentrismo de siempre? —Me escondo detrás del armario para elegir un vestido bonito, con una sonrisa tonta en los labios.

—Es que soy el mejor, no necesito hacerme el modesto cuando estoy convencido de mis palabras. —Suelto una carcajada de esas que jamás me creí capaz de lanzar—. Todas las tías se quedan con ganas de repetir cuando prueban mi técnica.

Sus últimas palabras me cortan la risa de golpe porque muestran una realidad demasiado ansiosa como para tomármela a la ligera.

Salgo de detrás del armario con mi ropa preparada y mi neceser.

—Yo no quiero ser una más, Dy —expongo con inquietud, pero decidida a dejar las cosas claras—. Sé cómo eres y no podría sobrevivir a algo así. Prefiero que me lo digas ahora, que me lo adviertas si solo buscas un revolcón conmigo, porque te juro que si me dejas al día siguiente me destrozarás. —Me acerco a él para dirigirle una mirada seria—. ¿Es eso lo que buscas? ¿Intentas ganar alguna apuesta o algo parecido?

Me agarra por la cintura incorporándose un poco y me sienta a horcajadas sobre su regazo.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿En serio, Bren? —Parece enfadado—. ¡Deja de darle vueltas a todo! Me gustas, ¿cómo te lo he de decir para que te entre en la mollera? Nunca me había gustado tanto una tía y quizá sea un poco torpe en eso, pero no intento joderte. —Sonríe y me acerca la boca al oído—. Bueno, en realidad, sí me gustaría joderte muchas veces y de muchas formas.

—Serás... —Le doy un manotazo en el brazo y él me coge la muñeca sin dejar de reír.

—Lo digo de verdad. —Su tono es sincero—. Me gustas muchísimo, Bren, y quiero salir contigo. No tengo intención de dejarte después y espero que tú tampoco. Y estoy dispuesto a esperar lo necesario para avanzar contigo. Cuando lo hagamos será porque te sientes preparada.

—De acuerdo. —Doy un golpe contundente con la cabeza para convencerme de mis palabras—. Confiaré en ti porque tú también me gustas. Aunque atente contra cualquier lógica, estoy contenta de que hayas sido mi primer beso.

—Y el primer tío que duerme contigo.

—Eso también.

—¿Tu primera cita? —Enarca las cejas mirándome con una sonrisa.

—Vas sumando puntos en la escala de las primeras veces. —Me acerco para darle un beso rápido—. Si sigues así ganarás el premio gordo.

—Cuando eso ocurra será la hostia. —Siento cómo sus brazos me ciñen más hacia él y mi cuerpo vibra. Es como si fuera un diapason que reverbera el sonido de su tacto por cada pequeño átomo de mi cuerpo.

—Necesito una ducha —musito casi sin voz.

—Lástima que los vestuarios no sean mixtos. —Sus labios acarician los míos disparando un millón de descargas en mi punto de placer—. Me metería contigo en la ducha con intenciones poco honestas.

—Entonces es una suerte que no sea mixto. —Lucho contra mi deseo colocándole las manos en el pecho para separarme de él—. Porque hubiéramos tenido una pelea.

—¿Otra primera vez? —Aprieta más fuerte el abrazo—. Me voy a convertir en un adicto a ellas, como lo soy a tus labios.

—Llevo peleándote contigo desde que te conozco.

—Pero esta sería tu primera vez desde que estamos juntos.

Me deja un segundo sin aliento por cómo lo pronuncia y cómo su voz recorre mi interior mostrándome una realidad que no sé si estoy preparada para aceptar.

Sigo con esa extraña sensación de temporalidad, como si estuviera esperando a que explote la burbuja de un segundo a otro.

—¿Estamos juntos? —Levanto las cejas mirándolo con interrogación.

—Sí, tía. ¿Tan difícil te es metértelo en el coco?

—¿Te has planteado qué dirá Faith al respecto? ¿O Quincy? Parecían más interesados en reírse de mí que en aceptarme como tu pareja. —Tan pronto como mis labios lo pronuncian me quedo callada. ¿Pareja? ¿En serio está pasando?

—Mírame. —Sin darme cuenta he desviado las pupilas hacia la puerta, sin fijarme para nada en ella porque estoy perdida en mis pensamientos—. Bren, mírame.

Vuelvo a posar mis ojos en los suyos con una aceleración de mis latidos.

—Es que me parece todo tan irreal, tan absurdo. Hace dos días no me soportabas.

—¡Ya está bien! —Su mirada se llena de ira—. No vamos a tener esta conversación cada cinco minutos, porque me raya mogollón. Estamos juntos y si a mis colegas les jode los veré menos y punto. ¿Podemos intentar que esto funcione y olvidar ya tus jodidas dudas?

—¿No deberíamos hablarlo un poquito más?

—Ni de coña. Se acabó este tema, está zanjado.

No quiero insistir más, antes debería darle un par de vueltas a la situación. Si quiero ir a por todas e intentarlo de verdad debo buscar la forma de confiar en él o estamos condenados al fracaso.

Sonríó. Asiento. Y le doy un casto beso en los labios sin profundizar para que no note mi aliento matutino.

—No me rompas el corazón, ¿vale? —Me retiro un poco hacia atrás para observar cada parte de su rostro y grabarla a fuego en mi memoria—. Si de verdad estamos juntos necesito un compromiso, Dy. Saber que solo estás conmigo. Si algún día descubro que te has ido con otra me vas a destrozar. Aunque no lo parezca, soy muy débil a nivel sentimental.

—¡Okey! —Su sonrisa genuina me emociona—. ¡Tía! ¡No seas ñoña!

—Eso te gusta de mí o no estarías abrazándome.

—Me flipa cómo eres. —Me acaricia la mejilla con la nariz produciéndome descargas de anticipación—. Nunca me imaginé diciendo esto, pero no me molesta nada que seas una mojigata. Tienes carácter, sabes lo que quieres y eres valiente. ¡Tía! ¡Eres la hostia!

—Tú también eres diferente a como imaginaba cuando te conocí.

—Me pasaría la mañana contigo en la cama, pero no me creo capaz de mantener las manos quietas, y el resto de mi cuerpo ni te digo. —Me levanta a pulso mientras se pone en pie y me deja frente a él—. Hora de la ducha. ¿Nos maqueamos para pasar un día de la hostia?

—¿Me llevarás a desayunar?

Asiente sonriendo y su expresión me dice: *¿en serio, tía? ¿Sigues contestándome con preguntas?* Y yo estallo en carcajadas porque es una parte de nosotros.

Nosotros...

Suena raro, alucinante, increíble.

¿Es posible? ¿Puede alguien dar ese giro en pocos días?

¡Basta!, me grito en la mente. Necesito encontrar la forma de dejar atrás mis recelos y creérmelo. Aunque las posibilidades de alguien como yo de conseguir a un tío como Dylan son mínimas y me cuesta tanto asumirlo que me hago líos mentales.

—¿Te apetece un brunch? —Levanta las cejas divertido—. ¿Te invito al North Street Grille, el mejor lugar para comer la hostia a estas horas?

—¿Son las once? —Miro por primera vez el reloj alucinada—. ¿Por qué me has dejado dormir tanto?

—¿Alguna vez te has visto dormir? ¿El espectáculo tan acojonante que es observarte? ¿Sabes cómo me flipa?

—¿Estamos compitiendo? —Levanto las cejas de nuevo—. ¿Quieres seguir hablando con preguntas?

—Prefiero ducharme y lavarme los dientes para poder besarte. —Me acaricia la mejilla atrayéndome hacia él con la otra mano—. Y luego te llevaré a otras primeras veces. Tu primer brunch oficial en Boston, tu primer cuatro de julio en Estados Unidos, tu primera cita oficial con tu chico...

—Es emocionante. —Apoyo mi frente en la suya—. Tú eres alucinante.

—Como no pongas la directa te desnudo. ¡Tía! ¡Me pones la hostia!

Mis carcajadas felices son mágicas, están llenas de una emoción positiva.

—Hay otra primera vez —musito con suavidad, sin levantar la cabeza—. Nunca me había gustado un chico.

Hunde la nariz en mi pelo y me da un beso suave.

—Tía, tenemos que patentar la lista de tus primeras veces. Podemos llenarla de ideas y ponerlas en práctica juntos.

—Vale, pero solo si tú también escribes tus deseos y los hacemos realidad.

Mis tripas deciden interrumpir el momento con un crujido.

—Lo siento. —Me sonrojo—. Estoy famélica, hace demasiadas horas que no como.

—¿Quedamos aquí en quince minutos? —Deshace el abrazo despacio—. No quiero ser el culpable de una muerte por inanición y menos de la tía con la que salgo.

—¿Te parece mal el término novia? —No sé por qué, pero necesito etiquetar lo que somos a pesar de que no hace ni dos días de nuestro primer beso.

—¿Quieres ser mi novia? —Enarca las cejas con una mirada pícara.

—¿De ahora en adelante? —Me muerdo el labio con una mueca traviesa—. ¿Enfrente de

todos? ¿Con un cartel luminoso que lo anuncie?

—¿Te mola la idea?

—¿Y a ti?

—¡Vale, tía! —Levanta los brazos con una sonrisa—. ¡Tú ganas! ¡Eres la leche! Sí, somos novios, pero no te flipes, ¿okey? O sea, no somos de esos empalagosos que se convierten al rosa pastel. —Arruga la cara en un gesto de asco—. Por eso no paso ni de coña.

—No debería perdonarte por tus bromas pesadas, pero lo voy a hacer. —Me doy la vuelta y camino hacia la puerta. Antes de abrirla me giro un segundo—. Haz que valga la pena, Dy. No me decepciones.

Capítulo 24

Dylan

El North Street Grille está a tope, como siempre. Es uno de los mejores lugares para tomar el brunch de esta ciudad y aunque me jode la hostia esperar una mesa, sé que a Brenda le va a flipar y quiero sorprenderla.

Estoy acojonado, la verdad. Mi cabeza no piensa con coherencia ni me apetece plantearme las consecuencias de seguir adelante con esta locura.

Si estuviera centrado me daría media vuelta y lo detendría. Olvidarme de mis estúpidos sentimientos por Bren sería lo más sensato. Pero ¿desde cuándo soy sensato? Prefiero el riesgo a máxima potencia, conducir en contra dirección a toda hostia sin importarme encontrarme los coches de cara ni esquivarlos, aunque queda clarísimo que en algún momento puedo chocar con uno de ellos frontalmente y destrozarnos la vida a ambos.

Y sé que eso pasará con Brenda. Acabaremos los dos heridos, es inevitable.

Cuando mis ojos la repasan desde las piernas hasta sus ojos siento cómo me lleno de una necesidad demasiado acuciante de detenerme y darme cuenta del verdadero peligro al que nos enfrentamos si me aventuro a seguir adelante con esta locura. Pero, a la vez, necesito tenerla, aunque solo sea un tiempo.

Porque solo durará eso, un periodo efímero del que luego me arrepentiré por no haberlo detenido cuando todavía era capaz.

¡Ojalá pudiera cambiar la realidad, joder!

Su sonrisa es la hostia.

No deja de mirar hacia todos los lados, es como si quisiera percibir hasta el último detalle del lugar y no pudiera dejar de emocionarse a cada segundo. Esa chispa vital que desprende me atrapa como cada vez que la descubro en su mirada. Es como si respirara vida por todos los poros de su piel, como si sus emociones salieran a borbotones de su cuerpo para invadir la estancia.

Tengo sus dedos entrelazados entre los míos. En mi vida había actuado así, en plan delicado y solícito. Suelo ser directo y brusco con las tías. Tomo lo que quiero de ellas, me las follo de mil formas, les doy un placer de la hostia y me largo para no volver a llamarlas. Es una transacción igualitaria, les ofrezco un polvo acojonante a cambio de sexo sin ataduras.

Sin embargo, ahora no quiero eso. Anoche la flipé conmigo cuando me detuve. La tenía donde quería, si la llego a desnudar no hubiera opuesto resistencia. Lo sentí. Soy un experto en tías y lo supe desde que la estiré en la cama. Ella había perdido su voluntad, estaba a mi merced y por primera vez en mi vida no me lancé hasta el final. Y no acabo de comprender qué me detuvo.

Los dos estamos rompiendo moldes y dejándonos enredar en algo demasiado peligroso.

El móvil vibra en mi bolsillo para recordarme de repente mi precario equilibrio. Cuando lo saco del bolsillo y leo las palabras de mi padre el cabreo me llena el cuerpo.

—¿Pasa algo? —Ella se acerca mucho a mí, preocupada.

—Mi viejo no deja de mandarme mierda —explico sin demasiadas ganas de hablar del tema—. Es un cabrón, pero me la sudan sus amenazas de mierda, está en el trullo y no va a salir en lo que le queda de vida.

—¿Qué tipo de amenazas?

—Quiere verme muerto, a mí y a cualquiera que me importe.

—Pues no dejes que te afecte. —Me da un beso suave en la mejilla—. Alguien como él necesita hacer daño para sentirse bien. No deberías dejarle salirse con la suya.

La abrazo asintiendo.

Soy un mierda porque sé cómo terminaremos. Lo tengo demasiado presente y aunque me gustaría cambiar lo insalvable, nada detendrá la bola de nieve que se precipita cuesta abajo para provocar un alud de un momento a otro.

Y nos va a sepultar a los dos.

—La comida tiene una pinta alucinante. —Se apoya en mi hombro acercándose mucho a mí y cambiando de tema, como si intuyera cómo me agobia hablar de mi padre—. No sé si aguantaré hasta que nos den una mesa. Me muero de hambre.

—Vale la pena la espera, ya lo verás.

—Solo con el olor y los platos que van pasando los camareros ya lo sé. —Entrecierra un segundo los ojos mordiendo el labio—. Voy a arruinarte, ya te lo aviso. Me va a costar demasiado decidirme por una sola cosa de la carta, porque todo me parece apetecible.

La rodeo por los hombros con un brazo para acercarla más todavía a mí.

—Tú me pareces lo más sabroso de este lugar. —Bajo la cabeza para susurrarle al oído—. Te comería entera.

—La paciencia es una virtud. —Suelta una risa feliz—. Quizá, si te portas bien unos días, soy yo la que te hinca el diente. —Baja la voz a un susurro ronco que me acaricia como si fueran sus manos—. Ya sabes cómo me gusta comer.

Mi polla ya está celebrando sus palabras con una fiesta de la hostia. Debo reprenderla para que aprenda de una vez por todas cuál es su lugar.

—Puedes pedir lo que te apetezca. —Decido no ahondar más en sus palabras. Si lo hiciera acabaría llevándomela a cualquier lugar apartado y perdería demasiado—. Seguro que criticarás el café, pero la comida no tiene rival.

Levanta un poco la cabeza, se pone de puntillas y accede a mi boca para darme un suave beso.

—Cuando bajas de tu pedestal y te comportas como realmente eres, tú tampoco lo tienes. ¿Por qué te escondes bajo ese Dy?

—Quizá ese es el verdadero.

—No lo es. —Se cuelga de mi cuello para besarme otra vez y luego apoya la cabeza en mi pecho—. Tienes corazón, ahora lo sé. No debería darte tanto miedo mostrarlo porque, aunque pienses lo contrario, eso no te hace débil, muchas veces ayuda a demostrar lo valiente que eres.

—Si hubieses vivido mi infancia no hablarías así. —La estrecho entre mis brazos sintiendo un calor extraño, alucinante y aterrador en el pecho—. Al crecer necesité ocultar mis sentimientos bajo una capa de fortaleza. Era eso o perderme para siempre.

—¿Qué te sucedió? ¿Por qué no podías ser tú mismo?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo para escucharla. No me voy a ir del MIT en tres años como mínimo.

La tentación de abrirle mi corazón me alcanza y me doy cuenta del peligro al que me expondría si lo hago. Es una maniobra condenada al desastre.

No puedo hacerlo.

Nunca me lo perdonaría, porque llegará un momento en el que se convertirá en un arma

arrojadiza contra mí y debo protegerme.

Cuando estoy a punto de desviar la conversación, una camarera nos llama para darnos una mesa. La seguimos cogidos de la mano, como dos chiquillos enamorados.

¿Enamorados? ¿En serio?

No. Ni de coña. Amor es una palabra demasiado fuerte. Yo no me enamoro. Brenda me gusta y me atrae, eso es todo. Existe una tensión sexual entre los dos, me la follaría una y otra vez, pero tarde o temprano me cansaré de ella. Seguro.

La observo sentarse con esa sonrisa arrebatadora que grita su emoción por cada detalle y arqueo los labios en una expresión embobada.

¿Estoy de coña? ¿En serio acabo de comportarme como uno de esos niños de los que me descojono?

Me siento intentando desviar la atención, pero me es imposible. Ella es luz y mi oscuridad quiere iluminarse con sus rayos, sentir el calor que emanan y perderse en ellos. Y, aunque no debería, quiero permitirle que me deslumbe mientras todavía tenemos tiempo.

Durante un par de minutos estudiamos el menú en silencio.

—No puedo mirar la carta. —La cierra nerviosa—. Me gusta todo y no tengo ni idea de por qué decidirme, así que te voy a dejar la difícil tarea de sorprenderme.

—¿Es la primera vez que le pides eso a un tío? —Le acaricio la mano derritiéndome como un imbécil con demasiados sentimientos acosándolo.

—Otra más para añadir a nuestra lista.

—Vamos a lo grande entonces. —Le guiño un ojo—. Voy a pedir un banquete digno de reyes y ya veremos si te lo acabas.

—¿Acaso lo dudas?

Suelto una carcajada. Es acojonante sentirme así de bien al estar con ella.

—¿Qué planes tienes cuando acabe el curso de verano? —pregunto sin dejar de acariciarle la mano—. Hay cuatro semanas libres hasta que empiece la universidad. ¿Vas a volver a España?

—Pensaba gastarme algo de mis ahorros visitando un poco los alrededores. Nueva York no está lejos y es una de las ciudades que más ilusión me hace visitar. Y luego podría dejarme llevar. Pero no sé, después de lo de ayer quizá me lo replantee.

—Ahora me has dejado la hostia de curioso. ¿Qué pasó ayer aparte de morrearte conmigo?

Duda unos momentos. Es como si estuviera valorando qué grado de confianza me ofrece. Y a pesar de lo mucho que jode, la entiendo. No he dejado de hacerle putadas desde que la conozco. Yo tampoco me fiaría de alguien como yo.

—Me sinceré con mi padre. —Al final decide ir a por todas conmigo, lo noto en su mirada, y me recorre un escalofrío de culpabilidad porque no me lo merezco y me duele saberlo—. Bueno, más bien fue él quien dio el primer paso, pero al fin pude hablar con él por primera vez como padre e hija y fue increíble.

—Otra primera vez...

—Pues sí y de las más alucinantes.

De repente lo veo claro. Voy a darlo todo mientras dure, le ofreceré el máximo de sinceridad posible para que cuando esta historia termine con su corazón roto en mil pedazos, ella tenga recuerdos a los que agarrarse. Me da igual si lo usa en mi contra después o si se convierte en mi talón de Aquiles porque necesito darle algo, ofrecerle una parte importante de mi interior, como hace ella.

Aunque le mienta en lo esencial.

—Yo no soporto a mi viejo, Bren —admito acariciándole la mano—. Lo odio con todas

mis fuerzas y deseo que se pudra en la cárcel para el resto de su vida.

—No me imagino sintiéndome así con ninguno de mis padres. —Sus ojos son una ventana a su alma—. Vine aquí con ganas de conocer al mío. Supe su nombre a los trece años y desde entonces encontrarme con él se convirtió en una meta para mí. Estaba en el MIT de profesor de matemáticas, a mí se me daban de miedo, las adoraba desde niña y quería salir de mi pueblo para poner distancia con la gente que llevaba años atormentándome, así que luché para llegar hasta aquí y apuntarme a un curso de verano que da él.

Mi cerebro establece la conexión y la miro, flipando la hostia.

—¿El profesor Nixon es tu padre? —Asiente mordiéndose el labio en ese gesto tan sexy que desata mi libido al segundo—. ¡Qué fuerte!

—¿Tanto te sorprende?

—¿Lo dices en serio? ¡Tía! Andrew Nixon es el tío más serio de esta universidad. Jamás le he visto con una tía y es súper joven para ser tu padre.

—Cuando mi madre se quedó embarazada los dos eran unos críos. —Sus ojos parecen perderse en el pasado—. Al venir aquí no tenía claro si se lo iba a decir o no. Al principio solo quería conocerle, saber si se parecía a mí, averiguar cómo era. Imaginaba que no se acordaría de una aventura de hace casi diecinueve años, pero lo hizo. Recordaba el nombre de mi madre, el de nuestro pueblo, las fechas y todo lo sucedido entre ellos. Fue él quien ató los cabos.

—¡Acojonante! Yo soy incapaz de darte más de cuatro nombres de la lista de tías que han pasado por mi cama.

Su mirada me advierte de la cagada que acabo de cometer. Se apaga como si de repente se percatara de con quien está hablando.

—Estuvieron juntos poco tiempo, pero fue algo de verdad —dice con fuego en la voz—. A veces hay sentimientos y se convierten en parte de ti. No todo puede ser pasajero en la vida, Dy. Quizá hayan sido chicas anónimas para ti, pero para muchas de ellas tú has sido importante y no se merecen ese desprecio.

—Solo una significó algo antes de ti —admito—. Aunque era una relación muy desigual en cuanto a sentimientos porque yo me creía incapaz de enamorarme.

—¿Y ahora has cambiado de opinión?

¡Soy un imbécil! ¡En serio! ¡Lo soy! Brenda me induce a hablar con profundidad y esta conversación se me está yendo de las manos porque, a medida que la sostengo, me percató de demasiadas cosas imposibles.

Por suerte, la camarera aparece en este instante para tomarnos nota.

Pido un montón de comida y por la cara extasiada de Bren sé que acierto en todo, incluso en encargarle un *expresso* triple muy cargado y un zumo de naranja.

—Siempre he querido probar los huevos Benedict. —Se le ilumina la cara—. ¡Y los pancakes típicos americanos!

—Eres tan fácil de contentar.

—No te lo creas, soy difícil en otros aspectos.

Pasamos el resto del brunch hablando de cosas menos profundas que al principio y ella se olvida de interrogarme más a fondo acerca de mi metida de pata. Y por suerte no me pregunta por Amber.

No dejo de observar su forma de comer embobado y cachondo perdido. En todo momento me siento tentado a llevármela de vuelta a nuestra habitación para no volver a salir el resto del día.

A la hora de pagar discute un poco conmigo para aportar una parte, pero insisto en ser yo

quien se ocupe de todo. Es nuestra primera cita oficial y no pienso cambiar las reglas del juego.

—Solo es la una. —La conduzco al exterior sin soltarle la mano—. El concierto de Boston Pops no empieza hasta dentro de siete horas, pero deberíamos irnos ya a la Explanada. Me gustaría hacerme con un sitio en el óvalo y suele llenarse enseguida. Vamos a dejar el coche en la calle 210 Stuart y nos tocará andar un poquito.

—Ya me he fijado en los cortes de tráfico que hay desde ayer.

—Hoy es un día importante y el concierto con los fuegos es uno de los espectáculos más sonados de Boston. Vale la pena caminar para no perdérselo.

—¿Y qué vamos a hacer tantas horas en la Explanada?

—Se me ocurren mil formas interesantes de pasar el rato —susurro en su oído con un tono lujurioso—. Podríamos empezar besándonos hasta que nos cansemos y luego ya veremos.

—Eres un caso. —Suelta una carcajada—. Estaremos rodeados de gente.

—Eso solo aumenta el morbo.

—Ibas a portarte como un caballero hoy, ¿recuerdas? —Me abraza por la cintura y se acerca mucho a mí. Yo le paso el brazo por los hombros para seguir la inercia de su gesto, sin pararme a pensar en cuánto me flipa hacerlo—. Los besos pueden esperar.

—¿Ni uno pequeñito?

—Después lo negociamos. Ahora vamos en busca del sitio perfecto para ver el concierto y la pirotecnia en primera fila. ¡Es mi primer cuatro de julio!

—Trato hecho. —Me detengo un segundo para darle un beso rápido—. Tía, me haces comportarme la hostia de raro y lo peor es que me flipa hacerlo.

—¡Uooo! Acabamos de conseguir una primera vez tuya. —Me guiña un ojo mordiéndose los labios con una sonrisa y empieza a andar de nuevo—. En eso estamos muy descompensados porque tú llevas mucha ventaja en la mayoría de las cosas, pero todavía queda esperanza para mí, seguro que a nivel emocional vamos a lograr traspasar muchas fronteras.

No entiendo qué me está pasando, en serio. Me río como si me gustara hablar con ella de esas tonterías que me dan arcadas en realidad y estoy tentado a besarla una y otra vez, a cogerla de la mano, a acariciarla y a abrirme a ella.

Pero no puedo seguir haciéndolo. No puedo.

Me detengo un segundo, le estiro de la mano y la abrazo cuando choca con mi pecho.

—Dame un pequeño adelanto para saber qué vamos a negociar. —Me acerco a sus labios—. Sin una muestra no sé si vale la pena ofrecer demasiado.

—Solo un avance pequeñito —contesta zalamera—. Me voy a guardar la parte interesante para la noche. Si te lo doy todo de golpe pierde el misterio.

Choco mi boca con la suya con una necesidad demasiado intensa para aceptarla sin acojonarme. Ninguna tía me había provocado una reacción parecida al besarla. Mi cuerpo se enciende como si acabara de prender una mecha con sus labios. Soy puro fuego, un ente perverso y lujurioso que la anhela como nunca había deseado a una tía. Es como si no pudiera pasar sin acariciarla, sin besarla, sin hacerla mía.

Mis manos exploran su cuerpo mientras aumento la pasión del beso. Ella contesta con esos ruiditos tan sexys que solo incrementan mi avidez. Y cuando sus manos se introducen por mi camiseta para acariciarme la piel de la espalda, suelto un gemido ronco que me atraviesa el cuerpo con una andanada de calor.

—Joder —dice separándose pasados unos segundos, sin dejar de jadear.

—¡Eh! —Sonríe atrapéandola entre mis brazos—. ¿Desde cuando dices tacos? Es otra primera vez.

—Este beso ha sido... —Se muerde el labio sin dejar de respirar de forma agitada—. ¡Joder!

—Esa palabra lo expresa de puta madre. —Le doy un beso suave en los labios y me separo para no ahondar más en mis deseos. Si lo hago acabaremos dando un espectáculo—. Eres explosiva, cariño.

—Vamos a buscar un sitio para ver los fuegos o esto se desmadrará.

Media hora después nos internamos en la jauría de personas que hay en la Explanada y conseguimos un buen lugar para extender la manta que he traído del coche, junto a agua y algunas bolsas de comida.

Pasamos las horas charlando de cosas sin importancia, besándonos a ratos, descubriendo algunos detalles del otro a través de las palabras. Se pasa largo rato hablando de la historia de sus padres, de cómo se la relató su vieja y de los recuerdos que el profesor Nixon compartió con ella ayer.

Me choca un huevo su forma de ver el amor. Le cuesta aceptar la posibilidad de que dos personas sientan ese tipo de sentimiento con rapidez, habiendo estado solo dos días juntos como sus padres, pero a la vez reconoce la fuerza de sentimientos que percibe en cómo hablan el uno del otro. Ella piensa que es necesario tiempo para enamorarse, conocerse bien, estrechar lazos con instantes compartidos y descubrir el alma del otro antes de etiquetar lo suyo como amor.

Al principio le doy la razón, pero me basta una mirada a sus ojos brillantes y llenos de sentimientos callados para darme cuenta de la existencia de una química especial que nos hace conectar con una persona sin darnos tiempo a conocerla en profundidad.

En ese instante me quedo sin respiración. Mis pensamientos se vuelven locos y me dan una visión aterradora de la realidad.

El flechazo es posible, no hace falta pasarse un tiempo determinado con una tía para sentirse atado a ella y mucho menos para enamorarse. Porque, ¿cómo narices se le llama a esa sensación de necesidad que se establece entre una pareja?

Tardo unos minutos, pero consigo cambiar de tema para dejar atrás el mal rollo que me ha invadido al darme cuenta de lo que no quiero aceptar ni de coña, y lo consigo entrando de lleno en sus traumas.

Me cuenta algunos retazos de su paso por las aulas, de cómo se sentía cuando esos capullos se ensañaban con ella una y otra vez, de su vida en un pueblo tranquilo del sur de España, de su madre, de sus amigas, de sus series favoritas.

A mí siempre me ha costado un huevo abrirme a los demás. Mi pasado es tan jodido que prefiero mantenerlo a salvo en una caja fuerte escondida en mi memoria a la que nadie puede acceder sin tener la combinación del candado. Forma parte de mí, es una lacra de mierda y hablar de ello me hace sentir vulnerable.

Al principio le cuento mis primeros años en la escuela, cuando era un imbécil acojonado por todo. Era débil, esa es la verdad. Mi viejo se ensañaba con mi madre, con Danny y conmigo, y nos llenaba el cuerpo de morados, huesos rotos y marcas, pero lo peor eran las heridas infligidas en nuestras almas, porque ninguno de nosotros se creía capaz de sentir ilusión o felicidad después de probar sus puños de acero.

Me guardo estas reflexiones para mí durante demasiado rato, pero a medida que ella se sincera conmigo las palabras brotan de mi interior como si acabara de abrir un hueco en mi garganta y de ella emanara cada una de las verdades escondidas en esa caja fuerte que creía inexpugnable.

Así cada uno de los dos va desgranando su infancia y nuestras heridas.

—Lo mejor era llegar a casa después de un día duro en la escuela —explica cuando el sol empieza a ponerse por el horizonte creando una débil penumbra que poco a poco ganará terreno hasta dejarnos a oscuras—. Mi madre y su grupo de amigas son como un chute de alegría. Casi siempre están de buen humor, les gusta reír, pasarlo bien, salir a divertirse y no ponerse tristes por razones imposibles de solucionar. Sin ellas no hubiera sobrevivido a lo que me pasó, estoy segura.

—Yo tenía a Danny. —No sé qué me ha metido en la bebida porque estoy entrando en un terreno la hostia de pantanoso y me siento bien al hacerlo. Ella me anima con la mirada y me lanzo al vacío sin buscar la red bajo mis pies—. Él era el hermano mayor, el fuerte, el que solía interponerse para evitar los golpes de mi padre. Solo era un mocoso sin fuerza, pero no se dejaba vencer por ese cabrón sin luchar.

—¿Le echas de menos?

Siento el calor de sus dedos acariciándome la palma de la mano y me reconforta lo suficiente para seguir adelante con las confesiones, esas que jamás he compartido con nadie.

—Cada día —admito mirándola con adoración—. Él era la única persona en la que confiaba. Cuando murió me quedé solo y me prometí no volver a mostrar debilidad nunca más.

—Te aseguro que representas el papel de tío duro a la perfección.

—Soy el mejor. —Le guiño un ojo.

—No es bueno guardarse esas cosas, Dy. —Se aproxima mucho a mí para apoyar su cabeza en mi pecho y yo la envuelvo en mis brazos. Me flipa sentirla tan cerca—. Por mucho que intentes hacerte el duro, hay un chiquillo traumatizado ahí dentro. —Me toca el pecho levantando un poco la cabeza para mirarme con sus ojos chispeantes—. Has de permitirle soltar toda su mierda si no quieres que un día te consuma.

—Danny se parecía a ti —admito dándome cuenta por primera vez de que es cierto—. Era muy positivo, no se amedrentaba con facilidad y conservaba esa inocencia de las buenas personas.

—¿Cómo murió? A ver, sé que se ahogó en la bañera, pero me falta la historia completa.

La pregunta me golpea como si un puño acabara de impactar contra mi estómago, dejándome sin respiración. ¿Puedo hablarle de lo sucedido? Estoy tentando a la suerte, dando algo que no me pertenece y dejándola entrar en mi interior sabiendo el daño que le causaré a la larga, pero necesito hacerlo. Es algo superior a mi raciocinio, porque acabo derrumbando el último candado que oculta mi dolor.

—Fue mi padre —susurro con rabia—. Lo ahogó en la bañera y yo lo vi todo. Danny se metió en el agua antes de que él entrara en el baño con una media sonrisa torcida. Yo estaba escondido detrás de la puerta. Quería avisar a mi hermano cuando se acercó a él, porque algo me advirtió de sus intenciones, pero me quedé paralizado cuando el capullo de mi viejo le cogió la cabeza tapándole la boca con una mano y se la golpeó contra el lateral de la bañera. Luego le hundió, aguantándole la cabeza con suavidad dentro del agua. Y yo me quedé ahí, quieto e incapaz de moverme o de gritar porque tenía miedo, estaba acojonado de la hostia.

Abre mucho los ojos, se coloca todavía más cerca de mí y me abraza con fuerza.

—Lo siento muchísimo. —Levanta la cabeza hasta apoyar sus labios en los míos estrechándome todavía más entre sus brazos, y su calor me consuela de una forma que jamás creí posible—. Ahora entiendo por qué le odias tanto.

—Es algo visceral —admito—. Ese día no me di cuenta de cómo me afectaba lo que acababa de ver, de mi miedo, de cómo mi viejo conseguía paralizarme y hacerme sentir culpable. Pasé varios meses en *shock*, incapaz de aceptar mi culpabilidad, callando lo que vi, con un miedo

cada vez más difícil de soportar. Hasta que me di cuenta de que no podía seguir así y decidí luchar para plantarle cara, hacerle pagar la muerte de Danny y aceptar lo sucedido.

—Por eso eres tan frío. —Me da un beso muy lento y suave para transmitirme su apoyo y consigue despertar una ternura acojonante que me envuelve, reconfortándome—. Pero sabes que tú no tienes la culpa, ¿verdad? Tenías seis años, tu padre fue el único culpable.

No lo sé, pero tampoco se lo digo.

Me pongo un poco de comida en la boca e intento rebajar mi ansiedad, porque hablar de Danny y de cómo le dejé morir sin hacer nada, me aboca a sentirme demasiado vulnerable.

—Fui yo quien le mandó a la cárcel —confieso adelantando la narración al presente para no ahondar más en el pasado—. Le metí entre rejas para el resto de su vida. Y no me arrepiento de nada, si volviera atrás no lo cambiaría.

—Eres increíble.

—No tanto. —Meneo la cabeza—. Sus constantes mensajes siguen afectándome.

Me sonrío con esa felicidad que me atrapa y me jode un huevo la llegada de nuevos mensajes.

¡Faith y sus exigencias! Debería cortarlas de raíz o acabarán destrozándome de forma imposible de reconstruir después.

Si pudiera dar marcha atrás, cambiar mis decisiones...

Un rápido vistazo a la web me pone furioso.

Todo se está descontrolando.

Capítulo 25

Brenda

El concierto y los fuegos artificiales son alucinantes. Los veo con Dylan abrazándome por detrás, situada entre sus piernas abiertas, apretándome contra su cuerpo y sintiendo su calor.

Nuestra conversación me ha mostrado muchísimo de él. He captado sus heridas abiertas en cada una de sus palabras, cómo lo sucedido en su infancia todavía le duele y le afecta porque se culpa del asesinato de su hermano y de haberlo mantenido en secreto desde entonces. Encubre esos sentimientos con un muro construido a base de dolor y por una vez lo ha derruido durante unos segundos para mostrarme su alma.

Su cabeza está apoyada en mi hombro derecho. Escucho su respiración y siento sus dedos acariciándome el vientre al tenerme abrazada por la cintura con los brazos.

Quiero consolarlo, hacerle entender que el único responsable de lo sucedido fue su padre y ayudarlo a superar su dolor, su pérdida y su sensación de haberle fallado a su hermano.

Y, de repente, mis pensamientos se internan en una revelación aterradora, porque esa necesidad de protegerle solo puede atender a una realidad que no estoy preparada para asumir.

Es como si una certeza me recorriera el cuerpo y encendiera mis fibras nerviosas para enviarla a mi cerebro, como si la claridad se impusiera de repente para sumirme en la inquietud al pronunciar una simple frase: *me he enamorado de él*.

No tengo ni idea de cómo o de cuándo ha sucedido, pero esa atracción primaria se ha convertido en algo más profundo y no puedo ser una cobarde incapaz de afrontarlo.

Al finalizar el concierto vamos en busca del coche cogidos de la mano, charlando de todo y de nada, y adentrándonos en temas más mundanos, como mencionar nuestros grupos de música preferidos, abordar nuestros gustos cinéfilos y descubrir las preferencias del otro.

La última media hora ha mirado el móvil con ansiedad, como si le agobiara cada uno de los mensajes que le entraban. Intento de nuevo averiguar si vuelven a ser de su padre, pero se muestra esquivo y es la única mancha en el día de hoy.

En el coche su expresión se vuelve tensa, como si algo le agobiara. Le pregunto varias veces qué le sucede, pero él se limita a negar con la cabeza mientras aferra muy fuerte el volante, con los nudillos blancos y los dientes apretados.

Caminamos por el pasillo de la residencia sin hablar, envueltos en una tensión desagradable. Es como si de repente la armonía se hubiera fundido en la nada.

Al cruzarnos con un par de compañeros alucino con sus miraditas de camaradería hacia Dy y con sus comentarios susurrados acerca de que es el mejor. Uno de ellos me mira riendo mientras murmura un par de palabras que se escapan a mis oídos, pero me parece entender *mojigata* en ellas.

Dylan ignora todos mis intentos por descubrir qué ha cambiado y se limita a apretar el paso, abrir la puerta, dirigirse a su armario y cambiarse detrás de la puerta mientras yo hago lo mismo.

Sus ojos me repasan de pie en medio de la habitación cuando los dos salimos de nuestros parapetos. Tienen una carga lujuriosa demasiado elevada para no ponerme a temblar.

Estoy incómoda por cómo me repasa. Hay algo en su mirada que me altera, como si anunciara a gritos su intención de pasar un buen rato y nada más, pero a la vez su expresión muestra una angustia sin precedentes.

—¿Ya has pensado dónde y qué te vas a tatuar? —pregunta deteniendo sus ojos en mis labios y suavizando un poco su rictus—. Mañana te pediré hora en un tatuador de la hostia. Seguro que te hace una obra de arte.

—No es buena idea. Me aterran las agujas.

Da un par de pasos hasta llegar frente a mí, tan cerca que me agita la respiración y el corazón.

—Hicimos un trato. —Desliza un dedo por mi hombro bajándome el tirante de la camiseta—. Y no puedes rajarte ahora.

—¿Y si me niego?

El tirante se queda en el brazo mientras su dedo baja con lentitud por la clavícula acelerándome de tal forma la respiración que empiezo a jadear.

—Te llevaré a rastras, porque un trato es un trato.

—Quizá en el tobillo —susurro entre gemidos cuando su boca me acaricia el cuello sin dejar de deslizar su dedo por mi piel, camino a mi pecho—. O en la nuca para que lo tape el cabello.

—Quiero que se vea.

Saca la lengua y traza una línea recta hasta el hombro. Con la otra mano me levanta la camiseta hasta dejar al aire mi vientre.

No puedo seguir hablando.

Levanto el cuello cuando su boca llega a mi clavícula y la recorre provocándome una oleada de calor entre mis piernas.

Sus manos agarran mis brazos para levantarlos sobre mi cabeza y luego me suben la camiseta hasta quitármela. No llevo sujetador y me quedo desnuda para él de cintura para arriba.

Se detiene un segundo y mira hacia atrás nervioso, como si algo le agobiara.

—¿Todo bien? —pregunto sin entender su reacción.

—Eres acojonante. —Sus ojos me recorren el cuerpo con lujuria, se paran en mis pechos y escucho cómo se le dispara la respiración. Me acaricia el vientre y sube despacio las manos provocándome un gemido—. En serio, cariño. Me pones un montón.

Hablar no es una acción posible para mí en estos instantes. Estoy perdiendo la voluntad, el raciocinio y cualquier capacidad diferente a sentirme a su merced.

Pero él vuelve a dudar unos segundos y se muestra esquivo ante mi intención de besarlo.

—Dy, ¿qué pasa? —pregunto otra vez.

—Es que... —Me lanza una mirada entre lasciva y arrepentida—. Quiero follarte.

—¿No podemos dejarlo en algo intermedio? Todavía no estoy preparada.

—¡Ya, tía! Estás con ese jodido rollo del príncipe azul y tal, pero no soy de piedra. ¡No me seas mojigata y ábrete de piernas de una vez!

—Ya volvemos a tus mareantes cambios de personalidad. —Espiro con una mueca de ansiedad mientras le coloco las manos en el pecho y doy un paso atrás—. No te entiendo. —Me separo de él, recojo la camiseta del suelo, me la pongo y camino hacia la cama—. ¿Qué te pasa?

—¿De verdad me vas a dejar así? —Se acerca a mí agarrándome del brazo.

—No voy a acostarme contigo, así que si esa es tu intención, prefiero irme a dormir.

—¿Se puede ser más patética?

—Si te dijera lo que pienso de ti en este momento...

Se queda un segundo mirándome con ansiedad y angustia en los ojos.

Suspira, asiente, me suelta y me abraza por la cintura para acercarme a él.

—¡Okey! ¡Vale! ¡Tú ganas! —Posa sus labios en los míos—. Pero voy a darte tu primer orgasmo.

Me mordisquea el labio dándome pequeños lametazos.

Al principio me resisto, pero cuando sus manos empiezan a acariciarme la piel acabo cediendo.

No tarda en levantarme para estirarme en la cama y quitarme otra vez la camiseta.

Deja mis labios y desciende por el cuello dejando un reguero de besos húmedos en la piel.

Al llegar a mis pechos me eriza los pezones con su lengua para después seguir masajeándolos con los dedos mientras baja hacia el vientre y se adentra en la goma de mi pantalón de pijama.

Gimo. Apenas soy capaz de pensar otra respuesta.

Cuando sus manos me quitan el pantalón del pijama mi temperatura se dispara. Siento una electricidad cargada de chispas recorrerme el cuerpo. No logro mantener los gemidos en mi interior y los emito al ritmo de mi respiración agitada. Mi centro de placer está inflamado, lanza destellos de necesidad y hormiguea con una avidez desconocida.

—Cariño, vas a pasarlo de miedo —susurra ascendiendo con la boca por mi muslo derecho—. Soy el puto amo del sexo.

Lanzo un gemido tan ronco que me daría vergüenza si no estuviera tan entregada y necesitada de él.

Sigue subiendo mientras sus manos me acarician la piel del vientre, tan cerca de mi pubis que me arqueo para indicarle por gestos dónde la quiero, pero él se limita a seguir jugando con la lengua cerca de mi entrepierna y con los dedos.

Es como si tuviera una bomba a punto de explotar entre las piernas, como si una corriente de alto voltaje fuera creciendo de intensidad hasta alcanzar su cota máxima.

Resuello, gimo, jadeo, arqueo el cuerpo agarrando las sábanas con los puños y me muerdo el labio con saña para ahogar esa creciente avidez que me invade.

Cuando su lengua al fin se interna en el punto exacto desde donde salen las andanadas de deseo, gimo muy fuerte. Se mueve con una destreza alucinante, crea círculos muy lentos encontrando el centro de mi placer, inflamándolo todavía más, pero sin profundizar.

La necesidad se convierte en acuciante.

No sé qué espero, nunca había estado en esta situación, pero sí me doy cuenta de que me falta llegar a algo.

—Por favor, Dy —suplico sin entender todavía qué le estoy pidiendo—. Por favor.

Sus manos suben a mis pechos y su lengua sigue igual, sin atender a mi ruego, sin acelerar el ritmo y sin darme lo que anhelo.

Mi temperatura sube de forma crítica. Ya no pienso, solo siento y anhelo. En este instante soy suya, tan suya como nunca podré ser de otro. Le amo y hacer esto con él es lo más cerca que estaré nunca del paraíso.

Ya no me importa si me utiliza, si va a destrozarme, si algún día me dará la vuelta y él habrá desaparecido de mi vida haciéndome añicos. Ahora solo me importa dárselo todo, ofrecerle mi cuerpo, mi alma, mi corazón y cada pequeño pedacito de placer que su lengua experta me ofrece.

Gimo otra vez al sentir una pequeña sacudida en ese punto que él lame con devoción. Es como una descarga que me recorre las terminaciones nerviosas, produciendo un placer increíble.

Contraigo los músculos esperando más. Mis piernas se ponen prietas, los abdominales están tensos y respiro con dificultad. Es como si esperara una detonación que no llega porque se detiene y utiliza la lengua para lamerme todo mi sexo. Cuando se acerca a ese botón colmado de necesidad siento nuevas descargas propagándose por mi cuerpo.

Deseo más, mucho más.

—Sigue, Dy —suplico otra vez—. Por favor.

—¿Qué quieres? —murmura contra mi carne—. Dímelo, Bren. Quiero escucharlo.

—Todo —musito—. Lo quiero todo.

Me da un lametazo y levanta la cabeza provocándome una reacción adversa.

—Vamos, lo puedes hacer mejor. Dime qué quieres de verdad. Con grosería, con insultos, con la necesidad que tengas.

Utiliza uno de sus dedos para darme dos toques rápidos en mi punto de placer y aumenta de forma preocupante mi necesidad.

—¡Venga, Dy! —grito entre gemidos—. ¡Dame el orgasmo de una vez!

—Así me gusta, cariño. —Apoya la boca en mi vientre y habla pegado a mi piel—. Voy a hacerte temblar de placer. Cuando termine contigo vas a suplicarme que lo haga una y otra vez.

—¡Pues empieza!

—Eres una impaciente, mojígata.

Siento una sonrisa suya antes de descender con mucha lentitud hasta alcanzar ese botón preparado para explotar. Primero lo encierra entre sus dientes con suavidad, tira de él y yo gimo.

Después su lengua empieza a moverse más rápido, fuerte y decidida.

Contraigo los músculos de nuevo con la respiración a punto de colapsarse. Agarro las sábanas con los puños y arqueo el cuerpo hacia arriba, impulsada por las sacudidas que se dispersan por mis terminaciones nerviosas. Y, de repente, alcanzo la cima y me deshago en gemidos extasiados. Un millar de oleadas de placer me recorren el cuerpo, tensándome y destensándome los músculos.

Grito su nombre, introduciendo varios joder en mis gemidos.

Es como si mi cuerpo estuviera poseído por el éxtasis, como si miles de detonaciones placenteras se sucedieran en mi interior.

Él no detiene el movimiento hasta que relajo los músculos con un último gemido.

—Ha sido... —Suspiro—. ¡No tengo palabras!

Él asciende despacio por mi cuerpo hasta pararse en mi boca.

—Esto solo es un aperitivo de lo que te espera cuando estés preparada para dar el salto mortal. —Habla pegado a mis labios—. ¡Tu primer orgasmo! ¡Choca esos cinco, mojígata! Eres mucho más caliente de lo que imaginaba. ¡Me ha flipado!

Me da un beso poco profundo.

Querría decir mi primer te quiero. Desearía ser valiente y asumir que le he dado permiso para profanar mi cuerpo esta noche porque él es mi todo, mi primer amor y la persona por la que mi corazón suspira en silencio, pero me da pánico explicar en voz alta esa certeza tan difícil de asumir.

Nos pasamos un rato besándonos, sin hablar de nada más, sin profundizar en lo sucedido ni ir más allá de las caricias y los besos.

No le pregunto si espera algo de mí ni tampoco indago por qué pasada una media hora se va al baño y tarda tanto. Hoy ya he tenido demasiadas primeras veces.

Cuando vuelve me he vestido con el pijama y tengo el portátil entre las piernas, dispuesto para ver otro episodio de nuestra serie.

Él no dice nada, solo ocupa su lugar a mi lado, me abraza y se acomoda frente al ordenador.

Me despierto acompañada del sonido del móvil en función despertador. Enseguida siento sus brazos en mi cintura, su torso desnudo en mi espalda y su respiración acompasada sobre mi nuca.

No debería haber pasado otra vez.

Él tiene su cama y yo la mía, apenas estamos empezando esta relación extraña que no acabo de creerme, pero volví a quedarme dormida y él se tomó sus licencias. Aunque la sensación de tenerlo conmigo es alucinante y dormiría así siempre si pudiera.

—¿Qué hora es? —pregunta con voz dormida.

—La de levantarnos para ir a clase.

Me muevo para deshacerme de su abrazo, pero él me da la vuelta para situarse sobre mi cuerpo y mirarme con ese punto macarra que no entiendo por qué me pone tanto.

—No veo el momento de repetir lo de anoche. —Me levanta un poco la camiseta con una mano para sentir nuestra piel tocándose—. Y, tía, de llegar a la última base.

—¿Comes conmigo? —Intento frivolar el momento sin atender a su insinuación—. Podríamos hacer un pícnic frente al río, en el césped.

—Yo me ocupo de la comida. —Arquea los labios hacia arriba acariciándome la mejilla con una de sus manos—. ¿Qué tal si te llevo un día de estos a ver a los Red Sox? Seguro que no has estado nunca en el Fenway Park ni has visto un partido de béisbol en tu vida.

—No soy demasiado forofa de los deportes, pero me encantará ir contigo al estadio. —Me emociono al pensarlo—. Es algo muy yanqui. ¡Mola!

—Compraré las entradas, tengo un colega que sabe cómo hacerse con las mejores. En dos domingos juegan contra los Kansas City Royal, uno de sus rivales en la División central de la Liga Americana.

—¿Son buenos?

—No tienes ni idea de béisbol, ¿verdad?

—Ni la más mínima. Por no saber, no sé ni cómo se juega.

—Pues este fin de semana iremos a un parque a enseñarte las normas básicas y a practicar cuatro trucos. Les diré a Faith y a Quincy que vengan.

Enseguida siento la boca seca y vértigo en el estómago. ¿Y si intenta prepararme otra encerrona? Estoy con él, no debería cuestionarme sus intenciones a cada instante, pero no puedo evitarlo.

—¿No podemos ir nosotros solos? —pregunto cambiando mi expresión por una inquieta.

—¿En serio? —Abre mucho los ojos—. ¡Tía! Deja de hacerte pajas mentales con ellos. No te estamos preparando ninguna putada, solo vamos a jugar a béisbol. —Me da un beso rápido—. Ahora estamos juntos, ¿vale?

—Espero no arrepentirme de confiar en ti.

Siento un segundo esa ansiedad en su mirada, como si me ocultara algo, y me estremezco al pensar en las consecuencias de seguir adelante con esto, porque cuanto más me ilusione más dura será la caída.

La mañana en el aula se pasa con rapidez, el profesor sustituto de mi padre es ameno e interesante, y consigue hacerme estar atenta todo el rato y querer participar alzando la mano en medio de su disertación.

Debería hablar con mi madre y las chicas, es necesario ponerlas al corriente de los últimos

acontecimientos, explicarles que he conocido a Andrew Nixon, que nos hemos sincerado y hemos decidido iniciar una relación fraternal, pero al salir de la facultad y sacar el móvil para llamarlas por FaceTime, unos ojos claros me fascinan.

Está de pie a pocos metros de la puerta, con una sonrisa increíble, la y yo me siento flotar en el aire, como si solo me sostuviera su sonrisa.

Nunca había sentido algo parecido. Se me acelera el corazón, se me seca la boca y mis latidos parecen poseídos por la ansiedad.

Se me contrae el estómago al caminar hacia él. Es nuestra primera aparición pública como pareja y no dejo de pensar en lo feliz que me siento.

Un puñado de chicas que caminan a mi lado también lo han visto. Todas suspiran y cuchichean acerca de su reputación haciendo hincapié en su atractivo casi animal. Un par me miran de reojo con una expresión de mofa que me hiela la sangre. Sueltan unas carcajadas y chismorreoan con el resto lanzándome miraditas, como si hablaran de mí.

Mandy me guiña un ojo.

—Tranquila —susurra acercándose a mi oído cuando descubre la ansiedad en mi mirada—. Deben haberse enterado de lo vuestro y tienen envidia.

—Es como si se rieran de mí. —Me aprieto el labio inferior con dos dedos, sin lograr deshacerme de la ansiedad—. Y no sé por qué.

—Te lo acabo de decir, Bren. No les hagas caso.

Asiento intentando rebajar la incomodidad de los recuerdos mientras camino hacia él. Esa forma de mirarme de las chicas me ha recordado demasiado a mi pasado en el pueblo.

—¡Has tardado la hostia! —Cuando llego a su lado me rodea con sus brazos para darme un beso nada casto en la boca y por un momento olvido todo lo demás—. Estaba a punto de entrar en el aula para llevarte a rastras a nuestro pícnic.

—Pues aquí estoy. —Contesto al gesto dejando atrás la ansiedad de hace unos segundos—. Y soy toda tuya hasta mi turno en la cafetería.

—He comprado un banquete que te va a flipar. —Señala la mochila que lleva a la espalda—. Voy a escuchar tus gemidos durante horas.

—Exagerado. —Le doy una suave palmada en el brazo.

—Tía, ¿te has escuchado cuando comes? Eres pura sensualidad. —Me abraza más fuerte paseándose la nariz por las mejillas y susurra—. Te pones tan sexy que mi polla se endurece en el minuto cero. Anoche gemiste igual gracias a mi lengua.

Ese último comentario me ruboriza por los recuerdos. Una de sus manos ha bajado hasta mi trasero y le da un pequeño pellizco que me despierta una oleada de necesidad.

—¿Nos vamos? —Me separo de él en un intento de recuperar la compostura. El grupo de chicas sigue mirándonos con chanza y quiero dejarlas atrás cuanto antes—. Estoy muerta de hambre y quiero ver lo buen anfitrión que eres.

Me despido de Mandy con la mano y ella me sonrío deseándome suerte.

—¡Eh, Mac! —Una de las rubias del grupo se acerca acompañada del resto. Se adelanta, le pasa un dedo por el brazo a Dy con mucha sensualidad y le manda un beso con los morros—. Cuando te canses de esta ya sabes dónde está mi cama. —Baja mucho la voz y la envuelve en sensualidad—. Seguro que necesitas echarle muchos huevos para liarte con una mojigata como ella, pero lo estás bordando. —Le guiña un ojo—. Yo apuesto por ti.

Él la repasa de arriba abajo con una expresión hermética, me abraza por los hombros con un solo brazo, me acerca mucho a él y niega con la cabeza.

—Cuidado con tus palabras, Angie —la amenaza con firmeza—. Estoy con Brenda. Es mi

novia y no voy a tolerar que te insinúes en su presencia.

—Mi cama está esperándote. —Se pasa la lengua por los labios—. Yo soy menos recatada y seguro que necesitas un revolcón entre tanto azúcar.

—¡En serio, tía! ¿Qué parte de es mi novia no entiendes? No soy de los que bromean con algo tan importante. —Me da un suave beso en la mejilla—. Estoy saliendo con Bren muy en serio, así que no me jodas y déjanos en paz.

—Si quieres llamarlo algo serio... —Utiliza un tono mordaz y se acerca a su oído para susurrarle—. ¿Vale la pena, Mac?

—Angie, deja de tocarme los huevos o voy a estampar tu cara contra mi puño —la amenaza sin soltarme—. Me la suda si te parece bien o no. Brenda es mi chica y nadie la va a insultar en mi cara. ¿Estamos?

Ella asiente retirándose en silencio sin guardarse una sonrisa venenosa mientras se aleja.

—Eres una ilusa, mojígata —susurra caminando hacia sus amigas—. ¿De verdad crees que un tío como Mac puede colarse por ti?

El resto de las chicas la rodean hablando nerviosas, como si se me escapara algo que a ellas les parece súper interesante. Otra vez me lanzan miraditas mientras se ríen. La sombra de mi pasado planea cercana, recordándome malos momentos.

Meneo la cabeza para deshacerme de esos pensamientos, abrazo a Dy e intento olvidarme de mis sensaciones extrañas para disfrutar del día.

Él camina cabizbajo, dándole vueltas a algo.

—¿Te arrepientes de lo que le has dicho a Angie? —pregunto una vez estamos sentados sobre una manta frente al río—. ¿Es una de tus ex?

—Solo he tenido una chica en mi vida y es imposible que te la encuentres algún día. —Sus palabras me suenan tristes y carentes de su chulería habitual—. Angie solo es una más de la lista de las que han pasado por mi cama.

—Es muy larga, supongo.

—Bren, no me jodas. —Niega con la cabeza—. He estado con la hostia de tías, me las he follado de mil maneras y no me arrepiento. Así que no me preguntes cuántas, ni intentes joderme con eso. Han sido muchísimas, pero ninguna ha significado nada importante para mí hasta ahora.

—¿Y tu ex? ¿Ella sí fue trascendental en tu vida?

—Con Amber las cosas eran complicadas. —Siento enseguida su tensión—. Le hice pasar un calvario porque ella estaba muy enamorada de mí, pero yo no podía sentir lo mismo por ella. Entonces no me creía capaz de enamorarme, prefería mantener nuestra relación al margen de los sentimientos. Aunque no me daba cuenta de que en realidad aparecen sin pedir permiso y destrozan todas tus convicciones.

Su mirada es tan intensa que apenas soy capaz de sostenérsela sin ponerme a temblar. En sus ojos leo emociones, sentimientos, realidades difusas y claras a la vez. Es como si me hablaran de una emoción profunda y quisieran advertirme de su oscuridad.

—¿Y ahora piensas igual?

—Nunca podré volver a verlo de esa forma y eso me jode un huevo. —Suena muy sincero—. La vida es más sencilla sin emociones, porque cuando las tienes pueden destrozarte.

Capítulo 26

Dylan

El despertador me perfora el cráneo con su timbre machacón. Anoche acabé otra vez mirándola mientras dormía y he terminado sucumbiendo al sueño a las tantas.

Esta tía me tiene el seso sorbido.

En mi vida había deseado tanto llegar hasta el final ni había aguantado por una de ellas. Algo en Brenda me induce a tratarla diferente, a dormir con ella cada noche sin follármela, a resistir el dolor de huevos cuando nos besamos con caricias nada delicadas.

Sus manos en mi piel son un tormento porque me despiertan un deseo irrefrenable.

Es mi tercera noche seguida durmiendo en su cama y abrazándola como si me acabara de convertir en un niño enamorado de verdad.

Lo nuestro solo puede ser algo pasajero porque Bren es una pringada, un medio para conseguir un fin, un peón sin importancia en un juego demasiado peligroso para cambiar ahora las reglas.

Pero no puedo quitármela de la cabeza. La voy a buscar al salir de la universidad, al terminar su turno en la cafetería, cuando se va al baño un segundo, y fulmino a cualquier capullo que la mira más de dos minutos seguidos, porque ella es mía y no puedo permitirme que nadie me desenmascare.

Ese afán de posesión es nuevo y acojona que te cagas.

Tarde o temprano la realidad nos explotará en la cara y lo nuestro será pasto del pasado. No tengo otra salida, no hay escapatoria posible ni un final feliz a la vista. Solo oscuridad.

Quizá soy un suicida por seguir adelante sin sincerarme con ella, pero apenas cuento con opciones si no quiero perderla ni perderme a mí por el camino. Lo importante es disfrutarla mientras tenga la potestad de hacerlo, sin pensar en el mañana, o lo más seguro es que me acabe volviendo loco.

Me cuesta entender cómo pude resistir anoche sin desahogarme dentro de ella, y menos sabiendo lo que me juego. No puedo seguir pajeándome en el baño como un adolescente virgen cada vez que estoy con Brenda para no avanzar demasiado deprisa. ¡Yo soy el rey de follar! ¿Cómo puede una mojigata tenerme así de salido?

Anoche intentó tocarme para devolverme mis orgasmos y se lo impedí. Estaba tan caliente que sus manos hubieran conseguido que me corriera en los calzoncillos.

—¿Estás despierto? —susurra moviéndose un poco—. ¿Puedes apagar el despertador? ¡Es sábado! ¡Quiero dormir hasta las tantas!

—Tenemos hora con el tatuador. —La rodeo más fuerte por la cintura cuando se da la vuelta y me mira con una sonrisa—. No quiero llegar tarde.

—¿Por qué la cogiste tan pronto? —Sus manos caminan por mi cintura despertándome otra oleada de deseo—. Anoche trasnochamos muchísimo y necesito recuperar horas de sueño.

—Tenemos una agenda muy apretada. —La acerco tanto a mí como me es posible—. ¿Ya sabes dónde y qué te vas a tatuar? Lo del tobillo podría ser muy sexy, pero piensa que cualquier *tattoo* de tu cuerpo ha de significar algo. Todos los míos tienen una historia detrás.

Ella se separa de mí un poco, coloca el codo en la cama y se aguanta la cabeza con la mano.

—Cuéntame la de este. —Me repasa el pecho con un dedo de la otra mano—. *Forever, triple A*. ¿Qué quieres para siempre, en cualquier lugar, en cualquier momento y en cualquier sitio? —Su dedo se detiene un segundo en la A—. Hay algo más, ¿verdad? ¿Una especie de código secreto?

—¿Y a ti que te importa? —suelto a la defensiva.

—¿Me lo vas a contar? —Levanta una ceja con una expresión juguetona—. ¿O prefieres que intente adivinarlo?

—Déjame en paz de una vez, Bren.

No quiero hablar de eso, y menos aquí. Es un tema demasiado personal y jamás lo he comentado con nadie, pero los ojos curiosos de Brenda, esa forma de morderse el labio expectante, su sonrisa iluminada y esa expresión feliz, me indican que necesito confiar en ella y darle algo a lo que agarrarse cuando todo explote.

—¿La A podría ser de Amber? —inquiere sorprendiéndome por su pericia mental—. ¿Te sientes culpable por haber terminado con ella y no quererla como se merece? —Recorre el tres produciéndome la hostia de calor en el cuerpo—. ¿Querías amarla para siempre? ¿En cualquier lugar, en cualquier momento y en cualquier sitio? ¿Es eso?

—¡Ya basta! —Le agarro la mano por la muñeca—. ¡Deja de tocarme los huevos con este tema! No quiero hablar de ello, ¿lo captas?

—El jueves me hablaste un poco de Amber —insiste—. ¿Qué pasó? ¿Por qué te duele tanto recordarla?

Me levanto dejándola en la cama y cortando de cuajo esta conversación.

—Me voy a la ducha. —Ella me mira con resentimiento al escuchar mi tono cabreado, pero no tarda en sonreírme y asentir—. Quedamos aquí en veinte minutos. ¡No tardes!

—Si crees que con esta estrategia de distracción vas a evitar terminar la conversación, lo llevas claro. —Me guiña un ojo—. Voy a sonsacarte esa información, McLaren.

Mi cuerpo es una maquina funcionando a trescientas revoluciones por segundo y no puedo pararla. Tiemblo como un corderito asustado. ¿Cómo se le ocurre hablar de estos temas aquí? ¿Quiere destrozarnos todavía más? ¿Recordarme a cada segundo que soy un auténtico cabronazo? ¿Hacer peligrar todavía más nuestra ya precaria situación?

Salgo al pasillo con pasos rápidos. Estoy cabreado, la situación se me está yendo de las manos y no acabo de ver cómo narices voy a salir de este atolladero.

Veinte minutos después la encuentro preparada en la habitación. Está la hostia de guapa con el pelo mojado y vestida con una falda plisada muy cortita y una camiseta arrapada.

—¿Cuál es el plan? —Levanta las cejas en ese gesto tan genuino suyo que me alza la polla al instante—. Necesito café y comida.

—Vamos a un bar cerca del estudio de tatuajes —propongo—. No es el mejor de la ciudad, pero se come bien y el café te flipará.

Se acerca a mí con una sonrisa que ilumina la habitación como si acabara de enchufar una bombilla halógena a un generador de alta potencia. Mis labios, esos capullos ingratos, se arquean hacia arriba copiándola y convirtiendo mi sonrisa en la de un auténtico enamorado, pero me la suda, porque la tengo a pocos centímetros mirándome con una expresión pícara, decidida y llena de intenciones.

—El café me encanta. —Cuelga sus brazos de mi cuello y se pone de puntillas para acercar sus labios a mi boca, produciéndome una descarga de la hostia en las pelotas—. Pero tú me gustas

más. —Me da un beso suave—. Mucho más.

No resisto la tentación de rodearla por la cintura para comerle la boca con pasión.

Parezco un tarado de esos que se convierten en calzonazos a manos de una chica. Y lo peor es que no me molesta, porque Brenda me hace sentir en el paraíso y no quiero perder esa sensación.

Necesito conservarla para siempre.

Aunque no tardo ni cinco segundos en darme de bruces con la realidad.

—¿Vamos a desayunar? —Mi voz suena brusca por mi necesidad de llevármela lejos de esta habitación—. Necesito comida.

—Estoy a punto de desmayarme de hambre. —Se separa de mí resollando y mirándome con lujuria—. Pero quizá podríamos seguir besándonos un poquito más.

—¡Bren! —Poso de nuevo mis labios en sus morros hinchados y rojos—. Si me besas así solo puedo pensar en comerte a ti.

—Vamos, lobo feroz. —Suelta una de sus carcajadas felices dándome una palmadita en el pecho para deshacer el abrazo—. Necesito una dosis de caféina y de grasas saturadas para enfrentarme a la aguja.

Asiento sin demasiadas ganas y la abrazo para conducirla hasta el coche.

Como cada vez que salimos juntos de la habitación, varios de nuestros compañeros de residencia nos dirigen miradas llenas de significado que me joden la hostia. Incluso algunos tíos se acercan para darme palmadas en la espalda y me felicitan con admiración.

Ella capta cada una de sus chanzas y de las risas, de las palabras cáusticas que cuchichean entre ellos al caminar juntos por el pasillo, y se tensa.

¡El numerito de ayer de Angie podría haberme costado caro! Deberían cortarse todos un poco o van a jorobarlo todo.

El trayecto en coche hasta Boston es relajado. Ella se dedica a mirar por la ventana abierta, permitiendo que el aire le revolotee la melena. Yo pongo un poco de música y la tarareo en mi cabeza repasando mis últimas decisiones y pensando en cómo me siento con Brenda, incapaz de hablar sin sentir tensión.

Estoy loco por ella y es una putada de la hostia, porque lo nuestro está condenado por mi culpa, pero me he enamorado de ella hasta las trancas y necesito solucionar la situación de alguna manera.

De momento, quiero vivir el presente al máximo sin hacerme demasiadas preguntas y concederle una visión completa de mí. Quizá eso es mi única esperanza.

Mi verdad es lo único que tengo y no voy a mentir ni a privarle de descubrirla cuando retomemos la conversación. Se lo debo y quiero confiarle esa parte oscura de mi pasado. Por eso sé que ha llegado el momento de hablarle de Amber.

Aparco en un garaje cercano al estudio de tatuajes y la llevo en silencio hasta un banco del césped que se extiende frente al río. La siento en mi regazo, a horcajadas, muy pegada a mi cuerpo.

—¿Quieres jugar? —Se muerde el labio con esa mezcla de inocencia y picardía que se lleva mi cordura—. Porque aquí nos puede ver alguien.

—Eso tiene un morbo que te cagas. —La atraigo hacia mi boca—. Podríamos dar un espectáculo gratis.

—Sueño con estos labios. —Los repasa con el dedo—. Me fastidia un montón que hayan besado a tantas chicas y que durante mucho tiempo fueran de otra. ¿Qué harías si Amber regresara a tu vida? ¿Me dejarías para volver con ella?

Es ahora o nunca. Me toca mover ficha, desnudar mi alma y contarle hasta donde me crea capaz. Le acaricio la mejilla, le doy un beso y asiento para infundirme valor.

—Amber está muerta —digo de golpe, quedándome lívido al recordar lo sucedido—. Se suicidó.

Ella me abraza muy fuerte, sin dejar de apretarme mucho contra ella, y me da un beso suave en los labios. Esos gestos siempre me consuelan, es como si supiera cómo acariciar mi alma.

—Lo siento mucho, Dy. Debió ser horrible.

—Fui yo quien la encontré. —Me reconforta tenerla así, abrazada mientras escucho su voz a través de mi piel—. Llevábamos dos años saliendo. Era una más de nosotros cuatro. Ese es el código secreto en el tatuaje. En mi corazón siempre seremos cuatro, aunque ahora solo quedemos tres. Amber seguirá ahí en cualquier momento, en cualquier sitio y en cualquier lugar.

—Es un código precioso —musita en mi oído—. A ella le hubiera gustado.

—La conocí jugando en la red. —Suspiro con deseos de compartir con ella este pedacito de mi pasado—. Los cuatro éramos los putos amos del Call of Duty y decidimos montar un equipo para acumular cada vez más horas de juego y hacernos con el Infinity Ward jodiendo a otros jugadores. Ellos son unos hackers cojonudos y unos *gamers* de la hostia. Juntos somos invencibles. —Me detengo un segundo al darme cuenta de que hablo en presente, como si Amber siguiera entre nosotros. Cierro los ojos un segundo y al abrirlos intento desprenderme de ese sentimiento de culpa y dolor que anida en mi corazón desde su muerte—. ¿Sabes cómo funciona el modo multijugador? —Ella niega con la cabeza volviendo a bajarla y posándola en mi pecho—. Te comunicas con un micrófono y escuchas a los de tu equipo en unos auriculares. A veces hablas de cosas más personales y poco a poco vas descubriendo que esos colegas de juego son tan frikis como tú. Quincy vivía en Inglaterra, es de Bristol. Faith es de México. Y, por extrañamiento que parezca, Amber era de mi ciudad y vivía muy cerca.

Recuerdo que, cuando lo descubrí, fue un auténtico subidón de adrenalina.

—¡Qué casualidad! —Su voz reverbera en mi torso llenándome de sensaciones—. ¿Qué probabilidades había de que vivierais tan cerca?

—Pocas, por eso decidimos quedar una tarde de invierno. —Arqueo los labios en una sonrisa forzada—. Hacía la hostia de frío y a ella se le ocurrió quedar en una terraza. Amber era así, bastante alocada, le daba igual todo con tal de conseguir lo que quería.

Me callo, soy incapaz de seguir, de explicarle lo sucedido, de recordar a Amber ahora que tengo a Brenda entre mis brazos.

Con ella es todo tan distinto...

Y Amber se merecía un amor así, que alguien la quisiera de verdad, porque yo jamás sentí por ella una milésima parte de lo que Brenda provoca en mi corazón.

Bren levanta un poco la cabeza, alza mi camiseta hasta dar con mi tatuaje, me mira expectante, con esos ojos que me flipan, y lo repasa con un dedo sin apartar su mirada de la mía.

—Me gustaría ser así de intrépida, no sentir que mi mundo es frágil y se puede derrumbar en cualquier momento. —Su dedo me produce un millar de cosquillas inquietantes—. Ser confiada, no tenerle miedo a nada e ir a por lo que deseo sin pensar en el después.

—Acabas de describir una parte de Amber —comento trazando círculos en su hombro desnudo—. Además, era guapísima y una crack hackeando. ¡Nos compenetrábamos la hostia de bien!

—¿Cómo acabó suicidándose? Si era una persona tan vital y decidida, no entiendo cómo pudo acabar con su vida.

—Toda esa vitalidad solo escondía una chica asustada, traumatizada y jodida. Su vida era

una mierda. —La idea de ahondar más en lo sucedido no es para nada aconsejable, debo encontrar una versión edulcorada para ella—. Problemas familiares y de falta de amor.

—Lo dices como si te culparas de algo.

—No la quería como a una novia y nunca entendí por qué —me sincero diciéndolo en voz alta por primera vez desde su suicidio—. Ella estaba loca por mí, me lo consentía todo. Teníamos una relación abierta, nos liábamos con otros, incluso hacíamos tríos. Pero ella quería más, me necesitaba y yo no podía dárselo todo porque jamás me creí capaz de enamorarme.

—El amor no es algo que se pueda forzar, Dy.

—Lo sé, y ahora lo entiendo, pero Amber tenía una situación muy complicada en su casa, su padre jamás la trató como debía y ella necesitaba amor y cariño y yo no podía dárselo. —Los recuerdos amargos de nuestras discusiones me alcanzan llenándome de heridas sangrantes—. Intenté quererla, te lo juro. Incluso dejé de tirarme a otras tías un tiempo y me fui a vivir con ella cuando empezamos en el MIT, pero acabó chutándose una sobredosis. La encontré en nuestra cama, junto a una nota de suicidio.

—No tuviste la culpa. —Me abraza más fuerte—. Ni de eso ni de lo de tu hermano. ¡Oh, Dy! Me encantaría encontrar la forma de hacértelo entender, porque no soy tonta y me doy cuenta de cómo te duele ese pasado. Apóyate en mí cuando lo necesites y no tengas miedo de contármelo todo porque, cuando algo te duele y lo compartes, duele un poquito menos.

Sus labios buscan los míos con mucha delicadeza, como si quisieran mostrarme su cariño, su cercanía y su ternura.

La abrazo más fuerte deseando estar para siempre a su lado y, por primera vez en mi vida, anhelando comportarme como un imbécil enamorado.

Rompo el beso con una aceleración de mi riego sanguíneo tras mi último pensamiento.

¿Estoy enamorado de ella?

No, es imposible. Yo no me enamoro, no estoy programado para eso ni quiero acabar sin voluntad por culpa de una chica. Y menos de Bren. Lo nuestro es total y absolutamente imposible.

Una locura con fecha de caducidad. Un suicidio a voces.

Siento su corazón repicando en mi pecho, escucho sus jadeos roncos y llenos de necesidad y veo sus ojos escrutándome con interrogación. Sé que estoy perdido, porque no puedo aplacar mi deseo ni mis sentimientos.

Vuelvo a posar mis labios en los suyos con una necesidad extrema de dejar mi huella en ellos. El beso es electrizante y me eleva en el cielo cargando la atmósfera de chispas de tensión.

Esta tía es mi perdición.

Está encima de mis piernas, a horcajadas, con las manos todavía en mi torso, calentándome la piel. Está tan cerca de mi polla que palpita hinchada reclamando un bombeo imposible. Y me derrito. Sí, literalmente me derrito entre sus brazos sin atender a los remordimientos, a la ansiedad y a la desesperación de no saber cómo dejar a un lado mis sentimientos para quedarme junto a ella para siempre.

4ever...

Esa palabra cobra un sentido diferente de cuando me la tatué en el pecho. Es un significado más profundo, uno que me hace estremecer, porque es como si sintiera que a ella la querré para siempre y nada ni nadie va a conseguir ocupar su lugar nunca más.

Es un *forever* demasiado real y me llena de inquietud porque yo mismo estoy cavando mi propia tumba, una donde voy a pudrirme cuando todo termine de la peor manera.

Me separo de sus labios abrumado por mis pensamientos y el dolor que me producen.

Me siento un mierda y me gustaría empezar otra vez desde cero, borrar los hechos

anteriores y tener mi hoja de ruta en blanco y no llena de indicaciones nada saludables, pero es imposible.

—Si sigo besándote te follaré aquí mismo, Bren. —Le acaricio el labio separándola al máximo de mí—. Mejor te llevo a desayunar o tu primera vez no será como te mereces.

—Vale —murmura con un tonillo pícaro—. Pero yo podría desayunar solo tus besos. ¿No has escuchado mis ruiditos? Son igualitos a los que hago comiendo.

—¡Y bebiendo café! —Le doy un beso rápido antes de agarrarla por la cintura para levantarnos—. Pero, Bren, me doy la hostia de cuenta de que solo intentas distraerme para llegar tarde al estudio. Y vas a tatuarte hoy aunque tenga que llevarte arrastrando del pelo.

—Tú no harías eso. —Junta los morros en una expresión tan sexy que me incita a besarla de nuevo, pero no pienso caer en su trampa.

—¿Estás segura?

—Bastante.

Caminamos hacia la cafetería agarrados de la mano.

Si alguien me viera así pensaría que me he convertido en un panoli, y lo peor es que me la suda lo que piensen mientras la tenga a mi lado el tiempo que dure, aunque sea corto.

El desayuno se llena de una conversación muy entretenida sobre nuestros respectivos estudios. Ella diserta un rato acerca de cómo las matemáticas influyen en mil campos distintos y yo comparto con ella algunas maravillas del hackeo, de la programación, de la forma tan impactante en la que la tecnología avanza llevándonos a un mundo cibernético donde todo puede convertirse en posible a través de una máquina inteligente.

Michel nos espera a la hora convenida.

Me cuesta un huevo llevar a Brenda hasta su estudio, busca mil maneras de retrasar lo inevitable y me flipa su capacidad para embobarme. Suelo ser de piedra con las tías y esta me lleva por donde quiere.

Pero al final triunfa la sensatez y acabamos con Brenda sentada en una silla, muy nerviosa, y Mick mirándola con esa sonrisa torcida de siempre.

—Tu primera vez —le comenta a Brenda con un puntillo de socarronería.

—Exacto. Y vengo obligada por un trato. —Me señala con una mueca airada—. Él es el culpable. Perdí una apuesta y ahora debo pagar el precio.

—Mac es uno de mis mejores clientes. —Le guiña un ojo—. Y un colega de verdad. Me ayudó a deshacerme de un cabrón que quería copiar mis diseños originales.

—¿Alguna ilegalidad que deba saber? —Bren levanta las cejas mirándome.

—Nada preocupante. —Le lanzo un beso—. Solo le puse en su lugar y le demostré lo que sucede cuando jodes a un colega.

—Conozco demasiado bien tu forma de persuadir para que te obedezcan. —Se gira hacia Mick—. A mí me clonó el móvil y mandó mensajes subditos de tono a todos mis contactos. Y todo porque quería compartir habitación conmigo.

La carcajada de Michel llena la habitación donde estamos. Tiene una ventana que da a la calle y las paredes están colmadas de sus dibujos e ilustraciones, junto a fotos de los tatuajes que las lucen con orgullo. Él es un tipo corriente, nada del típico hombretón con barba hasta el pecho y lleno de piercings por la cara.

Tiene varios tatuajes en el cuerpo, de los cuales quizá el más significativo es el ala de un murciélago asomando por su cuello hasta casi lamer la mejilla izquierda, pero de apariencia es normal. Fuerte, musculado, moreno, con ojos oscuros y una cara de rasgos añiados.

—Tío, ¿qué maneras son esas de ligar? —Mick me da un golpe con el puño en uno de mis

brazos tatuados por él—. Te creía más imán para las tías. ¿En serio necesitaste hackearle el móvil para tirártela?

—Algo así. —Quito hierro al asunto al comprobar cómo le sienta a Brenda esta conversación. Necesito desviarla hacia algo más tranquilo o me explotará en la cara—. ¿Y si nos centramos en el tatuaje? ¿Ya sabes qué quieres y dónde, Bren?

—Sí. —Sonríe con un poco de acojone en la cara ruborizada—. En el tobillo derecho, por fuera, para que se vea. —Se muerde el labio en un mohín avergonzado—. Quiero copiarte el *4ever*. ¿Puedo? Es bonito pensar que algo pueda durar para siempre. Últimamente tengo mucho que inmortalizar.

—¿En qué estás pensando? —pregunto con un nudo en la garganta porque esa simple frase esconde muchísimo más de lo que estoy dispuesto a asumir.

—Pase lo que pase, los recuerdos de lo que ha sucedido se quedan para siempre en nosotros. —Sonríe con las mejillas sonrojadas otra vez—. Todas esas primeras veces me van a acompañar el resto de mi vida porque solo hay una ocasión para una primera vez. ¿Y sabes? Me ha encantado experimentar muchas de ellas contigo.

—¡Córtate un poco, tía! —exclama Mick mirándome con asco—. ¿Quién te ha enseñado a ser tan ñoña? Y Mac, tío, ¿en serio no te da un subidón de azúcar escucharla?

—La verdad es que no. —Sonríe acercándose a ella para darle la mano—. ¿Vamos allá? ¡Tío! ¡Haz una obra de arte!

—O sea, tatúo un *4ever* en el tobillo por la parte de fuera.

—Con la fecha de hoy, por favor. —Brenda asiente—. Para perpetuar el momento.

La observo durante todo el proceso. Sus expresiones son la hostia, me flipan, me inducen a sentirme cada vez más enamorado de ella, a necesitarla, a querer besar esa cara tan perfecta que se contorsiona al son de la aguja y la tinta penetrando en su piel.

Cuando Michel termina me alucina su obra de arte.

—¡Tío! Eres un auténtico Picasso —le felicito—. Te ha quedado cojonudo.

—Me encanta —añade Brenda—. Nunca olvidaré este momento.

Capítulo 27

Brenda

El tatuaje no me ha dolido tanto como esperaba.

Dylan ha estado a mi lado en todo momento, dándome la mano, animándome y haciéndome la experiencia más llevadera. Y Mick era súper simpático, un chico muy alejado de los estereotipos y con mucho arte. La verdad es que, en contra de todo pronóstico, me encanta mi tatuaje.

Es bonito tener algo así pintado en la piel, recordar un día en concreto en el que mi vida se encamina hacia un lugar muy diferente al definido cuando decidí venir a estudiar aquí.

Ahora estamos de camino a uno de los parques de Boston para encontrarnos con sus amigos. Me van a dar una lección de béisbol.

Estoy nerviosa. Faith me la ha jugado en un par de ocasiones junto a su novio y el mío y no tengo ni idea de cómo se van a tomar mi relación con Dy, pero voy a darles una oportunidad. Todo el mundo se merece una y más si pienso seguir saliendo con Dylan.

En el coche escuchamos un poco de su música. Me pone un par de canciones de grupos poco conocidos y me explica su trayectoria como un experto.

—¿Estás preparada? —Estaciona en un parking y me sube a su regazo antes de salir.

—¿Van a tratarme bien? —pregunto—. ¿O ahora es el momento de sacarte la careta?

—¿Todavía estamos con eso? —Levanta las cejas.

—¿Me lo puedes reprochar? —Le dirijo una mirada llena de picardía porque estamos otra vez jugando con los diálogos.

—¿Nunca te cansas de pensar mal de mí? —Me rodea con sus brazos para pegar su frente a la mía—. ¿O de contestarme con preguntas?

—¿Te gustaría si lo hiciera? ¿Que dejara nuestro juego preferido?

—¡No! —Suelta una carcajada—. Siempre me van a flipar estos desafíos, pero, ahora en serio, Bren. No tienes nada que temer con Faith y Quincy, están en el parque para pasar un par de horas enseñándote las normas básicas del béisbol y jugar un rato. —Me da un beso bastante pasional que me deja temblando—. Quiero estar contigo, no hay nada que deseé más.

—Vale. —No me veo capaz de articular otra palabra.

Le sigo al exterior agarrándome con fuerza a su mano. Quiero creerle, de verdad, pero no puedo evitar ese poso de desconfianza provocado por su anterior comportamiento.

Espero que no siempre sea así, equivocarme, escucharle decir *ya te lo dije* al terminar el día. Lo anhele de verdad, porque sería un triunfo para mí.

—Es otra primera vez —digo de repente, rompiendo el silencio—. Darme la mano con un chico por la calle, ir a conocer a los amigos de mi novio, jugar con ellos a béisbol... Son primeras veces alucinantes, Dy. Y me encanta tenerlas contigo.

—¿Hay alguna que te flipe la hostia? ¿Un deseo inconfesable?

—¿Te reirás de mí si te lo cuento?

—¿Me crees capaz de algo tan ruin?

—¿No fuiste tú el que me lanzó al agua y me encerró en una *escape room* descojonándose

de mí? —Levanto las cejas con una sonrisa.

—¿Me lo vas a tener en cuenta toda la vida?

—¿Hasta cuándo lo considerarías prudente?

—¿Y si te beso para hacerte callar de una jodida vez? —Se detiene, me rodea la cintura con sus brazos y me acerca mucho a él—. ¿Ganaría por goleada este juego de las preguntas?

—¿Por qué no lo compruebas?

Sus labios se posan en los míos despertando nuevas oleadas de calor en mi cuerpo. Es como si no pudiera besarle sin sentir un terremoto ascender por mi piel y zarandear cada pequeño átomo de mi cuerpo.

Me quedo asida a sus labios, suspendida en un limbo donde solo existen él y las sensaciones que me produce con el movimiento de su lengua y de sus manos en mi espalda.

—¿Siempre es así con otras personas? —pregunto cuando rompe el beso y se separa de mí—. ¿Con todos los besos se siente la misma intensidad?

—¿Otros tíos? —Me mira con una expresión enfadada—. ¿En serio acabas de pensar en besar a otros tíos, mojiata?

—¿Estás celoso? —Le doy un beso rápido en los labios y suelto una carcajada—. ¿Un tío duro como tú?

—¿No se me permite estarlo? —Me atrapa otra vez fuerte por la cintura—. ¿Sabes lo enfermo que me pone imaginarte en brazos de otro?

—Solo quería saber si era igual siempre. —Le acaricio su nariz con la mía—. Porque contigo me siento arder. Es una sensación demasiado intensa para no darme cuenta de cuánto me afecta, y no tengo ni idea de si es porque es la primera vez o es algo normal.

—En mi vida había sentido lo mismo con otra tía. Eres especial para mí, Bren. Demasiado especial como para saber contestarte con sinceridad.

—Tú también lo eres para mí.

Llegamos al parque diez minutos después de la hora convenida. Sus amigos parecen molestos, pero me alucina lo bien que me aceptan en su grupo cuando se les pasa el mosqueo. Es como si la Faith y el Quincy de los primeros días hubieran sido substituidos por una pareja amable y con auténticos deseos de pasarlo bien conmigo. Ambos se disculpan por su nefasta actuación en los otros encuentros al saludarme y enseguida nos adentramos en el mundo del béisbol.

Dos horas después soy casi una experta y he descubierto lo divertido que es el juego. He conseguido un *home run* después de batear la bola con mucha fuerza. Ellos lo han llamado la suerte del principiante, pero a mí me ha sentado de maravilla. He gritado como una loca, vitoreando en alto, dando saltos y abrazándome a Dylan después de la carrera, quien me ha alzado en el aire para felicitarme.

Han sido unas horas memorables y ahora estoy muy emocionada por la salida de la semana que viene a un partido, en un estadio tan emblemático como el Fenway Park.

—¿Os venís a comer algo? —propone Dylan cuando mis tripas rugen con fuerza—. Mi chica está a punto de la inanición. ¡Es acojonante cómo traga, tíos! Os lo juro, en mi vida había conocido a una tía con esas tragaderas.

—Y encima está delgada —apunta Quincy caminando con nosotros hacia la salida del parque con un tonillo de mofa que me molesta bastante.

—Sí, Bren. —Faith me pasa su brazo por los hombros y siento enseguida su desfachatez—. Deberías patentar esa capacidad para no engordar. Lo de dejar de contar calorías me fliparía.

—Y a medio país —aporta Quincy—. Si consiguiéramos el elixir de la eterna delgadez nos forraríamos y todos los fabricantes de comida del mundo nos adorarían como si fuéramos dioses.

—Mientras eso no pase vamos a forrarnos de otras formas. ¿No, Mac? —Faith me dirige una mirada incisiva que me despierta un escalofrío—. No deberías olvidarlo.

Él contrae los músculos del cuerpo, se tensa y aprieta la mandíbula con fuerza.

—¿Vais a acompañarnos en un almuerzo lleno a rebosar de grasas? —repito la invitación de Dylan para intentar suavizar la tensión del ambiente—. Me apetece una hamburguesa con ketchup y un montón indecente de patatas fritas con una Coca-Cola al lado.

—Mejor lo dejamos para otro día. —Quincy se arrima a su chica para abrazarla y llevársela a un lado—. Tenemos planes, ¿verdad, cariño?

—Hemos quedado con nuestro grupo de trabajo para debatir un par de puntos complicados del proyecto —explica Faith, sin dejar de mirar fijamente a Dylan—. Me apetecería cien veces más irme con vosotros, pero no estamos aquí por diversión. Necesitamos los puntos extra para licenciarnos con las cualificaciones más altas.

Camino abrazada a Dy hacia el coche. En una hora empieza mi turno en la cafetería y necesito una ducha para sacarme el sudor del juego antes de comer con él.

—¿Qué ha sido eso?—pregunto apoyando mi cabeza en su pecho.

—Nada —suelta crispado—. Faith quiere que le haga un trabajito y no estoy muy puesto en sus gilipolleces.

—¿Algo ilegal?

—¡Déjalo estar de una vez! —Vuelve a tensarse.

Avanzamos un rato en silencio.

Me encanta escuchar el repicar de su corazón, sentir su piel a través de la camiseta y oler su aroma de hombre. Me relaja lo suficiente como para dejar la conversación atrás.

Recuerdo nuestro último reto de preguntas y descubro una a la que al final no he contestado.

—Ir a una sala de tiro —digo sin venir a cuento—. Y cantar en un karaoke aunque haga el ridículo.

—¿Qué pasa con una sala de tiro? ¿Y con un karaoke? —Parece desconcertado.

—Antes me has preguntado alguna locura que me apeteciera. —Le abrazo más fuerte para acercarlo al máximo—. Esas son mis dos más auténticas. Soy muy vergonzosa, la idea de cantar en público me agobia y a la vez me atrae, porque sería una forma de enfrentarme a mi miedo.

—¿Y qué hay de disparar?

—¡Estamos en Estados Unidos, el país de las armas! —exclamo en un tono emocionado—. Quiero tener una pistola en la mano de forma controlada, ponerme unos cascos en la cabeza y apretar el gatillo mientras siento cómo la adrenalina inunda mi cuerpo. Aunque sea solo una vez.

—Eso es fácil, Bren. No son locuras demasiado complicadas.

Llegamos al coche y nos damos un beso rápido antes de entrar cada uno en su lado.

Durante unos minutos no hablamos, solo escuchamos la música que inunda el interior del vehículo. Dylan tararea un poco alto, mirándome cuando le es posible, con una sonrisa socarrona.

—Si has de hacerlo en un karaoke será mejor ensayar, ¿no crees?

—No conozco estas canciones. —Mis mejillas arden.

—¡En serio, tía! ¡Te ahogas en un vaso de agua! ¿Tienes música en el móvil? —Asiento—. Este aparato va por *bluetooth*, solo has de conectarlo para escuchar una canción.

—¿Te parece bien una de Prince Royce? —pregunto abriendo el Spotify de mi móvil—. Es medio en inglés y medio en español, pero me la sé bastante bien. Se llama *Stand by me* y la canta

a ritmo de bachata.

—¿Música latina? —Sus cejas se levantan muchísimo, con una mueca un poco asqueada—. ¿En serio, Bren?

—Vamos a ver si te gusta, ¿vale?

—Venga, tía, dispara de una vez.

Escucho el bip de conexión de mi móvil en el aparato del coche y me preparo para hacer el ridículo más espantoso de mi vida.

Los primeros compases solo son acústicos. Luego suena el típico Royce de sus canciones y su voz irrumpe en el coche.

When the night has come, and the land is dark (cuando la noche ha llegado y la tierra es oscura) y la luna es la luz que brilla ante mí. Miedo no, no tendré, oh I won't (no lo tendré), te asustaré...

Me lanzo a quemar mis cuerdas vocales cantando cada una de las estrofas con más confianza. Es alucinante dejarse ir de esta manera, darle voz a mi deseo de cantar en alto.

Dylan se ríe a carcajadas y enseguida se apunta a tararear el ritmo repiqueteando con los dedos en el volante.

Muevo las caderas y gesticulo de forma exagerada con los brazos a mitad de la canción. Voy lanzada, y por primera vez en mi vida me siento libre, como si nada pudiera interponerse en mi camino y fuera capaz de conseguir todos y cada uno de mis deseos.

—No está mal el Royce ese —admite cuando los primeros compases de la siguiente canción suenan entre risas—. Y cantas de puta madre. Aunque, tía, la bachata le da un tono un poco ridículo a este clásico. Lo bonito en realidad es ver cómo un cantante coge una canción conocida y la adapta a su estilo sin perder el fondo, combinando los dos idiomas.

Le miro con devoción, perdidamente enamorada de él.

—Hoy me has regalado varias primeras veces. Un tatuaje, el béisbol, llevarme bien con tus amigos, morreos en un parque, cantar en el coche, caminar abrazada contigo por Boston, abrirme tu corazón... Ha sido épico, Dy.

—Voy a llevarte a un karaoke y a un campo de tiro. —Su tono está tomado por una extraña emoción—. Conseguiré hacer realidad tus sueños, Bren.

Reprimo mi deseo de decirle cuánto le quiero, porque es una primera vez complicada, sin estar cien por cien segura de su reacción. No pretendo acabar con lo nuestro cuando apenas estamos empezando y si pronuncio esas palabras antes de tiempo podría asustarse y salir corriendo.

—¿Cuáles son los tuyos? —inquiero con decisión.

—¿Mis sueños? —Asiento—. Tengo pocos.

—Dime algo más fácil, una primera vez que podamos hacer realidad juntos.

—¡Bren! ¿Qué mierda de pregunta es esa?

Parece molesto de verdad y no lo entiendo. Mi pregunta es de lo más normalita. Él mira hacia el retrovisor varias veces de reojo y se tensa, marcando los nudillos en blanco al apretar tanto el volante.

—¿Eres celoso? —pregunto cambiando de tercio porque no me apetece discutir.

—Hasta que te conocí no lo era —admite—. Me has cambiado las neuronas, porque ahora me cabrea ver a un tío babear por mi chica. Es un sentimiento de posesión muy jodido, lo admito. Si pudiera, te obligaría a tatuarte mi nombre en tu piel para que quedara claro de quién eres.

—¡Pareces un hombre de las cavernas! —Suelto una risotada.

—Será porque me sale el instinto primitivo.

—A mí también me molesta cuando se te acercan las chicas y ligan contigo sin importarles que yo esté delante —admito—. Y si alguna vez me engañaras con otra me destrozarás. Soy demasiado nueva en esto de las relaciones.

—¡Ya somos dos!

—Pero tú estuviste con una chica dos años. Algo sabrás, ¿no?

—Amber era bastante lanzada en todo y no se cortaba a la hora de tirarse a los tíos que le apetecía, y yo no me quedaba a la zaga.

—¿Y conmigo? —pregunto expectante—. ¿Qué buscas?

—No tengo ni idea.

—Otra primera vez. Contigo son fáciles. —Le guiño un ojo—. Deberíamos indagar un poco en esa teoría tuya del cien por cien, porque si es cierta vas a estar todo el día alejando moscones.

Estalla en carcajadas.

—¿Aceptas el cien por cien? —Me lanza una mirada capciosa.

—Bueno, yo ya he caído en tus redes, ¿no? Ahora se trata de buscar a cuántas chicas le eres indiferente para calcular un porcentaje real.

—Salvo las lesbianas, todas me adoran.

—Mientras solo las mires, por mí no hay problema.

No contesta. Se limita a mirar hacia delante y a apretar la mandíbula con fuerza.

Cuando llegamos a la residencia me voy directa a la ducha sin perder demasiado tiempo. Hakiro se ha tomado bastante mal mi relación con Dylan y no quiero llegar tarde al trabajo para pedirle favores.

Apenas cuento con tiempo para secarme el pelo y mucho menos para maquillarme cuando salgo con Dy rumbo a nuestra comida en una hamburguesería cercana al campus.

El aire cálido del exterior nos acompaña. Estoy descuidando un poco mis tareas, nunca he sido tan poco aplicada, pero me están pasando demasiadas cosas maravillosas y no quiero perderme ni un segundo a su lado.

Nos despedimos después de una comida maravillosa. Él tiene trabajos para entregar.

El domingo repetimos el béisbol en el parque con Faith, Quincy y Mandy, a quien he invitado.

Nos lo pasamos bien, aunque hay algo en Faith que me pone la piel de gallina. Entre ella y Dylan existe una tensión no resuelta que les enfrenta en diversas ocasiones. Se lanzan pullas e insinuaciones veladas a algún tipo de negocio en el que él está involucrado.

El lunes, la clase de mi padre se me hace mucho más amena sabiendo que podré pasar algunas horas con él durante la semana. Quiero conocer cada parte de su vida, cada pequeño recoveco y cada secreto inconfesable. Y también me emociona compartir con él los míos, incluso le he preparado un álbum de fotos en el móvil para que pueda ver en imágenes mis dieciocho años de vida.

La semana avanza rápido entre charlas con mi padre, videoconferencias con mi casa, trabajo a destajo para sacar una buena cualificación en el curso, salidas y charlas interminables con Mandy, momentos con Dylan, noches de dormir abrazada a él, de aprender a besar, a tocar, a gozar de sus experimentados dedos y de su lengua.

Tuve que hablarle a mi padre de nuestra relación, porque mi novio viene a buscarme cada día al salir de clase y despierta tanto revuelo entre mis compañeros que no pude evitarlo. No le

pareció mal, aunque en algunos instantes de la conversación adoptó el papel de padre preocupado y eso nos descolocó un poco a los dos. Necesitamos tiempo para ubicar cada sentimiento en su lugar.

Me encanta colgarme del cuello de Dy cuando aparece en la clase. Nunca había sido ese tipo de chica, pero con él tengo una auténtica necesidad de demostrar al mundo y a mí misma que lo nuestro es real.

Desde que estamos juntos la gente chismorreando al verme pasar. Muchos de mis compañeros me lanzan miraditas de burla como las que solía recibir en el pasado y cuando me ven con Dy suelen palmearle la espalda y felicitarlo antes de reprimir carcajadas al mirarme a mí.

Quizá es solo fruto de ese pasado horrible que solo deseo olvidar, pero ese comportamiento me molesta y no me cuesta descubrir los mismos síntomas en Dylan. Suele tratarlos con dureza, los aparta y se tensa al instante, como si le molestara muchísimo esa actitud.

El sábado, después de comer en un japonés, me deja en la cafetería cinco minutos antes de iniciar el turno y se despide de mí prometiéndome venir a recogerme a mi hora de salida.

Beverly me mira con rabia al verme entrar, como si quisiera herirme.

—Ya tenemos aquí a la mosquita muerta —susurra cuando paso por su lado de camino a las taquillas—. ¿Cuánto vas a tardar en tirártelo?

—¿Hablas de Dy? —Me detengo.

—Te va a dejar tirada a la primera de cambio. —Se encara a mi mirada—. Ese tipo de tíos no cambian, entérate, juegan con las tías como si fueran de usar y tirar. —Arruga los labios en un gesto ácido—. Cuando te destroce rompiendo tu corazón en pedacitos me voy a descojonar en tu cara por ingenua.

—No, si lo entiendo. —Sonrío para demostrarle lo poco que me afectan sus palabras—. Con esas tetas operadas y el rubio de bote pensabas que todos los chicos caerían rendidos a tus pies y, mira por dónde, la pardilla se ha llevado al tío bueno. No lo puedes soportar, ¿verdad? —Le lanzo una mirada sarcástica—. ¡Pues supéralo! No a todos les pone la silicona.

Me doy la vuelta y camino hacia el interior del local con un subidón de adrenalina. Estoy harta de que todos juzguen lo que tenemos Dylan y yo.

Cuando estoy cambiada, Bev entra en la trastienda. Parece más dócil, como si se hubiera pensado mejor su actitud conmigo.

—En serio, Brenda —dice en un tono más suave que antes—. No te fíes de Dylan McLaren. Hay muchísimas cosas que no sabes de él. Es un hijo de puta y te va a hacer pedazos.

—Quiero arriesgarme, pero gracias por la advertencia.

—Cuando te explote en la cara, recuerda que te lo advertí.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

No tengo ni idea de qué intenta. Primero me habla con malas intenciones y ahora parece decidida a hacerme confidencias. ¿Intenta sembrar la duda en mí? ¿Es eso?

Salgo a atender a las mesas.

Tengo varios mensajes sin responder de mi madre y las chicas, un par de llamadas no contestadas y remordimientos por no haberles explicado mis verdaderas intenciones al venir a esta universidad.

Me prometo a mí misma llamarlas por videoconferencia mañana y pasarme un rato contándoles lo de Dy y cogiendo el toro por los cuernos a la hora de confesar mi relación incipiente con mi padre.

Con Hakiro las cosas están un poco tirantes, pero estoy convencida de que no tardarán en

mejorar. Estaba interesado en mí, entiendo que le duela mi elección, sin embargo, los designios del corazón son difíciles de controlar a pesar de mis intentos. Hago lo posible por hablar con él en diversas ocasiones y acabamos la noche con una tregua tácita cuando nos invita a Dylan, a Mandy y a mí a salir con su grupo el próximo viernes.

A la hora de cerrar, mi chico me espera en la puerta con una sonrisa. Todavía no me creo que esté saliendo con ese pedazo de hombre.

—Tengo una sorpresa para ti —anuncia cuando salimos a la noche.

—¿Cuál? —Abro los ojos expectante.

—Ya lo verás. —Sonríe enigmático—. ¡Ni de coña te lo voy a decir! ¡Tía! ¡Es una sorpresa!

—¿Me das una pista? —Le abrazo para darle un beso disuasorio—. Solo una pequeñita.

—Mojigata, tienes mucho peligro. —Se ríe a carcajadas y me separa de su cuerpo para llevarme al coche—. Vamos, si te portas bien, enseguida sabrás a dónde te llevo.

—Vale. —Junto mucho los morros y cruzo los brazos bajo los pechos—. No preguntaré más.

Y no lo hago a pesar de las ganas que tengo de descubrir nuestro destino mientras él conduce por las calles de Boston.

Aparca sin demasiada dificultad. Estamos en una zona alejada del centro donde hay bastantes espacios libres para estacionar.

—Cierra los ojos —solicita enseñándome un pañuelo—. Te voy a vendar los ojos en plan sorpresa. ¡Tía! ¡Lo que hago por ti!

No contesto, me limito a cerrar los ojos y a sentir cómo me anuda el pañuelo alrededor de la cabeza para dejarme en la oscuridad.

—No te muevas —musita—. Ahora vengo a por ti.

—¿A dónde vamos? —Lo intento otra vez.

—Ahora lo verás, impaciente. —Siento sus manos atraparme por la cadera y ayudarme a bajar del coche—. Apóyate en mí, yo te guiaré.

Caminamos por unas calles poco concurridas, lo sé porque de repente mis otros sentidos se agudizan para captar la más mínima pista del lugar al que nos dirigimos.

Una puerta se abre. Oigo a una chica cantar con muchos gallos una canción que no conozco y sonrío cogiendo la venda con las manos para sacármela.

—¡Un karaoke! —me emociono—. ¿Me has traído a un karaoke?

—Por ti lo que sea, cariño. —Me besa con delicadeza acompañándome a una mesa—. Te he apuntado online para cantar la del otro día dentro de quince minutos. ¿Quieres una copa para entonarte? ¿O vas a ir a pelo?

—No pienso volver a probar el alcohol en lo que me queda de vida.

—Pues a pelo.

Él se pide una cerveza y yo me declino por un cóctel sin alcohol muy dulce.

—No lo entiendo —comenta cuando la camarera se va—. Te gusta el café solo, que es lo más amargo del mundo, ¿y quieres una bebida dulce?

—Soy una mujer de contrastes. —Le guiño un ojo.

A la hora de subir al escenario me puede el miedo escénico. Dylan ha de empujarme literalmente hasta que asciendo los peldaños y me planto frente al micro. Empiezo flojillo, sin demasiada soltura, pero poco a poco voy perdiendo la vergüenza y me suelto.

Dylan está abajo, filmándome con el móvil, animándome y haciéndome sentir segura de mí misma. No soy demasiado aficionada al baile, pero he visto muchas coreografías en YouTube para

saber cómo seguir el ritmo de la bachata.

Me muevo intentando copiar a los bailarines de los vídeos y pasándomelo de miedo mientras él me corea como si le fuera la vida en ello.

Quizá lo nuestro empezó como una broma pesada, pero en este instante sé que ha valido la pena arriesgarme, porque él me hace feliz.

Capítulo 28

Dylan

Es domingo y vuelvo a despertarme en su cama, abrazado a ella como un auténtico depredador necesitado de tocarla, a pesar de saber que Brenda no es para mí.

La abrazo como si me fuera la vida en ello, porque me parece la persona más alucinante que he conocido en la vida y, lo peor de todo, es que la amo como jamás me creí capaz.

¡Es la hostia! Soy tan imbécil que me he enamorado hasta las trancas de Brenda y la quiero para mí. Me niego a pensar que todo acabará como la mierda, aunque sé la verdad y tengo claro que te cagas lo que va a pasar.

Cuando suena el teléfono me molesta el ruido, pero lo alcanzo con rapidez para no despertarla. A esta hora solo pueden ser dos personas y no me apetece compartir con mi novia esa mierda de conversaciones ni darle explicaciones.

Mi novia...

Nunca pensé que estas dos palabras saldrían de mis labios, y mírame ahora. ¡Soy patético!

Quizá algún día encuentre la forma de deshacerme de mi mierda, pero ahora estoy atrapado y no es el momento de hablarlo con Brenda.

Me levanto solo vestido con el bóxer. Anoche nuestra sesión de toqueteo se nos descontroló y ella acabó pajeándose guiada por mis manos expertas sobre mi polla. ¡Eso sí que fue como si me hubieran encumbrado a la Infinity War en décimas de segundo! A pesar de su falta de experiencia supo llevarme al orgasmo ayudada por mis indicaciones, y me flipó.

A partir de ahora no volveré a utilizar el baño para desahogarme, dejaré que su mano sea la encargada de darme placer con esa inocencia que me pone a mil y me consigue algo de tiempo.

La conversación no es demasiado larga. Me cabreo la hostia con Faith y reniego muchísimo por la realidad que se abre ahora ante mi futuro inmediato. ¡Es una jodida mierda! ¡Una auténtica pesadilla de la que solo quiero despertar!

Pero no puedo, y eso me mata.

Vuelvo a la cama cabreado, hecho una furia y con deseos de patear más de un cuerpo. La abrazo otra vez por la espalda, colándome entre su camiseta para acceder a su piel y olvidar la jodida mierda que me cubre.

Abrazarla se convierte en un bálsamo. En serio, esta tía es como un calmante en vena, porque amaina a la fiera que anida en mi interior.

—¿Dónde has ido? —Ronronea colocando una mano encima de la mía—. La cama no es lo mismo sin ti.

—A hablar un segundo por teléfono. Intentaba no despertarte.

—¿Algo de lo que deba preocuparme?

—No. —Le doy un beso en el hombro desnudo gracias a su camiseta de tirantes—. Hoy tenemos un gran día por delante, no vale la pena estropearlo.

Se da la vuelta hasta quedar de cara a mí, levanta la mano y me acaricia la mejilla.

—Cualquier problema tuyo ahora también lo es mío, Dy. —Suena tan jodidamente tierna que me siento un mierda—. Somos un equipo, ¿vale? Puedes contarme lo que sea y yo prometo

estar ahí para ti.

—¡Tía! ¡Estás ñoña que te cagas! —suelto mosqueado.

—Quiero estarlo, Dy. —Sonríe e ilumina mi mundo de tinieblas—. Es lo que hace la gente cuando se enamora, compartirlo todo, cambiar las frases normales por unas azucaradas y, aunque no te guste, pintarlo todo de rosa pastel. Como mínimo al principio.

No reacciono. Me acabo de quedar en *shock*, colgado en una de las frases, repitiéndola sin cesar en mi mente y dándole una forma que me acojona la hostia.

—¿Estás enamorada de mí?

Ella sonríe, como cada vez que nos enzarzamos en una de nuestras batallas dialoguistas, y se muerde el labio antes de contestar.

—¿Tú qué crees?

—¿Me lo acabas de decir? —Levanto las cejas dos veces y la rodeo por la cintura para acercarla mucho a mí—. ¿O acaso me lo he inventado?

—¿Crees posible que mis palabras sean una broma, o que de verdad estoy enamorada de ti?

—¿Podríamos estar los dos en la misma fase?

—¿Lo estamos?

Me rindo. Cada una de sus palabras es más melosa que la anterior.

Se acerca a mi boca con una suavidad que me pone a mil. Y necesito decirlo alto y claro para que lo sepa todo el mundo, ahora y siempre, incluso cuando mire atrás y se pregunte por qué seguí adelante con esta locura a pesar de todas las señales luminosas que me indican cómo acabará.

—Te quiero, Bren —suelto sin tiritas, palmeándome la espalda por mi osadía—. Me he enamorado de ti porque eres la hostia, tía, y me flipas un montón. —Le guiño un ojo—. ¡Pero yo por lo ñoño no paso! Te lo aviso.

—Yo también te quiero —musita sellando su declaración con un beso—. Si te digo la verdad, no tengo ni idea de cómo ha pasado, pero me he enamorado de ti.

—Cariño, de este cuerpo se enamoran todas. El cien por cien de las tías y los tíos gays.

—¡Ya estamos con tus porcentajes!

La estrecho contra mi cuerpo, le lamo el labio superior y pego mi boca a la suya.

—El único que vale es el cien por cien de fiabilidad de mis palabras, Bren. —Sueno ñoño que te cagas, pero me la suda, ella se lo merece—. Tú eres mi chica, la única a la que he querido en mi vida. No lo olvides nunca, porque es importante para mí que lo recuerdes.

—También es mi primera vez —susurra—. Es mi primer te quiero a un chico y me asusta muchísimo lo que viene después.

—¿Qué exactamente?

—Construir una relación, avanzar juntos, no desviarnos de la ruta, el sexo...

Le guiño un ojo y la abrazo más fuerte, descubriendo cómo le tiembla la voz al pronunciar la última frase.

—Juegas con una ventaja de la hostia, Bren. —Le doy un beso.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Soy el puto amo del sexo y te voy a enseñar las mil maravillas. Una vez lo pruebes no querrás parar y lo mejor de todo es que yo tampoco.

Ella se separa un poco de mí para dirigirme una mirada un poco ansiosa.

—¿De verdad te crees capaz de ser monógamo? —susurra un poco acobardada—. Porque a mí no me van las relaciones abiertas y no podría soportar verte con otra.

—Solo quiero estar contigo, Bren —aseguro besándola y acercándola tanto a mí que casi la dejo sin respiración. Me acerco a su oído para hablarle en susurros—. Nunca me había pasado. Yo era un tío de una sola noche. Jamás en mi vida había dormido con una tía, aunque me la hubiera tirado. En cambio, contigo, quiero hacerlo cada jodida noche, porque me siento solo en la cama sin ti.

—No me gusta pensar en tus otras mujeres —admite—. Me siento en desventaja porque tú las has tenido a montones y yo... Pues yo no he tenido nunca a nadie tan cerca.

Siento que este tema es una de sus debilidades y quiero compensarla porque tengo clarísimo que va a pasarle factura cuando me descubra.

Le doy un beso suave y me levanto para caminar hacia el armario.

—Encontraremos el camino juntos, Bren —aseguro buscando un conjunto para hoy.

—¡Uo, Dy! —Aplaude con una risa contagiosa—. ¡Si sigues así serás un poeta romántico que te mueres!

Suelta una carcajada divertida y yo aprovecho el momento para acercarme de nuevo a ella y meterle la lengua hasta el fondo, dándome igual el aliento matutino y esas hostias.

Dos horas después estamos sentados en una cafetería de Boston, desayunando mientras me cuenta algunas cosas de su vida y yo la miro como si fuera lo más bonito del mundo.

¿Lo más bonito del mundo? ¿En serio?

Me doy asco, de verdad.

Pero sigo mirándola con devoción, como si contemplara la sexta maravilla del mundo, como si ella fuera la única capaz de despertarme unos sentimientos la hostia de acojonantes y fuera de lugar.

El resto del día pasa entre paseos, besos, confidencias y risas.

Si pudiera estar para siempre así sería feliz...

A la hora de ir hacia el partido está nerviosa. No deja de preguntar cosas de béisbol mientras me mira con esos ojos grandes que me tienen loco.

La llevo de la mano, orgulloso, sin atender a las jodidas miradas de los compañeros de la universidad que siguen dando muestras de camaradería. Me felicitan o me levantan el pulgar con una sonrisita o me guiñan un ojo de forma cómplice y luego se ríen de ella a la cara.

Observo cómo le molesta esa actitud y el deseo de romperle los dientes a esos capullos me atrapa. Entonces me doy cuenta de una realidad dolorosa y aprieto los puños con fuerza, asqueándome de mí mismo.

El estadio está a rebosar de personas, como suele pasar en estos acontecimientos deportivos.

Los ojos de Brenda se llenan de emoción al observar cada detalle. Me hace preguntas de cualquier cosa, por muy simple que sea, con un entusiasmo genuino y lleno de un interés difícil de entender para alguien como yo, pero que me flipa la hostia, porque demuestra su capacidad de disfrutar de cada momento.

Nos sentamos en las gradas, en las localidades de los tickets, y sus palabras siguen entre besos, sonrisas y felicidad.

—Es una pasada —dice—. Estar aquí, haber conocido a mi padre, tenerte... Dy, ¿te das cuenta? Mi vida ha cambiado tanto en tan poco tiempo que me da vértigo pensar en ello, porque me parece imposible tener tantas cosas maravillosas solo para mí.

Me limito a besarla y me callo la sensación de angustia que me invade, mi ansiedad y la mierda de verdad que, tarde o temprano, saldrá a la luz porque no puedo deshacer el pasado ni

olvidarme de lo que espero del futuro.

Cuando empieza el partido me abraza con fuerza en algunos instantes de tensión, ríe cuando está feliz, anima a los Red Sox y no deja de emocionarse al ver cómo entiende el juego.

Le compro una gorra, un perrito caliente, unas patatas fritas y un refresco, y ella se emociona tanto que me hace replantearme todas mis decisiones.

En los descansos la cámara juega a enfocar parejas para retransmitirlas en las pantallas grandes del estadio con la palabra beso escrita en letras enormes.

De repente aparecen nuestras caras en ella.

—¡Somos nosotros! —Señala la pantalla con una auténtico subidón de ilusión.

El campo al completo corea *beso* al ritmo de palmas y silbidos.

—Entonces, ya sabes qué hacer. Bésame. —La acerco a mí muchísimo, la encierro entre mis brazos y le doy un morreo de la hostia, calentando la situación y escuchando cómo el estadio se viene arriba con la reacción en cadena del público.

Aplausos, pitidos, gritos entusiastas...

Mis manos la acercan todavía más, le recorren la espalda, la tocan en lugares que no debería, la necesitan.

La coloco sobre mi regazo para profundizar más en el beso. La cámara ya está enfocando a otra pareja, pero yo no pienso dejarla hasta que empiece de nuevo el partido.

Gana el equipo contrario, pero la ilusión de Brenda no decae en ningún instante.

Ella bebe la vida a sorbitos emocionados, disfruta de cada detalle, de cada instante, de cada giro que se le presenta. Se ilumina con facilidad y siempre encuentra razones para sonreír.

—Voy a llamar a mi madre en un rato. —Al salir del estadio se cuelga de mi brazo para caminar hacia la parada del metro. Hemos venido en transporte público para evitar las colas de acceso y de salida—. Tengo programado un Skype con ella y las chicas.

—¿Les vas a contar lo del profesor Nixon?

—Todavía me lo estoy pensando. —Niega con la cabeza y los ojos se le oscurecen un poco—. No tengo ni idea de cómo se lo va a tomar mi madre. Me asusta un poco, la verdad. Ella lo tiene idealizado desde siempre. Cuando habla de él le encuentra todas las virtudes y, por lo poco que sé de su vida amorosa, lleva desde su marcha buscando a alguien como él. —Me da un beso en la mejilla, me pasa un brazo por mi codo derecho y apoya la cabeza en el antebrazo—. Cuando me insinuaba que se había enamorado de él solo conocerlo la trataba de zumbada. En serio, ¿cómo podía haberse enamorado de alguien en tan solo dos días? Me parecía una locura. En cambio ahora...

—Llevas un poco más de tres semanas aquí. —Me flipa sentirla tan cerca—. Lo nuestro ha sido mucho más lento. Además, tu madre se quedó preñada en un fin de semana y nosotros todavía no hemos llegado al *home run*.

—Me aterra quedarme embarazada a nuestra edad. Ella tenía dieciséis años recién cumplidos y significó un cambio de vida tan grande que muchas veces me pregunto cómo hubiera sido su vida si no me hubiera tenido. —Nos quedamos de pie en la parada del metro, acompañados de la jauría de personas que hace un momento poblaban el estadio—. Hasta conocerte nunca me había interesado el sexo ni nada parecido. No quería seguir sus pasos, me asustaba muchísimo amar como ella lo hizo con mi padre, quedarme atascada en esa persona y no evolucionar. Ella lo perdió todo cuando se quedó embarazada. A sus padres, a su hermano, la posibilidad de estudiar, de ir a la universidad... Y, sin embargo, es feliz siendo camarera y madre, saliendo de juerga con sus amigas, riéndose de todo, siempre con esa ilusión que imprime a cada instante de su vida.

—Tienes mucho de ella. Me flipa cómo miras a tu alrededor para empaparte de cada pequeño detalle, cómo sonríes ante cualquier imprevisto, cómo sacas el sarcasmo en vez de hundirte en determinados momentos. ¡Tía! ¡Eres la hostia!

Levanta la cabeza, me suelta, se pone de puntillas, me rodea el cuello con los brazos y me atrae hacia ella para besarme.

—Te quiero, Dylan McLaren. —Sus labios se apoyan en los míos—. Tú también me sorprendes cada día. Cuando te conocí no pensé que serías así, me pareciste una persona muy pagada de ti misma, un chulo incapaz de sentir.

—Y luego descubriste que tengo corazón.

—Algo así.

Sus labios desatan llamas en mi piel.

Cuando llega el metro debemos separarnos para internarnos en la jauría humana que intenta meterse en el vagón. La agarro de la mano para no perderla entre la multitud. Ella se acerca al máximo a mí y yo me siento tan feliz que en este instante reconozco la dureza de la caída a la que me voy a enfrentar cuando se desencadene la jodida detonación final y nos alcance la ola de destrucción masiva.

—¿Quieres conocer a mi madre? —pregunta una vez nos bajamos en nuestra parada y caminamos juntos hacia la residencia—. Sé que quizá es precipitado, pero me apetece explicarle tu existencia, que te vea como yo lo hago y que te quiera al segundo, porque tú me quieres a mí y para ella no hay nada mejor que verme feliz.

—Okey —acepto con un subidón de nervios de la hostia—. Aunque no se me dan muy bien los padres.

—La mía se le da bien a cualquiera, no te pongas nervioso. ¡Es como una adolescente! No tiene nada que ver con una madre convencional, suele actuar completamente diferente a ellas.

Llegamos a la residencia paseando en silencio, abrazados, como dos enamorados que disfrutan de su compañía sin necesidad de disparar palabras a cada segundo.

La dejo en la habitación para irme a los vestuarios a hacer un par de llamadas en soledad y a encararme con un nuevo mensaje del capullo de mi viejo y varios de Faith en los que me está exigiendo.

Mi vida es una mierda y no puedo cambiarla por mucho que me empeñe.

Me jode un huevo lo que leo.

Contesto con rabia a mi «amiga», me mojo la cara con mucha agua fría y me miro al espejo. No me gusta lo que veo, en quién me he convertido ni en cómo esta versión de mí va a desatar un tsunami que barrerá de un plumazo mi capacidad de ser feliz.

Y, lo que es peor, destrozará a Brenda.

Diez minutos después entro en la habitación más calmado. No tengo otra, debo encontrar la forma de serenarme y de acatar lo que vendrá. Necesito disfrutar del presente, exprimir al máximo mi vida con ella, ser lo más feliz posible, porque al final solo van a quedarme los recuerdos.

Brenda está sentada en su cama con el portátil en el regazo. Se ha cambiado los vaqueros y la camiseta por uno de esos pijamas de pantalón corto y tirantes con motivos de Disney que suele llevar. Se ha recogido el pelo en una coleta baja y no lleva ni rastro de maquillaje, pero está buenísima de todas las maneras. Me parece un bellezón de la hostia.

—¿Estás bien? —Levanta la vista de la pantalla para posarla en mí—. Has tardado bastante.

—De puta madre. —Sonrío caminando hacia ella—. ¿Llamamos a tu madre y le producimos un cortocircuito cuando me vea?

—Le vas a encantar.

—Si tú lo dices...

—Confía en mí, Dy. —Le paso el brazo por los hombros una vez acomodado a su lado y ella aprovecha para apoyarse en mi hombro—. Mi madre será la mujer más feliz de España al saber que estoy con un chico. Y más si es tan guapo como tú.

—¿Así que me encuentras guapo?

—Sí, Dy. Estás buenísimo, ya lo sabes. ¿O acaso se te ha olvidado cómo te pavoneas normalmente?

—Vale, lo admito. Soy el mejor de esta universidad y del estado, por no decir de todo el mundo. —Le cojo la mano para colocarla en mi torso—. Admira la mercancía, nena.

—No será para tanto.

—¿Te cuento mi teoría del cien por cien?

—¿Y si intentas probármela?

—¿Te crees capaz de encontrar a una sola tía hetero en este campus a la que no se le mojen las bragas al verme?

—¿En serio estás seguro de eso?

—¿Por qué debería no hacerlo si te pongo a mil?

—¿Te has planteado la posibilidad de que solo te quiera por tu cuerpo?

—¿Me has visto bien? ¡Tía, tú lo quieres todo de mí!

Levanta la cabeza para colocar sus labios sobre los míos.

—¿Todo? —pregunta con ironía—. ¿Estás seguro?

—Hasta la última gota.

La beso con devoción, comiéndole la boca como si me fuera la vida en ello.

Unos minutos después ella rompe el beso, jadeando. Tiene los morros hinchados y un poco enrojecidos y me flipa cómo se ruboriza al sentarse bien y empezar a llamar por Skype a España. Su inocencia genuina me pone a mil.

Escucho los pitidos de la llamada y mi corazón parece un drogata puesto de cocaína hasta las cejas. Conocer a su madre por Skype me acojona muchísimo porque no tengo ni idea de cómo se va a tomar lo nuestro.

Ella me da la mano al sentir mi incomodidad y la aprieta fuerte para ayudarme a sortear el mal trago. Le agradezco el gesto.

Esta tía va a acabar conmigo.

Es lo mejor que me ha pasado. Lo mejor.

En unos minutos descubro a una mujer muy parecida a ella sonriendo a la pantalla. Es muy joven, guapa y tiene una expresión feliz de la hostia.

Cuando empiezan a hablar no entiendo ni jota. Lo hacen en español y yo ni lo chapurreo ni lo he escuchado en mi vida.

Me quedo mirándola con una jodida sonrisa congelada en los labios, acojonándome más a cada instante, porque jamás he sido presentado a unos padres.

La madre de Bren se me queda mirando un segundo con un mohín entre emocionado y cauto.

—¿La tratas bien? —pregunta en un inglés bastante pésimo de acento, pero que entiendo con facilidad—. Brenda es una princesa, no lo olvides.

—Lo es —acato con un golpe contundente de cabeza.

Dice algunas frases en su idioma mirándola a ella. Parece acelerada, como si no pudiera contener la euforia. ¿También su madre se va a volver loca por mí? A las tías se les alteran mazo

las hormonas al verme y en este momento me jode la hostia.

—Quiere que haga de traductora —dice Brenda—. Pero te digo desde ya que no pienso hacerlo con muchas de sus frasecitas.

—¿Se ha colado por mí? —Levanto las cejas con una sonrisa—. ¿Otra más que demuestra mi poder de atraer a todas las tías?

—Le pareces guapo, sexy y un bombón. —Suelta una carcajada que es música para mis oídos—. Y sí, ha tenido un momento de subidón de hormonas.

—¿Y te ha dicho algo más? —Ensacho mi sonrisa mirando a la madre de Brenda y ella contesta al gesto con un guiño de ojos.

—*Síp*. Que a pesar de ser un tío bueno, es importante que me hagas feliz, porque si me haces daño se meterá en un avión para patearte el culo.

Me gusta su madre. Es directa y clara.

La pantalla entonces se llena con otras tres mujeres con un cachondeo de la hostia. Una de ellas habla un inglés bastante decente y se dedica a traducir lo que dicen sus amigas mientras Brenda se ocupa de pasar mis palabras al español.

Hablamos durante cerca de diez minutos, sin dejar de reírnos de las chorradas que se les ocurren a ellas. Yo la flipo con este cuarteto, ahora ya sé de dónde le viene la energía positiva a Brenda. Crecer con ellas debió darle un subidón constante de buen rollo.

Antes de cortar la comunicación, la que habla inglés se pone muy seria.

—Brenda nos ha asegurado que la haces muy feliz —dice sin quitarme los ojos de encima—. Espero por tu bien que siga así mucho tiempo, porque somos lo peor cuando nos enfadamos. ¿Estamos?

—Comprendido. —Asiento—. No pienso hacerle daño sin motivo.

—Espero que cumplas tu palabra.

Cuando colgamos, tras unos dos largos minutos de despedida, Brenda se estira en la cama con una sonrisa inmensa.

—¿Te han caído bien? —pregunta impaciente.

—Estas tías son para flipar. No me extraña tu buen rollito con la vida si te han criado entre todas. Pero, Bren, no deberías tener miedo de contarles lo de tu padre. Se nota mazo que te adoran.

—Debería hacerlo. —Tuerce los labios en un gesto de ansiedad—. Pero me da miedo su reacción. Llevo tanto tiempo ocultándoselo que no tengo ni idea de cómo se lo van a tomar.

—No eres una gallina. ¡Lánzate!

—Vale, la próxima vez que hable con ellas les soltaré la bomba. Hoy han tenido suficiente con una, ¿no crees? —Me estira de la camiseta para colocarme sobre ella—. Además, ahora mismo solo quiero olvidarme de todo para pasar un buen rato contigo. —Se acerca a mis labios para lamerme la lengua—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Quítame el pijama y lo sabrás.

¡Flipo con la mojigata!

Cuando le saco la camiseta y le bajo el pantaloncito me encuentro con un conjunto de ropa interior sexy y provocativo. Tiene hasta un liguero en la cintura.

Me levanto para observarla desde otra perspectiva y siento una descarga en la entrepierna que pone firmes a mi polla. Está estirada boca arriba, mirándome con una expresión entre lasciva y avergonzada.

Le lanzo un vistazo rápido a una esquina de la habitación y vuelvo a mirarla a ella, ansioso.

—¿Te gusta? —pregunta con timidez—. Lo fui a comprar para esta ocasión, para otra primera vez.

—Eres la hostia de perfecta. —Me quito la camiseta antes de bajar un poco el cuerpo y repasar su vientre con la lengua—. Pero si te pones así de provocativa voy a tener que rebajar toda mi testosterona revolucionada para evitar ir más lejos.

—En realidad, esa es la sorpresa. —Su voz es un jodido susurro sensual. Me acelera la respiración—. Estoy preparada, Dy. Ya no tengo dudas respecto a nosotros y quiero ir hasta el final porque eres él. —Baja la voz a un susurro—. Mi príncipe azul.

—¿Me estás proponiendo un *home run*?

—¿Te gustaría si fuera así?

—¿Tanto te pongo, mojigata? —Le paseo la lengua por el vientre arrodillándome en el suelo junto a ella y lamiéndola hasta rozar su braguita de encaje negro.

—¿Puedo gemir desde ya?

—¿Por qué me lo preguntas? ¡Nena, espero oírte gritar mi nombre en estéreo cuando te corras! Es tu primera vez. Vamos a hacerla épica.

—Vale. —Susurra jadeando al sentir mis dedos recorriendo sus bragas—. Voy a empezar ahora mismo.

Capítulo 29

Brenda

Siento su lengua jugar con la goma de mis braguitas nuevas y me deshago en unas sensaciones muy calientes que recorren mi cuerpo.

Hace un par de días salí a comprar este conjunto acompañada de Mandy. Deseaba sorprenderlo cuando llegara el momento, darle un aliciente para nuestra primera vez y ella tiene más experiencia en chicos.

Nunca pensé que sería capaz de amar así ni que la intensidad de mis sentimientos pudiera impulsarme a dejarme ir, a entregarle mi voluntad, a volverme atrevida y a saber que solo él puede ser el primero porque quiero entregarle hasta la última migaja de mí. Aunque saliera mal a la larga, es mi primer amor y siempre ostentará ese título.

Sus manos me recorren los muslos con una lentitud exasperante. Me producen llamas entre las piernas, descargas de necesidad en las terminaciones nerviosas y deseo.

Cuando llegan a mis braguitas me las bajan despacio, tocando cada pedazo de piel mientras su lengua juega en mi sexo con una destreza increíble, pero sin quedarse quieta en ningún punto.

Una vez me desprende del todo de mi prenda, sube las manos a los pechos para liberarlos del sujetador sin dificultad. Levanto un poco la espalda en el momento justo y al cabo de unos segundos siento sus dedos jugar con mis pezones, provocándome nuevas descargas de placer.

Le hundo los dedos en el pelo, arqueándome un poco en el instante en el que su lengua le da toques cortos a mi punto de placer. Las descargas de necesidad se expanden con rapidez por el cuerpo convirtiéndolo en una fogata de absoluta avidez.

Escalo hacia la cima cuando decide dejarla en un mismo lugar para inflamarlo con sus movimientos mientras sigue tocándome los pechos. Es como si tuviera una bola de fuego entre las piernas que crece a cada segundo, preparándose para explotar y ocupar cada resquicio de mi cuerpo.

Mis gemidos se intensifican hasta convertirse en chillidos. Contraigo los músculos del vientre y de las piernas. Cierro los puños en su pelo estirándolo un poco y aguanto un segundo la respiración hasta que me dejo ir gritando su nombre entre gemidos de placer.

Mientras mueve su lengua sin descanso encadeno una sacudida de placer tras otra, como si no dejara de sentir las recorriéndome la piel con su fuerza arrolladora. Es el orgasmo más alucinante de mi vida y me absorbe la voluntad lanzándola por los aires.

—Estás muy húmeda para mí, cariño. —Me pasa un dedo por la abertura—. Eso me pone un huevo. ¿Qué quieres de mí?

—Hazme el amor, Dy —requiero con voz sexy.

—¿Estás segura? —Me da un beso corto recorriéndome el cuerpo con los dedos.

—Nunca lo he estado tanto en mi vida. —Me incorporo un poco para acariciarle la piel del vientre—. Te quiero y necesito que seas el primero.

Se levanta para deshacerse de su ropa, quitarme el ligero y ponerse un preservativo.

—Y el último. —Me guiña un ojo—. No pienso dejar que hagas esto con otro.

—Solo tú para siempre.

—Te va a doler un poco. —Se coloca encima de mí y empieza a besarme con mucha ternura—. Detenme si no lo soportas, ¿de acuerdo? Iré con cuidado.

Asiento y le beso con mucha más pasión que antes, deshaciéndome de deseo entre sus labios.

Me toca otra vez la zona sensible con los dedos. Introduce dos dentro de mí y luego los coloca de nuevo mi punto de placer para arrancarme un par de gemidos que nuestros besos se tragan.

La bola de deseo vuelve a arder entre mis piernas. Estoy húmeda, dispuesta a todo para sentirlo como quiero, para permitirle entrar en mí y convertirnos en uno solo.

Introduce solo la punta con mucha suavidad, sin abandonar mis labios.

Sus movimientos son lentos, pausados, sin ningún tipo de intensidad ni fuerza. Entra en mí despacio, sin prisa, dejándome tiempo para aclimatarme a la situación.

De repente siento un dolor lacerante entre las piernas, como una quemazón. Él se detiene al notar mi gesto contraído en la cara.

—¿Estás bien?

—Duele un poco —admito sonriéndole—. Pero te deseo, Dy. Quiero hacer esto.

—Te quiero, Bren —susurra acariciándome el cabello y acercando sus labios a los míos—. Iré con cuidado, ¿okey?

Asiento y noto de nuevo sus labios sobre los míos, despertando más llamas de necesidad y avidez. Empieza a moverse dentro de mí de forma lenta. El escozor va desapareciendo para convertirse en una oleada de necesidad, deseo y fuego ardiente.

Bombea cada vez más fuerte, con mucha cautela, sin dejar de observar mis reacciones.

Bajo mis manos hasta sus nalgas para indicarle un ritmo más rápido mientras siento cómo me posee la necesidad de perderme en las placenteras sensaciones que me provoca ese movimiento.

Gimo entre sus labios y le clavo las uñas en el trasero para urgirlo a impeler cada vez más rápido, entrando hasta el fondo, haciéndome sentir casi en la cúspide.

Voy acercándome a la cima a marchas forzadas.

Está cerca, muy cerca.

Él estalla en un orgasmo alucinante. Grita mi nombre, gime y se deja ir sin dejar de moverse para regalarme esa oleada de placer que me recorre el cuerpo acompañando sus gemidos a los míos.

Es una sensación potente, una sucesión de descargas de absoluto placer que me llevan a algún lugar alejado donde solo estamos nosotros deshaciéndonos en los orgasmos compartidos.

—¿Cómo te sientes? —susurra al acabar, besándome con mucha ternura—. ¿Ha sido cómo esperabas?

—Ha sido mejor. —Sonrío acercándome de nuevo a sus labios—. Eres maravilloso, Dy, has conseguido regalarme una primera vez épica.

Me besa acariciándome las mejillas y se levanta para deshacerse del preservativo.

Soy incapaz de no maravillarme con su cuerpo desnudo. Es perfecto y es todo mío. Tiene los músculos trabajados, prietos, increíbles.

—Si no estás dolorida podríamos repetir en un rato —propone regresando a la cama—. La segunda vez siempre es mejor.

—Esta ha sido alucinante.

—Te ha dolido. —Se estira boca arriba y yo me acurruco a su lado, repasándole los tatuajes de los brazos con un dedo—. La próxima ya no te romperé el himen y la disfrutarás más,

ya lo verás.

Me acerco a su piel para besarle, justo en uno de sus dibujos.

—¿Por qué tienes ese reloj tan grande tatuado en los brazos?

—El tiempo a veces juega en nuestra contra. —Inclina un poco la cabeza para dedicarme una mirada sincera—. De niño siempre deseaba que pasaran según qué horas para no estar acojonado cuando mi padre llegaba a casa. Por suerte, con los años aprendí a defenderme.

—Ningún niño debería pasar por algo así.

Me siento mal cada vez que hablamos de su pasado. Es como si su padre le hubiera robado la infancia y la capacidad de ser un niño normal.

Le abrazo con fuerza para demostrarle cuánto me importa y busco la forma de cambiar de tema. Sé que a él le duele recordar el pasado y ahora es un momento demasiado importante para ponerle triste.

El molesto sonido del despertador anuncia el lunes por la mañana, la hora de levantarse para asistir a clase. Apenas hemos dormido, por eso nos cuesta tanto salir de la cama. Cuando lo hacemos nos miramos con una sonrisa llena de felicidad para mostrar cómo nos ha emocionado dejarnos llevar por nuestros deseos.

—Buenos días. —Me da un beso rápido cuando finalmente salimos al pasillo para ir al baño—. Hoy me va a costar la hostia concentrarme en el proyecto. Voy a revivir la noche. Ha sido acojonante, Bren.

—No me lo imaginaba tan increíble, la verdad. —Sonrío mordiéndome el labio.

—Esta noche repetimos. Y mañana y pasado mañana y cada día de nuestras vidas. —Su guiño de ojos me despierta una sensación cálida en el pecho—. Contigo no me saciaré nunca. Ya estoy pensando en quedarme para siempre contigo en la cama. Sin salir. Desnudos...

—Debo ir a clase.

—Y yo también tengo obligaciones, pero no dejo de desearte.

No tengo ni idea de por qué toda mi vida he pensado que me sentiría diferente después de hacer el amor con alguien por primera vez, pero hay una parte de cierto en ese pensamiento. Me siento como si flotara, como si mi cuerpo estuviera diferente. Está dolorido, resentido por haberlo usado con tanta devoción. Y me encanta sentirlo así, porque significa que ahora soy parte de él.

Vamos juntos hacia los baños compartidos del pasillo, cogidos de la mano, como dos chiquillos enamorados. Ensancho mi sonrisa sin dejar de mirar hacia todos los lados con el reconocimiento intenso de haber dado un paso adelante en mi vida, de haber alcanzado una madurez distinta a la mental, una más física.

No les hago caso a las chanzas de los compañeros ni a esos gestos de burla contra mí mientras ensalzan a Dylan, porque lo único importante es tenerlo a él a mi lado.

Mientras me ducho recuerdo cada una de las sensaciones de anoche. Es como si mi piel se hubiera convertido en un mapa de sus caricias en el que no necesito brújula para volver a los mismos puntos sensibles que me hormigean.

—Tienes luz, mojígata —me saluda al salir vestida al pasillo unos minutos después—. Brillas, en serio, y me flipas que te cagas.

—Y tú a mí. —Le rodeo el cuello con los brazos y me cuelgo de él para besarle, sin importarme el lugar ni las miradas capciosas de nuestros compañeros de residencia.

Hay algunos silbidos, varias risas y muchos comentarios vitoreando a Dylan. Los ignoramos y empezamos a caminar hacia la salida sin despegarnos.

—Nunca pensé que un chico pudiera tener este efecto en mí —susurro antes de separarnos

para ir cada uno a su edificio.

—¿Qué efecto?

—Necesito tocarte todo el rato. —Me detengo mirándolo ruborizada—. Y cuando lo haces tú, cuando tus dedos o tus manos me tocan, es como si me produjeras descargas eléctricas en la piel. Me recorren el cuerpo encendiéndolo, haciéndolo arder.

—Es la hostia, Bren. —Me agarra por la cintura para acercarme mucho a él—. Yo siento lo mismo y nunca, en mi puta vida, lo había sentido igual. Las otras tías me daban placer y yo les regalaba unos orgasmos épicos, pero contigo es diferente. Te necesito de una forma que me acojona porque, si te vas algún día de mi lado, me hundiré en la mierda.

—No pienses estas cosas. —Me muerdo el labio y me acerco para darle un beso delicado con los labios cerrados—. Estaremos juntos para siempre.

—Sería la hostia, Bren. —Vuelve a atraerme a sus labios para devorarme durante unos segundos, pero siento como si le doliera, como si hubiera algo que le angustia—. Ojalá ese para siempre sea eterno.

—Mientras no me rompas el corazón, lo será.

Su cara adopta esa expresión tensa y dolida de otras veces y la sombra de la duda planea sobre mi cabeza, enturbiándola, pero cuando tengo su lengua jugando con la mía y sus manos palpándome la espalda a través de la ropa, me olvido todo, hasta de respirar.

Paso la mañana en clase escuchando a mi padre sin prestarle la atención que debería porque mi cabeza está muy lejos de ahí.

En el descanso, Mandy se acerca para preguntarme qué tal la noche y no puedo evitar ruborizarme. Cuando me acompañó a comprarme la ropa interior me costó un mundo deshacerme de la vergüenza para explicarle que era virgen y que quería llegar hasta el final con Dylan. Y ella, en vez de hacerme sentir mal, sonrió quitándole importancia y me explicó algunas de sus experiencias para darme confianza.

—¿Cómo fue? —pregunta caminando hacia la máquina de comida que hay frente a la clase.

—Solo hemos dormido dos horas —contesto con una sonrisa entusiasta—. ¡Oh, Mandy! ¡Ha sido increíble! Dy es tan tierno... No me lo acabo de creer. Cuando le conocí me trataba fatal y me parecía tan chulo que jamás imaginé sentirme así con él.

—Ya te lo dije, Bren. Hasta el tío más duro se reblandece cuando se enamora.

—No acabo de creérmelo. ¿En serio estoy saliendo con Dylan McLaren, el mujeriego más famoso de la universidad? —Me muerdo el labio con una sonrisa feliz—. Y encima ha sido mi primera vez, una maravillosa. Te prometo que si hace un par de meses alguien me lo hubiera vaticinado le hubiera tachado de loco.

—Pues ya ves. A veces las cosas más inverosímiles suceden.

Nos sentamos en el exterior con un par de Kit-Kats y un refresco de cola para pasar el resto del descanso charlando, y yo me siento muy feliz por tenerla de amiga, por haber encontrado a Dylan, por estar aquí y haberle dado un giro muy grande a mi vida.

Durante el resto de la semana, Dylan viene a buscarme cada día a la salida de clase, me abraza sin pudor por los pasillos, me acompaña a mi trabajo cada tarde, pasamos las horas juntos haciendo las tareas y buscamos cualquier instante para hacer el amor de forma apasionada.

Mi padre me resulta una persona cada vez más cercana. Ya llevamos un par de semanas relacionándonos y cada día descubro un nuevo aspecto de él. Nos gusta hablar de matemáticas,

debatir mis estudios, plantear hipótesis para resolver juntos en el futuro y descubrir partes de nuestro pasado.

Ambos necesitamos trazar un mapa claro de la vida del otro para recuperar de alguna manera el tiempo perdido. Lo hacemos contando anécdotas salteadas en el tiempo y rellenando la topografía del pasado para dejar trazos claros de nuestro paso por él.

Muchas veces me habla de mi madre y quiere saber cosas de ella y, mientras escucha mis relatos, le brillan los ojos como si no hubiera olvidado ese fin de semana en el que fui concebida.

Es viernes. He quedado con Dylan para ir a Carson beach a pasar la tarde antes de mi turno en la cafetería. Me apetece tocar la arena de la playa, disfrutar de la brisa y nadar un poco con él.

—¿Brenda? —Mi padre me llama al salir de clase—. ¿Te importa quedarte un minuto?

Sonríó acercándome a él y Mandy me sonríe. Es la única compañera que conoce la verdad.

Mis sentimientos se asientan poco a poco, acercándome mucho a él y demostrándome que le quiero como a un padre desde hace tiempo, porque al conocer su identidad crecí con la necesidad de ser parte de su vida y ahora no me cuesta encajarlo en la mía.

—Nunca me importará, papá. —Hace un par de días que he decidido llamarle así en la intimidad y me hace muy feliz—. Me encanta pasar rato contigo.

—¿Has pensado en lo que hablamos ayer? —Su pregunta se tiñe de ansiedad—. No puedes seguir ocultárselo a tu madre si no quieres que se lo tome mal.

—Lo sé. —Asiento con una expresión circunspecta—. Tienes razón, pero me da un poco de miedo porque no tengo ni idea de cómo le va a sentar. Llevo desde los trece planeando venir a conocerte. Son demasiados años de esconderle cosas, no viene de un tiempito más, ¿no crees?

—Sabes la respuesta a esa pregunta sin necesidad de escucharla.

—Hablaré con ella, te lo prometo.

—Hazlo, porque ayer me reuní con el rector para explicarle la situación y no me gustaría que se corriera la voz sin que te hayas sincerado con ella. Se lo debes.

—¿Vas a explicar en voz alta que eres mi padre? —Me emociona ese gesto por su parte y a la vez me da pánico.

—No pienso esconderlo, Brenda. Eres mi hija y nada me volverá a dejar a un lado. Voy a estar ahí siempre y será con todas las de la ley. —Sonríe—. Si te parece bien, cuando terminemos el curso de verano de aquí a dos semanas podrías venirte a pasar unos días a Santa Bárbara para conocer a tus abuelos. Ellos están esperando tu visita con mucha ilusión. Yo me ocupo de los gastos del viaje.

—¿Les has hablado de mí?

—¡Claro! No me avergüenzo de tener una hija. Cuando fui a casa para el cuatro de julio se lo conté a toda la familia y ellos me pidieron que te invitara.

—Me has contado tanto acerca de ellos, de tu casa, de las playas de California y de tu vida allí que me muero por ir. —Me acerco en un impulso y le doy un beso en la mejilla—. Cuenta conmigo. ¡Es un plan perfecto!

Dylan entra en la clase con el semblante ansioso. Cuando sus ojos se posan en mí se tranquiliza.

—¡McLaren! —le saluda mi padre—. Veo que estás saliendo con mi hija.

—Así es, profesor Nixon. —Se acerca con un poco de recelo.

—Cuidala bien o te las verás conmigo. —Me guiña un ojo—. Se merece que la traten como a una princesa.

—Su madre me dijo lo mismo.

La sonrisa nostálgica de mi padre es demasiado esclarecedora. Mi madre pone la misma cuando le recuerda.

Me alucina que después de tantos años puedan sentirse así al pensar el uno en el otro.

—Es una mujer muy inteligente.

—La mejor —acepto yo dándole un beso para irme con Dylan.

Caminamos en silencio, abrazados.

—Necesito llamar a mi madre —digo al llegar a la habitación—. Mi padre me ha invitado a pasar unos días en Santa Bárbara al terminar el curso de verano para presentarme a mis abuelos y al resto de mi desconocida familia. No puedo ir sin explicárselo a ella.

—Es una buena decisión, Bren. Merece saberlo.

—Ya...

Estoy temblando, muerta de ansiedad y con miedo a que enfade con razón.

—Lo entenderá —me consuela—. A los hijos se les perdona todo, ya lo sabes.

—Pero quizá tarde un tiempo en entenderlo.

—Puede. —Me abraza para transmitirme su apoyo y me siento tan bien a su lado que por un instante la congoja se diluye—. Te quiere y acabará cediendo. Ya lo verás.

Mientras el ordenador se enciende hago unas cuantas respiraciones profundas para relajarme. Nunca me ha dado miedo enfrentarme a mi madre, ella suele ser muy permisiva conmigo, tanto que siempre me he impuesto mis propios límites. Pero en lo referente a mi padre su actitud es recelosa, como si le doliera hablar de él.

Abro el Skype y me siento en la cama con Dylan a mi lado.

—Allá voy.

—Irá todo bien, Bren. Nadie puede resistirse a tu encanto porque eres preciosa y lista. —Me da un beso casto cogiéndome de la mano y entrelazando sus dedos con los míos—. Tu madre lo entenderá, ya lo verás. Me has hablado tanto de ella que es como si la conociera y no me parece una tía de esas plasta que controlan mazo.

—No lo es, ni tampoco tiene tendencia a castigar ni nada parecido, pero no me gustaría hacerle daño porque no se lo merece, y le he mentado tanto tiempo...

—Eres una tía con la hostia de carácter, Bren. Decidida, entusiasta, llena de energía. No me creo que estés acojonada por algo así. Es tu viejo, ella entenderá que quisieras conocerle.

—Tienes razón. —Le doy un beso y marco para conectar con La Laguna—. Va a salir bien.

La cara de mi madre aparece en la pantalla vestida con su delantal de camarera. Sonríe con esa alegría contagiosa de siempre. Está en el salón de casa, sentada en el sofá, con el móvil en la mesilla. Durante unos segundos me invade la morriña porque la echo muchísimo de menos.

—Hola, cariño. —Sonríe con emoción lanzándome uno de sus besos cariñosos—. *Hello, Dylan.*

Él la saluda con una mano y me infunde confianza entrelazando sus dedos con los míos.

—Mamá, te he llamado porque necesito contarte algo. —Casi lo susurro—. Creo que te vas a enfadar.

—Nada de lo que hagas puede alejarme de ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Eso espero. —Su mirada me da confianza—. Porque te quiero un montón y no lo he hecho para hacerte daño, de verdad.

—Vamos, nena. Sea lo que sea, suéltalo. Juntas superamos lo que haga falta. —Me lanza una mirada cómplice—. ¿Se trata del tío bueno que te has agenciado como novio? Porque si toda tu preocupación es porque has dejado de ser virgen, no te preocupes por mí, las chicas me

apoyarán para hacerte la ola en la próxima conexión. —Me guiña un ojo—. Es un pedazo de hombre, Bren. Un tío perfecto para el mambo.

—¡Mamá! —Me sonrojo, aunque Dy no la entienda—. No se trata de eso.

—Pero lo has hecho, ¿verdad? —insiste repasándolo con la mirada—. ¿Has traspasado esa frontera absurda que te marcaste? Porque, hija, con dieciocho años tienes un cuerpo perfecto para disfrutarlo y ya te digo yo que un semental como tu novio no esperará demasiado.

—Vale. —Mis mejillas me arden y mi expresión se llena de vergüenza.

—¿Vale qué?

—Que sí, jolín. —Miro un segundo de soslayo a Dy—. Que yo ya no... ya no... —Suelto el aire—. Que ayer por la noche...

—¡Nena, cuando vuelvas abriremos una botella de cava para brindar por todo lo alto! —Aplaude y silba a la vez. Luego mira a Dylan y chapurrea en inglés—. Usad protección, ¿okey?

—De verdad, mamá —la corto escondiendo el rubor bajo las palmas de mis manos—. Actúa como una madre responsable por una vez.

—Es lo que hago —finge ofenderse, pero sé muy bien que no le molestan mis palabras—. Me preocupo de ti. —Baja un poco la voz, a pesar de que Dylan no puede entenderla—. Deberías ir al gine y pedirle la píldora. Es lo más seguro.

—Vale, lo haré.

—Ahora cuéntame ese secretito tuyo. —Consulta el reloj de pulsera—. En quince minutos he de estar en el curro, pero no te creas que te has salvado de explicarme tu noche con ese pedazo de tío.

Ha llegado la hora de la verdad.

Cierro la mano en la de Dylan, inspiro con fuerza por la nariz y suelto el aire muy despacio por la boca. Él me acaricia con los dedos ayudándome a tranquilizarme un poco.

—¿Recuerdas la primera vez que me hablaste de Andrew Nixon? —Ella asiente sin perder la sonrisa—. Solo tenía trece años y un deseo inmenso de conocer cosas acerca de mi padre.

—¡Cómo iba a olvidarlo! Llevabas tanto tiempo esperando que escuchaste como si bebieras mis palabras.

—Esa noche le busqué en Internet. —Lo suelto de golpe, sin pararme a pensar en nada—. Y desde entonces fui siguiendo sus movimientos con ganas de conocerle algún día. Sabía que era catedrático en el MIT cuando solicité la plaza en la universidad y ahora estoy en su curso de verano y es mi tutor. Hace un par de semanas descubrió la verdad y desde entonces hemos salido algunas veces para recuperar parte del tiempo perdido. Me parece una persona maravillosa, de verdad, y me ha demostrado que le importo, porque va a hablar con el rector para explicarle la situación. No quiere esconderlo. —Recupero un poco el resuello con un par de respiraciones rápidas—. Al terminar el curso iré con él a Santa Bárbara para conocer a su familia. Siento no haberte hablado antes de esto.

Me callo tras dejarlo ir todo sin filtro, tal cual, sin apenas detenerme a pensar en mis palabras.

Aguanto la respiración esperando su explosión, pero ella se limita a mirarme con una gran sonrisa en los labios.

—He hecho apuestas con las chicas acerca de cuánto tardarías en contármelo —suelta ante mi incredulidad—. Y he ganado de calle.

—¿Lo sabías? —Levanto las cejas mirándola con un conato de ansiedad—. ¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Eres mi hija, mi obligación es saberlo todo de ti y algo así no me podía pasar

desapercibido.

—Pero... pero... —Soy incapaz de decir nada más.

—Cariño, lo supe desde el principio. ¿O crees que soy tan tonta como para no imaginármelo cuando me contaste lo del MIT? Y después vi su nombre en la solicitud del curso de verano. —Sus ojos se llenan de luz—. Esperaba a que me lo contaras en algún momento. Nunca he querido impedirte que le conocieras. Es tu padre, Bren, tienes todo el derecho del mundo a tratar con él.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Todos estos años me he sentido mal por escondértelo.

—Nena, no es malo querer saber algo de tu padre y la forma que has elegido para hacerlo me parece perfecta, como casi todas tus decisiones. —Su sonrisa se vuelve nostálgica y cariñosa—. Si Andrew no ha cambiado, te habrá aceptado con mucha emoción.

—Todavía se acuerda de ti. ¿Por qué nunca lo buscaste, mamá? No lo entiendo, hoy en día con las tecnologías que hay no es difícil mantener el contacto o hablar con alguien en la distancia. Míranos a nosotras ahora.

—No quería interferir en su vida, Bren. Yo decidí tenerte y no me parecía justo ponerle en un compromiso al explicarle tu existencia. —Su expresión se llena de amor—. Nunca le olvidaré porque me dio el mejor regalo de mi vida. Tú.

—Me habla mucho acerca de lo que compartisteis y me pregunta por ti. Es una persona maravillosa, me encanta tenerlo como padre.

—Te lo mereces, cariño. Te mereces ser feliz.

Capítulo 30

Dylan

Me flipa esta nueva y apasionante vida al lado de Brenda. Aunque sea de prestado y sepa que pronto llegará a su fin, soy la hostia de feliz cuando consigo no pensar en la mierda que me ahoga.

Ayer pasamos una tarde increíble en la playa, bañándonos, caminando por la arena, charlando de mil cosas interesantes y besándonos como si nos fuera la vida en ello.

Por la noche, cuando la fui a buscar a la cafetería, estaba exhausta, pero nada impidió abalanzarme sobre ella al llegar a la habitación para explorar su cuerpo y encontrar mil formas diferentes de hacerla gozar.

Con ella no solo follo, le hago el amor de una forma pausada, delicada, con el cuidado que requiere. A pesar de mis retos, que cumplo con creces, disfruto de cada beso, de cada caricia, de cada uno de sus avances cuando me erijo en profesor y ella en alumna.

Tocarla es acojonante. Y cuando sus manos se pasean por mi cuerpo o llegan a mi polla es como si el cielo se abriera ante mis ojos para mostrarme una jodida luz celestial.

Ninguna tía había conseguido hacerme sentir ni la mitad.

Abro los ojos despacio, acompañado de los primeros resquicios de luz del día. Vuelvo a estar en su cama, en nuestro refugio, en el lugar donde pasamos las noches después de amarnos.

Los dos estamos desnudos. Siento su piel de la espalda pegada a mi torso y cómo mis manos le palpan el vientre. Es una sensación de la hostia. Desde que dormimos juntos mis sueños se llenan de ella, como mis pensamientos diurnos.

Me muevo despacio para mirar la hora en el móvil.

Las temperaturas de este julio son altísimas. Sudo, pero no pienso despegarme de ella ni de coña.

—¿Qué hora es? —pregunta medio dormida.

—Pronto. —Le acaricio el vientre y subo un poquito la mano hasta llegar a su pecho—. Solo son las ocho.

—¿Podemos dormir un poquito más?

—Si quieres... —Le pellizco un pezón para luego acariciárselo—. Aunque se me ocurren cosas mejores para hacer a esta hora.

—Eres insaciable.

—Contigo es muy difícil hartarse. Eres irresistible y muy apetitosa. —Le doy un mordisco suave en el hombro—. Siempre quiero más.

—¿Sabes? Pensaba que un tío de tu perfil jamás me interesaría. —Gime cuando le vuelvo a pellizcarle el pezón y, sin quitar una mano de su pecho, bajo la otra hacia su sexo—. Pero me queda claro que eres el mejor profesor para aprender latín. A partir de ahora sabré darles placer a los chicos y encontrar el mío.

—¿Chicos? —Levanto las cejas, aunque no me pueda ver, con una descarga de ansiedad en el cuerpo—. No habrá otros chicos, Bren. Eres mía y yo soy tuyo, ¿estamos? Eso quiere decir que ni tú vas a follar con otros tíos ni yo con otras tías.

—Mientras tengamos igualdad de condiciones...

—¡Claro, tía! —Miento porque no puedo aceptar la posibilidad de llegar al final de esta historia y cuando lo haga quiero dejarle recuerdos perfectos—. Soy un jodido desastre en muchas cosas de una relación, pero lo de la monogamia es sagrado para mí.

—¿Vas a enseñarme algo nuevo hoy? —Su voz está tomada por el deseo que le provocan mis dedos—. Soy una alumna aplicada y quiero aprender nuevas técnicas.

—¿Para usarlas conmigo?

—Sí. —Está cerca de su primer orgasmo, lo siento en su voz y en cómo tensa los músculos—. Eres mi hombre, Dy.

—Y tú mi mujer, Bren.

Se corre gimiendo entre gritos de mi nombre. Es tan fácil llevarla a la cima, tan sencillo hacerla derretirse entre mis dedos... La sensibilidad de su cuerpo es alucinante, nunca había conocido a una tía que tuviera esa facilidad para calentarse y dejarse ir.

Con un movimiento delicado se da la vuelta al terminar para alcanzar mi boca.

Sus besos me saben a felicidad. Me la suda el aliento matutino y nuestros cuerpos sudados de la noche, solo quiero entrar en ella, soy como un jodido drogadicto en busca de su chute.

—Hoy eres todo mío —dice colocándose encima de mí—. ¿Y si me dejas improvisar?

—Solo con una condición. —Me siento un hijo de la gran puta por pronunciar mis próximas palabras—. Lo vamos a hacer sin condón. Solo por esta vez. Quiero sentirte.

—No. —Es categórica—. Podría quedarme embarazada y eso nunca me va a pasar.

—Vamos, cariño. —Soy un cabrón, pero sigo adelante, con mi dedo otra vez entre sus piernas, provocándola—. Por una vez no pasará nada, ya lo verás.

—Buscaré un ginecólogo. —Los gemidos le atropellan la voz—. Me tomaré la píldora y podrás hacerlo sin protección. —Intensifico el movimiento de mi dedo y le meto un par dentro. Ella se arquea hacia atrás, colocando sus brazos sobre mis rodillas—. Es peligroso.

—Lo peligroso es que no me dejes entrar en ti a pelo. —La torturo alargando su agonía. Le doy toques pequeños en el clítoris, lo suficientemente intensos para hacerla temblar un segundo y negarle el orgasmo al siguiente—. Móntame. Tómate sin privarme de sentirte sin gomita. Solo por esta vez.

—¿Y si me quedo embarazada? —Se muerde el labio para ahogar la necesidad de correrse.

—No lo harás.

Sé que mis movimientos van a quebrar su resistencia en algún momento, pero quizá tarde demasiado, así que la dejo, la agarro por las caderas y la siento sobre mi polla, permitiéndole entrar en ella y sentirla sin la gomita.

Acerco otra vez mi dedo a su punto de placer y lo masajeo como si no hubiera un mañana.

—Cabalga, Bren, como si fueras una potrilla salvaje.

Mis caderas salen a su encuentro, bombean dentro de ella.

Siento su indecisión, su agobio, sus dudas, pero sigo moviéndome al compás de mi creciente deseo. Hacerlo así es la hostia, consigue una hipersensibilidad que me flipa. Debería follar siempre a pelo.

—No... deberíamos... seguir —gime cinco segundos antes de explotar en un orgasmo acojonante y dejarse ir—. ¡Dios, Dy! ¡Dy! ¡Dy!

Y entonces se olvida de todo para cabalgarme de una forma frenética, con necesidad y decisión, cegada por su propio placer, sin pensar en las consecuencias ni valorar lo que me está regalando.

Quiero correrme fuera de ella, pero cuando llega el momento no soy capaz de salir porque quiero derramarme en su interior, sentir el máximo placer posible.

Los dos gemimos a la vez, gritando nuestros nombres, deshaciéndonos en el placer, dejándonos invadir por esa sensación mágica del orgasmo.

Al terminar, ella se levanta y se estira en su lado de la cama con una expresión ansiosa.

—No deberías haberme pedido eso —me recrimina airada—. Es una locura, Dy. Si me quedara embarazada nos fastidiaría la vida. ¿Lo has pensado?

—Solo ha sido esta vez, Bren. —Le acaricio la piel con suavidad—. Además, no te ha costado demasiado ceder.

—Porque cuando me tocas dejo de pensar, mi voluntad te pertenece y solo quiero hacer el amor contigo, sentirte dentro de mí. Nada me importa más. Y te necesito. Es algo difícil de explicar, pero solo tú tienes ese poder en mí. Y me asusta un montón porque si alguna vez decides marcharte de mi lado me vas a destrozar.

—No va a pasar nada. —La abrazo y le doy un beso suave en los labios pronunciado nuevas mentiras que me parten en dos—. Prometo no volver a pedirte algo así, ¿de acuerdo? Solo ha sido esta vez.

—Basta con una, Dy.

—Si te quedas más tranquila, vamos en busca de la pastilla del día después —propongo entendiendo su ansiedad—. Es una buena solución. Y aprovechas la visita para pedir la píldora.

—Vale. —Sonríe un poco aliviada con mi proposición—. Me parece sensato y una buena medida para evitar que esta locura se convierta en un mal momento.

—Mientras las locuras tengan solución...

—Prométeme que no volverás a incitarme a otra parecida. No quiero ser una irresponsable ni quedarme embarazada, Dy.

—No lo haré, te lo prometo.

No tardamos demasiado en ducharnos y salir a la calle.

Hace una mañana muy cálida, el sol empieza su ascenso hacia el infierno y augura un día de calor asfixiante.

La abrazo en nuestro camino hacia el coche. Está callada y me molesta su silencio porque muestra su cabreo con mi forma de actuar.

—Después del hospital te llevaré a tomar un café en condiciones y algo para comer —comento en un intento de contentarla.

—Me muero de hambre. —Tensa una sonrisa.

—Cariño, no estés nerviosa. Ya te lo he dicho, no volveremos a hacerlo sin protección hasta que te tomes la píldora, pero deberías admitir que te ha gustado.

—Me ha encantado, como todo lo que tiene que ver contigo, y la verdad es que eso me asusta un montón porque estoy loca por ti y consigues llevarte mi voluntad con demasiada facilidad.

—Lo siento —digo arrepentido—. Yo también estoy loco por ti y se me ha ido la olla. Quería hacerlo de una forma más flipante y no he pensado en las consecuencias.

—Por suerte existe la píldora del día después. —Suspira—. Si me quedara embarazada como mi madre sería horrible. Dy, llevo desde muy niña prometiéndome que a mí no me sucederá algo igual. He visto lo que le pasó a ella, cómo le cambió la vida, y yo no quiero eso. Me gusta estudiar, quiero terminar la carrera, encontrar un trabajo y casarme antes de pensar en hijos.

Parece arrepentida de haberme permitido hacerlo y decepcionada con ella misma porque lleva mucho tiempo rehuyendo la posibilidad de hacer una locura parecida.

Llegamos al coche y ocupamos cada uno nuestro asiento. El aire acondicionado es la hostia de bienvenido cuando arranco el motor.

Me siento como un mierda.

Bren no se merece que la trate así y me odio por convertirme en la peor persona con la que ha compartido su tiempo, pero me encuentro envuelto en algo demasiado complicado y no sé muy bien cómo salir airoso de ello.

Conduzco en un silencio solo roto por mi música. Ella mira por la ventanilla sin hablar ni mostrarme sus ojos apagados por su angustia.

El trago del hospital es menos amargo de lo que imaginábamos. Gracias al seguro médico que le paga la beca, no hay problemas para que nos atiendan. Nos toca una ginecóloga muy agradable que la tranquiliza enseguida. La píldora del día después tiene un noventa y cinco por ciento de fiabilidad y la va a tomar muy poco tiempo después de nuestro polvo. Así es más efectiva.

Antes de marcharnos le receta unos anticonceptivos orales y la cita para dentro de un par de meses para ver cómo va con la medicación.

Al salir está más animada. Se cuelga de mi brazo y se apoya en él.

—Voy a tener un poquito de náuseas. Espero que no me impidan disfrutar de la comida.

—Si alguna vez dejas de correrme con ella, me preocuparé.

—¡Oye! —Me da una palmada en el brazo—. No te voy a perdonar con tanta facilidad.

—¡Eh, mojigata! —Le doy un beso en la cabeza y le paseo la mano por su entrepierna con disimulo, pero ella me la separa de un manotazo—. Contigo pierdo la moral.

La llevo a un local con un café exquisito y un surtido de pastas horneadas por ellos que la hace olvidar lo sucedido sumergiéndose en los sabores con esa forma suya tan característica.

Poco a poco se le va pasando el peso de ansiedad y culpabilidad para traerme a mi Brenda, la feliz, la que siempre sonrío, la que le hace el amor a la comida con gemidos dignos de un orgasmo de primera.

—Tenemos unos veinte minutos de camino —anuncio de regreso al coche—. Vas a flipar, fijo.

—¿Dónde me llevas? —pregunta con curiosidad.

—Es una sorpresa.

Llegamos a Dorchester sin demasiados problemas de tráfico, acompañados por música rock de la mejor y de una conversación machacona de la hostia que solo intenta desvelar el misterio de nuestro destino.

Cuando aparco, sus ojos se iluminan.

—¿Boston Gun & Rifle Association? —pregunta emocionada, leyendo el letrero—. ¿Una galería de tiro?

—¿Flipas?

Se acerca a mí en un arrebato y me planta un beso en los labios, de esos intensos que me despiertan un gruñido ronco de deseo.

—¡Eres el mejor!

Y se me queda una sonrisa bobalicona que lo flipas mientras descendo del coche para llevarla a la sesión que tengo contratada.

—Hay algo que no te he explicado de mí. —La abrazo de camino a la entrada—. En Carolina del Norte hay bastante tradición de armas. De niño, cuando descubrí mi necesidad de vengarme de mi padre, decidí aprender a tirar. A los doce ya dominaba la hostia los ordenadores y conseguí comprarme una pistola en el mercado negro. Aprendí a tirar en los bosques.

—¿Y ahora me vas a enseñar?

—Lo que pueda. —Suelto una carcajada—. No es algo que se aprenda de un día para otro, requiere la hostia de práctica, pero te puedo dar unas cuantas lecciones.

—Guay.

—¿Guay? —Levanto las cejas mirándola con la hostia de alucine.

—Sí, guay, ¿qué pasa?

—Nada, nada.

Suelto una carcajada.

Me flipa cómo habla de esa forma tan formal, como si nunca en su vida le hubiera pasado por la cabeza maldecir con tacos o escuchar la jerga de la calle para reproducirla en su vocabulario.

Es la mujer de mi vida.

¡Mierda!

¿Por qué narices ha de ser ella? ¿Por qué no podía enamorarme de cualquier otra? ¿Una memos inalcanzable?

¡Estoy hasta los huevos de hacer las cosas al revés!

La única tía con la que debía mantener una distancia sentimental está instalada en mi corazón, se ha apoderado de mi alma y no va a moverse de ahí porque se ha adentrado demasiado. Y eso es una mierda porque me convierte en un cabrón con demasiados problemas.

Entramos abrazados y nos dirigimos al mostrador de la entrada para hablar con el hombre que hay en la recepción. No tarda en aceptar mi tarjeta de crédito, cobrarme una pasta que te cagas e indicarnos dónde debemos ir a continuación.

No dejo de disfrutar de sus expresiones felices cuando por fin accedemos a la sala de tiro. Está llena de ilusión y su rostro contiene una emoción difícil de explicar con palabras. Le brilla la mirada y está pletórica, como si acabara de regalarle un jodido anillo de brillantes.

—Te quiero. —Antes de colocarse los cascos para amortiguar el sonido de las balas me rodea el cuello con los brazos y me da un beso que me sabe al jodido paraíso. Esta tía va a acabar conmigo—. Gracias por aparecer en mi vida, por quedarte, por no seguir gastándome bromas pesadas, por esto. Haces todos mis sueños realidad, eres como uno de esos magos que solo existen en las pelis o en las series, como mi Harry Potter particular.

Cuando vuelve a juntar sus labios con los míos me despierta unas llamas flameantes en mi interior que se entremezclan con los nubarrones repletos de tormenta que provoca mi conciencia.

—¿Sabes que Harry temía a Voldemort? —Ella asiente—. Todos tenemos nuestro propio Voldemort, mojigata. Por mucho que queramos escapar a él, está ahí, acechando entre las sombras.

—¿Has mirado si tienes la marca en la frente? —Me guiña un ojo separándose un poco de mí con una expresión tan coqueta que me empina la polla en cero coma—. Con ella puedes vencer a cualquiera, eres invencible.

—¿Y si no está ahí? ¿Y si soy un simple mortal incapaz de enfrentarme a mis mierdas?

—Dy, no sé a qué te refieres, pero confío en ti. A pesar de todas las mentiras y las bromas, confío en tus sentimientos por mí y quiero ir a por todas. ¿Y sabes por qué? —No espera mi respuesta—. Porque te quiero y me has demostrado que no eres para nada ese hombre que mostraste al principio. —Me toca el pecho despertándome una taquicardia de la hostia—. No deberías esconder ese corazón, es demasiado precioso para mantenerlo oculto.

No puedo contestar. ¿Qué puedo decirle? Ojalá fuera valiente, porque ahora mismo solo desearía hablar, contárselo todo, desnudar mi alma y deshacerme del peso que aplasta mi conciencia, pero no puedo.

¡Soy un jodido cobarde!

—¿Te explico cómo va esto? —pregunto señalando la diana con la silueta de la parte superior de un hombre dibujada entre las líneas curvas y los números—. Es fácil, si me dejas voy a hacerte una experta en pocos tiros.

—¿No acabas de decirme que se necesitaba mucho entreno para eso?

—Observa al puto amo.

Le guiño un ojo, me coloco los cascos, le pido que haga lo mismo y cojo la pistola que nos han dado para tirar.

En cuatro disparos le demuestro cómo soy capaz de apuntar directo al corazón y no fallar en ningún instante.

Su mirada alucinada es suficiente para sentir un subidón de adrenalina. Esta tía me convierte en un depravado con patas, porque ahora solo deseo llevármela a algún lugar apartado donde podamos quemar ese fuego que me consume.

Durante los veinte minutos siguientes me coloco detrás de ella para enseñarle cómo apuntar. Le agarro los brazos estirados frente a su cuerpo, le explico los movimientos y la técnica, le acaricio las manos, la toco, la caliento y la convierto en un ente fogoso.

Cuando retiro la mano para que se prepare para tirar aprovecho para tocarle los pechos, rozarle el sexo caliente y darle pequeños besos en el cuello para ponerla a cien.

Sus gemidos son música para mí.

¡Me flipa calentarla así!

No consigue acertar demasiado en la diana por culpa de mi juego, pero sigo adelante con él hasta que se da la vuelta, se quita los cascos y se abalanza sobre mí sin atender al lugar ni a la situación. Está perdida en su deseo y yo en el mío.

Observo de reojo el lugar. La sala donde estamos es interior, tiene ocho dianas y hay ocho cubículos separados por unos paneles en los lados que nos aíslan de miradas indiscretas, pero no nos confieren intimidad completa.

Le vuelvo a colocar los cascos al escuchar a un par de personas disparar, la subo al mostrador donde se colocan las armas, le levanto la falda, le retiro el tanga al lado y me coloco un preservativo antes de seguir besándola mientras mi polla la invade por completo.

Al principio, sus ojos muestran ansiedad y alarma, pero a medida que el deseo se intensifica deja de preocuparse por el lugar, por la peligrosidad de nuestro acto y por cualquier incomodidad, y se lanza con esa energía positiva que solo ella tiene.

Me corro ahogando mis gritos en su boca. Ella tarda un poco más en dejarse ir, sus gemidos ahogados se acompañan de sacudidas en sus músculos y termina mirándome con una expresión ansiosa.

—Estamos locos. —Se quita los cascos—. Seguro que en esta sala hay cámaras. Si nos han grabado...

—Cariño, yo solo hago locuras por ti y me la suda si nos descubren. —Me abrocho el pantalón tras quitarme el condón y doy un vistazo inquieto alrededor—. Eres una diosa del placer. Me vuelves loco de verdad.

—Nunca había hecho algo parecido. —Se ruboriza cuando la bajo al suelo y se arregla la ropa—. Me vuelves una camicace. Contigo me atrevo a superar mis límites con demasiada frecuencia.

—¿Y eso es malo?

—No lo sé, Dy. —Se muerde el labio—. Cuando estoy contigo me creo capaz de cualquier cosa, nada me detiene y eso me asusta mucho porque la contención es necesaria, es parte de la

vida. Y te lo doy todo sin pararme a pensar en las consecuencias o en el futuro. —Niega con la cabeza mordiéndose el labio—. Antes de conocerte era más sensata.

—La sensatez está sobrevalorada. —La abrazo para darle un beso rápido—. Eres más lanzada de lo que imaginé al conocerte, no te da miedo asumir retos, yo solo te doy el empujón.

Capítulo 31

Brenda

Queda apenas un día para terminar el curso de verano y estoy tan feliz que no me lo creo. Mi relación con Dylan es perfecta, nunca había sentido algo parecido por nadie, ni creía posible estar tan cerca de una persona como lo estoy de él.

Me reta en muchas ocasiones a hacer cosas que jamás creí posible. Tenemos encuentros sexuales en sitios expuestos, me ha enseñado a masturbarme, a hacérselo con la boca, a sentirme relajada con mi sexualidad y me ha mostrado un mundo increíble.

A su lado lo quiero todo. No me molesta dárselo, ofrecerle mi cuerpo, mi alma y mi corazón porque confío en él.

La confianza es lo más importante en una pareja. Y la mía es absoluta.

Le amo tanto...

Durante el mes que llevamos juntos hemos frecuentado a sus amigos y a los míos. Hakiro ha conseguido superar sus recelos iniciales y Dy se ha amoldado con facilidad a su grupo, igual que yo.

Con Mandy mantenemos una relación muy próxima. Ella se ha convertido en una gran amiga y estoy convencida que en unos meses podré considerarla la mejor que tendré nunca. Se preocupa por mí, está siempre cuando la necesito y me resulta muy fácil hablar con ella sobre cualquier cosa.

Por primera vez en mi vida me siento capaz de tocar el cielo, como si tuviera todo aquello que jamás me había atrevido a soñar. Y es mágico.

Esta tarde me voy a Santa Bárbara a conocer a mis abuelos. Voy a estar una semana con ellos y estoy atacada de los nervios porque son personas de buena cuna, tienen una gran casa con jardín, son miembros del club de campo, frecuentan fiestas de la alta sociedad californiana y están súper alejados de mi forma de ser.

Según me ha explicado mi padre, tengo una gran familia. Un abuelo empresario de mucho éxito, un tío diez años mayor que mi padre, fruto del primer matrimonio de mi abuelo, que sigue sus pasos en la empresa familiar, casado y con tres hijos de edad parecida a la mía. Uno de ellos estudia en Yale y los otros dos todavía están en el instituto. Tengo otra tía más joven, la benjamina de la casa. Está casada con un arquitecto bastante famoso y ella es interiorista. Tienen dos retoños de seis y cuatro años. Todos viven cerca, mi padre es el único desertor.

No tengo ni idea de cómo me acogerán. No debe ser fácil para ellos descubrirme ahora, tantos años después de nacer, y por sorpresa. Además, yo vengo de un hogar humilde, me he pasado la vida en un piso pequeñísimo, sin lujos y necesitando todo mi empeño para conseguir algún extra. Y, aunque siempre he sido feliz, soy demasiado diferente a ellos como para encajar en su entorno con facilidad, y me asusta mucho fracasar.

Ahora que la universidad al completo conoce mi parentesco con el profesor Andrew ya no nos resulta tan difícil detenernos a hablar en cualquier parte porque las miradas ya no son inquisitivas, sino más bien curiosas.

Al terminar las clases de hoy camino hacia mi padre acompañada de Mandy. Mi amiga

vuelve a casa mañana para pasar estas tres semanas con su familia y está atacada.

—Te recojo en la residencia a las tres. —Mi padre me da un beso en la mejilla antes de salir de clase—. Tenemos el vuelo a las cinco. Sé puntal.

—Estaré preparada, papá.

Me encanta llamarle así, al hacerlo se me llena la boca de ilusión, de felicidad y de sensaciones que jamás pensé capaces de anidar dentro de mi alma. Conocerle ha sido una de las mejores experiencias de mi vida. Es una persona atenta, cariñosa, llena de vitalidad y con un intelecto alucinante que me encanta descubrir en nuestras largas conversaciones matemáticas.

En el exterior, los rayos del sol siguen asfixiando mi capacidad de no sudar ante las altas temperaturas de este verano. Durante estas últimas semanas he ido bastante a la playa con Dylan, con Mandy, con Hakiro y con el grupo de amigos que poco a poco han pasado a formar parte activa en mi vida.

—Te echaré muchísimo de menos. —Mandy me abraza con un gesto tan tierno que apenas puedo contener la emoción—. Pásalo bien este verano y sé muy mala. Perversa, incluso.

—Sé fuerte con tu ex, Mandy —comento cuando nos separamos y empezamos a caminar hacia la residencia. Ella asiente con una mueca tensa—. No le des tregua, no se lo merece.

—Lo sé. Fue un capullo al engañarme con mi mejor amiga. —Inspira con fuerza—. Además, es un cliché. Ya me dirás a quién se le ocurre hoy en día hacer algo tan trillado.

Como siempre, quita hierro a las situaciones difíciles con bromas que en realidad esconden dolor. Mandy tenía un novio en Maryland, salieron durante años, desde que eran unos críos sin conciencia. Seis meses antes de irse cada uno a la universidad decidieron formalizar la relación con anillo y todo, pero a una semana de empezar el curso de verano, ella se lo encontró en la cama con su mejor amiga. Tal como dice, todo un clásico, pero no por serlo dejó de romperle el corazón. Perdió de cuajo a dos personas importantes para ella.

Me lo contó hace poco, cuando al fin me decidí a explicarle toda mi vida y a desnudarle mi alma al completo para darle un voto de confianza a nuestra amistad.

—Eres fuerte, Mandy. —Sonrío—. Puedes superar lo que haga falta y no darle a ese capullo ni una pizca de confianza. Y en cuanto a Lisbeth, habla con ella. Lleva tres semanas mandándote mensajes y llamándote. Está arrepentida. —Me alucina esta nueva faceta mía de consejera, pero me siento muy cómoda en ella porque consigo meterme en la piel de mi amiga—. Nunca recuperaréis la complicidad de antes, pero lleváis desde parvulitos juntas, la añoras y ella ha reconocido que se equivocó. Quizá deberías escucharla para conocer su versión.

—Simon era mi chico, Bren. —Aprieta los labios con fuerza—. Los tres formábamos un grupo de amigos perfecto, estábamos juntos desde que nacimos. Nuestros padres son amigos, hemos ido siempre a la misma clase y a pesar de los mil baches por los que hemos pasado, siempre me había imaginado casándome con él, construyendo una vida juntos. Y quería muchísimo a Lisbeth, confiaba en ella, era mi mejor amiga. —Niega con la cabeza, reprimiendo las lágrimas—. Todavía no puedo perdonarla, no sé si algún día lo conseguiré. Se metió en su cama, fue capaz de tirarse a mi novio sin importarle mis sentimientos.

—No te digo que la perdones. —Llegamos a la residencia y caminamos por el pasillo hacia mi habitación—. Solo que hables con ella y la escuches. No es bueno estar llena de rabia, si no consigues pasar página, te dolerá más.

—Lo intentaré. —Me abraza otra vez frente a mi habitación—. No me quedará más remedio que verlos a los dos. Nuestros padres siempre organizan mil planes conjuntos.

—Llámame cuando lo necesites, o simplemente si te apetece hablar. Y sé igual de feliz que estos días, ¿vale? —Me separo de ella con una sonrisa—. Ellos no se merecen ni una más de tus

lágrimas.

—Pienso acribillarte a mensajes y llamadas para que me lo cuentes todo.

—Hazlo. —Alcanzo el picaporte con una sonrisa pícaro—. No tengo secretos para ti.

Levanta la mano con un gesto entusiasta y se da la vuelta para caminar hacia su habitación a hacer las maletas y tomar el vuelo en un par de horas.

Llevo un par de días sintiéndome revuelta de estómago. Abro la puerta, pero siento una náusea y necesito correr al baño para vomitar.

—Cariño, ¿estás bien? —Dylan me ha visto y corre detrás de mí.

—Todavía estoy mal de la barriga —digo, aguantando las arcadas.

Lo saco todo en el baño y al salir le encuentro esperándome apoyado en la puerta con un semblante muy preocupado.

—Deberías ir al médico. No es normal, llevas dos días vomitando y con mareos.

—Creo que son los nervios de visitar a mi familia. —Apoyo la cabeza en su pecho cuando me pasa el brazo por los hombros—. Me da mucho miedo que no me acepten.

—¡Eh, mojitata! Ni de coña permitas que eso se te pase por el coco. —Me da un beso en la frente—. Eres la hostia y nadie puede resistirse a tus encantos. ¡Mírame a mí! Estoy postrado a tus pies.

—¿Sabes cómo me apetece pasar el resto de las horas que me quedan? —Le lanzo una mirada coqueta y él sonrío con picardía.

—Acabas de sacar hasta la primera papilla.

—Y eso me ha ayudado a encontrarme mejor.

Apenas salimos de la habitación para aprovechar al máximo las dos horas con las que contamos. Es la primera vez que nos separamos desde que nos conocemos y nos cuesta bastante hacernos a la idea de pasar tantos días alejados el uno del otro.

Me parece mentira que haya pasado seis semanas en esta residencia. El tiempo a veces se me escapa de las manos como si fuera un líquido escurridizo al que no puedo atrapar. De repente, miro atrás y me parece que en vez de seis semanas han sido meses, incluso años.

—Te veo en una semana. —Dylan me acompaña a la puerta con las maletas, donde vuelve a abrazarme por la espalda para darme un suave beso en la mejilla—. Voy a pasar unos días con mi madre antes de venir a por ti.

—Pienso tachar cada día en el calendario. —Agarro sus manos para estrecharlas todavía más en la cintura—. Y me convertiré en la novia más pesada del mundo. Voy a llamarte a diario y a enviarte tantos mensajes que acabarás cansándote de mí.

—Cariño, en mi vida me cansaré de ti. —Ladeo la cara para llegar a sus labios—. Nunca lo olvides, Bren. Tú eres mi princesa de cuento. Y estos días separados van a ser una tortura. Así que llámame, mensajéame y contéstame cuando yo te bombardee. Porque, nena, jamás dejaré de desearte.

—Te quiero, Dy. —Me pego a sus labios—. Te quiero tanto que me asusta porque si algún día terminamos...

—Deja de pensar eso. —Me acaricia la mejilla con la nariz—. Concéntrate en lo cojonudo que va a ser nuestro viaje. Lo vamos a pasar la hostia de bien.

—Tenemos dos semanas para recorrer el camino desde Santa Bárbara hasta aquí en tu coche. —Tras siete días en casa de mis abuelos vendrá a buscarme para tomarnos juntos unas maravillosas vacaciones visitando varios estados y recargando las pilas para empezar la universidad a finales de agosto—. Ese era otro de mis sueños, hacer la ruta 66.

—Lo haremos realidad. —Me besa—. Será la hostia.

Mi padre llega en ese instante. Entre Dylan y él no hay tensiones ni malos rollos, ambos se tratan con amabilidad y a mí me llenan el corazón de alegría porque son los dos hombres más importantes de mi vida y no me gustaría que se llevaran mal.

Durante el trayecto al aeropuerto Andrew me cuenta nuevas anécdotas de su familia. Me encanta escucharlo hablar con ese entusiasmo de todos ellos, se palpa el cariño en cada una de sus palabras y yo cruzo los dedos para encontrarme con unas personas tratables y no con unos estirados.

La primera mujer de mi abuelo murió en un accidente de caza cuando su hijo era muy pequeño. Él se volvió a casar con Marjory, una rica heredera de un imperio financiero. Él era ya un empresario de éxito y unir esas dos fortunas los convirtió en inmensamente ricos.

Mi padre tiene un fidecomiso de muchísimos ceros y me ha asegurado que pronto voy a tener el mío. No acabo de asimilar esa información, ¿me van a regalar dinero? ¿Así, por la cara? No me han pedido una prueba de paternidad en ningún instante, ¿de verdad son tan confiados?

Una vez en el aeropuerto descubro que vamos a volar en primera clase y me quedo bastante alucinada porque para mí el dinero siempre ha sido un problema.

En la sala VIP, mientras esperamos el avión, mi padre me informa de que él va a hacerse cargo de mi educación a partir de ahora. La beca cubre todos mis gastos académicos, pero no los personales. Él me va a dar una asignación aparte del dinero de mis abuelos para que deje de trabajar en la cafetería y tenga lo que desee con facilidad.

Me cuesta un rato largo asimilarlo, incluso le pongo besantes pegas a su ofrecimiento, pero solo consigo afianzar su decisión. Y al final acepto, feliz porque la idea de no tener problemas de dinero me parece increíble.

Una vez en el avión me paso la mitad del vuelo leyendo en el maravilloso ebook que me auto regalé antes de salir de Andalucía mientras mi padre dormita. No quiero pensar en lo que se avecina ni en cómo voy a encajar en esa casa ni en cómo me van a recibir.

La otra parte del vuelo la dedico a debatir con Andrew algunos problemas matemáticos. Le gusta poner mi intelecto a prueba, desafiarme, y a mí me encanta este juego que se ha establecido entre los dos.

Al aterrizar nos espera la familia al completo en el aeropuerto con pancarta incluida.

Bienvenida a tu casa, Brenda.

Casi lloro de emoción al leer esas palabras. Si ellos supieran cuántas veces he deseado tener una familia tan amplia...

Su cálido recibimiento me llena de esperanza porque todos tienen un brillo en la mirada de felicidad y acogen a mi padre en sus brazos felicitándolo por mi aparición en su vida. Son unos pijos, sobre todo vistiendo, pero agradables y cariñosos en su forma de integrarme con rapidez en la casa.

Durante los siete días de convivencia me dejo mimar.

Mi abuela está entusiasmada llevándome a varios eventos sociales para presentarme, sin dejar de fardar de nieta. Me ha llenado una habitación de ensueño de vestidos y ropa cara de mi talla. Es como si de repente me hubiera convertido en una princesa, porque todas las prendas me encantan y las uso emocionada al asistir a esas fiestas de la alta sociedad que me aburren un poco.

Por suerte, mi primo Cameron, el que estudia en Yale, es un chico súper divertido y me coge cariño al instante, o como mínimo eso parece, porque me lleva a todas sus salidas con sus amigos y se ocupa de ayudarme a superar las reuniones sociales a las que nos lleva mi abuela.

Mi tía es guapísima y tiene alma de *personal shopper*. A los dos días se presenta en la casa

con su descapotable rojo para llevarme a Los Ángeles, donde me arrastra por mil tiendas exclusivas en busca de modelitos alucinantes, me lleva a un salón de belleza a que me den un cambio de *look* que me favorece muchísimo y acaba regalándome un montón de ropa durante el resto de los días.

Paso muchas mañanas en la playa. Me baño en el mar, dejo que mis primos intenten sin demasiado éxito enseñarme a surcar las olas con una tabla de surf y le dedico muchas horas a mi padre. Él ha empezado a estar presente en mis videoconferencias con España. Todavía recuerdo la cara de emoción de mi madre la primera vez que lo vio. Fue como si brillara, como si fuera cierto eso de que los primeros amores jamás se olvidan y pueden revivir con facilidad. Se han dado sus teléfonos y sé que en algunas ocasiones hablan en privado.

No soy una niña pequeña de esas que sueña con ver a sus padres juntos para siempre. Sin embargo, me ilusiona saber que han retomado el contacto y que quizá en el futuro podamos organizar algún tipo de reunión familiar.

Mi abuelo es una persona muy inteligente, me queda claro de dónde ha sacado mi padre ese cerebro privilegiado. Con él paso algunas tardes en el club de campo discutiendo acerca de algunos problemas matemáticos. Le gusta contarme cómo levantó su imperio inmobiliario y me promete que nunca me va a faltar de nada a partir de ese instante.

Los días en Santa Bárbara me pasan con rapidez. Los mareos y las náuseas no han remitido del todo. Cada mañana al despertarme me arrastro al baño a sacar las tripas, me molesta el olor a café y mi forma de comer ha cambiado un poco. Solo me apetecen alimentos frescos, algunos helados y pocas grasas. En cuanto llegue al MIT debería ir al médico a ver si tengo una de esas bacterias de barriga que molestan tanto.

Cuando Dylan viene a buscarme todo son lágrimas y tristeza por la despedida. Mis abuelos me hacen prometer que volveré a visitarles pronto y que no perderemos el contacto y lo hago sin dudar, porque quiero seguir manteniendo lazos con mi recién adquirida familia.

Comemos todos juntos, con Dy en la mesa, y es mucho más agradable de lo que él insinuaba en los mensajes. Le daba pánico no caerle bien a mi familia, pero yo sé que cuando se lo propone enamora a quien se le ponga por delante.

—Te echaba la hostia de menos. —Una vez entramos a solas, Dylan no pierde el tiempo para abrazarme y besarme poniéndome a mil—. He venido en dos días, directo, sin pararme más que a dormir. No sé qué has hecho conmigo, pero estoy la hostia de enamorado de ti y estos días se me han hecho durísimos.

Le doy un beso necesitada de tocarle, de sentirle, de recuperar el tiempo separados.

—Yo también te he añorado.

—Métete en el coche y vamos a Los Ángeles a encerrarnos en una habitación de hotel. —Me recorre el cuerpo con las palmas, produciéndome un gemido, y me da una suave cachetada en el culo—. No pienso dejarte dormir hasta que me sacie de ti. ¡Nunca había pasado tanto tiempo sin follar! Y, tía, me pones la hostia.

Conduce concentrado, con una mano en mi muslo y su entrepierna preparada para entrar en acción.

—¿Qué tal con tu madre? —pregunto.

—Le he hablado de ti y está mazo de contenta de que tenga novia. —Me mira un segundo con una sonrisa lobuna—. Quiere conocerte.

—¿Y si me llevas a tu casa en las vacaciones de Acción de Gracias? Me encantará descubrir el lugar donde te criaste. —Le acaricio la nuca—. En verano podríamos ir a España. ¿Qué te parece?

—¡Cojonudo!

Pero en ese instante noto una frialdad extraña.

Retira la mano para colocarla en el volante y la aprieta con fuerza hasta que se le marcan los nudillos en blanco.

Pasamos el resto del trayecto escuchando música y yo me pregunto demasiado a menudo qué ha sucedido, por qué se ha puesto así al mencionarle los viajes. Quizá le da miedo presentarme a su madre o no quiere ir a mi país.

No le doy más vueltas cuando al fin nos registramos en un hotel del centro de la ciudad y entramos en la habitación.

Apenas contamos con tiempo para pensar, porque nuestras manos se convierten en los tentáculos de un pulpo con necesidades absolutas de tocarnos.

Hacemos el amor con intensidad, varias veces, en diferentes posturas, sin dejar de sentir cómo crece nuestro deseo.

Y nos dormimos tarde, abrazados, desnudos y felices.

El día siguiente llega como una exhalación.

El Pontiax Gran Prix del 69 de Dylan es todo un clásico, un coche perfecto para realizar el viaje que teníamos previsto.

De niña, cuando investigaba sobre Estados Unidos para ir a conocer algún día a mi padre, me entusiasmaba pensar en la ruta 66 porque a través de su carretera podías conocer muchísimos estados diferentes y aprender de su cultura, empaparte en sus múltiples diferencias y descubrir cómo el país era capaz de dejarlas a un lado cuando así lo requería el amor a la patria.

Nuestro recorrido empieza en las calles de Los Ángeles, Hollywood y Santa Mónica. No tenemos muchos días para pasar en cada uno de los puntos, pero ambos convenimos en anotar los lugares que nos parezcan más interesantes y volver en otro instante de nuestras vidas.

De las tres primeras ciudades me quedo con Santa Mónica. No negaré que caminar de la mano con Dylan por el Paseo de la Fama de Hollywood haya sido una experiencia mágica, igual que la de fotografiar las típicas letras del lugar haciendo caras, sonriendo e incluso besándonos, pero Santa Mónica tiene un encanto especial. El muelle ha sido escenario de miles de películas, contiene la esencia personal de momentos mágicos y me cautiva desde el inicio.

Quizá es la sensación de dejar el mar hasta llegar a Boston o la emoción de tener a Dy al lado, pero mientras nos tomamos un par de burritos que hemos comprado en uno de los puestos de comida callejera que hay al lado de las atracciones, mi corazón rebosa de una alegría contagiosa y llena de matices, como si el colorido entero de un arcoíris lo iluminara dibujando emociones multicolores.

Por la noche nos quedamos en un hotel a las afueras de la ciudad. Estamos decididos a recorrer la ruta como se debe, durmiendo en moteles de carretera, disfrutando de cada recodo y dejándonos seducir por los lugares.

Nuestros cuerpos están molidos después de tanto tute, pero se anhelan y no tardamos demasiado en enredarlos en la cama para probar nuevas y excitantes experiencias sexuales.

Como siempre, Dylan me reta a superar mis límites y soy feliz al hacerlo porque me produce un placer inmenso y me ayuda a definirme y a descubrir cuál es mi verdadero yo.

Al día siguiente ponemos rumbo a Las Vegas. Son cuatro horas de coche que nos pasamos escuchando música, hablando de nuestro pasado, trazando planes de futuro y comentando los días que hemos pasado separados. Le interesa muchísimo conocer detalles de mi familia que yo le cuento sin ningún pudor.

La ciudad de las apuestas nos recibe a la una del mediodía. Hace un calor de mil

demonios, pero el aire acondicionado del coche nos proporciona el fresco necesario para no ahogarnos.

Estamos hambrientos, sedientos y muertos de deseo.

Hay luces por todos lados, edificios altísimos, carteles luminosos incluso de día y un montón de capillas.

—Se me acaba de ocurrir algo. ¡Quiero hacer una locura contigo! —Dylan señala una de las capillas del camino donde un rótulo de Elvis nos saluda—. ¿Entramos?

—¿Estás loco? —Suelto una carcajada.

—Como una cabra, y tú tienes la culpa, porque estoy enamorado de ti como un niño patético. Me vuelves el cerebro del revés.

—Tú también me vuelves loca, Dy. —Le acaricio la mejilla.

Conduce hasta la capilla muy decidido, como si acabara de tomar una decisión repentina. Aparca en el exterior, pone el freno de mano y me lanza una mirada intensa.

—Jamás me había sentido así con una tía. —Me mira con una sonrisa torcida, llena de decisión—. En mi vida me habría imaginado en una situación así, pero lo tengo la hostia de claro, Bren.

—¿El qué?

—Espérame aquí. —Abre la puerta para sacar el cuerpo del coche—. No tardo ni un minuto.

—Dy. —Le lanzo una mirada extrañada—. ¿Dónde vas?

—En un minuto estoy de vuelta.

Le espero dándole vueltas a su forma de actuar. No entiendo nada. ¿Adónde ha ido? ¿Qué pretende? A cada minuto que pasa estoy más nerviosa, sin entender demasiado bien su último impulso. El mareo se intensifica, como cada vez que estoy inquieta y empiezo a preocuparme de verdad porque nunca me había sentido así.

Las náuseas vuelven a irrumpir en mi estómago llenándome de una sensación de vértigo.

Cuando aparece de nuevo con una sonrisa electrizante se me olvida todo. Lleva las manos en los bolsillos de sus bermudas, camina decidido y su expresión me prepara para lidiar con sus pretensiones, que se adivinan explosivas.

Abre la puerta, se mete dentro y sus ojos me hablan de emociones.

—Ven aquí. —Me levanta para colocarme a horcajadas sobre sus piernas—. Enamorarnos fue una locura, nadie daba un centavo por nosotros y míranos ahora, somos una pareja de la hostia. —Se mete la mano en el bolsillo para sacar una cajita de terciopelo rojo—. Ya vivimos juntos, Bren, y estos días separado de ti han sido una mierda. Estoy obsesionado contigo, tanto que me muero por casarme ahora mismo con un tío vestido de Elvis oficiando la ceremonia. Porque, tía, eres la mujer de mi vida, la única con la que quiero estar para siempre y más si interviene el rey del rock.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Jamás, en mi puta vida, había ido tan en serio. —Abre la caja para mostrarme un diamante precioso. No es muy grande, pero está engarzado en oro blanco y tiene una montura preciosa—. Brenda, ¿quieres casarte conmigo?

Me quedo un instante callada. ¿Estoy loca? ¿Se me va la cabeza sin contesto que sí? Porque todo mi cuerpo quiere hacerlo.

—¡Eh, mojitata! ¡Di algo! ¿O vas a dejarme sin respuesta? —Coge mi dedo anular de la mano izquierda y desliza en anillo en él—. Un sí estaría cojonudamente bien. Tenemos hora en la capilla a las cuatro. Te da tiempo de buscar una peluquería y a comprarte un vestido mientras yo

reservo una suite nupcial en alguno de los hoteles lujosos de la ciudad.

—Yo... —Miro el diamante con mucha confusión—. No sé, Dy. Es todo como muy precipitado. Apenas nos conocemos, somos muy jóvenes...

Me calla con un beso. Sus manos recorren mi cuerpo encendiéndolo de una forma magistral y a medida que me besa con más pasión mis defensas bajan, entregándole de nuevo mi voluntad.

—Casarte en Las Vegas por impulso tiene su punto —susurra.

Capítulo 32

Dylan

En otro momento de mi vida verla entrar en la capilla me hubiera hecho vomitar.

¡La novia está buena que te cagas! Se ha comprado un vestido blanco con un escote muy largo y sugerente en la espalda y que se le agarra al cuerpo para mostrar sus curvas perfectas. Lleva el pelo suelto sobre un lado, con rizos sedosos que se aguantan con un pasador de brillantitos largo y que brilla la hostia.

Estoy tan loco por ella... Nunca había pensado llegar a este extremo ni sentirme tan al borde de la desesperación. Es como si en mi cuerpo convivieran demasiadas emociones contrapuestas y me vapulearan para mostrar un túnel oscuro frente a mi mirada.

Me ha costado convencerla para casarnos, ha puesto un montón de reparos complicados de la hostia, pero al final ha vencido mi persuasión y la he dejado en una tienda de vestidos mientras yo me ocupaba de la licencia y de algunos trámites de última hora.

Y ahora estoy a punto del sí quiero, con una novia cojonuda al lado y demasiados remordimientos acosándome. La quiero y esa es la peor condena, amar a quien debo herir, conocer nuestro destino y ser parte implicada en el desastre. Quererla a pesar de no deber hacerlo y desear que el tiempo se detenga para congelar la felicidad de este instante para siempre.

La ceremonia me pasa con rapidez. Me la paso mirándola, sonriendo y luchando por apartar los nubarrones que se empeñan en mostrarme el futuro aciago. Apenas le presto atención al Elvis que nos casa ni a los testigos de prestado que tenemos, como tampoco a nada que no sea ella, sus ojos brillantes, sus votos surgidos del fondo de su corazón y esa sonrisa radiante que me va a acompañar en sueños hasta el fin de mis días.

Quiero grabar a fuego este momento, saber que es mía, que me quiere tanto o más que yo a ella, que se entrega a mí con toda su voluntad de ser feliz a mi lado.

No lo será. Soy un hijo de la gran puta, porque sé que la voy a destrozar y me siento como un mierda al pensarlo, pero prefiero vivir estos momentos como merecen y no especular con el después.

He encargado los anillos de boda hace unas horas, cuando he entrado en la joyería que hay al lado de la capilla para hacerme con el diamante. Están grabados con nuestras iniciales y la fecha. D&B. Esas dos letras me las voy a tatuar en el alma para siempre.

Le coloco el suyo prometiéndole amor eterno y recibo el mío con el corazón a mil por hora y una necesidad imperiosa de escapar con ella a algún lugar donde mi mierda no pueda alcanzarnos como si fuera una ola asesina capaz de arrasarse hasta la última migaja de ilusión y felicidad de nuestras vidas.

Pero nunca podría borrar lo que he hecho y eso sería una espada de Damocles clavada entre nosotros.

Si no la amara sería todo más fácil. Podría distanciarme y pasar el resto de nuestro tiempo a su lado sin sentir cómo mi corazón se resquebraja a marchas forzadas.

Cuando nos declaran marido y mujer la abrazo para besarla como si me fuera la vida en

ello. Quiero sellar esta unión con amor, darle una parte de mi ser y ofrecerle recuerdos perfectos y llenos de luz.

La alzo en brazos dándole vueltas en el aire, sin dejar de comerle la boca.

—¡Lo hemos hecho! —se emociona de camino al exterior, agarrando todavía con mucha fuerza su ramo de flores blancas—. ¡Nos hemos casado!

—Te quiero, Bren McLaren. ¡Estoy total y absolutamente enamorado de ti!

—Y yo de ti, Dy. Para siempre.

Caminamos por el pasillo de bancos desiertos hacia la salida.

Ese «para siempre» de Brenda retumba en mis oídos llenándolos de ansiedad. Mi *4ever* cobra una dimensión aterradora, porque será oscuro y lleno de desesperanza.

—¿Señores McLaren? —El fotógrafo que entraba en el pack de boda viene en nuestra búsqueda para terminar el reportaje—. Vamos a tirar las últimas ya de casados.

Mientras posamos, mi dolor se intensifica. Está preciosa. Y se merece mi absoluta abnegación por ella, mi amor sin fisuras y mi entrega a ella para siempre.

Si pudiera cambiar la realidad, si tuviera el súper poder de girar hacia atrás las agujas del reloj para hacerlo todo distinto...

Le doy nuestras direcciones de correo electrónico al fotógrafo para que nos mande el reportaje en un par de días y me la llevo al coche para empezar la luna de miel cuanto antes, obligándome a olvidar por unos días mis inquietudes.

—He reservado en el Flamingo. —Pongo un poco de música para aligerar mi tensión—. Fue el primer hotel de lujo construido en Las Vegas y en él se filmó la peli *Ocean's 12*. Te va a flipar.

Su mano camina por mi vientre mientras acerca la cara para besarme en la mejilla.

—Tú me flipas, Dy. Muchísimo. Nunca pensé que podría hacer esta clase de locuras y menos con un chico como tú. Creo que me has pervertido un poquito.

—Ya no soy un chico, señora McLaren. —Le guiño un ojo—. Y me encanta pervertirte.

—En España no nos cambiamos el apellido, ¿lo sabías?

—Me la suda. —No entiendo a qué viene este arrebató de posesión por mi parte, pero la fulmino con la mirada para añadir—. Eres mía, Bren. Mi mujer. Y vas a cambiarte el apellido para que todo el mundo lo sepa.

—Pareces un cavernícola.

—Cariño, tú me devuelves a las cavernas porque me vuelves loco.

El hotel es precioso, pero apenas la dejo admirarlo. Ya lo hará mañana, he reservado la habitación para dos noches. Esta es la de bodas y pienso disfrutarla sin fustigarme por nada ni cabrearme por la realidad que nos espera al llegar al MIT.

Prefiero ignorarla, como mínimo durante unas largas y placenteras horas.

La entro en brazos en el ascensor. La gente nos felicita al vernos vestidos de novios, incluso nos vitorean. Es la hostia esto de casarse, en serio.

Cuando llegamos frente a la suite nupcial ella me ayuda a abrir la puerta entre risas, feliz por la situación, alucinada por haber dado el paso y calentándome como si fuera un adolescente hormonado.

—Bienvenida a su noche de bodas, señora McLaren. —Tal como les he pedido, la habitación está decorada con miles de velas y luces colgadas del techo—. No voy a dejarla dormir, ya se lo advierto.

—¡Dy! —exclama emocionada—. ¡Esto es precioso!

En la cama hay un corazón hecho con pétalos de rosa, tenemos una cubierta con champagne

francés en la mesa y es todo tan cursi que no entiendo por qué no me dan arcadas.

La propina que le he dado al recepcionista ha creado un mundo perfecto para nosotros y pienso aprovecharlo.

Nos pasamos las siguientes horas follando como animales, aunque debería decir haciendo el amor porque con ella es todo demasiado intenso y lleno de sentimientos.

Nunca imaginé que Bren sería capaz de seguir mi ritmo salvaje ni de superar todos y cada uno de los retos con ese entusiasmo.

Es la noche más perfecta de mi vida y me jode un huevo porque no puedo lidiar con lo que nos espera.

Cuando se duerme me paso horas mirándola con el corazón encogido, sin ser capaz de asumir la realidad, con jodidas lágrimas en los ojos porque sin ella voy a quedarme sumido en la mierda.

Necesito retenerla para siempre.

Lo necesito.

Mi teléfono vibra a las seis para recibir un mensaje lleno de significado. En otro instante de mi vida me hubiera entusiasmado de la hostia, pero ahora... Ahora me asfixio al leerlo, me hundo en la miseria y me doy demasiada cuenta de cómo he destrozado para siempre lo único maravilloso de mi vida.

Si pudiera volver al inicio para explicárselo todo antes de que fuera demasiado tarde y no permitírnos llegar hasta aquí sin haber confiado en ella...

Pasamos el día siguiente descubriendo la ciudad, apostando en algunos casinos y besándonos en cualquier lugar, sin importarnos dar el espectáculo.

Lucho para arrinconar la ansiedad y la culpabilidad de algo que todavía no ha sucedido y por encontrar la felicidad en cada instante de esta aventura. No puedo pasarme el viaje sufriendo por adelantado, es mejor dejarse llevar por las emociones de la luna de miel y no pensar en lo que vendrá.

Cuando volvemos a subir en el coche rumbo a Arizona le he colgado unas latas en la parte trasera y he pintado el típico *just married* en el cristal. A ella le encanta la idea, está tan entusiasmada que ha disparado una retahíla de selfies graciosos junto al coche.

Me preocupa Bren. Sigue mareada como cuando estábamos en la residencia, vomita a menudo y le ha cogido manía al café, cosa muy extraña en ella. Además, ya no come con ese hambre voraz ni devora todo lo que cae en el plato, ahora es más selectiva, como si hubiera alimentos que no le apetecen nada y los aborreciera.

Está convencida de que es una de esas bacterias que proliferan últimamente, pero yo no lo tengo tan claro.

Nuestro próximo destino es el Grand Canyon. No es una parada de la ruta, pero no voy a irme de aquí sin visitarlo. Lo hacemos abrazados, con un calor sofocante, pero la ilusión de estar juntos, de no tener ningún impedimento para disfrutar de ella con libertad y de saber que me quiere es superior a mis pensamientos recurrentes, esos que quieren demostrarme la demoledora realidad.

Pasamos la noche en Flagstaff, en un hotelito precioso donde vuelvo a hacerle el amor con ansiedad y necesidad. La poseo, la siento, la llevo hasta límites insospechados y me maldigo por ser un cabrón con demasiados escrúpulos.

Nuestra siguiente parada es Nuevo México. Ella se siente como en casa entre sus calles porque es el estado donde más influencia española hay. Habla en su idioma natal con algunas personas, compra recuerdos divertidos y su sonrisa es alucinante. Rebosa felicidad.

Si pudiera, retendría estos instantes para siempre y no la dejaría escapar ni volvería jamás al MIT. Pero la vida es una jodida mierda y no hay salida para un cabrón como yo. Solo puedo seguir adelante, recordar sus expresiones de entusiasmo al descubrir nuevas ciudades, otros estados, culturas diferentes y aprender a guardar nuestras experiencias en un recóndito lugar de mi memoria al que acceder tras lo que está por venir.

Le gusta abrazarme, tocarme y hacerme sentir el tío más afortunado de la tierra. Y eso duele muchísimo. Duele que te cagas porque es un recuerdo constante de lo hijo de puta que puedo llegar a ser.

Dormimos en Tucumcari, un pueblo lleno de luces de neón con varios moteles alumbrados. Durante la noche nos maravillamos con el espectáculo de esa insólita iluminación y nos hinchamos a comida mexicana que ella acaba vomitando en el váter del restaurante tras ponerse blanca como el papel.

Antes de cruzar a Texas visitamos GlenRío para poner cada uno de nuestros pies en un estado diferente. Las fotos que nos hacemos son la hostia de tiernas.

Me doy asco a mí mismo.

Esa noche dormimos en Amarillo para comer en el famoso Big Texan Steak House, un asador donde sus chuletas de setenta y dos onzas tienen fama internacional. Los dos nos lanzamos a intentar superar el reto de acabarse el plato con todo el acompañamiento para ganar una cuenta gratis, pero a pesar de nuestro empeño, no lo conseguimos.

Ella está tan feliz que me rompe el alma.

Nuestras noches están impregnadas de sexo lleno de amor, de instantes mágicos y de jodidos polvos con demasiado sentimiento para no sentirme al borde de un jodido cataclismo.

Y cuando vomita o se siente mal tengo la necesidad de cuidarla, de encontrar la forma de reconfortarla, y me doy demasiada cuenta de cómo me afectará lo inevitable.

Ojalá pudiera sanar su malestar y pasar el resto de mi vida a su lado.

A la mañana siguiente visitamos el Cadillac Ranch, una de las maravillas de la ruta, con coches clavados en el suelo, preparados para que pintemos encima de ellos.

Rubrico nuestras iniciales, D&B, sobre el capó de un Cadillac y ella las rodea con un corazón y no me parece rosa pastel que te cagas, sino que me emociona la hostia.

Antes de salir de Texas nos compramos un conjunto de *cowboy*, intentamos bailar country en un local típico y nos subimos a un toro mecánico para caer a la colchoneta con muchísima rapidez entre risas.

Estoy convencido de que si existe el Nirvana ha de parecerse muchísimo a esto.

En Oklahoma, la capital del mundo del petróleo, nos maravilla el viejo Oeste, antigua tierra de los cherookee y de otras tribus indias homónimas.

Nos perdemos en Clinton, donde visitamos el museo de la Ruta 66, en Tulsa comemos especialidades mexicanas en el Rancho Grande y ponemos rumbo a Missouri, donde ocupamos una habitación en el mítico motel Munger Moss, jugamos una partida de bolos en la bolera que hay enfrente y disfrutamos del cruce entre el río Mississippi y el río Missouri en la ciudad de Sant Loius, donde me viene a la memoria Tom Sawyer y sus barcos de vapor.

Cuando llegamos a Chicago llevamos ya diez días de viaje y debemos empezar a pensar en acelerar el ritmo. El curso empieza en cuatro días y no queremos perdernos Nueva York.

Bren sigue con sus mareos y su malestar de barriga. Me preocupa muchísimo, a pesar de que ella le quite importancia, y estoy decidido a llevarla al médico en cuanto pisemos Cambridge. Aunque quizá entonces ya no tenga potestad para decidir por ella.

Recorreremos las calles de Chicago en un día, decidiendo que volveremos durante el curso

para profundizar en la visita, y ponemos rumbo a la ciudad de los rascacielos, esa que deseo conocer desde niño y que nunca duerme.

No quiero llegar al MIT, no quiero terminar este viaje ni enfrentarme a lo que viene a continuación.

Cuando lo haga, toda mi vida se irá al infierno sin posibilidad de redención.

Cada uno de los kilómetros que nos acerca a nuestro destino final es como una daga en mi corazón. Me raja como si fuera un condenado a muerte y no puedo superar el dolor ni la angustia de saber lo que me espera.

Si pudiera retenerla para siempre a mi lado, si no estuviera atrapado, si...

Pero nada puede evitar mi destino y saberlo me parte el alma.

Llegamos a Nueva York de noche y buscamos un hotel donde dormir. Mis nervios están que arden. Se acerca el momento más difícil de mi vida y, aunque tendré un tiempo para adaptarme, me duele demasiado saber a dónde nos encaminamos.

Mi amor por ella es real y me dejará muerto en vida porque no hay vuelta atrás. Nada evitará el desastre total.

Capítulo 33

Brenda

Descubrir Nueva York con Dylan durante dos días es como vivir en un sueño. Paseamos de la mano por cada uno de los barrios, nos tomamos algo en un Dean and the Lucca, subimos al Empire State y recorremos Central Park abrazados, solo con deseos de disfrutar de nuestra compañía.

Por las noches quemamos los últimos cartuchos de libertad antes de atarnos a un curso académico duro y lleno de retos.

A veces hablamos del futuro, aunque él es un poco reacio a hacerlo. Se gradúa este año porque ha cursado la carrera en menos tiempo y a mí todavía me quedarán tres cursos por delante. El mundo laboral en Estados Unidos es diferente a España, donde sueles encontrar un empleo cerca de tu casa. Aquí el cambio de estado no es algo extraño ni recibir ofertas de lugares lejanos.

Decidimos que al llegar a Cambridge buscaremos un apartamento para instalarnos cuanto antes y empezar nuestra vida como matrimonio. Me cuesta asimilarlo porque nunca me imaginé casada a los dieciocho.

Entre el dinero que él gana haciendo *trabajitos* que no ha querido concretar demasiado y la asignación mensual prometida por mi padre, vamos a vivir juntos sin pasar demasiadas estrecheces.

A pesar de la ilusión por encontrar un piso perfecto para compartirlo con mi flamante marido, no quiero volver al MIT. Me asusta llegar a la universidad y regresar a la rutina, dejar atrás el libre albedrío de estas semanas para ceñirme a un horario y no disfrutar de esta sensación de libertad de la que he gozado en el viaje.

Ha sido idílico.

Mi padre insistió en pagármelo y mis abuelos me dieron también dinero para que no me faltara de nada. Intenté disuadirles, pero nada evitó que mi cuenta corriente fuera abultada de repente. Mi nueva familia quiere resarcirme por los años en los que no se han ocupado de mí y lo han hecho con mucho cariño y unos ingresos estupendos.

Una parte de ese dinero me ha servido para la luna de miel. Lo he invertido en recuerdos, buenos hoteles, comidas perfectas, compras y un sinfín de visitas turísticas que conformarán para siempre mi álbum de recuerdos.

Me miro el dedo con una sonrisa otra vez, como cada una de las mil últimas. Me parece increíble estar casada, haber cometido una locura de ese tamaño y no estar arrepentida.

Quiero seguir viviendo en esta burbuja de felicidad el resto de mi vida.

Aunque esos mareos diarios, los vómitos, el odio repentino al café y la sensación de mi cuerpo me agobian. Una vez me asiente de nuevo en el MIT debo hacer frente a esto porque en el fondo de mi alma sé lo que me sucede y no quiero mirarlo a la cara hasta que sea necesario.

En Nueva York hemos elegido un hotel de cinco estrellas en la Quinta Avenida para despedirnos del viaje y lo disfrutamos con noches de pasión que me llenan de luz.

El último día desayunamos en el espléndido buffet del hotel y nos decidimos a regresar un instante a la habitación para abordar una de las tareas más complicadas desde la boda.

Todavía no le hemos dicho a nuestras familias que nos hemos casado porque ni yo misma me lo creo, pero ha llegado la hora de sincerarnos con ellos y acatar sus reacciones, sean cuales sean. No podemos llegar a Cambridge sin haberlo hecho público.

Lo hacemos juntos, con el Skype abierto en el portátil y muchos nervios.

Su madre se alegra muchísimo de la noticia. Es una mujer muy guapa, pero con una carga muy pesada en sus ojos apagados. Me recibe con los brazos abiertos haciéndome muy feliz y nos invita a pasar Acción de Gracias con ella. Espero conocerla mejor en estos meses y ahondar en ese cariño que me muestra en la conversación.

Mi madre reacciona como siempre, encontrándolo perfecto. Se emociona, lanza gritos ilusionados y no tarda en llamar a las chicas para celebrar una fiesta en mi honor. Ellas nunca cambiarán, son las eternas sonrisas.

Se pasa un rato interrogándome en español acerca de mis andaduras nocturnas, dándome consejos escandalosos. Está feliz por mí y yo me siento afortunada de tenerla como madre, aunque intento paliar un poco la vergüenza que siento al contestarle.

Al atardecer subimos al coche sin demasiados deseos de dejar atrás este viaje tan maravilloso. Dylan parece preocupado, se le marcan varias arrugas en la frente y apenas me habla mientras conduce acompañado de su música. En algunos momentos rueda el anillo de bodas que lleva en el dedo anular de la mano izquierda y me mira de soslayo con una tristeza extraña en sus ojos.

Supongo que se siente igual que yo, sin ningún deseo de terminar el viaje y volver a la realidad. Pero hay algo en su mirada que me asusta y no sé muy bien cómo distinguir qué es o por qué me estremece esa oscuridad.

La llegada al campus me llena de sensaciones agridulces. Las clases empiezan mañana, tenemos muy poco tiempo para asimilarlo. Lo decidimos así para disfrutar hasta el último segundo del viaje, pero ahora me da un poco de pereza aclimatarme a una nueva situación.

Por un lado, tengo unas ganas enormes de descubrir qué me depara mi vida universitaria, pero por otro desearía seguir teniendo todas las horas del día para disfrutar de Dylan, de lo nuestro, de cada caricia, de cada beso y de su compañía.

La habitación nos espera tal como la dejamos.

Tardamos poco en instalarnos de nuevo. Mientras colocamos cada cosa en su lugar me fijo en Dylan con preocupación. Está tenso, como si no estuviera cómodo. Su expresión es dura y triste a la vez, como si me ocultara algo.

Por la tarde he quedado en una cafetería con mi padre para contarle lo de nuestra boda. Dylan no me acompaña porque quiere pasar ese rato con sus amigos. Cuando le despido en la puerta vuelvo a sentir un escalofrío al mirarlo, como si entre nosotros acabara de instalarse un halo de frialdad. Y a partir de ese instante nuestra relación empieza a ser tensa y distante.

Durante los primeros días de curso todo me pasa volando. Apenas tengo tiempo de retener los minutos ni de pararme a pensar en el cambio de actitud de Dylan. Le siento alejarse de mí a pasos agigantados y no sé cómo volver a acercarlo ni qué está sucediendo.

Cada vez nos vemos menos y, aunque las noches siguen llenándose de pasión, está a años luz, como si lidiara con sus sentimientos.

Espero que solo sea algo pasajero causado por los nervios de encarar el último año de universidad, porque no soportaría perderlo.

Los mareos, las náuseas y los vómitos no remiten y cada vez estoy más asustada por lo que significan. Debería coger hora en el centro de salud, hacerle caso a Mandy y averiguar si mis sospechas son ciertas, pero me asusta demasiado.

Quizá solo soy una cobarde.

Mi amiga está a mi lado en todo momento, escuchándome y ayudándome a sobrellevar la frialdad de Dylan, que cada día nos distancia más.

Mandy, durante las vacaciones habló con Lisbeth, escuchó sus excusas y le acepto el perdón, pero no quiso volver al punto anterior de su amistad porque su traición ha dejado demasiadas aristas. En cuanto a Simon, las cosas entre ellos andan heladas. Él ha intentado recuperarla sin éxito porque ella se ha distanciado mucho de él sentimentalmente. Es difícil perdonar una infidelidad así.

El viernes, Dylan desaparece antes de que me despierte y no da señales de vida durante la mañana. Me parece tan raro... Es como si mi cuerpo presintiera algo, porque a partir de ese instante voy mirando el móvil con creciente ansiedad.

Normalmente desayunamos juntos antes de ir cada uno a su edificio para las lecciones del día.

Le mando varios mensajes preguntándole dónde está, incluso le llamo un par de veces, pero no contesta y eso me inquieta mucho.

A su hora de salir de clase me salto una mía para ir a su facultad, pero su amiga Faith me informa de que acaba de irse en el coche. No tengo ni idea de a dónde y ella parece que tampoco, aunque su risa falsa y esa mirada llena de ironía me hiela la sangre.

Nunca habíamos permanecido tanto tiempo sin hablarnos. Él siempre contesta mis mensajes aunque tarde un poco y jamás se había comportado así.

La tarde la paso con ansiedad. Vomito más veces de las habituales y no dejo de mirar el móvil, de llamarlo ni tampoco de buscarlo por los alrededores.

Ceno con Mandy en la cafetería esperando sus noticias. Ella intenta distraerme, pero yo sé que algo va muy mal, no es normal en Dylan comportarse así. A pesar del distanciamiento seguíamos comunicándonos de forma normal.

¿Acaso le ha sucedido algo? Niego con la cabeza, si fuera así lo sabría porque soy su mujer y la primera en su lista de contactos, y Faith me ha asegurado que ha ido a clase.

Me cuesta mirar a la cara a la realidad que se abre paso en mi mente porque, si lo hago, me hundo en la desesperación, pero los indicios de estos últimos días son demasiado claros para ignorarlos.

Mi amiga se despide de mí frente a mi habitación después de nuestra cena compartida y promete llamarme en un rato.

Intento ver una serie, hacer algunas tareas de clase, concentrarme en cualquier cosa mientras espero su aparición, pero los minutos atentan contra mi calma y acabo caminando de un lado a otro de la habitación con una creciente inquietud.

Decido que si no sé nada de él a primera hora de la mañana iré a la policía, aunque una vocecita interior me indica con luces de neón lo que está pasando y me rompo en mil pedazos al escucharla de soslayo.

Aparece a las tantas apestando a alcohol y con una expresión sombría.

—Dy, ¿dónde has estado? —le interrogo ayudándole a caminar hacia mi cama—. Estaba preocupada, no has contestado a ninguno de mis mensajes ni de mis llamadas.

—Suéltame. —Me separa de su cuerpo dirigiéndonos con inestabilidad hasta su cama y se deja caer sobre su colchón sin deshacerse más que de la camiseta tras una lucha de brazos. Me siento mirándolo de frente con un dolor punzante en el pecho—. ¿De verdad te has creído que te quería? Tía, un semental como yo no se enamora en la vida. —Se quita el anillo de casado para tirarlo de cualquier manera en el cajón de la mesilla de noche—. Eres patética, mojjigata, en serio.

Solo quería demostrarte mi teoría del cien por cien y pasármelo bien a tu costa y has estado a la altura.

Arrastra las palabras, pero no por eso dejan de abrirme heridas en la piel.

Me ahogo, el aire no quiere entrar en mis pulmones ni ayudarme a respirar.

Le miro con una rotura total de mi cuerpo y de mi corazón, intentando asimilar sus palabras, encontrarles un sentido y aceptar su traición, pero no puedo. Es como si estuviera congelada, quieta, inmóvil, con el corazón a mil por hora y un dolor agudo en las entrañas.

—Soy el puto amo, mojígata. El tío del cien por cien. —Sonríe mostrándome una mirada apagada, como si sus ojos se hubieran convertido en oscuridad—. Hoy me he follado a dos a la vez para celebrar mi triunfo. Y he durado como un campeón. Las tías flipaban con los orgasmos que les provocaba. ¡En serio, Bren! ¿Quieres verlo? —Busca su móvil en el bolsillo mientras yo me siento al borde de la devastación—. Mira. —Me enseña la pantalla quebrándose del todo. Cuando le da al *play* las lágrimas mojan mi cara al son del cataclismo que se desencadena en mi cuerpo—. ¿Las oyes? Estaban buenas que te cagas y follaban mucho mejor que tú. ¡Eres una mojígata de mierda! ¿Cómo pudiste creer, en serio, que alguien de mi nivel se enamoraría de ti?

No puedo seguir viendo ese vídeo sexual de mi marido tirándose a dos extrañas y menos después de escucharle. No puedo. Es como si me estuvieran quemando la piel con hierro candente, como si me azotaran con un látigo, como si me castigaran con la peor de las torturas.

—¿Por qué? —Apenas me sale la voz. Se lo digo entre lágrimas, en un murmullo apagado, lleno de incredulidad—. ¿Qué diablos te ha pasado, Dy?

—Quería demostrarte lo patética que eres. —No puedo mirarle a los ojos, no soy capaz de moverme, he perdido la conexión con mi cuerpo—. ¡En serio, tía! No podía dejarlo pasar, debía darte una lección por dudar de mi supremacía.

Sus palabras son como puñales que se clavan en mi piel hasta llegar al corazón.

—¡Eres un cabrón! —suelto entre lágrimas—. ¿Era todo mentira? ¿Nunca has sentido nada por mí? ¿Has estado fingiendo todo este tiempo?

Necesito constatarlo. No sé por qué, pero lo necesito.

—¿Qué parte no has entendido? No te quiero, todo era una mentira. —Me coloca una mano en uno de mis pechos y lo estruja—. Pero si te apetece podemos echar un polvo de despedida. Conmigo son épicos, ¿a qué sí? Vamos, mojígata, deja que te folle una vez más. Te enseñaré a hacerlo por detrás. Vas a correrme y a pasarlo que lo flipas.

Se baja la bragueta del pantalón dedicándome una mueca lasciva y mi corazón acaba de convertirse en polvo.

Tiemblo.

El dolor me recorre el cuerpo llenándome de heridas.

No puedo seguir mirándolo, necesito alejarme, salir corriendo y encontrar una forma de encarar lo que acaba de pasar, de entenderlo y de asumirlo de alguna forma.

—Prometiste no romperme el corazón —musito con una esperanza absurda de despertar de un sueño, de encontrar la sombra de la duda en su voz y descubrir que solo se trata de una broma. Por favor, que sea eso—. No me lo merezco, Dy.

—¡Fóllame o lárgate! —Levanta la voz—. ¡No siento una mierda por ti!

Le mantengo la mirada durante unos larguísimos segundos, muriéndome por dentro.

Sé que no es una broma, pero me resisto a creerle, es como si todo mi cuerpo se negara a aceptar una ruptura como esta, como si no pudiera estar pasando.

Pero es cierto, aunque sus ojos me cuentan otra historia.

Él sigue bajándose la cremallera y los pantalones, dedicándome esa mueca lasciva llena de

intenciones, pero su mirada está vacía. En ella leo la misma desesperación que en la mía.

No entiendo qué le sucede, nada puede explicarme cómo alguien es capaz de representar un papel durante tanto tiempo y mucho menos de herirme con esa fiereza.

Pero está sucediendo y me falta el aire.

—Vamos, mojígata. —Coloca una de sus manos entre mis piernas y toquetea mis muslos con lujuria—. No te hagas la estrecha. Quieres echar un polvo tanto como yo. El de despedida.

Debo salir de aquí. Es la única forma de encarar esto, de no caer en sus brazos envenenados, de llorar mi pérdida y buscar la manera de olvidarle, aunque acabe de dejar mi corazón en carne viva, sangrando, desgarrado.

Le aparto la mano con un manotazo y me pongo en pie buscando el máximo de estabilidad posible. Mis piernas no quieren colaborar, se niegan a sostenerme en el suelo.

Me agunto un segundo en su mesilla de noche.

—¿No vas a hacerme una mamada, mojígata? —Alarga la mano para rozarme con ella la piel y me quema como si fuera la punta de un látigo en llamas—. ¿Ni a cabalgarme? Vamos, Bren, por los viejos tiempos.

—Algún día te darás cuenta de lo hijo de puta que llegas a ser —digo obligándole a mi voz a salir lo más serena posible a pesar del llanto incansable que se apodera de mis ojos—. Pensaba que lo nuestro era único, Dy. Y no entiendo cómo has sido capaz de engañarme de esa forma, pero a partir de este instante voy a luchar por olvidarte y, aunque tarde mil años, lo conseguiré.

Me doy la vuelta buscando fuerzas en la flaqueza. Necesito encontrar estabilidad, no derrumbarme, caminar con la mayor dignidad posible, salir de la habitación con dignidad y escapar de este dolor.

El problema es que una vez cierro la puerta y me encuentro en el pasillo, el dolor sigue agarrado a mis entrañas. Las retuerce, las convierte en migajas y se ensaña con mi corazón destrozado.

No sé a dónde ir ni qué dirección tomar ni qué hacer ahora.

Me dejo caer en el suelo apoyada en la puerta, levanto las piernas y escondo la cara en las rodillas.

Estoy devastada.

Es como si un huracán acabara de arremeter contra mi cuerpo indefenso para arrasarlo con fiereza y necesito descubrir una salida a esta pesadilla.

No puedo respirar, me ahogo y tengo un nudo en la garganta. Me duele el pecho. Y el alma.

Paso cerca de media hora llorando y buscando la energía necesaria para tomar las riendas de lo que queda de mi vida. Toda ella estaba en esa habitación y ahora apenas tengo nada.

Miro el móvil que tengo en el bolsillo. Hakiro y Mandy tienen habitaciones en esta residencia, ellos pueden darme asilo por esta noche, escucharme y darme apoyo. No puedo permitirle a Dy hacerme caer más bajo todavía.

Otra vez me asolan las náuseas. Tengo arcadas y el estómago revuelto, con una sensación de vértigo en él.

Corro al baño para vomitar arrodillada en la taza y en este instante me cae la venda que me cubría los ojos para mostrarme la realidad que me he negado a aceptar durante demasiado tiempo.

¡No! ¡No, por favor!

Las náuseas, los vómitos, mis sospechas... Es demasiado evidente...

Cálmate, Bren. Respira.

Lo intento, pruebo a respirar, en serio, lo intento, pero solo consigo hiperventilar.

Le mando un mensaje a Mandy explicándoselo todo, y quedo con ella en diez minutos para enfrentarme de una vez por todas a la situación. No puedo seguir ignorándola. Ha llegado la hora de encararla.

Mandy aparece pasados quince minutos. Me abraza con fuerza y yo apoyo mi cabeza en su hombro reconfortada por ese gesto. Quizá nos queda todavía camino para convertirnos en amigas del alma, pero ahora me basta con esto.

Me da la bolsa de la farmacia, me aprieta la mano y asiente quedándose un segundo fuera del cubículo mientras hago lo que pone en las instrucciones.

La aviso al cabo de nada y las dos nos encerramos a esperar.

Mi corazón está al borde de un ataque letal.

Estamos las dos sentadas en la tapa del váter con la puerta cerrada, calladas, incómodas, nerviosas y de repente la voz de un par de chicas nos indica que acaban de entrar en el baño.

—¡Tía! ¡Qué fuerte! —dice una de ellas con la voz muy excitada—. Mac es la hostia, el mejor. El tío ha conseguido superar todos los retos de su web con la mojigata esa y ahora le ha partido el corazón en directo.

—¡Será idiota la tía! —La otra suelta una carcajada—. Lo peor es que nos hemos quedado sin diversión. Estaba muy enganchada a esa web... ¡Los retos cada vez eran más atrevidos!

Abro los ojos muchísimo. Siento como si un rayo acabase de atravesarme la carne para desatar una tormenta.

Mandy me da la mano y la aprieta con fuerza.

—La muy imbécil se lo ha creído todo. —Una de las chicas suelta una carcajada que me llena el cuerpo de temblores—. Esta tía es una mojigata de las de verdad. ¿La viste cuando se casó? ¡La muy idiota ni se imaginó que era un reto! ¿Cómo ha podido creerse que a un tío como Mac se interesara en ella de verdad? ¡Está loca! ¡Mac es demasiado hombre para ella!

—¿Y cuando dijo que era virgen? —grita la otra—. ¡Tía! ¡Me partí la caja! ¿Qué tía de dieciocho no se ha follado a un tío en su vida?

—Ha habido momentos épicos.

—¡Sí! —Su entusiasmo me dispara las arcadas—. Esta noche echaré muchísimo de menos ver los resúmenes del día.

—Y yo.

Sus voces se alejan como si ya hubieran terminado en el baño.

Apenas soy capaz de moverme, no me salen ni las lágrimas. Es demasiado doloroso para aceptarlo, demasiado duro, demasiado horrible para...

Vomito de nuevo, sacando el dolor, la angustia y la ansiedad por la boca.

—Bren, es la hora. —La mirada de Mandy es ansiosa cuando alcanza el predictor y lo sostiene en su mano derecha.

Solo hay dos posiciones.

Sí.

No.

Tiemblo mientras me obligo a centrar mi mirada en el palito, con el corazón desbocado y la respiración disparada. Miro justo en el lugar donde aparece la rayita roja para marcar la realidad. Y mi mundo deja de girar.

Sigue la historia próximamente en:

I8U

Agradecimientos

Esta novela surgió de repente en mi mente, tras pensar en las nuevas tecnologías, en la capacidad actual de hacer daño a través de internet, en cómo alguien puede darse cuenta de que su vida está dirigida por otros sin saberlo...

La empecé en mi mente por el final, planteándome cómo sería descubrir que todo ha sido una mentira expuesta a los demás.

Dylan fue un personaje muy complicado para mí porque al principio es frío y poco a poco se enamora de verdad, aunque no puede cambiar la realidad. Y tiene una dicotomía difícil de explorar en primera persona porque sus sentimientos se interponen en la situación y ha de lidiar con una realidad que el lector desconoce.

Brenda... Ella es fuerte, decidida, transite buen rollo y tiene ese tipo de carácter que a pesar de su inocencia la hace valiente. Ella lo vive todo con una luz especial, irradia ilusión y a la vez es muy consciente de su realidad. Me encantó crearla, sentirla, hacerla crecer.

Recuerdo mi primer *brainstorming* en una terraza del barrio de Gràcia, con Senda y su hermana Ingrid, una tarde de septiembre, ante una Coca-Cola Zero... En ese instante la novela se perfiló y entre las tres creamos el universo de *4ever* que yo ya había iniciado en mi mente. Aunque mi final no convencía porque es difícil pensar en cómo se puede empatizar con alguien como Dy cuando conoces su secreto...

Nieves y Lara, mil gracias por estar ahí con vuestras lecturas y comentarios.

Carmen, me alegro tanto de haberte encontrado...

Mabel y sus palabras a través del chat me ayudan siempre a mejorar, a creer en mí, a no desfallecer. Porque a veces dudo incluso de mi nombre. ¡Un besazo enorme!

Como siempre, agradezco a mi familia estar ahí, aunque de forma silenciosa. Sin ellos mi vida estaría vacía. ¡Os quiero!

A la editorial Grup Edition World por la oportunidad, por su trabajo, por creer en Brenda y Dylan, por darle la luz a su historia.

Y, lo más importante, a ti, lector. Por leer hasta aquí, por acompañarme en esta nueva aventura, por vivir la aventura de Brenda y Dylan hasta el final y por tu interés. ¡Gracias! Me emociona saber que estás ahí, detrás de las páginas, descubriendo esta historia.

Saludos.

I8U

Próximamente...

Brenda está destrozada, todo su mundo se ha desmoronado y no sabe muy bien cómo superarlo. Dylan la ha engañado de una forma demasiado cruel como para enfrentarla. Con la ayuda de Hakiro y Mandy descubrirá los entresijos reales de esa traición, quién maneja los hilos, cómo ha llegado a esta situación y un par de misterios que la ayudarán a tomar decisiones valientes.

Dylan no puede soportar lo sucedido porque, a pesar de sus intentos por mantenerse alejado sentimentalmente de Brenda, se ha enamorado de ella y necesita recuperarla. Sin embargo, no puede. Hay demasiados impedimentos, trabas imposibles de superar, obstáculos insalvables. Se siente miserable, un capullo integral. Cada vez que la ve su corazón se paraliza intensificando el dolor y los remordimientos. Quiere contarle la verdad, es lo único que puede ofrecerle a pesar de las consecuencias, pero la sombra del pasado se cierne sobre él, la realidad es mucho más difícil de asumir y si sigue adelante con su deseo de desnudar su alma ante Brenda, su vida se convertirá en un infierno.